

“Estrenando el oficio de etnólogas”

Y OTROS ENSAYOS SOBRE LA HISTORIA DE LA ANTROPOLOGÍA EN COLOMBIA

Roberto Pineda Camacho

OTRAS MIRADAS ANTROPOLOGÍA



**"ESTRENANDO EL OFICIO DE
ETNÓLOGAS" Y OTROS ENSAYOS
SOBRE LA HISTORIA DE LA
ANTROPOLOGÍA EN COLOMBIA**

**"ESTRENANDO EL OFICIO DE
ETNÓLOGAS" Y OTROS ENSAYOS
SOBRE LA HISTORIA DE LA
ANTROPOLOGÍA EN COLOMBIA**

Roberto Pineda Camacho





Virginia Gutiérrez de Pineda junto a mujeres (wayuu) que lucen mantas y waireñas, 1947
Fuente: catálogo fotográfico ICANH.

*A la memoria de Liborio Zerda, gran intelectual
de la segunda mitad del siglo XIX y renovador
de los estudios antropológicos en Colombia.*

¶



INSTITUTO COLOMBIANO DE
ANTROPOLOGÍA E HISTORIA

COLECCIÓN OTRAS MIRADAS,
SERIE ANTROPOLOGÍA

Ernesto Montenegro
Director general

Marta Saade
Subdirectora científica

Carlos Andrés Meza
Coordinador del Grupo de
Antropología Social

Nicolás Jiménez Ariza
Responsable del Área de
Publicaciones

Ivón Alzate Riveros
Coordinación editorial

Ella Suárez
Corrección de estilo

Patricia Montaña D.
Diagramación

Theodor Koch-Grünberg
*Comienzos del arte
en la selva*
Ilustración de cubierta

Primera edición:
octubre de 2016

ISBN: 978-958-8852-26-3

© Instituto Colombiano de
Antropología e Historia
(ICANH)
Roberto Pineda Camacho

Calle 12 n.º 2-41, Bogotá D. C.
Tel.: (57-1) 4440544, ext. 111
www.icanh.gov.co



El trabajo intelectual
contenido en esta
obra se encuentra protegido
por una licencia de Creative
Commons del tipo
“Atribución-NoComercial-
SinDerivadas 4.0
Internacional”. Para conocer
en detalle los usos permitidos
consulte el sitio web
[https://creativecommons.org/
licenses/by-nc-nd/4.0/deed.es](https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/deed.es)

Impreso en Colombia por
Partner Mercadeo y Medios
Gráficos S. A. S.

Pineda Camacho, Roberto.

“Estrenando el oficio de etnólogos” y otros ensayos sobre la historia de la antropología en Colombia / Roberto Pineda Camacho. — Bogotá: Instituto Colombiano de Antropología e Historia, 2016.

252 páginas. ; ilustraciones y fotografías ; 17 x 24 cm — (Otras Miradas. Serie Antropología)

ISBN: 978-958-8852-26-3

1. Antropología – Historia – Colombia / 2. Etnología – Historia – Colombia / 3. Estudios interculturales – Historia – Colombia / 4. Expediciones científicas – Historia – Colombia / 5. Antropólogos – Colombia / 6. Arqueólogos – Colombia / I. Pineda Camacho, Roberto. / II. Instituto Colombiano de Antropología e Historia.

301.09861

SCDD 20

Catalogación en la fuente: Biblioteca Especializada ICANH

CONTENIDO

INTRODUCCIÓN {11} ·

1 · LA PASIÓN POR EL VIAJE {23} ·

Los viajeros etnógrafos {28} ·

Los dilemas de los viajeros ilustrados {33} ·

Entre el turismo y el viajero espacial {36} ·

Bibliografía {38} ·

2 · LIBORIO ZERDA Y SU VIAJE AL DORADO {41} ·

Liborio Zerda, autor de *El Dorado* {44} ·

Encuentro con Adolf Bastian {49} ·

¿Intelectual de la Regeneración? {55} ·

Bibliografía {57} ·

Apéndice {62} ·

**3 · EL MUNDO INDÍGENA DEL VAUPÉS COMO UNA EXPERIENCIA
ESTÉTICA: THEODOR KOCH-GRÜNBERG Y COMIENZOS DEL ARTE
EN LA SELVA (1905)** {77} ·

De hijo de guardabosque a etnólogo amazónico {82} ·

El tránsito al alto río Negro {84} ·

La cosecha etnográfica {86} ·

Payé magnífico, cargado de cosas bonitas {89} ·

“Viviendo como indio entre los indios” {96} ·

Entre indios e indias hermosos y artefactos bellos {101} ·

El arte de la selva {104} ·

¡A dibujar! {107} ·

Los dibujos a lápiz de los indios: representaciones del etnógrafo,
los espíritus y los mapas celestes {111} ·

El arte indígena: ¿dibujo de niños o quimeras de la imaginación? {117} ·

Los dilemas de Koch-Grünberg {122} ·

Bibliografía {126} ·

4 · LOS ANTROPÓLOGOS ALEMANES Y SU CONTRIBUCIÓN A LA FORMACIÓN DEL CAMPO DE LA ANTROPOLOGÍA EN COLOMBIA (1800-1970) {131} ·

Un país abigarrado de regiones y culturas {134} ·

El virreinato visitado por Humboldt, su exaltación y crítica por
los vulcanólogos alemanes {136} ·

El despertar de una nueva conciencia histórica {141} ·

Llegan de nuevo los alemanes {144} ·

Koch-Grünberg y Preuss: su contribución a la etnología y arqueología
en Colombia {150} ·

Los caníbales del Cauca revisitados {158} ·

La reforma educativa y la renovación de los estudios de etnología
en Colombia {159} ·

El declive de la influencia alemana {162} ·

Bibliografía {164} ·

5 · ESTRENANDO EL OFICIO DE ETNÓLOGAS {171} ·

Un universo masculino auxiliado por esposas {172} ·

Las primeras etnólogas {174} ·

Mujeres al trabajo de campo {180} ·

Rumbos diferentes {181} ·

Egresadas del Instituto Colombiano de Antropología {189} ·

Las antropólogas universitarias {193} ·

Bibliografía {197} ·

6 · LA ANTROPOLOGÍA DE ALICIA DUSSÁN Y GERARDO REICHEL DOLMATOFF, UNA ANTROPOLOGÍA A CUATRO MANOS {203} ·

Las mujeres antropólogas en la sombra {203} ·

Pioneras de la antropología en Colombia {205} ·

El matrimonio Reichel-Dussán y las expediciones etnográficas {206} ·

Hombro a hombro en Santa Marta y en el Caribe colombiano {208} ·

La investigación en Atánquez {209} ·
La fundación de la antropología en los Andes {211} ·
En la sombra de Reichel {212} ·
Bibliografía {213} ·
Bibliografía de Alicia Dussán de Reichel {215} ·

7 · TRIBULACIONES Y PROMESAS

DE LA "TRIBU" DE ARQUEÓLOGOS DE LA AMAZONIA COLOMBIANA, SEGÚN LA MIRADA DE UN ETNÓLOGO {217} ·

Un imaginario de larga duración {219} ·
Emergencia de una arqueología nacionalista {220} ·
El despertar de la etnología amazónica en Colombia {225} ·
La tribu de los arqueólogos(as) amazónicos {228} ·
La arqueología florece en la región de Araracuara {232} ·
¿Decadencia de la arqueología amazónica en Colombia? {236} ·
Los usos de los "lugares de memoria arqueológica" {240} ·
A manera de conclusión {244} ·
Bibliografía {246} ·

INTRODUCCIÓN

Durante décadas las historias de la antropología —como campo disciplinario— se redujeron a los discursos y a las prácticas de la disciplina desarrollados por sus principales centros de formación y difusión (Francia, Inglaterra, Alemania, Estados Unidos y, desde otra perspectiva, Rusia). En consecuencia, la historia de la antropología se representó y narró como fruto de los encuentros coloniales de la segunda mitad del siglo XIX, en el marco de la formación de los grandes imperios europeos del siglo XVIII y de la expansión hacia el oeste de Estados Unidos de América; así como de su consolidación, en la primera mitad del siglo XX, como consecuencia de la “revolución” malinowskiana en el trabajo de campo, concomitante con la formación de nuevos enfoques teóricos que se alejaron radicalmente del evolucionismo decimonónico¹.

Aunque ya a mediados del siglo XX la enseñanza y la práctica de la antropología se había expandido a diversas regiones del mundo —entre ellas Latinoamérica—, el interés por la historia de estas otras antropologías fue mínimo, o casi inexistente, no obstante la gran relevancia de algunas de ellas, como la antropología mexicana.

1 La revolución de los métodos de campo, llevada a cabo por Bronislaw Malinowski entre 1914 y 1917, con ocasión de su larga estada entre los isleños de las islas Trobriand en Melanesia, la dota, según esta perspectiva, de un método que le da plena legitimidad y que la distingue de los viajeros y primeros antropólogos de la segunda mitad del siglo XIX, y así se abrió paso a la formación de relevantes escuelas en Inglaterra. Sin embargo, ya los etnólogos alemanes habían realizado estadas prolongadas de campo; en Estados Unidos, Franz Boas —de origen alemán— haría lo mismo entre los inuit de Alaska.

Sin embargo, durante la década de los sesenta, los procesos de descolonización mundial generaron una aguda crítica a las antropologías metropolitanas, lo cual (sumado a la publicación del diario de Malinowski, en 1967) desencadenó una reflexión sobre las condiciones de emergencia de la disciplina y de la relación entre el yo psicológico del etnógrafo y de sus estrategias de representación, aparentemente objetiva. Estos y otros factores motivaron, en paralelo, un interés por las condiciones de funcionamiento de las antropologías no metropolitanas, por sus modalidades de recepción de las grandes escuelas y por el sentido de su práctica en sus nuevos contextos nacionales, vale decir por la historia pasada y presente del ejercicio de la antropología por fuera de Europa y de los Estados Unidos.

Esta nueva conciencia que, desde el punto de vista internacional, afloró en la realización de un primer gran simposio internacional en la ciudad de Estocolmo sobre las antropologías no metropolitanas, en 1984, al cual asistieron antropólogos de diversas regiones del mundo (India, Brasil, Polonia, etc.), puso de presente la fortaleza de la disciplina en diversas regiones. Fue evidente que las antropologías no metropolitanas, como se podría caracterizarlas, tenían sus propias especificidades y no podían concebirse meramente como copias pasivas, o "copias" de las antropologías inglesas, francesas o norteamericanas.

Como consecuencia de una mirada comparativa de los trabajos presentados en este evento, los antropólogos suecos Tomas Gerholm y Ulf Hannerz establecen un modelo global de las antropologías, en virtud del cual distinguían las "antropologías metropolitanas" de las del resto del orbe, bajo la metáfora geográfica de continentes y archipiélagos, respectivamente (Gerholm y Hannerz 1982): las antropologías continentales —aquí llamadas metropolitanas— se caracterizan, entre otros aspectos, por llevar a cabo, para entonces, sobre todo estudios fuera de su país —ya sea en el mundo colonial o poscolonial— y por desarrollar escuelas de pensamiento propias de cada imperio (por ejemplo, la antropología social británica). Las segundas, a pesar de su diversidad, tenían sus propios "objetos" de estudio en el marco de sus países o, en otros términos, se circunscribían dentro de sus fronteras nacionales. Por oposición a las primeras, su producción teórica era mínima y, en gran medida, dependiente de las grandes escuelas europeas o norteamericanas.

Cada una de ellas constituía una verdadera isla, con poca o ninguna conexión con las otras antropologías nacionales, aunque cada una de ellas, asimismo, se encontraba muy vinculada con las antropologías metropolitanas, con las fuertes académicas continentales. En síntesis, estas decenas de antropologías nacionales

constituían verdaderas islas con poca comunicación teórica y académica entre sí, con una fuerte dependencia de los grandes centros académicos de los Estados metropolitanos, pero también con relevantes trayectorias académicas y políticas.

Al final del simposio, George Stocking (1928-2013), el gran historiador de la antropología de la Universidad de Chicago, resaltaba la existencia de dos grandes tipos de antropologías: las imperiales y las nacionales, cada una con sus especificidades (Stocking 1982).

En los años subsiguientes, esta caracterización tomó nuevos matices. Se habló, en consonancia con los modelos de la época, de antropologías “centrales” y “periféricas”, o de “antropologías del norte” y “del sur” (aunque esta caracterización obliteraba la existencia de antropologías periféricas en la misma Europa o en los países satélites de la Unión Soviética). Por otra parte, el distinguido antropólogo brasileiro Roberto Cardozo de Oliveira (1928-2006) ponía el relieve en la unidad de la antropología (aunque con diferentes paradigmas) y destacaba las particularidades de estas antropologías nacionales; las cuales no solamente tendrían diversos estilos, sino que se caracterizarían por que en ellas sus antropólogos, a la vez ciudadanos de su país, tuvieron y tendrían un rol muy significativo en la construcción de sus respectivos proyectos nacionales, entre otros. Cardozo de Oliveira distinguió, por otra parte, las antropologías nacionales en países con gran antigüedad letrada (como la India y el Japón) de aquellas de países con formación más reciente, como la de los Estados latinoamericanos, y la de aquellos Estados emergentes después de la Segunda Guerra Mundial (Cardozo de Oliveira 1998).

Uno de los resultados más relevantes de esta discusión, más o menos reciente, fue un nuevo interés por historiar los desarrollos de las antropologías “periféricas”, así como sus formas de recepción e institucionalización en cada uno de los países. En América Latina, por ejemplo, se realizaron en la década de los noventa diversos simposios internacionales sobre la historia de la antropología latinoamericana, con una perspectiva comparativa que mostró no solo su complejidad y variedad, sino sus nexos con la formación de los diversos Estados, con las prácticas indigenistas y con diferentes movimientos nacionales e internacionales en el ámbito de la cultural nacional y latinoamericana. La historización de las instituciones, ideas y prácticas antropológicas nos ha llevado a reconocer, más recientemente, la existencia de una red de antropologías mundiales que, lejos de ser copias pasivas de las antropologías metropolitanas, han interactuado de diversa manera entre sí y con ellas; las “antropologías del sur” han adaptado las corrientes mundiales a sus propias exigencias y también han influido en su

curso. Igualmente, este proceso de historización nos ha enseñado que la formación del campo disciplinar ha sido consecuencia de diversos factores socio-culturales y políticos de escala diversa y que, como resultado de los conflictos mundiales, grandes antropologías —como la alemana— fueron eclipsadas; y otras, como la japonesa, pasaron de una condición metropolitana a una periférica a causa —en ambos casos— de las ideologías de supremacía racial y de su derrota en la Segunda Guerra Mundial.

Las reflexiones sobre la antropología colombiana no han sido ajenas a este proceso. Desde la publicación en 1984 del libro *Cien años de investigación social*, bajo la guía de los antropólogos Nina de Friedemann y Jaime Arocha, la historia de la antropología colombiana se ha venido delineando de forma más precisa en sus diversos campos, gracias al trabajo de muchos colegas antropólogos e historiadores. En este contexto en particular, se ha señalado, entre otros puntos, la relevancia de la República Liberal en la consolidación de la etnología moderna en Colombia y se ha establecido, asimismo, una densa producción sobre la antropología previa a la fundación del Instituto Etnológico Nacional (1941) y, por supuesto, anterior a los departamentos de antropología en el país, durante la década de los sesenta.

En el Departamento de Antropología de la Universidad Nacional de Colombia se organizó también un simposio relevante sobre la historia y las condiciones de las antropologías latinoamericanas, en el cual participaron expertos de México, Brasil, Venezuela, además de distinguidos antropólogos colombianos.

Hoy en día, el campo de la historia de la antropología en Colombia constituye un área de investigación propia, que se visibiliza mediante múltiples publicaciones, simposios y eventos. Una gran parte de los currículos de antropología del país ofrece el curso de Antropología en Colombia o Historia de la Antropología en Colombia. En la Universidad Nacional de Colombia, por ejemplo, se gestó la conformación de un grupo de investigación interuniversitario sobre Historia de la Antropología en América Latina y en Colombia, que cuenta con una revista electrónica, *Baukara*, que publica los resultados de sus eventos y trabajos de otros colegas relacionados con la historia de esta ciencia interdisciplinaria a la que llamamos antropología.

Los ensayos reunidos en el presente volumen forman parte de este proceso de reflexión sobre la condición histórica de la antropología, con énfasis en Colombia. Percibimos la antropología como una disciplina reflexiva, en la que es relevante también el análisis de sus condiciones de práctica y del contexto de la producción etnográfica.

Así pues, nuestro primer ensayo explora —con una perspectiva de larga duración— la naturaleza del viajero y su proceso de transformación, al final del periplo, en el viajero experto: el etnógrafo moderno. Desde esta perspectiva consideramos que Herodoto representa ya un primer paso de viajero etnógrafo, con un interés particular por la otredad y ya con cierta perspectiva relativista. Sin duda, este movimiento, o cambio, se aceleró con el descubrimiento de América y, años más tarde, con la formación del naturalista del siglo xviii, lo que se da en un ámbito creciente de interés por lo que acontece en este mundo bajo las nuevas perspectivas de la ciencia experimental que liga de manera explícita lo teórico con la descripción empírica.

Desde el siglo xix, el naturalista viajero describía también los pueblos del mundo, y ya había alcanzado un reconocimiento público, de manera que sus observaciones y descripciones serían divulgadas a través de revistas como *Le Tour du Monde*, en Francia, o *Globus*, en Alemania. En este contexto, germina un viajero particular, el viajero etnógrafo, que traspasaría la zona de contacto para permanecer un tiempo prolongado con sus anfitriones ya con fines científicos y comparativos.

Nuestro segundo ensayo se enfoca en la figura del célebre médico Liborio Zerda (1834-1919), antiguo profesor de la Universidad Nacional y director del primer Instituto de Ciencias Naturales. Zerda, armado con los lentes de la ciencia médica experimental promovida por Claude Bernard (1813-1878) —y bajo la influencia del gran etnólogo alemán Adolf Bastian—, lee con otros ojos la sociedad muisca, entre otras, y nos lega ese clásico de los estudios antropológicos titulado *El Dorado*.

Pero este mismo Liborio no pudo dar el salto al estudio de campo de los “salvajes” contemporáneos, dadas las condiciones políticas e ideológicas de la Regeneración, en la cual participa como ministro de Instrucción Pública del presidente Miguel Antonio Caro (1843-1909). Como ministro, fue el autor de una reforma educativa regresiva en términos de las propuestas liberales radicales, aunque nunca renunció, en los límites cada vez más estrechos del triunfo del neotomismo, a sus convicciones de médico experimental y fue un divulgador —en la *Revista del Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario*— de importantes descubrimientos físicos de principios del siglo xx; incluso mantuvo, hasta el final de sus días, simpatía por la compleja sociedad muisca.

Si nuestro segundo ensayo explora la forma como uno de los más prestantes científicos colombianos de la segunda mitad del siglo xix intentaba proyectar la

nueva ciencia de la etnología en nuestro conservador medio, el tercero explora de manera sistemática las formas de trabajo de Theodor Koch-Grünberg (1872-1924), célebre etnólogo alemán que realizó entre 1903 y 1905 un intensivo trabajo de campo en el alto río Negro entre los grupos indígenas tucano y arawak, de la frontera contemporánea entre Brasil, Colombia y Venezuela.

Intentamos seguir las prácticas de campo de esta figura sobresaliente de la etnología alemana, sus estrategias en el terreno, con base en sus propios testimonios —narrados, entre otros textos, en su gran libro *Dos años entre los indios* (1909)—. Sobre todo, nos interesa interrogarnos acerca de su experiencia de campo como experiencia estética, que le permitió describir, por primera vez en la Amazonia, a los indios de la selva y sus productos, como artistas y expresiones de arte. Pero también hay que señalar sus límites de percepción, expresada en su "incapacidad" para comprender la génesis del arte nativo en las prácticas psicotrópicas, y en la dificultad, casi epistemológica, de comprender a los cazadores maku, a quienes catalogó como hombres feos con lenguas horribles, entre otros.

Como en el caso de Zerda, la experiencia de este etnólogo estaba también forjada por sus propios conceptos que, de una forma u otra, condicionaban su forma de representación y narración. Aunque este hijo de antiguos guardabosques del pueblo de Grünberg, en Alemania, contaba con una fina sensibilidad para comprender a los indios e indias del bosque tropical con quienes convivió, en sus malocas y en sus bailes, también los percibía, con clara tensión, como niños grandes.

El cuarto ensayo se concentra en la contribución de los antropólogos alemanes a la formación de la antropología en Colombia. Es posible que si Nicolás de Federmann (1505-1542) no se hubiese perdido y retrasado en su viaje hacia el interior de los Andes, debido a los grandes bajos que se forman en las llanuras del Orinoco durante el periodo de lluvias y las grandes crecientes que invaden las vastas e infinitas sabanas, quizá hubiésemos tenido otro destino cultural, al haber arribado primero él al país de los chibchas que Gonzalo Jiménez de Quesada (1509-1579) o Sebastián de Belalcázar (1480-1551).

Pero fue sin duda otro alemán, Alexander von Humboldt (1769-1859), quien marcó gran parte de la matriz intelectual con que nuestros letrados de la Independencia y los intelectuales y pintores del siglo XIX de Norteamérica y de Europa nos vieron e interpretaron.

Humboldt descubre para los europeos una América fascinante que no se compagina con los esquemas degeneracionistas de Buffon (1707-1788), de Hegel

(1770-1831) o de Kant (1724-1804). Sus obras y su método atraen hacia el antiguo territorio de la Nueva Granada a pintores, geólogos y después etnólogos, entre ellos Adolf Bastian (1826-1905), y por su intermedio a un pequeño pero selecto grupo de etnólogos (Theodor Koch-Grünberg y Konrad Theodor Preuss), del Museo Real de Etnografía de Berlín, y luego, siguiendo los mismos pasos, destacados etnohistoriadores y antropólogos alemanes contemporáneos.

Konrad Theodor Preuss (1869-1938) nos lega no solo el primer trabajo sistemático sobre la cultura agustiniana del Alto Magdalena, que exploró inicialmente en 1913, sino que escribiría verdaderos clásicos de la etnología de Colombia, por ejemplo, sus estudios sobre la religión y mitología de los uitotos (1922) y sus ensayos sobre la cultura kogui de la Sierra Nevada de Santa Marta.

Años después —desde finales de la década de los treinta del siglo xx—, los etnohistoriadores Herman Trimborn (1901-1986) y Georg Ecker (1960) revisitaron —a través de las fuentes coloniales tempranas— los cacicazgos caníbales del Valle del Cauca, iluminando con otras luces y conceptos sus formas de organización social. Nos hablan de sus “cadáveres obedientes” para referirse a las decenas de hombres disecados, henchidos de ceniza, con sus calaveras reconstruidas en cera que se encontraban en los bohíos de sus caciques principales, o de sus “cadáveres vivientes” para aludir a los caciques difuntos engalanados con máscaras de oro y otra parafernalia ritual, sepultados con esposas y sirvientes en magnas ceremonias fúnebres, en grandes tumbas de pozo de cámara lateral.

Los dos grandes etnohistoriadores alemanes rompen parcialmente con el paradigma caribe prevaleciente desde los años del gran cronista Cieza de León (1518-1554), plasmado en su *Crónica del Perú* (1555), en el que los aborígenes de la gobernación de Popayán son una especie de hombres semibestiales que contrastan con los razonables reyes incas, que combatían la antropofagia y la sodomía, y que, aunque idólatras, propiciaban una religión monoteísta en torno al culto del Sol en sus variados y magníficos templos.

También hay que destacar, como veremos, a Justus Wolfram Schottelius (1892-1941), profesor alemán de prehistoria americana que debió abandonar su casa y trabajo en Berlín a causa de la condición judía de su esposa, y que dio las primeras clases de prehistoria y arqueología moderna en la Escuela Normal Superior a finales de la década de los treinta, hasta su deplorable muerte en 1941.

Los aportes de la antropología alemana son, sin duda, fundamentales para la comprensión de diversas realidades históricas sociales de Colombia. Su declive, como consecuencia del ascenso del nazismo y de sus lecturas racistas de la

realidad sociocultural, la llevó a una creciente marginación, no obstante que algunos destacados etnólogos alemanes hicieron nuevamente presencia en Colombia, después de los años cincuenta del siglo pasado, siguiendo, en cierta medida, las vetas y problemas planteados por sus brillantes antecesores.

El quinto ensayo, titulado "Estrenando el oficio de etnólogas", enfoca su mirada en las pioneras de la antropología en Colombia, formadas, en su mayoría, en la Escuela Normal Superior y en el Instituto Etnológico Nacional; y, algún tiempo después, en el Instituto Colombiano de Antropología. Una de las particularidades de la antropología en Colombia, como profesión, desde sus primeros años, es la presencia de destacadas mujeres que optaron por estudiar etnología. Ellas formaron parte, asimismo, del reducido pero invaluable primer grupo de mujeres universitarias y científicas sociales en Colombia y Latinoamérica. En este caso, nos interesan, como en una variante de la microhistoria, sus historias de vida, mediante el establecimiento en trazos generales de sus contextos familiares, proyectos de vida, sus enlaces matrimoniales y, sobre todo, su proceso de transformación en etnólogas y museógrafas.

En la mayoría de los casos, la chispa que las lleva en su periplo tiene una génesis en sus madres o tías o, eventualmente, en sus padres. Su condición femenina también influye en su práctica profesional. Todas abrieron caminos para las ciencias sociales en Colombia, en los campos de la salud, la familia, las artes populares y los estudios afrocolombianos, entre otros temas.

El sexto ensayo profundiza, a manera de caso, en la relación profesional de Alicia Dussán Maldonado (1920) y su esposo, Gerardo Reichel Dolmatoff (1912-1994), uno de los más prestantes antropólogos en Colombia durante la segunda mitad del siglo xx. De cierta forma, este ensayo también es la continuación de otro trabajo que tuvimos la oportunidad de realizar sobre la vida y obra de doña Alicia, con ocasión de un homenaje que le rindiera la Universidad Nacional en 2010 (Pineda C. 2012). En el presente ensayo mostramos que, con excepción del trabajo del profesor Reichel sobre las culturas indígenas del Vaupés, iniciado a partir de sus conversaciones con el indígena desano Antonio Guzmán, en 1966, Alicia está presente —de una forma u otra— en la mayor parte de su actividad como etnólogo, arqueólogo y profesor de la Universidad de los Andes. Los dos conformaron un verdadero equipo de trabajo, en el cual el aporte de su esposa no fue secundario ni pasivo.

Sin el apoyo intelectual y financiero de la familia Dussán y el respaldo intelectual de doña Alicia, la obra del profesor Reichel quizá no hubiese podido

desarrollarse en esa amplitud y profundidad de temas. Ya desde épocas muy tempranas, como en su “luna de miel” en Honda, doña Alicia puso su impronta en la organización tipológica de las urnas funerarias; y, en el otro extremo de su vida, con ocasión de la fundación del Departamento de Antropología de la Universidad de los Andes, en 1963, ella también contribuyó en el diseño curricular, en el reclutamiento de docentes y en la administración del departamento. Así, sostenemos, la obra de Reichel es un trabajo a cuatro manos, aunque, es cierto, el rol de doña Alicia ha sido hasta la fecha invisibilizado, puesto a la sombra, como el aporte de muchas de las pioneras de la antropología.

Nuestro último ensayo cambia de ritmo y foco. En ese caso, nos interesa observar no a las antropólogas pioneras, o al matrimonio Reichel-Dussán, sino a la “tribu de arqueólogos amazónicos”. Una pequeña tribu que con diferentes tribulaciones ha avanzado en la investigación de la región menos conocida, desde el punto de vista de la arqueología de Colombia, no obstante la reconocida importancia de la región para la historia cultural de América Latina.

Después de situar el campo ideológico que ha alimentado y frenado la investigación arqueológica de las tierras bajas, nos interesa destacar la difícil emergencia de esta pequeña comunidad debido a condiciones aleatorias a la investigación (la prematura muerte del joven profesor Stanley Long en el raudal de Yavaraté), aunque también a la compleja situación de orden público que frenó considerablemente la investigación de campo. Pero, igualmente, es pertinente valorar, si se nos permite la expresión, el peso de la separación heurística entre pasado arqueológico y presente etnográfico en la región, pese a los intereses de algunos arqueólogos en torno a los modelos etnográficos —o quizás por ellos—.

De esta manera, nos enfrentamos a un dilema que comprende también a los etnólogos, en torno a la inmersión de la historia estructural —una duración propia de los arqueólogos—, en la comprensión de las cristalizaciones actuales de las sociedades amazónicas y al tema del uso de la memoria por parte de las poblaciones nativas.

En este contexto, entonces, nuestros ensayos pretenden, a partir de temas y problemas diversos, explorar también condiciones del ejercicio de la antropología en Colombia, ya sea de etnólogos extranjeros o por parte de antropólogas(os) colombianas.

Nos interesa resaltar que el estudio la antropología en Colombia, fruto del encuentro de tradiciones diversas —y en este caso la alemana con la colombiana—, de la actividad de mujeres o de otras tribus profesionales, no solo nos ilumina la

diversidad de las antropologías del mundo, sino que nos puede ayudar a pensar problemas centrales de la disciplina, como la relación género-antropología, la recepción de corrientes relevantes de la disciplina, los límites de nuestros enfoques para pensar la historia cultural de América Latina y del antiguo territorio de la Nueva Granada.

De otra parte, cada uno de los ensayos aquí presentados tiene vida propia; vale decir que fueron redactados para que pudieran ser leídos de manera independiente, aunque forman parte de un rompecabezas mayor. Por lo anterior, se solapan unos con otros, o remiten a temas desarrollados en otros capítulos, aunque he procurado que en cada uno se expongan aspectos complementarios del mismo tema. Por ejemplo, la influencia de Adolf Bastian o la pertinencia del Instituto Etnológico Nacional se reiteran en algunos ensayos, pero en cada uno de ellos he procurado dar pinceladas diferentes de su actividad o influencia.

Debo manifestar mi gratitud con los integrantes del grupo de investigación sobre Historia de la Antropología en América Latina y Colombia, cuyo ámbito de discusión y colegaje ha sido fundamental para el desarrollo de estos ensayos a lo largo de varios años.

Mi reconocimiento especial a Ernesto Montenegro, director general del Instituto Colombiano de Antropología e Historia (ICANH), a Nicolás Jiménez, jefe de Publicaciones, y a Ivón Alzate, coordinadora editorial de la misma institución, por su constante e invaluable apoyo en la ardua tarea de finalización de este libro.

Igualmente, mi gratitud con Margarita Téllez, estudiante de Antropología de la Universidad Nacional de Colombia, quien ha sido un apoyo fundamental para fraguar estos ensayos, mediante su paciente colaboración en la organización y revisión de los textos y del libro, la búsqueda de ilustraciones e imágenes, y en la elaboración de índices de las fuentes digitales y de otra naturaleza, entre otras actividades.

Finalmente, mis más sinceros agradecimientos a Fernando Pineda y Patricia Vila, Rosario Jaramillo, Patricio Molina, Pilar Muñoz, Ana Margarita Chaves, Leonor Herrera, Gaspar Morcote y Fernando Urbina por su maravillosa contribución fotográfica.

Bibliografía

- Arizpe**, Lourdes y Carlos Serrano. 1993. *Balance de la antropología en América Latina y el Caribe*. México: Universidad Nacional Autónoma de México.
- Arocha**, Jaime y Nina S. de Friedemann. 1979. *Bibliografía anotada y directorio de antropólogos colombianos*. Sociedad Antropológica de Colombia. Bogotá: Tercer Mundo.
- Friedemann**, Nina S. de. 1984. “Estudios de negros en la antropología colombiana”. En *Un siglo de investigación social: antropología en Colombia*, editado por Jaime Arocha y Nina S. de Friedemann, 507-562. Bogotá: Etno.
- Gerlhom**, Tomas y Ulf Hanners. 1982. “The Shaping of National Anthropologies”. *Ethnos* 47 (1): 5-35.
- Lins Ribeiro**, Gustavo y Arturo Escobar, eds. 2008. *Antropologías del mundo: transformaciones disciplinarias dentro del sistema de poder*. México: Wenner-Gren Foundation for Anthropological Research.
- Oliveira**, Roberto Cardozo de. 1995. *O trabalho do antropólogo: ensaios*. Brasília: Paralelo 15-Editora da UNSEP.
- . 1998. “Notas sobre uma estilística da antropologia”. En *Estilos de antropologia*, editado por Roberto Cardoso de Oliveira and Guillermo Raul Ruben, 177-189. Campinas, S. P.: Editora da Unicamp.
- Pineda Giraldo**, Roberto. 1999. “Inicios de la antropología en Colombia”. *Revista de Estudios Sociales* (3) 29-42.
- Pineda C.**, Roberto. 2012. “La aventura de ser antropóloga en Colombia: Alicia Dussán de Reichel Dolmatoff y la antropología social en Colombia”. *Maguaré* (26): 15-41.
- Revista América Indígena*. 1980. XL (2).
- Stocking**, George. 1982. “Afterword”. *Ethnos* 47 (1): 173-186.

1. LA PASIÓN POR EL VIAJE



Figura 1. Malinowski en las islas Trobiand, 1918
Fuente: Imagen de dominio público.

El tema en cuestión, la naturaleza del viajero y los viajes, nos ronda —querámoslo o no— a los antropólogos, a los etnógrafos, que somos en realidad un tipo de viajero. Aunque en alguna medida mutilados por una tradición sobre nuestro oficio (una pretensión de lo que podríamos llamar *objetivismo*) y una modalidad escritural, las cuales, por fortuna, han sido sacudidas desde hace ya décadas, desde la publicación del diario de Bronislaw Malinowski, en 1967, por parte de su viuda. Este nos reveló, de alguna forma, sus experiencias personales, su subjetividad, mientras realizaba el trabajo de casi tres años entre los indígenas Trobriand de Melanesia, y nos mostró a un personaje de carne y hueso, con sus sueños y aflicciones, con sus deseos y frustraciones, que contrastaban con la imagen de un observador omnisciente que desde su carpa, localizada en el centro de la aldea de Omarakana, registraba lo que oía y veía en sus diarios de campo y en su propio aparato fotográfico.

Lo que nos legó la crisis del género etnográfico, y en gran medida la llamada *crisis de la representación*, es una idea de que la interacción humana —incluida la práctica del etnógrafo y veremos, por extensión, la del viajero en general— es reflexiva. Si observamos a los observadores —a los viajeros— encontraremos que



Figura 2. Malinowski en Kiriwina
Fuente: Imagen de dominio público.

ellos también son observados por sus sujetos de estudio, y las interpretaciones que unos y otros hacen de forma dialéctica condicionan —prácticamente determinan— sus actos recíprocos y lo que ha sido llamada la *verdad de la vida social*. Para citar un caso que quizás esclarezca este punto de partida vale mencionar la experiencia del etnólogo francés Jean Monod entre los piaroa: en un momento de su estadía tomó conciencia —como nos lo narra en su libro *Un rico caníbal*— de que sus anfitriones piaroa creían con firmeza que él era literalmente un rico caníbal y que todos sus datos de campo estaban permeados por esta imagen que él mismo reforzaba, involuntariamente, cuando traía periódicos de Caracas con imágenes de rostros de estudiantes ensangrentados como consecuencia de encuentros con la policía, o imágenes publicitarias de cajas de sardinas que eran percibidas como carne humana enlatada.

Con base en esta premisa epistemológica, permítaseme entrar, ahora sí, en materia.

Viajero deriva de la palabra latina *viaticum*, vía o camino, que en el siglo XII tomó la significación de “camino y jornada que se hace de un lugar a otro”. A ello se encuentra asociado, también, el vocablo *viaticum*, cuyo sentido original fue “provisión para el viático”, palabra que en el siglo XVII asumió la significación de “especie o dinero para viajar” o el sentido de “sacramento de la eucaristía que se otorga al moribundo, en preparación al viaje al más allá”.

En este sentido, el viajero(a) es quien realiza un viaje, quien toma un camino, se desplaza de un lugar a otro, ya sea por un camino, por la mar, por un río o por aire, ya sea a pie, en mula, caballo, camello, barco, champán o canoa, globo o zeppelin, DC3 o un gran avión de Air France.

El camino y los medios de transporte forman parte —como la otra cara del tapete— del viajero; condicionan su experiencia, delimitan su alcance. Expedición, por ejemplo, se deriva de pie, de ir a pie. Por la vía se anda; en cambio, por la ruta, se rompe o abre el sendero al caminar.

En cierta medida, el viajero es un ser transeúnte, aunque también podría ser un nómada empedernido, un ser —individual o colectivo— de todas y ninguna parte. En este horizonte, el mochilero o el turista de gran hotel también podrían ser considerados viajeros, un viajero moderno, cuyo estatuto discutiré, brevemente, al final de esta exposición.

Si se me permite, podríamos decir que el viajero y, en específico, el viajar, es una experiencia universal, aunque no siempre valorada o apreciada socialmente. San Agustín condenaba la curiosidad o el ojo ávido de ver. La caída de Roma,



Figura 3. Tablillas de Gilgamesh. Urshanabi el barquero ayuda a Gilgamesh a cruzar el Mar de la Muerte

Fuente: Imagen de dominio público.

por los llamados bárbaros, quizás había desalentado el conocimiento sobre los otros. Las ciudades amuralladas consideraban sus entornos “salvajes”: pero, aun así, ya los hititas de hace tres mil años registraron en sus tablillas de barro cocido la historia de Gilgamesh y su viaje por el Mar de la Muerte, quien, con la ayuda del barquero, desafió la mortalidad. Los viajes al país de los muertos —o luego a los infiernos— serían un tema recurrente en muchas culturas; alcanzaría con la *Divina comedia* su consagración medieval, y lo encontraremos también en nuestra *Vorágine*, un viaje al infierno verde.

No obstante, en la tradición occidental, sin duda *La odisea* es nuestro texto más fundamental, con el que se instaura nuestra tradición de viajes, en esos extraordinarios episodios que acontecen cuando Ulises intenta retornar a Ítaca después del sitio de Troya. El relato de viaje se funde con la aventura, con la exploración de la experiencia humana, con la condición del hombre.

Estos viajes imaginarios tuvieron otras versiones y modalidades a lo largo de los siglos. No fueron tampoco exclusivos de las tradiciones orientales u occidentales. Los encontramos también en América, aunque de otra forma.

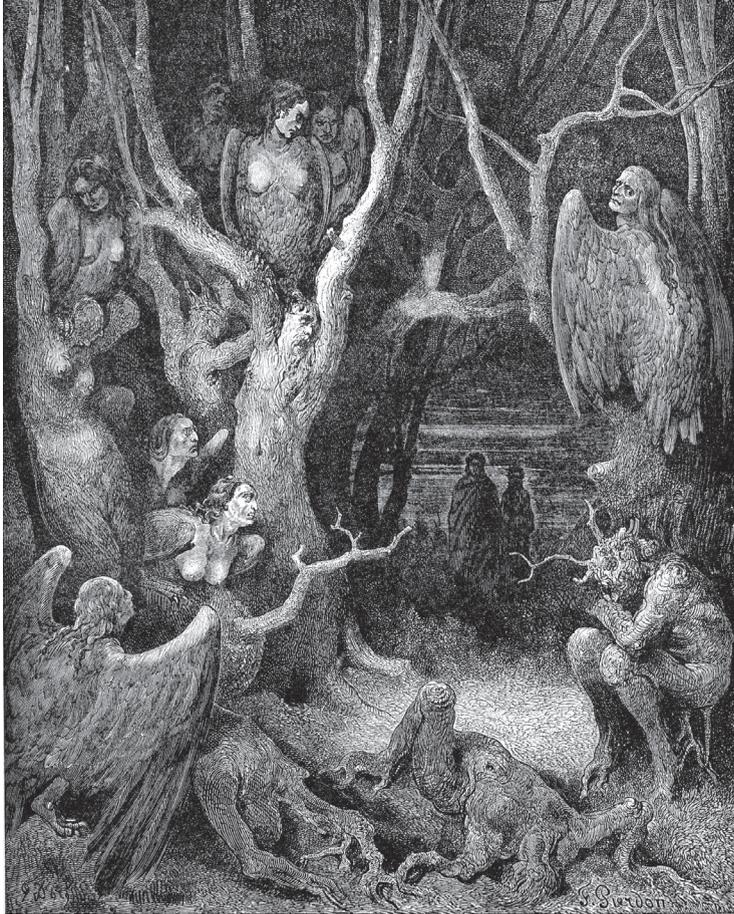


Figura 4. *Divina comedia*: el bosque de las arpías (o de los suicidios), el infierno. Gustave Doré, finales de 1800
Fuente: Imagen de dominio público.

Un jeque muisca comentaba al padre Simón su capacidad de viajar por las ciudades del reino después de consumir el yopo. Y los chamanes aún viajan con el fin de rescatar las almas de los enfermos, o se desplazan a las casas de los animales para negociar con sus dueños las presas de cacería. Pero dejo estos fascinantes viajes con el propósito de concentrarme en los más terrestres, realizados por ambiciones humanas de menor ambición, claro está, a esta escala.



Figura 5. *Ulysses and the Sirens*, Waterhouse, John William. 1891. National Gallery of Victoria, Melbourne

Fuente: Imagen de dominio público.

Los viajeros etnógrafos

Junto a aquellos viajeros que se desplazan al país de los muertos o buscan la inmortalidad, encontramos a los otros viajeros, por llamarlos de alguna forma, realistas, que por diversos motivos ya citados —religiosos (peregrinaciones), comerciales, conquista, conocimiento, aventura, etc.— se desplazaron más allá de sus fronteras y se enfrentaron a otros mundos posibles y otras alteridades hasta la fecha desconocidas para su sociedad (aunque quizá imaginadas en sus mapas o en sus cosmologías). A ellos los llamo *viajeros etnógrafos*, con la conciencia de que con ello estamos denominando a unos viajeros heterodoxos que fungen de historiadores, etnógrafos, biógrafos, naturalistas, comerciantes, espías, religiosos, aventureros, conquistadores, agentes de reinos y de imperios.

Por lo general, estos viajeros —en su mayoría hombres— vivieron de forma permanente (con algunas excepciones, como Marco Polo) en lo que María Luisa Pratt ha llamado *zona de contacto* de otras sociedades o culturas. Allí tuvieron en

mayor o menor grado una experiencia que puede ser descrita —siguiendo a la misma autora— como *transculturación*, la cual, de una forma u otra, se cuela —a través del viajero y su testimonio— en su propia sociedad.

No obstante, algunos fueron más allá de las zonas de contacto y entraron al *corazón de las tinieblas* y allí se transformaron en “salvajes”, como en la historia de Conrad con relación al río Congo, o se disiparon como etnógrafos en el personaje del Hablador. Su experiencia debe ser contada por otros en la forma de novela de viaje. En otros casos, el viaje fue —como ocurriría con Orellana y sus huestes al descender el río Amazonas, en 1542— una permanente sombra.

Estos viajeros recibirán este rótulo común por su praxis, no únicamente de viajar, sino por su práctica escritural, por narrar o por relatar —valga la redundancia— “relatos de viaje”, que de diversa forma los conectan con un referente: su ciudad, su comunidad, su civilización, aunque no retornen físicamente a su lugar de partida. En este ámbito, sus relatos penetran en los circuitos simbólicos del poder e influyen en las ideologías de sus sociedades, en sus vocaciones imperiales. Pero también abren otras puertas y ventanas, airean la sociedad, como se pone de presente en los *Ensayos* de Montaigne o en el *Cándido* de Voltaire, con razón llamados hasta cierto punto viajeros estáticos.

Pero los relatos de viaje son tan heterogéneos como los viajeros, y se expresan en cartas, historias, crónicas, diarios, novelas, fotografías, cine, etc. Los viajeros y los relatos de viajes son seres híbridos en cuyas narraciones sobre los otros se insinúan nuestros deseos, nuestras imágenes invertidas, o representan especies de anamorfosis de los encuentros culturales. También se expresan, como veremos, los imaginarios de nuestra época y sociedad, y en esta medida racionalizan sus intereses. Y a pesar de que no siguen los cánones clásicos, se impusieron como forma de representación.

En otros términos, el viajero es un narrador cuya experiencia de viaje se condensa en una tradición escritural y cultural, interesada por diversos motivos, por las curiosidades, por las *marabilia* medievales o por lo que algunos de sus hombres ven y viven allende sus fronteras.

En este sentido, el viajero forma parte de una red social más amplia que condiciona no solo su punto de partida, sino también los medios de navegación, la estructura de su propio viaje, los apoyos logísticos, la retórica y estructura de su escritura, la verosimilitud de su relato y —ya en campo— las posibilidades e interpretaciones de su acción. Forman parte de una verdadera red social, y una tradición literaria, de *exempla* de cómo escribir y narrar.

Examinemos brevemente al más célebre de los viajeros de la Edad Media, al gran Marco Polo. Su viaje a China, motivado por razones comerciales y diplomáticas, lo llevó a vivir en aquel país durante más de veinte años, bajo la protección del Kublai Kahn, en Pekín. Su relato nos describe algunas de sus experiencias por el Oriente y sus grandes desiertos. Su paso por el Medio Oriente, Persia y Afganistán. Los camellos —estos seres maravillosos que se arrodillan para recibir la carga— les permitían sobrevivir los pasos de los inagotables desiertos. Los tártaros y los palacios del emperador superan todo lo visto en Europa. Aquellos son grandes guerreros. Fuertes y valientes, toman leche de yegua o de burra e, incluso, ante la inclemencia hacen sangría de sus mismos caballos (como los nuer con relación al ganado en Sudán). El emperador aprecia los servicios de Marco Polo, le encomienda varias misiones, lo que le permite observar y memorizar todo lo que ve. Nos describe la existencia de Cipang, nombre que se le daba a Japón. Todavía en su lecho de muerte, sus allegados le preguntaban si era verdad lo que había descrito o si se trataba —diríamos hoy— de una fábula o una ficción.

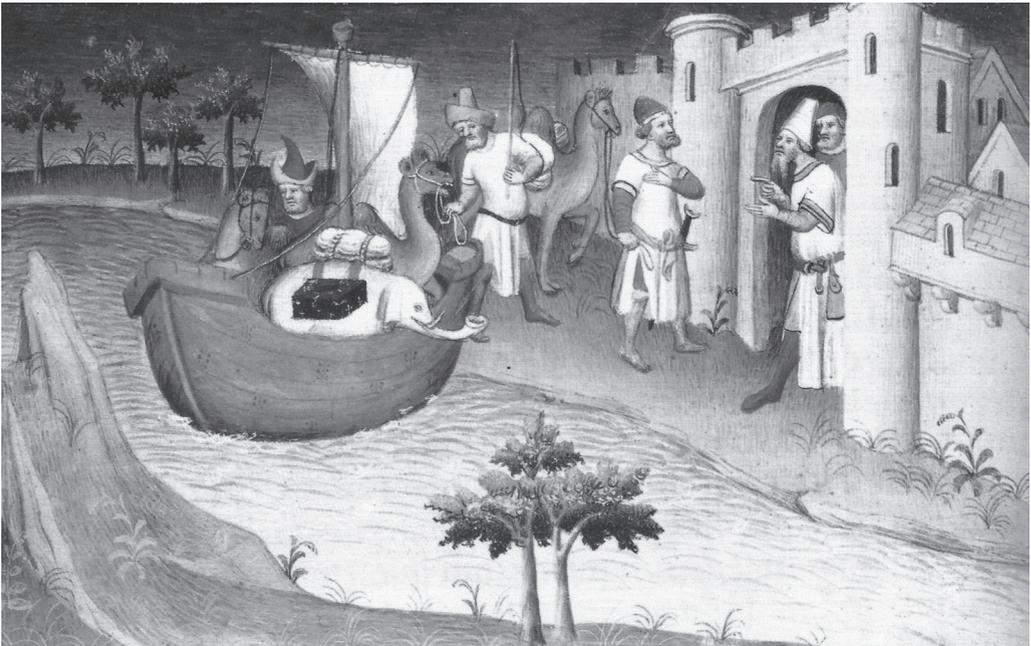


Figura 6. Ilustración del libro original de Marco Polo, *Las maravillas del mundo*
Fuente: Imagen de dominio público.

A no ser por su apresamiento durante más de un año por parte de sus enemigos genoveses, quizás Marco Polo hubiese permanecido mudo porque, como se sabe, fue su encuentro en prisión con Rusticello de Pisa lo que lo llevó, en 1298 (en una especie de coautoría), a dictarle sus memorias y componer su relato en lengua provenzal, llamado inicialmente *Descripción del mundo*, pero luego conocido como *El libro de las maravillas del mundo*.

Rápidamente pasemos al otro gran y extraordinario viajero, Cristóbal Colón, quien leyó y anotó el viaje de Marco Polo. Su experiencia de viaje quedó consignada en sus diarios, cartas y en otras historias de sus contemporáneos, entre otras, la historia efectuada por su propio hijo.

Por sus diarios de abordo, sabemos de las tensiones del viaje, los rumores de tumulto de los marineros, su determinación de no dejarse llevar a la muerte por los deseos de ese loco. Colón se vio obligado a tener un doble registro de bitácora de viaje y a manejar con prudencia y mano firme, a la vez, a su revoltosa tripulación.

Cuando regresa nuevamente a España, una tormenta amenazó sus naves, lo que lo decidió a escribir a Santangel —el 15 de febrero de 1493—, donde relata su experiencia allende la Mar Tenebrosa y en el rosario de islas que lo conducirán a Catay y a tierras del Gran Kan. Le cuenta que los hombres que ha encontrado no son monstruos: al contrario, son normales, e incluso sus mujeres, aunque morenas, tienen bella acatadura. Pero le habla de la existencia de unos caníbales que viven cerca de la isla de Matinio, a la entrada de las islas, donde viven las amazonas. También advertirá al rey de la existencia de oro y de potenciales esclavos, junto con hombres con hocico de perro.

Pero oigamos al gran navegante:

En estas islas hasta aquí no he hallado hombres monstruosos como muchos pensaban; mas antes es gente de muy lindo acatamiento: ni son negros como en Guinea, salvo con sus cabellos correndios, y no se crían a donde hay impeto demasiado de los rayos solares. Así que monstruos no he hallado, ni noticia [insiste], salvo de una isla de [Quarives] la segunda a la entrada de las Yndias, que es poblada de una gente que tienen en todas las islas por muy feroces, los cuales comen carne humana. Estos tienen muchas canoas con las cuales corren todas las islas de India [y] roban y toman cuanto pueden. Ellos no son más diformes que los otros; salvo que tienen en costumbre en traer los cabellos largos como mujeres... Estos son los aquellos que tratan



Figura 7. *Salida del puerto de Palos*, Evaristo Domínguez

Fuente: Imagen de dominio público.

con las mujeres de Martinino que la primera isla partiendo de España para las Indias, que se falla, en la cual no hay hombre ninguno. Ellas no usan ejercicio femeníl, salvo arcos y flechas... (Colón 1892, 194-195)

En estos casos, como en la mayoría de los viajeros, este arrastra consigo su propia sombra —para parafrasear a Nietzsche—; pero esta vez por cuanto su ojo y sus sentidos están empotrados en una cosmovisión propia de su época. La experiencia misma de viaje genera una especie de conexión entre la identidad personal y social del viajero y su experiencia, entre ellos y sus lectores: el relato de viaje crea una suerte de atmósfera dramática en la que peligros del caminante susceptible de ser asaltado, abandonado por sus guías, sometido al hambre o al frío, o, en el caso de Colón, a las vicisitudes del marinero en riesgo siempre de caer en manos de piratas o de naufragar, cautivan al lector.

A principios del siglo XVI, el viajero y el relato de viaje estaban ya constituidos como práctica cultural, y quizás en concomitancia con la formación del sujeto moderno en la Edad Media del siglo XII (como lo sostendría Le Goff al observar el nacimiento de la confesión privada), lo que acontecía en la subjetividad del viajero era relevante en la narración y en la captura de sus potenciales lectores, en

un balance frágil entre la narración etnográfica de la otredad y la autobiografía. En este sentido, el viajero —ya sea medieval o de la transición a la modernidad— plasma su experiencia personal y funda su autoridad (el yo vi, yo estuve ahí, yo oí) sobre la veracidad o al menos la verosimilitud de las observaciones sobre las *marabilia*; atrapa al lector que, en alguna medida, puede recrear en su propia subjetividad las aventuras allende los mares o en la tierras del islam o de la India.

Aunque en grado variable, muchos viajeros, ya como misioneros y conquistadores, adquirieron la capacidad de comprender el punto de vista del otro —aunque a veces malévolamente—. Y con la difusión de las artes de la imprenta contaron con el apoyo de los grabadores para difundir sus relatos y experiencias. El manejo de esos símbolos —además de las armas de fuego y las enfermedades, de la apetencia de las mercancías y las rivalidades entre los mismos indígenas— les permitiría conquistarlos.

Los dilemas de los viajeros ilustrados

En la segunda mitad del siglo XVIII, los viajeros experimentaron una transición bajo la influencia, o surgimiento, de la ciencia natural y el proyecto linneano. La tarea fue clasificar la naturaleza, describir al mundo a través de lo que Santiago Castro ha llamado la *hibris del punto cero*. Los naturalistas recorrieron el mundo —América, África y otras regiones— para inventariarlo y evaluar sus recursos para los imperios. El libro de viaje se transforma en una relación objetivista en la que la *naturaleza* se convierte en protagonista y cede, en gran medida, la preocupación por describir las zonas de contacto y las subjetividades del viajero. Ahora el viajero tiene como propósito medir el mundo y lo recorre armado de instrumentos que le permiten captar el clima, las montañas, las posiciones de las estrellas (Venus), registrar y clasificar las plantas. La antropología del Siglo de las Luces también seguirá esta senda. Los hombres fueron descritos también en términos linneanos y sus sociedades fueron consideradas no coetáneas con la europea. Para ellos representan otro tiempo, en el mejor de estos casos, el pasado europeo.

Aun así, en la segunda mitad del siglo XVIII el relato del naturalista objetivista coexistirá con el viajero “cronista”, que describirá un nuevo tipo de experiencia —aquella relacionada con la exploración del interior del continente africano— en la que los autores son los propios héroes de la narración y parte de su narrativa se centra en registrar y transmitir sus variables sentimientos, además de generar



Figura 8. Imagen tomada del libro *Travels in the Interior of Africa*, Mungo Park, 1799

Fuente: Imagen de dominio público.



Figura 9. Mungo Park

Fuente: Imagen de dominio público.

un conocimiento destacado para las compañías de comercio. Este es el caso de Mungo Park quien, apoyado por la Asociación para el Descubrimiento del Interior de África, explora y nos describe por primera vez el río Níger y sus sociedades en *Travels in the Interior of Africa* (1799). Por la misma época, el irlandés John Gabriel Stedman arriba a Surinam para participar en la lucha contra los cimarrones alzados en armas y describe las plantaciones holandesas y su horrendo sistema de esclavos. La crónica de Stedman, *Relato de cinco años de expedición contra los negros rebeldes de Surinam*, también es una pieza heterogénea, pero igualmente llena de

interés sentimental. Por ella sabemos de sus amores con una esclava, que él mismo compra, y el fracaso de su unión ante la negativa de ella para regresar a Inglaterra.

También, a principios del siglo XIX, Humboldt y Bonpland establecen un nuevo modelo de viajero, una nueva forma de escritura de viajes que marca el “género” durante gran parte del siglo. Darwin admiraría a Humboldt y atribuiría en gran parte su famoso viaje en el *Beagle* a su influencia.

Asimismo, veremos la aparición, casi por primera vez, de las mujeres viajeras que describen su experiencia africana. Por ejemplo, los relatos de Anna María Falconbridge, esposa de un médico de barcos de esclavos en Sierra Leona (1802), quien describe también su condición de esclava de su difunto esposo, o los de Sara Lee sobre su esposo entre los ashanti.

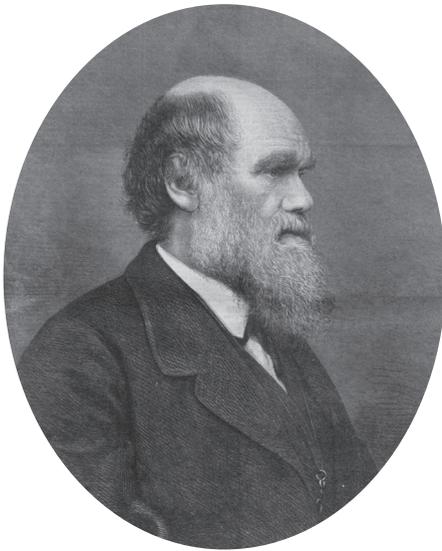
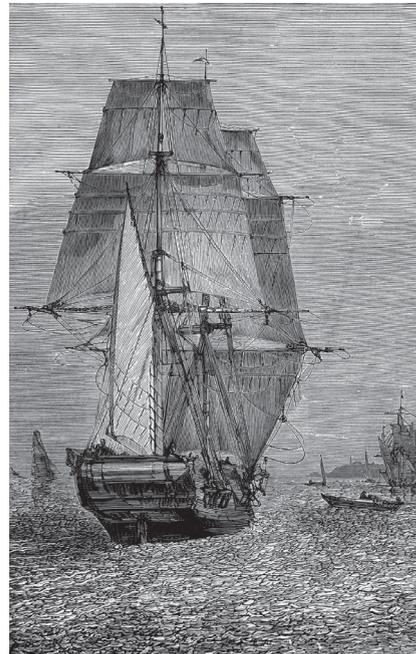


Figura 10. HMS Beagle y Charles Darwin
Fuente: Special Collection and Rare Books,
MU Libraries, University of Missouri.
Imágenes de dominio público.



A finales del siglo XVIII, los viajeros se habían, por así decirlo, profesionalizado. Formaban parte de una red editorial —con sus propios revisores, ilustradores y “embellecedores” de libros—, y si no podían vivir completamente de sus libros, al menos lograrían obtener ciertas ganancias. Esta situación se acentúa a lo largo del siglo XIX cuando muchos de ellos esperarían ver financiadas sus empresas, en parte por la venta de sus libros y colecciones de plantas y, un poco después, por el apoyo de los museos (que, a su vez, compraban sus colecciones). Grandes revistas francesas, como le *Tour de Monde*, o *Globus*, en Berlín, divulgaban periódicamente los informes de los grandes viajeros en América, China, Asia, los mares del sur, etc. Para ese momento, también había surgido un género que hoy podríamos llamar *novela de frontera* —bajo una influencia romántica— que daba cuenta de las situaciones en las zonas de contacto.

La segunda mitad del siglo XIX es, entonces, testigo de las publicaciones de Julio Verne, el gran escritor de libros de viaje de aventuras y ciencia ficción, cuya obra influye y es el caldo de cultivo —junto con otras grandes obras de viajes, por ejemplo, *Los mares del sur* de Robert Louis Stevenson— de las generaciones de la vuelta del siglo XX. En conjunto, son fuente de inspiración para otro tipo de viajero: el etnógrafo profesional, cuyo perfil dejó de lado y cuyo propósito —para no denigrar de él— será ir, mediante la investigación intensiva local y el aprendizaje de la lengua, más allá de la zona de contacto (lo que lograría de forma fascinante el ya citado Malinowski, al colocar su tienda de campaña en el centro de la aldea de Omakana, salir a recorrer los jardines de los trobriandeses y darse cuenta de que la observación prolongada permitiría, como aconteció con Marco Polo, ir más allá de la zona de contacto, para el caso: las casas de los misioneros).

La experiencia colonial, por otra parte, llevó a que, en este caso, los nativos viajaran a Europa para formar parte de los zoológicos humanos, recientemente creados en Berlín, París, Londres y otras ciudades capitales.

Entre el turismo y el viajero espacial

En 1955, Claude Lévi-Strauss publica su célebre *Tristes trópicos*. El gran etnólogo de la segunda mitad del siglo XX inicia su texto con una declaración: “Odio los viajes y los exploradores”, aunque su libro es, ante todo, un libro de viajes por Brasil y otras regiones del mundo. Quizás lo que le había chocado a Lévi-Strauss era que en las regiones más remotas del planeta se encontraban tristes los trópicos, en el sentido de que la huella de Occidente estaba siempre presente o, en otras

palabras, ellos eran reflejo en cierta medida de Occidente. En los términos del viaje se encontraba consigo mismo, con la impronta con frecuencia negativa del otro colonizado. El riesgo de la experiencia transformadora del viaje, *Je est l'autre*, estaba ausente; “en el otro me encontraba siempre yo, el yo colonizador”. El viajero y el viaje, en el sentido clásico del término, el viaje como exotismo, según el connotado intelectual, habían terminado, o al menos estaba en proceso de extinción. Pero quizás no se ha extinguido, sino transformado, y aún existen mundos posibles que deben ser, y son, recorridos y narrados.

Quizás la del turista sea otra forma de ser viajero, de hacer un viaje domesticado, en el que se controla (en líneas generales) el riesgo propio de las zonas de encuentro; por otro lado, el viaje imaginario de la ficción literaria no ha perdido su atractivo: seguimos leyendo la literatura de viajes, se continúa produciendo una gran diversidad de novelas de viaje o incluso realizando viajes. En todas ellas, y en formatos muy diversos, esa mezcla singular de “realidad” y “ficción” siguen martillando nuestra imaginación. Esas experiencias que encontramos en los viajeros —y sus maneras de articulación con sus formas de conciencia— nos ayudan a imaginar lo que pasa fuera de las murallas de la ciudad letrada, o los otros mundos posibles que ya vislumbramos en los sueños o en las pequeñas pero extraordinarias cosas que nos sacuden del tedio de la vida ordenada (y supuestamente civilizada).

Como antaño, el *relato de viaje* continúa siendo un tipo de representación que no se deja clasificar y, quizás por ello, sigue ejerciendo atracción entre nosotros. Todavía los grandes viajeros nos emocionan: nos permiten recrear y vivir, aunque sea en nuestras poltronas o en el cine, la experiencia de una humanidad múltiple y diversa. Nos permiten tomar distancia frente a nuestro propio horizonte cultural, al mostrarnos cómo hombres y mujeres de carne y hueso —como nosotros— han vivido la vida de diferentes maneras y pensar quizás que nuestra civilización será sustituida por otras formas de cultura, que a los hombres y mujeres de las próximas centurias o milenios —si la guerra o la catástrofe ambiental lo hacen viable— les parecerá igualmente exótica.

Entonces, tal vez, ya habremos inventado la máquina del tiempo, y algunos podrán viajar a través de agujeros negros al tiempo pasado, cual viajeros etnógrafos de nuestra civilización. Quizás, también, nuestros conocimientos astronáuticos nos permitirán acelerar nuestra visita a otros mundos inteligentes, o seres extraterrestres lleguen de otras galaxias. Sin duda, tarde o temprano, otra generación de relatos de viajes aparecerá.

Bibliografía

- Carvajal**, fray Gaspar de. 1988. *The Discovery of the Amazon*. Editado por José Toribio Medina. Nueva York: Dover.
- . 2002. *La aventura del amazonas*. Editado por P. de Almesto y Alonso de Rojas; traducción de Rafael Díaz Maderuelo. Madrid: Dastin.
- Colón**, Cristóbal. 1968. *Diario de Cristóbal Colón. Libro de la primera navegación y descubrimiento de las Indias*. Prólogo de Gregorio Marañón. Extractado y manuscrito por Fr. Bartolomé de las Casas. Madrid: Cultura Hispánica.
- Leonard**, Irving A. 1992. *Viajeros por la América Latina colonial*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Lévi-Strauss**, Claude. 2006. *Tristes trópicos*. Introducción de Manuel Delgado Ruiz; traducción de Noelia Bastard. Barcelona: Paidós.
- Malinowski**, Bronislaw. 1975. *Los argonautas del Pacífico occidental: un estudio sobre comercio y aventura entre los indígenas de los archipiélagos de la Nueva Guinea melanésica*. Prólogo de James G. Frazer; traducción de Antonio J. Desmots. Barcelona: Península.
- . 1989. *Diario de campo en Melanesia*. Traducción y prólogo de Alberto Cardín; prefacio de Valetta Malinowska e introducción de Raymond Firth. Madrid: Júcar.
- Martínez**, Fabio. 2005. *El viajero y la memoria: un ensayo sobre literatura de viaje*. Cali: Universidad del Valle.
- Monod**, Jean. 1983. *Un rico caníbal*. México: Siglo XXI.
- Montaigne**, Michel de. 2010. *Los ensayos*. Editado por Catalina Garcés Ruiz. Medellín: Comfama Metro de Medellín.
- MU Libraries, University of Missouri, Special Collection and Rare Books**. "150 Years of *On the Origin of Species*: The Historical Journey from Specimens to Species to Genes." <http://mulibraries.missouri.edu/specialcollections/exhibits/darwin/introduction.htm>.
- Park**, Mungo. 1799. *Travels in the Interior of Africa*. Londres: Selbstverlag.
- Polo**, Marco. 1986. *El libro de Marco Polo: ejemplar anotado por Cristóbal Colón y que se conserva en la Biblioteca Capitular y Colombina de Sevilla*. 2 vols. Edición, traducción y estudios de Juan Gil; presentación de Francisco Morales Padrón. Madrid: Testimonio Compañía Editorial.
- . 1987. *La descripción del mundo*. Prólogo de Jorge Luis Borges. Barcelona: Orbis.

- Pratt**, Mary Louise. 2010. *Ojos imperiales: literatura de viajes y transculturación*. Traducción de Ofelia Castillo. México: Fondo de Cultura Económica.
- Voltaire**, François Marie Arouet de. 2010. *Cándido o el optimismo*. Traducción y prólogo de Pablo Montoya. Medellín: Universidad de Antioquia.

2. LIBORIO ZERDA Y SU VIAJE AL DORADO

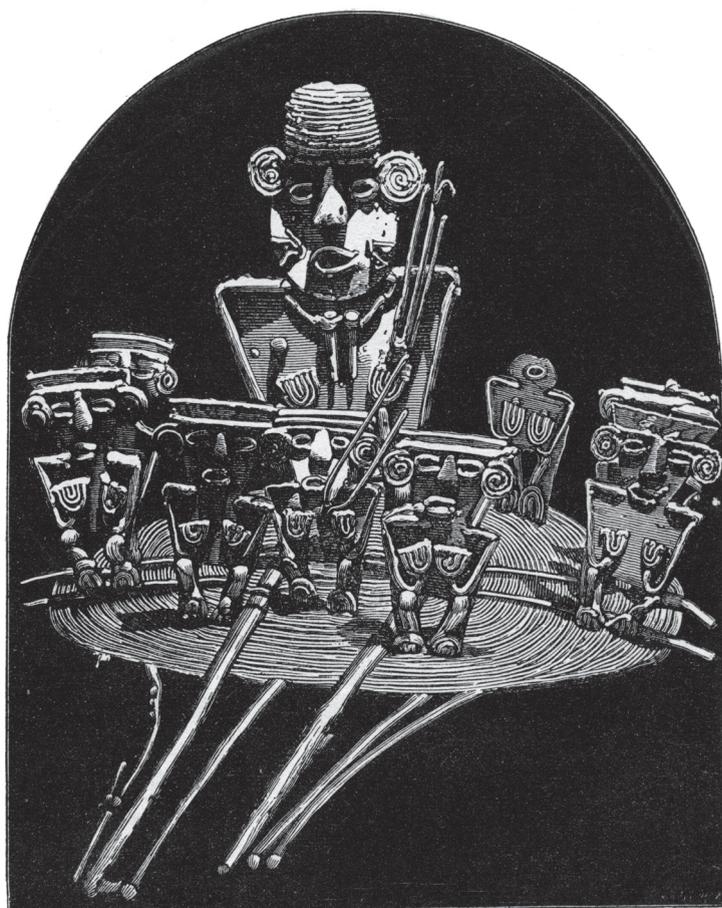


Figura 1. Balsa de Siecha. Grabado de Rodríguez
Fuente: *Papel Periódico Ilustrado* (Zerda 1882b, 208).

La relación con el mundo muisca ha sido, sin duda, ambigua y ambivalente desde los primeros años de la llegada de Gonzalo Jiménez de Quesada y sus huestes a la tierra fría de los muiscas o moscas. Ya en los años 1550, el autor del *Epítome del Nuevo Reino de Granada* (quizás el cosmógrafo del rey Alonso de Santa Cruz y no nuestro letrado Jiménez de Quesada como se creía inicialmente) describía a los muiscas o moscas del altiplano como una sociedad conformada, de cierta forma, por hombres de razón a la que destacaba incluso en el mundo americano, rodeada de hombres semibestiales —entre ellos los panches—, indios de guerra, indómitos guerreros, verdaderos cazadores de cabezas —trofeos humanos que guardarían en los boticarios de sus aldeas de las tierras calientes que rodeaban como un verdadero infierno, a las frías y apacibles montañas del interior de Colombia— (Millán de Benavides 2001; Pineda C. 2012).

Durante el siglo XVI, esta visión de los muiscas, en parte, es renovada por los cronistas franciscanos fray Antonio Medrano y fray Pedro Aguado, quienes —en su *Recopilación historial* (1956)—, además de condenar las cruentas acciones de los conquistadores, prestaron cuidadosa atención a la religión y prácticas ceremoniales muiscas, que no obstante su paganismo y supuestas manifestaciones demoniacas no dejaron de atraerlos y producirles cierta admiración. Años más tarde, la censura suprime en la obra de Aguado gran parte de sus acápites en torno al mundo religioso muisca, y a no ser por fray Pedro Simón, que los incluye en su crónica, sus testimonios habrían caído en el olvido (Hernández C. 2012).

No obstante, los años de la cruenta conquista de los muiscas y su dominación por parte de los encomenderos y autoridades peninsulares fueron acompañados también por febriles intentos de desecar la laguna de Guatavita por parte de comerciantes de Santafé —la capital del Nuevo Reino—, durante la segunda mitad del siglo XVI. Para extraer sus supuestos fabulosos tesoros de oro y esmeraldas, durante siglos allí depositados como consecuencia de la famosa ceremonia llevada a cabo en sus aguas por un cacique principal. Este, desnudo y recubierto de polvo de oro, navegaba en una balsa sus aguas, mientras que el séquito que lo acompañaba lanzaba al agua ingentes objetos orfebres y piedras preciosas, en el proceso de su consagración final de su cargo, tal y como lo asevera Juan Rodríguez Freile, nuestro gran y temprano cronista del Nuevo Reino, en *El carnero*.

Durante la Colonia, el imaginario en torno a la Laguna Dorada se mantiene intacto, e incluso en los primeros años de la República, algunos de nuestros ilustres fundadores —como el general Francisco de Paula Santander— también tienen interés en participar en su empresa de desecación y rescate de sus supues-

tos inmensos tesoros. En 1856, se intenta de nuevo desecar otra laguna dorada, esta vez la de Siecha, con el mismo propósito; incluso a principios de siglo XIX se reanuda este proyecto nuevamente en Guatavita. Y la tentativa de 1856 nos lega, entre otros, una supuesta balsa muisca que evoca para sus contemporáneos —y, como veremos, en particular para Zerda— la ceremonia del cacique Dorado, y refrenda, como un hecho cierto, su existencia.

Fuese o no real este imaginario sobre la ceremonia del Dorado en las lagunas del altiplano, la verdad es que esa imagen influyó en las mentalidades neogranadinas y luego republicanas, hasta nuestros días, aun en las mismas salas del Museo del Oro en Bogotá¹.

Por otra parte, y no obstante que durante la Colonia se recreó paralelamente una visión de los grandes caciques muisca como “tiranos” (Correa 2005), funcional con la dominación colonial, ya a finales del siglo XVII, el obispo Lucas Fernández de Piedrahíta elaboró una genealogía de los presidentes de capa y espada del Nuevo Reino de Granada que remontaba décadas atrás de la Conquista a los grandes caciques de la tradición muisca, y así estableció una especie de orden de continuidad con ese pasado, una especie de “patriotismo criollo” que quizás pueda situar su génesis en la obra de Aguado y en la mentalidad de frailes críticos de la realidad colonial.

Ya a finales del siglo XVIII, las plumas de José Domingo Duquesne y de Manuel del Socorro Rodríguez exaltaron a los muisca como grandes sociedades prehispanicas; este último las coloca a un nivel similar al de los aztecas e incas. Pero el siglo XIX —sobre todo a partir de la segunda mitad— consagra a la sociedad muisca como una especie de gran civilización que había sido, por otra parte, destruida por los “bárbaros españoles” (Guarín 2005). En esta labor de revalorización del pasado muisca contribuyen, entre otros, el coronel Joaquín Acosta (1848) y Ezequiel Uricoechea (1854), quienes de otra forma retoman la herencia de Aguado, Fernández de Piedrahíta, Duquesne y Rodríguez.

En este ámbito de exaltación de lo muisca debemos situar al médico Liborio Zerda y su libro sobre el Dorado, publicado inicialmente en sucesivos números —a partir de marzo de 1882 hasta julio de 1885— del *Papel Periódico Ilustrado*, fundado por Rafael Urdaneta, por cierto ilustre grabador y dibujante. El *Papel*

1 Una crítica de la significación de la balsa de Siecha se encuentra en Lleras (2009), aunque tampoco la demostración negativa efectuada por este destacado colega es, a mi juicio, satisfactoria.

Periódico abre sus páginas a diferentes crónicas y géneros, entre ellos diversos estudios sobre las antigüedades de los indios. Se caracteriza, como su nombre lo indica, por la presencia profusa de imágenes en forma de grabados de diversa naturaleza, y en el caso que nos ocupa, por la representación de lagunas, arte rupestre y artefactos cerámicos y orfebres o de otra naturaleza, e incluso momias y tumbas prehispánicas (algunas de ellas imaginadas o recreadas por el mismo Urdaneta).

Liborio Zerda, autor de *El Dorado*

Razón tenía doña Virginia Gutiérrez cuando sostenía que la importancia de un libro se calibra en el tiempo. Decía que veinte años era el mínimo para evaluar la trascendencia de una obra, ya que con frecuencia libros y ensayos son "luces



Figura 2. Figura 69 de la relación de *El Dorado*
Fuente: *Papel Periódico Ilustrado*, n.º 86, año IV,
226-228. Tomada de *El Dorado* (1947).

de bengala” que hacen ruido a causa de las posiciones políticas de los escritores o de los altavoces de sus editoriales, o los gustos cambiantes del público.

El libro de Zerda, *El Dorado*, publicado inicialmente en entregas periódicas en el *Papel Periódico Ilustrado* durante la década de 1880, y luego impreso en su forma definitiva, en 1947, es un buen ejemplo de un texto que ha superado con creces las dos décadas de prueba. Se ha reimpresso por lo menos en cuatro ocasiones y, recientemente, la Universidad del Rosario de Bogotá tomó nuevamente la iniciativa de reimprimirlo con un prólogo del antropólogo e historiador Luis Eduardo Rueda.

Pocos años después de su primera edición en Bogotá, el texto llamó la atención de Rubén Darío, quien le dio cierto espacio en su famosa revista modernista publicada en París a principios del siglo xx. ¿Quién era este autor? ¿Qué lo motivó a escribirlo? ¿Cuál era el contenido de su trabajo y trascendencia?

Digamos inicialmente que el texto, cuyo nombre evoca sin duda el mito del Dorado y que dedica destacadas páginas a los muisca del altiplano —siguiendo las vetas abiertas por el padre Duquesne, el general Acosta y Ezequiel Uricoechea—, trasciende el universo muisca para describir y analizar otras sociedades indígenas del Nuevo Reino de Granada; también indaga, como un etnólogo moderno, pertinentes problemas de antropología general —como la relación del hombre con los animales o el mundo de los muertos—.

En efecto, Zerda no solamente hace una especie de presentación anatómica de la sociedad muisca, sino que en alguna medida nos aproxima a sus formas de funcionamiento —a su fisiología— en diferentes ámbitos de su configuración sociocultural. Sus órdenes políticos, agrícolas u orfebres; sus formas de calcular el tiempo; su calendario; sus modalidades religiosas, con sus sacerdotes y templos, o sus prácticas orfebres, son allí descritos. Además, nos ofrece cierta disección de sus objetos ceremoniales y de su significación religiosa.

Asimismo, efectúa un completo cuadro de las prácticas de momificación y los usos funerarios de diversos pueblos aborígenes de Colombia y, como anotamos, de la relación entre las sociedades nativas y los animales; además de esbozar una teoría sobre los orígenes de las sociedades americanas, entre otros temas. Por otra parte, Zerda incluye relevantes documentos del padre Duquesne y también de Manuel María Vélez, que nos permiten leer otros aspectos de la historia de los muisca y de las prácticas de algunos de nuestros primeros anticuarios —hoy diríamos, antropólogos—.

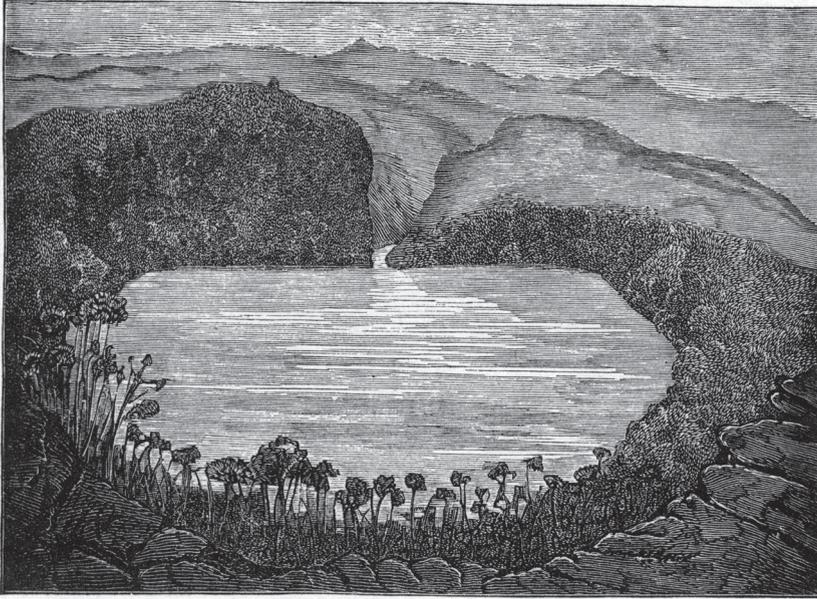


Figura 3. Laguna de Guatavita. Grabado de Barreto
Fuente: *Papel Periódico Ilustrado* (Zerda 1982b, 209).

En ese contexto, el libro constituye no solo una indagación original sobre los pueblos indígenas de Colombia en el siglo XVI, sino un gran esfuerzo comparativo, imbuido, entre otros aspectos, en la antropología evolucionista de su época y también en la etnología alemana. Zerda leyó concienzudamente a Edward Taylor y a John Lubbock, aunque también fue influido, como veremos, por Adolf Bastian, el fundador del Museo Real de Etnografía de Berlín.

¿Quién era este Liborio Zerda?

Nació en Bogotá, en 1834, y murió en la misma ciudad, a los 89 años, en 1919. Su vida y obra atraviesan casi todo el siglo XIX y representa, como pocos, al intelectual y científico colombiano por excelencia de la segunda mitad del siglo XIX, con sus cualidades y limitaciones, con su espíritu inquieto y diletante, con sus ambiciones políticas y sus complejas relaciones con una institucionalidad naciente.

Zerda estudió en el Colegio Mayor del Rosario, donde fue alumno del coronel Joaquín Acosta y del profesor francés Miguel Levy, de los cuales aprendió

geología, química y mineralogía. En 1853, se graduó de médico de la Facultad Nacional; dos años más tarde obtuvo el título de cirujano y médico militar. Su vida académica estuvo muy ligada al Colegio Mayor del Rosario, donde enseñó durante más de medio siglo, desde 1858 hasta 1918, un año antes de su muerte.

Muy joven fue cofundador de la Sociedad Caldas (1855) y de la Sociedad de Naturalistas Neogranadinos (1859), además de la Escuela de Medicina Privada (1865); y el 13 de enero de 1873 contribuyó al establecimiento de la Sociedad de Medicina y Ciencias Naturales, la cual editaba un boletín titulado *Revista Médica*, del cual Zerda fue durante algún tiempo redactor. También fue miembro honorario fundador de la Academia Nacional de Medicina (1891). En este sentido, fue lo que hoy llamaríamos un verdadero gestor de redes y grupos, en la difícil vida académica colombiana del siglo XIX.



Figura 4. Laguna de Siecha. Grabado de Franco
Fuente: *Papel Periódico Ilustrado* (Zerda 1982b, 209).

Asimismo, fue miembro correspondiente de la Real Academia de Historia de España (1884) y miembro de la Academia Colombiana de la Lengua y de Historia, entre otras sociedades. Con ocasión de las celebraciones del Primer Centenario de la Independencia, fue presidente honorario de una de las sesiones científicas organizadas durante este evento.

Desde otra perspectiva, fue rector de la Facultad de Medicina (1879), a la cual dio una gran proyección internacional. En 1892, Miguel Antonio Caro lo designó ministro de Instrucción Pública, un cargo que desempeñó durante cuatro años, periodo en el cual se expidió el Plan Zerda, que afectó la primaria, la secundaria y la educación superior. El llamado Plan Zerda fue un intento por poner en cintura la educación liberal y por retomar por parte de la Iglesia el control de la educación en general.



Figura 5. El Dorado: adoratorio de los aborígenes de Antioquia. Grabado de Crane
Fuente: *Papel Periódico Ilustrado* (Zerda 1982f, 360).

Encuentro con Adolf Bastian

El interés de Liborio por las antigüedades, y más específicamente por los muiscas, sus lagunas, ofrendas, ceremonias y vida en general, quizás se remonten a los años de estudiante del coronel Acosta en el claustro del Rosario. Acosta, como se ha anotado, hizo una breve pero magistral presentación de los muiscas en su citado compendio sobre la conquista y colonización del antiguo Nuevo Reino de Granada. Años después, el encuentro del joven médico Zerda con Ezequiel Uricochea quizás también reforzó su simpatía por las antigüedades de los indios, lo que llevaría a que, en 1873, el rector de la Universidad Nacional de Colombia le encomendara elaborar un concepto sobre los resultados del proyecto de desecación de la laguna de Siecha.

En su informe al rector, firmado el 22 de noviembre de 1873, Liborio manifiesta ya un lúcido conocimiento sobre la relevancia de las lagunas como lugares sagrados de los muiscas (como “adoratorios”) y resalta, luego del proceso de desecación, el gran interés de los objetos encontrados para la ciencia etnológica y para el Museo de Berlín —que ya para entonces merodeaba, como ha sido resaltado



Figura 6. Olla de Barro. Ofrendatario muisca. Grabado de Barreto
Fuente: *Papel Periódico Ilustrado* (Zerda 1982e, 337).

por Clara Isabel Botero, entre los coleccionistas colombianos y extranjeros— con el objeto de recolectar artefactos para sus colecciones en Alemania (Botero 2009).

Además, Zerda se atreve a conjeturar (más exactamente, a aseverar) que la ceremonia del Dorado, en verdad, se realizó en la laguna de Siecha (y no en Guatavita) en razón del descubrimiento, ya mencionado, entre los diferentes artefactos allí encontrados, de una pieza que representa la balsa del cacique muisca con su comitiva. Según su punto de vista, la descripción que de la laguna efectúa nuestro gran cronista Zamora se ajusta de forma más adecuada a la laguna de Siecha y no a la de Guatavita, entre otras razones.

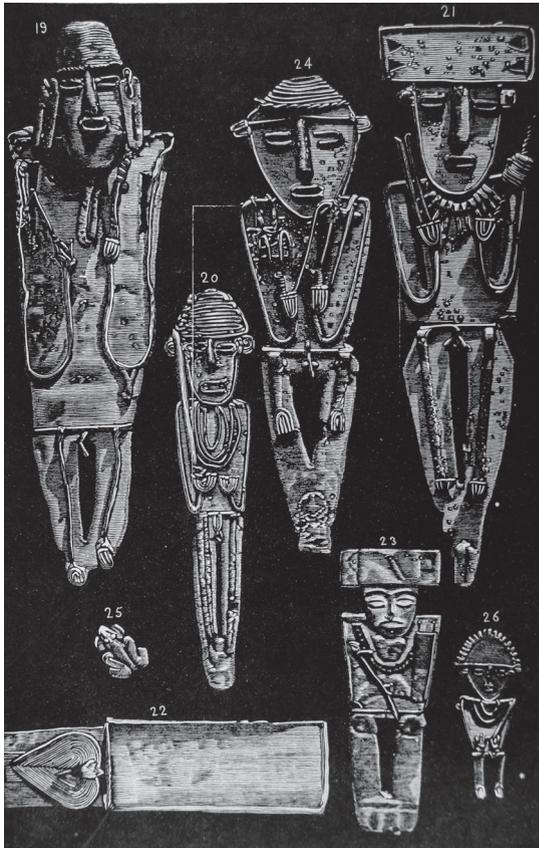


Figura 7. Figuras halladas en la olla de barro (ilustración anterior). Guaca cerca de Quetame. Grabado de Barreto. Fuente: *Papel Periódico Ilustrado* (Zerda 1982e, 336).

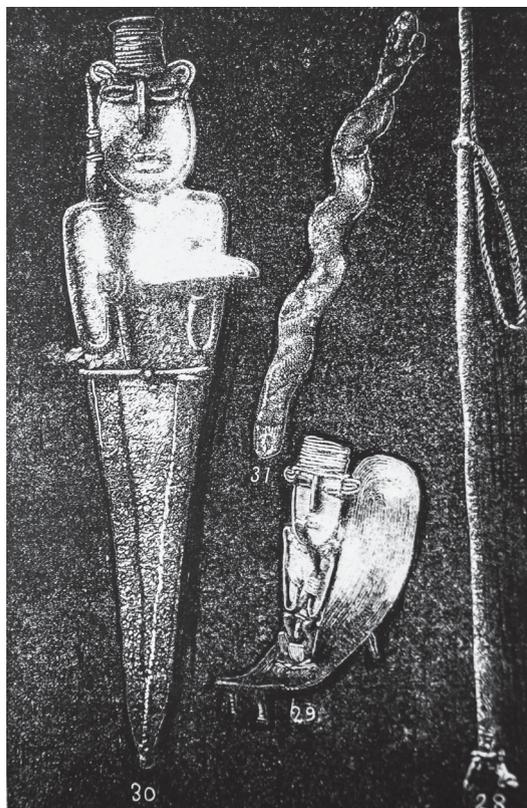


Figura 8. Tunjos de la guaca de Chirajara. Grabado de Barreto
Fuente: *Papel Periódico Ilustrado* (Zerda 1982g, 370).

Sin embargo, sospechamos que fue su encuentro con Adolf Bastian lo que detonó su inmersión en el mundo muisca y prehispánico de Colombia. En efecto, con ocasión de la venida de Adolf Bastian a Colombia, el 15 de febrero de 1876 se organizó una tertulia en la casa del ministro de su majestad el emperador de Alemania, en la cual el gran etnólogo alemán dictó una conferencia etnológica a la que asistieron el cuerpo diplomático y algunos ministros del despacho.

Allí Bastian explicó, entre otros aspectos relacionados con las culturas precolumbinas, aztecas e incas, el surgimiento de una nueva ciencia, la *ciencia etnológica y antropológica*, que revelaba el espíritu de una nueva época, y que —como las ciencias físicas— se fundaba en una metodología inductiva que había impactado

las ciencias históricas: "Desde la gran reforma, efectuada ya en todos los ramos de la física se ha adelantado ya el método inductivo hasta transformar los métodos históricos también, y de este modo nacieron dos nuevas ciencias, que anteriormente no eran conocidas, las ciencias etnológicas y antropológicas" (Bastian, citado en Zerda 1883h).

Y ahora ya no podía seguir pensándose que Europa o el mundo asiático representaban la historia universal (como lo creería Hegel) y era necesario abarcar a todo el orbe; el continente europeo no podía pretender ser la representación de la humanidad: "Ahora —sostenía Bastian— las miradas de la ciencia se han dirigido hacia todo el globo para estudiar y conocer las razas humanas, para conocer al hombre, al ser político según la expresión de Aristóteles, en todas sus fases y modificaciones, en todos los grados y en todas las transformaciones de su desarrollo" (Bastian, citado en Zerda 1883h).

Y en este camino del método inductivo, que sigue de lo simple a lo complejo, "el camino de los principios y del origen de los hechos, de las unidades simples a las compuestas"; las tribus más salvajes son de gran interés para la nueva ciencia etnológica y antropológica.

Colombia, espacio privilegiado por su acceso a dos mares, y su extraordinaria riqueza y variedad geográfica, no solo era un verdadero paraíso para mineralogistas, vulcanólogos, botánicos y zoólogos, sino que también contenía otros tesoros, "los documentos auténticos de su historia antigua", que revelaba una historia que cada vez más interesaba a los centros de estudio de Europa, París, Londres, Berlín, cuya paternidad en gran parte se debía al barón Alexander von Humboldt, quien había justamente llamado la atención para el estudio de la raza humana "de las tradiciones y antigüedades que existían en este nuevo continente" (Bastian, citado en Zerda 1883h).

Bastian recordaba, en su conferencia bogotana, que el método inductivo de la ciencia era en gran parte hijo de dos grandes movimientos de descentramiento que conmovieron el mundo: a) el descubrimiento de que no somos el centro del universo, de que somos un planeta más que erra por el universo, y b) el descubrimiento de América, la conciencia de la existencia de otras sociedades. Y si bien es verdad, según su punto de vista, que las sociedades orientales y europeas son más civilizadas, no menos importante es el estudio de todas las sociedades, incluso de las tribus más salvajes, porque la nueva ciencia de las sociedades, basada en el espíritu inductivo, debía abarcar —reiteremos— todas las sociedades del orbe.

Y estas ciencias nuevas —después de haber descubierto las civilizaciones sánscritas, de haber escrutado la China y el Japón— se han reorientado hacia América y, sobre todo, a sus grandes civilizaciones. Pero estas perecieron sin dejar un recuerdo de sus civilizaciones que pronto se olvidaron. Sus huellas se encuentran en “las antigüedades”, “conservadas debajo de la tierra”, verdaderas reliquias para el estudio del género humano (Bastian, citado en Zerda 1883h).

El médico Zerda, que lo escucha, entiende su mensaje. Se entusiasma. Bastian considera que se debe crear una sociedad de estudios etnológicos y antropológicos en Bogotá; le entrega una copia del discurso, en un acto que tal vez Zerda interpreta como una elegante petición para urgir su fundación. De hecho, en la reunión se anuncia la intención de crear la sociedad; pero quizás la guerra civil de 1876-1877 impide su establecimiento, como tantos otros conflictos impidieron la consolidación institucional, pues transformaron las universidades en cuarteles y caballerizas, destruyeron los incipientes laboratorios (entre ellos el muy moderno laboratorio de química de Levy) y, sobre todo, sesgaron la vida de campesinos y jóvenes universitarios que con valentía y entusiasmo de juventud consideraban una obligación moral y de honor defender los principios de los diferentes bandos (liberales o conservadores) que representaban. Allí se truncaron mentes lúcidas que hubieran dado brillo a Colombia.

A pesar de ello, el impacto del médico Bastian en el galeno Zerda queda ya hecho, y en los años siguientes nuestro médico se dedicó a leer crónicas, a auscultar quizás documentos que pasaban de familia en familia, a escribir la historia de las antigüedades de Colombia, pero también otros quedaron tocados por el discurso del etnólogo alemán. Por ejemplo, José Rufino Cuervo se decidió a entregarle una colección de antigüedades que antes había negado al etnólogo alemán.

Casi seis años después, Zerda publica, como se dijo, en el *Papel Periódico Ilustrado*, a partir del número 11 de marzo de 1882, una serie de ensayos sobre los pobladores indígenas prehispánicos de Colombia, que luego se recopilan, en 1883, con el nombre de *El Dorado*.

¿Por qué fue sensible, además de la filiación académica mencionada, al discurso de Bastian? ¿En qué medida el proyecto de Bastian, de una etnología general, lo motiva a preparar y escribir sus textos cobijados bajo el nombre de *El Dorado*, y a recuperar el hilo de la tradición sobre los muiscas representado por el padre Duquesne y los trabajos de Manuel Vélez? ¿Qué relación tiene ello con sus otros intereses científicos, con su vocación por la química, por el análisis de la chicha o por la vocación de otros médicos por el estudio de las plantas naturales?

La respuesta estriba, posiblemente, en una nueva mentalidad que, a partir del movimiento científico radical, se irradiaba entre la intelectualidad colombiana. Una nueva mentalidad que estaba ligada a la recepción de la medicina experimental —sobre todo francesa— que sacudía el pensamiento de los neogranadinos, más allá de su campo particular de estudio, y que permitiría una nueva conciencia que haría factible, entre otros, la creación de la comisión permanente y el viaje de Jorge Isaacs a La Guajira (como fruto de este recorrido se produjo el primer texto de etnología hasta cierto punto moderno en Colombia).

De manera concomitante, los “salvajes” prehispánicos o que se encontrarían en el Nuevo Reino de Granada en el siglo xvi también adquirirían cierto rostro, aunque fuese en un molde positivo evolucionista. No eran, simplemente, caribes o seres demoniacos. La explicación mosaica debía ser sustituida por un marco más amplio en el cual esas sociedades tomaban sentido a la luz de un proyecto más universal de comparar las diversas sociedades del mundo. En este sentido, Zerda intentó, durante casi diez años, aportar con sus escritos a esa nueva ciencia que emergía, en la cual la historia no se restringía a las sociedades con escritura o a las grandes civilizaciones del Viejo Mundo.

Desde el punto de vista del método, Zerda captó un mensaje reiterativo en los escritos de Bastian: si bien muchos de los indios americanos —y los “hombres naturales”, en general— carecían de escritura, era factible acceder a su pensamiento, a su “alma”, a través de la cultura material, siuviésemos la capacidad de leerla en sus diversas manifestaciones; aunque quizás esta posibilidad, en muchos casos, solamente podría ser de hecho realizada por futuras generaciones de etnólogos que encontraría en los museos de arqueología y enografía, llenos de miríadas de objetos, verdaderos archivos de la humanidad.

Y, en ese sentido, Zerda en particular lee con gran modernidad los diversos objetos muisca y de otros pueblos, y presta a lo largo de su obra una particular atención, por ejemplo, a los ofrendarios muisca y a sus diversos componentes que revelaban el sacrificio en la gavia, o a la misma balsa de Siecha u otras imágenes orfebres o cerámicas, como verdaderas manifestaciones de la vida religiosa y social de los muisca o de otros grupos².

2 Posiblemente Zerda fundó gran parte de sus análisis sobre la significación de las piezas arqueológicas muisca en la colección que Urdaneta poseía en su interesante museo, lamentablemente saqueado a la muerte del notable grabador y escritor (comunicación personal del historiador Jorge Enrique Gómez).

Sin duda, en ello también retomaba la tradición del padre Duquesne, que casi ochenta años atrás había interpretado también diversas figuras de batracios como manifestaciones del calendario muisca y que, por otra parte, había intentado penetrar en el sentido de las prácticas rituales del sacrificio muisca a través de las etimologías de los vocablos muiscas ligados a la ceremonia del sacrificio de los jóvenes en las gaviás o en las montañas como ofrendas al Sol.

Si bien no dejó de interrogarse sobre el origen múltiple de la sociedad muisca (a la que considera el fruto del encuentro de tres grandes corrientes americanas), también se dedicó a intentar estudiar sus estructuras de funcionamiento; en principio la percibió como una sociedad federal (que lo alejaba del modelo feudal de los cronistas) e intentó explicar con lucidez la influencia de la vida religiosa, sus sacerdotes y templos, en su dinámica social.

¿Intelectual de la Regeneración?

Pero Zerda, hombre de su tiempo, cedió a sus circunstancias. La Regeneración atrapó a este gran intelectual y lo convirtió en uno de sus grandes defensores, al designarlo como encargado del Ministerio de la Instrucción Pública. A medida que los años avanzaban, su filiación con el ahora nuevamente neotomista Colegio del Rosario se reforzaron, y quizás con ello una renovada relación con la Iglesia.

Es verdad que intentó sacudirse y en cierta forma siempre se mantuvo al día de los grandes descubrimientos de principio de siglo, entre ellos el radio y otros elementos radiactivos. Pero, que yo sepa, nunca retorna al estudio de la etnología, y los comentarios sobre los indígenas, sus contemporáneos, se tiñen, de nuevo, de prejuicios y alabanzas de la acción misionera. Aunque, hoy sabemos, siempre mantuvo una particular admiración por la sociedad muisca, como consta en su álbum, que reposa en el Museo Nacional, en el cual insertó un gran escudo de la sociedad muisca presumiblemente por él elaborado.

En otro contexto y ambiente institucional, quizás el médico Zerda se hubiese transformado en etnólogo y tal vez hubiese intentado hacer etnografía. Pero las bibliotecas eran escasas y para los bogotanos de entonces, salvo una que otra excepción, Monserrate era una verdadera muralla china; lo más lejos que se viajaba era a unas pocas horas a la redonda, en caballo, en carruaje o incluso en tren. La tierra caliente seguía siendo un espacio inhóspito y propicio para contraer tifo y otras letales enfermedades. Y ¿qué necesidad había de vivir entre hombres y mujeres considerados como “degenerados”?

Esto no obsta para que nuestro Liborio, en su discurso de ingreso a la Academia de la Lengua, ya en la postrimería de su vida, alabase la obra de los intelectuales de la revolución de 1810 y delinease un hilo de una ciencia nacional que debió romper con la madre patria para proyectarse, a pesar de las constantes dificultades, a lo largo del siglo XIX. En su discurso en las más hispanistas de todas las academias, no hubo nada de nostalgias sobre la madre patria, nada de alusiones propias del discurso "regenerador" o menos del presidente Caro.

Con lo anterior parecía que, a pesar de sus años de intelectual de la Regeneración, había mantenido la firme convicción de que, como diría Bastian, la física, a la que él amaba tanto, realmente había efectuado un verdadero cisma con la cosmología antigua. Y él, antes que un regenerador, fue un médico experimental, y con esos lentes intentó de nuevo ver el mundo y los nuevos hechos descubiertos por la ciencia positiva; desde la tribuna de la *Revista del Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario* se propuso divulgarlos y explicarlos, aunque debían reconciliarse las verdades de fe con las verdades derivadas del método inductivo.

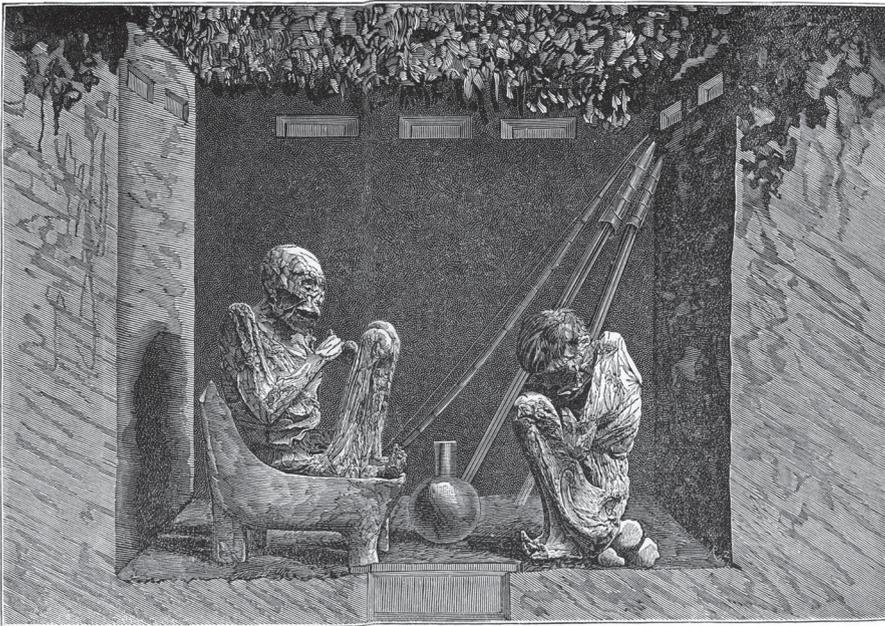


Figura 9. Sepulcro de los aborígenes de Antioquia. Dibujo de Urdaneta
Fuente: tomado de *El Dorado* (1947).

A los pocos años, y de cierta forma en los coletazos de la Regeneración, Vicente Restrepo intenta “denigrar” de los muisca. Al contrario de Bastian —quien creía que eran realmente una sociedad de gran interés etnológico, una peculiar combinación de barbarismo con civilización—, los muisca parecían más bien una sociedad sobrevalorada por Duquesne y sus sucesores, aunque es justo también reconocer el esfuerzo del ingeniero Vicente Restrepo T. por exaltar el estudio de las antigüedades neogranadinas.

En el nuevo contexto ideológico de la Regeneración, contrario a la idea de una civilización muisca, los textos de Liborio Zerda batallaron por el interés de entender a los indios de Colombia, de los Andes o de las Tierra Bajas, del siglo XVI, con verdadera pasión, porque no obstante sus diversos grados de “salvajismo” formaban parte fundamental de la comprensión de la historia de la humanidad, como las grandes civilizaciones del mundo.

En síntesis, su viaje a las fuentes coloniales y el estudio de las antigüedades de los indios nos permitieron no solo revisitar el Dorado, o exaltar la civilización muisca, sino que se adentraron en el aún complejo y laberíntico estudio de las experiencias históricas de los hombres americanos del antiguo territorio del Nuevo Reino de Granada.

Bibliografía

- Acosta**, Joaquín. 1848. *Compendio histórico del descubrimiento y colonización de la Nueva Granada en el siglo XVI*. París: s. e.
- Aguado**, fray Pedro. 1956. *Recopilación historial*. Bogotá: Empresa Nacional de Publicaciones.
- Banco de la República**. *Galería Cultural*. s. d.
- Botero**, Clara Isabel. 2009. *El redescubrimiento del pasado prehispánico de Colombia: viajeros, arqueólogos y coleccionistas, 1820-1945*. Bogotá: Instituto Colombiano de Antropología e Historia; Universidad de Los Andes, Facultad de Ciencias Sociales, Centro de Estudios Socioculturales e Internacionales.
- Correa**, François. 2005. “El imperio muisca: invención de la historia y colonialidad del poder”. En *Muisca: representaciones cartográficas y etnopolíticas de la memoria*, editado por Ana María Gómez, 200-226. Bogotá: Instituto Pensar, Pontificia Universidad Javeriana.
- Fernández de Piedrahíta**, Lucas. 1986-1987. *Historia general de las conquistas del Nuevo Reino de Granada*. Santander de Quilichao: Carvajal.

- Guarín, Oscar.** 2005. "De bárbaros a civilizados: la invención de los muisca en el siglo XIX". En *Muisca: representaciones, cartografías y etnopolíticas de la memoria*, editado por Ana María Gómez 228-246. Bogotá: Instituto Pensar, Pontificia Universidad Javeriana.
- Hernández C., María Eugenia.** 2012. "Fray Pedro Aguado y fray Antonio de Medrano y su visión del proceso de Conquista del Nuevo Reino de Granada". *Revista Republicana* (12): 293-321. <http://revista.urepublicana.edu.co/wp-content/uploads/2012/07/Fray-Pedro-Aguado-y-fray-Antonio-de-Medrano.pdf>.
- Humboldt, Alexander, barón von.** 1995. *Vistas de las cordilleras y los monumentos de los pueblos indígenas de América*. Prólogo de Charles Minguet y Jean Paul Duviols; introducción, traducción y notas de Jaime Labastida. 2 vols. México: Siglo XXI.
- . 2005. *Vistas de las cordilleras*. Traducido por Jaime Labastida y editado por Santiago Mutis. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.
- Langebaek R., Carl Henrik.** 2003. *Arqueología colombiana: ciencia, pasado y exclusión*. Bogotá: Colciencias.
- . 2009. *Los herederos del pasado: indígenas y pensamiento criollo en Colombia y Venezuela*. 2 vols. Bogotá: UniAndes.
- Millán de Benavides, Carmen.** 2001. *Epítome de la conquista del Nuevo Reino de Granada. La cosmografía española del siglo XVI y el conocimiento por cuestionario*. Bogotá: Centro Editorial Javeriano.
- Museo Nacional de Colombia.** 1917. *Catálogo general del Museo de Bogotá: arqueología*, editado por Ernesto Restrepo Tirado. Bogotá: Imprenta Nacional.
- . 1922. *Álbum de antigüedades neogranadinas: Liborio Zerda*. Bogotá: Museo Nacional de Colombia.
- Pineda C., Roberto.** 2000. "Demonología y antropología en el Nuevo Reino de Granada". En *Culturas científicas y saberes locales*, editado por Diana Obregón, 23-88. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.
- . 2012. "Los hombres bestiales de las tierras que arden". *Boletín de Historia y Antigüedades* xcvii (851): 727-756.
- Restrepo Tirado, Ernesto.** 1891. "Politeísmo chibcha". *Revista Literaria* (Bogotá) 2 (16): 267-277.
- . 1892. *Ensayo etnográfico de la provincia de los quimbayas en el Nuevo Reino de Granada*. Bogotá: Imprenta de la Luz.

- . 1912. *Los quimbayas: al Decimoctavo Congreso Internacional de Americanistas que se reunirá en Londres en mayo de 1912*. Bogotá: Imprenta Nacional.
- . 1914. “Los primeros habitantes de Cundinamarca”. *Boletín de Estadística de Cundinamarca* 1 (3): 153-162.
- . 1932. “Una petición del adelantado don Gonzalo Jiménez de Quesada sobre recompensas”. *Boletín de Historia y Antigüedades* (Bogotá) 19 (224): 634-636.
- Rodríguez Freile**, Juan. 1978. *El carnero*. Bogotá: Villegas.
- Rueda Enciso**, José Eduardo. 1985. “La antropología de la Expedición Botánica”. *La Tadeo* (Bogotá) 2 (12): 42-51.
- Urdaneta**, Alberto. 1968. *Papel Periódico Ilustrado*. Bogotá: Banco de la República.
- Uricochea**, Ezequiel. 1854. *Memorias sobre las Antigüedades neogranadinas*. Berlín: s. e.
- Vanegas**, Carolina. 2011. “La imagen arqueológica en la construcción de la imagen de la nación en Colombia: el álbum *Antigüedades neogranadinas* de Liborio Zerda”. *Antípoda. Revista de Antropología y Arqueología* 12: 113-138.
- Zerda**, Liborio. 1882a (1.º de marzo). “El Dorado”. *Papel Periódico Ilustrado* I (11): 176-178.
- . 1882b (15 de abril). “El Dorado II”. *Papel Periódico Ilustrado* I (13): 207-208, 210-212.
- . 1882c (20 de mayo). “El Dorado IV”. *Papel Periódico Ilustrado* I (16): 253-256, 258.
- . 1882d (1.º de junio). “El Dorado V”. *Papel Periódico Ilustrado* I (17): 277-279.
- . 1882e (10 de julio). “El Dorado VI”. *Papel Periódico Ilustrado* I (21): 339-343.
- . 1882f (20 de julio). “El Dorado VIII”. *Papel Periódico Ilustrado* I (22): 356-360.
- . 1882g (24 de julio). “El Dorado X”. *Papel Periódico Ilustrado* I (23): 369-373.
- . 1882h (2 de agosto). “El Dorado XI”. *Papel Periódico Ilustrado* I (24): 396-397.
- . 1883a (15 de abril). “El Dorado”. *Papel Periódico Ilustrado* II (38): 225.
- . 1883b (15 de mayo). “El Dorado”. *Papel Periódico Ilustrado* II (41): 276-278.
- . 1883c (25 de mayo). “El Dorado”. *Papel Periódico Ilustrado* II (42): 289-293.
- . 1883d (5 de julio). “El Dorado”. *Papel Periódico Ilustrado* II (43): 307-309.
- . 1883e (15 de julio). “El Dorado”. *Papel Periódico Ilustrado* II (44): 323-324.
- . 1883f (20 de julio). “El Dorado”. *Papel Periódico Ilustrado* II (45): 333-335.
- . 1883g (20 de julio). “El Tequendama y el mito chibcha”. *Papel Periódico Ilustrado* II (45): 338-340

- . 1883h. *El Dorado: estudio histórico, etnográfico y arqueológico de los chibchas, habitantes de la antigua Cundinamarca y de algunas otras tribus*. Bogotá: Imprenta de Silvestre.
- . 1884a (1.º de julio). "El Dorado: deducciones que se derivan de los manuscritos de Duquesne". *Papel Periódico Ilustrado* III (70): 355-359.
- . 1884b (1.º de octubre). "Descripción de algunos objetos indígenas". *Papel Periódico Ilustrado* IV (76): 58-60.
- . 1884c (1.º de octubre). "El Dorado" [Manuel Vélez]. *Papel Periódico Ilustrado* IV (76): 54-60.
- . 1884d (15 de noviembre). "El Dorado: el culto a los animales en las diferentes razas de la especie humana". *Papel Periódico Ilustrado* IV (79): 117-120.
- . 1884e. *Chirajara*. Bogotá: Imprenta Silvestre.
- . 1884f. "El Dorado" [Duquesne]. *Papel Periódico Ilustrado* III (66): 277-280; III (67): 298-299 y 302-303; III (68): 313-315 y 317-318.
- . 1885a (1.º de enero). "El Dorado y la conquista de los muzos: Liborio Zerda". *Papel Periódico Ilustrado* IV (82): 164-167.
- . 1885b (15 de marzo-1.º de abril). "El Dorado: estudio de las momias y las ceremonias fúnebres de algunos pueblos". *Papel Periódico Ilustrado* IV (86-87-88): 226-228, 238-239, 242-245, 260-263.
- . 1885c (15 de abril). "El Dorado: notas sobre el origen de los indios americanos". *Papel Periódico Ilustrado* IV (89): 277-279.
- . 1885d (1.º de mayo). "El Dorado". *Papel Periódico Ilustrado* IV (90): 292-295.
- . 1885f (15 de mayo). "El Dorado". *Papel Periódico Ilustrado* IV (91): 308-311.
- . 1885g (1.º de junio). "El Dorado". *Papel Periódico Ilustrado* IV (92): 324-327.
- . 1885h (15 de junio). "El Dorado". *Papel Periódico Ilustrado* IV (93): 340-343.
- . 1885i (24 de julio). "El Dorado". *Papel Periódico Ilustrado* IV (95): 373-376.
- . 1885j. *El Dorado y la conquista de los muzos*. Bogotá: Imprenta Silvestre.
- . 1886 (22 de agosto). "Hernán Cortés". *Papel Periódico Ilustrado* V (98): 29-30.
- . 1889a. "Estudio químico patológico e higiénico de la chicha, bebida popular en Colombia". En *Anales de la instrucción pública en la República de Colombia*, t. XIV, 3-36. s. d.
- . 1889b. *La ptomaina de la Chicha*. Bogotá: Imprenta de la Luz.
- . 1905a. "El radium y sus propiedades maravillosas". *Revista del Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario* 1 (5): 283-297.
- . 1905b. *El radium*, 1905.
- . 1917. *Visión y luz*. s. d.

- . 1947a. *El Dorado*. Bogotá: Cahur.
- . 1947b. *El Dorado*. Bogotá: Ministerio de Educación.
- . 1955. "Arqueología indígena colombiana". *Hojas de Cultura Popular Colombiana* (51): 33-35.
- . 1972. *El Dorado*. Bogotá: Banco Popular.
- . 2010. *El Dorado dentro de la tradición antropológica colombiana*. Editado por José Eduardo Rueda Enciso. Bogotá: Universidad del Rosario.

Apéndice

Se continúa buscando El Dorado³

El desagüe de la laguna de Siecha mediante canales de varios metros de profundidad y socavones a través de la roca arenisca, perforados con pico y pala, brocas, explosiones de barriles de pólvora y dinamita, tuvo durante decenios como objetivo principal apoderarse del “valioso depósito de oro y esmeraldas que los aborígenes de estas comarcas arrojaron” a las lagunas. La nueva búsqueda del Dorado, a finales del siglo XIX, se plantearía —según el siguiente testimonio— como estudio de nuestras antigüedades indígenas. Dicho planteamiento representa otros intereses, los de nuestra moderna investigación arqueológica.

(1873)
Informe del Doctor Zerda
sobre antigüedades indijenas

Señor Rector de la Universidad Nacional,

Bogotá, noviembre 20 dic 1873.

Con el objeto de cumplir con la comisión que el señor Rector me ha encargado, i para satisfacer, aun cuando sea en parte mui pequeña, los deseos del Instituto etnológico de Berlín, relativos a las antigüedades de nuestros indios, paso a hacer una breve exposición de los datos que he podido recoger. Estos son insignificantes comparados con el laudable propósito del Instituto; no obstante servirán de advertencia para despertar en el gobierno i en los amantes de las ciencias el interés práctico por este estudio incipiente en nuestro pais i que se debe proteger [...]

El desagüe de la laguna de siecha [...] no pasará desapercibido para la inteligencia de los accionistas que han acometido esta empresa, [...] el gran valor científico i real que los objetos que se encuentren tendrán para las sociedades etnológicas i en jeneral para el mundo científico [...]

3 Tomado del Archivo General de la Nación.

Los adoratorios más frecuentados eran las lagunas de Suesca, Guatavita, Siecha, Ubaque, Chingasa, Churuguaso, Fúquene, Tensacá i otras menos conocidas; pero la más celebre en la historia de estas rejiones i en la que los resultados obtenidos por los primeros que intentaron desaguarla confirmaron la opinión de los historiadores, es la de Guatavita; era, según la tradición, el adoratorio principal de los chibchas [...]

La laguna de Siecha fue también, como la de Guatavita i otras muchas, adoratorio que tuvieron los chibchas, donde practicaban las mismas ceremonias religiosas i hacían sus oblacones. La circunstancia de ser esta laguna de la naturaleza de las que ellos elejían como lugares sagrados, más los resultados obtenidos por las exploraciones que se han hecho de ella, confirman esta opinión. Sin embargo, los señores Joaquín i Bernardino Tovar i el padre Federico Aguilar opinan que en esta laguna era donde se verificaba la ceremonia del “Dorado”, i no en la de Guatavita, i fundan su opinión en las observaciones siguientes, que son las principales: 1ª la tradición conservada por un indio descendiente de los aboríjenes, quien la transmitió al señor Luis Tovar, bisabuelo de los autores de esta observación, i a quien dijo existía en esta laguna un venado de oro i muchas riquezas arrojadas por sus antepasados; 2ª que la descripción que hace el historiador Zamora de la laguna de Guatavita cuadra mejor con la de Siecha, porque Guatavita significa en idioma chibcha remate de cordillera, i la de Siecha está al S.O de Guatavita, en el límite de la cordillera; 3ª que los indios, naturalmente desconfiados, debieron ocultar a los españoles el verdadero lugar donde depositaron sus riquezas; 4ª que las riquezas del cacique de Chía fueron conducidas al oriente de este pueblo, i que precisamente hacia esta parte queda la laguna; 5ª que de la laguna de Siecha se han sacado oro, algunas esmeraldas, i objetos de oro fabricados por los indios; i 6ª que en contorno de la laguna se han encontrado figuras de barro cocido, representando a los indios en diversas actitudes [...]

Una de las piezas de oro más importantes de las que sacaron de la laguna de Siecha, en esta época, está representada en la fotografía que acompaña a este informe. Está compuesta de diez figuritas de oro: una central más grande, tiene en la cabeza un casquete o gorro i en la mano un tridente o especie de cetro; en el contorno hai nueve más pequeñas, i de estas una más pequeña que las demás, colocada delante de la central, lleva una canasta o saco de alambre a la espalda i un tridente en la mano: todas están colocadas sobre un disco de oro fundido, pero figurando una espiral de alambre sujeta por hilos más gruesos, soldados dos perpendicularmente sobre los otros dos: los hilos situados de atrás hacia adelante, se prolongan por esta parte i forman un haz con otros, soldados colateralmente.

Indudablemente esta pieza representa la ceremonia religiosa descrita por Zamora, es decir, al cacique de Guatavita rodeado de los sacerdotes indios sobre la balsa que los conducía al centro de la laguna en el día de la oblación. La figura más pequeña, que está delante del cacique; lleva la canasta de que he hablado, i probablemente representa algún dignatario encargado de llevar en esta la ofrenda real. Esta balsa de oro pesa 268 gramos i medio, i, según me he informado, de la laguna de Guatavita se han sacado piezas como esta, aunque de otras dimensiones i peso diferente [...]

El arte de fundir el cobre, la plata i el oro, no solamente fué conocido por los chibchas, sino que estos sabían también ligarlo en proporciones convenientes para soldar las diferentes piezas entre sí. En lo jeneral, el oro que usaron los chibchas debió proceder del Estado del Tolima i del de Antioquia i el Cauca, comarcas auríferas que cambiaban sus metales preciosos por la sal de Zipaquirá, sustancia indispensable para el nombre i que los indios sabían emplear. El oro del Tolima i el Cauca tiene una lei que varía entre 800 i 990 milésimos de fino, i la liga en su mayor parte es de plata; el de Antioquia sube a una lei superior i mui pocos son los objetos de los antiguos indios que tengan la lei del oro natural: por lo comun es inferior, por el exceso del cobre con el cual ligaban aquel metal. Estas operaciones no se pueden practicar jamás sino por la fusión i teniendo conocimiento de este arte.

La terminación del desagüe de la laguna de Siecha podrá darnos estensos conocimientos etnolójicos sobre los chibchas i sobre muchos puntos importantes que revelaran hasta donde llevo la civilización de estos pueblos [...]

Bogotá, noviembre 22 de 1873.

LIBORIO ZERDA.

DISCURSO DE BASTIAN TRANSCRITO POR LIBORIO ZERDA⁴

El 15 de Febrero del año de 1876, tuvimos el honor de ser invitados á una tertulia literaria en casa del Ministro de S. M. el Emperador de Alemania: á esta tertulia concurrieron personas de distinción; el Cuerpo Diplomático y algunos

4 Tomado de Zerda (1883h).

de los Secretarios de Gobierno. El objeto principal de esta reunión fue oír al señor Bastián, Vicepresidente de la Sociedad Etnológica de Berlín, en una magnífica conferencia etnológica que hizo, extendiendo sus conocimientos en la historia de la Conquista América, de la Geografía antigua y civilización del pale de los Incas, de los Aztecas y de los Cundinamarcas; en ella nos hizo palpar la importancia que las sociedades sabias dan al estudio de la arqueología prehistórica. El discurso que publicamos á continuación de estas líneas, fué la introducción a esta importante conferencia, y el autor nos hizo la distinción de confiárnoslo como un testimonio del deseo que abrigaba de que en Bogotá se fundará una Sociedad que se consagrara a los estudios etnológicos y antropológicos; pero desgraciadamente los acontecimientos políticos de entonces impidieron realizar esta idea.

El Profesor se expresó en los términos siguientes:

“Hace tiempo que estoy viajando en Colombia, en este gran país, el cual, en la anchura de la América, toca á los dos grandes mares, al Océano Pacífico y al Océano Atlántico. Pocas partes del mundo hay igualmente favorecidas como esta tierra rica, dotada por la naturaleza con innumerables dones y ofrendas. En los diferentes ramos de las Ciencias naturales ofrece tantas riquezas, que el territorio de la República de Colombia ha sido desde tiempos muy remotos, desde que la guerra de la independencia le abrió al libre concurso, un punto de afluencia para los naturalistas de Europa, para los Minerologistas, Botánicos y Zoólogos de los diferentes países del mundo antiguo y moderno, pues hombres eminentes de Inglaterra, de Francia, de Alemania, de la Unión Americana y de Colombia misma, han ilustrado la historia natural de este país.

“Pero estas ricas regiones contienen aun otros tesoros que la ciencia quiere descubrir: éstos son los *documentos auténticos de su historia antigua*, historia que durante mucho tiempo ha sido mirada con descuido e indiferencia mientras que ahora empieza a llamar la atención de los sabios de Europa y va formando un ramo importante de los estudios antropológicos y etnológicos.

“El interés que se ha despertado ahora por la historia de la antigua América, resulta de la nueva dirección que ha tomado el curso de la ciencia moderna. Antes el método científico consistía en seguir el camino de la deducción, preparado y cultivado en los tiempos clásicos por los filósofos Griegos y Romanos. Hoy reina otro método, el método de la inducción; y después que este último ha cambiado la faz de los diferentes ramos de las Ciencias naturales y de las demás Ciencias, hácese sentir también su influencia en los estudios históricos y dá su

verdadero valor á la historia de los pueblos, cuya existencia anterior parecía no tener significación alguna en las teorías especulativas.

“Entre tantos honores que adornan la memoria de Alejandro de Humboldt, resplandece también el mérito de haber apreciado la importancia que para el estudio de la raza humana, en sus ramificaciones diferentes, poseen principalmente *las tradiciones y las antigüedades* de aquellas naciones civilizadas, que se encontraban en el Continente Americano, al tiempo de su descubrimiento. Alejandro de Humboldt pertenece, si no á los fundadores por lo menos á los principales arquitectos de este templo cosmopolítico, en cuyo recinto domina ahora soberanamente la ciencia inductiva. Este mismo descubrimiento del Nuevo Mundo en el hemisferio occidental ha contribuido á establecer la base de esta ciencia moderna; pues su origen se hallaba envuelto y envuelto y confundido en las agitaciones de aquellas dos grandes revoluciones que al fin de la Edad Media cambiaron simultáneamente el sistema astronómico de los cielos y el sistema geográfico de la tierra. El hombre que hasta entonces había presumido ser el centro del Universo, glorificándose como tal, se vio súbitamente forzado á renunciar á su eminencia aislada, porque debía enrolarse en la serie de las otras existencias, obligado á reconocer que no es más que el habitante de una pequeña parte de uno de los innumerables planetas que ruedan en los espacios inmensos. La sabiduría del Viejo Oriente tendía á demoler las estrechas barreras de sus concepciones, porque en mares desconocidos en tiempos pasados, iban descubriendo nuevos continentes, y nuevos é innumerables pueblos entraban de repente en el horizonte histórico alumbrado por el alba de una nueva era, cuando vino el día de nuestros tiempos presentes.

“El desarrollo de las ciencias inductivas ha tenido un progreso sucesivo, en los primeros siglos, rápido e irresistible en los últimos decenios. En aquellas épocas que nunca había osado disputar el imperio absoluto de la deducción, las ciencias recibían su forma e influencia de la filosofía, la cual dictaba sus leyes á la naturaleza, haciendo derivar las particularidades reales de las generalidades especulativas, y construyendo un mundo imaginario, según las especulaciones y las fantasías del cerebro humano. Por el contrario, el método inductivo comienza cautamente con los principios arraigados en la misma naturaleza, él busca y junta de todas partes los materiales necesarios acumulándolos y aumentándolos; y fundándose en los hechos incontestables, la ciencia, guiada por la inducción, edifica ahora sus monumentos indestructibles, los pórticos de una escuela

universal, debajo de cuya cúpula la naturaleza misma enseñará sus leyes y cuantas generalidades se deban aceptar comprobadas.

“Desde la gran reforma, efectuada ya en todos los ramos de la Física, se ha adelantado el método inductivo hasta transformar los estudios históricos también, y de este modo nacieron dos nuevas ciencias, que anteriormente no eran conocidas: las ciencias etnológicas y antropológicas. Mientras que antes los estudios con respecto al género humano se limitaban á una especie ó verdaderamente á una sola parte de ésta; y se llamaba historia universal la historia de un solo continente, el de Europa, y una pequeña parte de Asia, ahora las miradas de la ciencia se han dirigido sobre todo el globo para estudiar y conocer las razas humanas, y al nombre, eso ser político, según la expresión de Aristóteles, en todas sus faces y modificaciones, en todos los grados y en todas las transformaciones de su desarrollo. Es verdad que en Europa y en aquella parte del Asia, que todavía se llama Oriente, el género humano ha alcanzado el más alto grado de la civilización; pero el método inductivo, apoyado en datos estadísticos, demanda una ojeada general, demanda integridad de los hechos que sirven á sus trabajos. Además, este método va siguiendo el camino de los principios y del origen de los hechos, progresando de las unidades simples á las compuestas, razón por las que estas naciones que viven bajo condiciones más sencillas, tales como las tribus salvajes, ofrecen un interés considerable y particular á los estudios de la Antropología y de la Etnología.

“Después que la ciencia ha extendido su esfera de acción sobre el resto de mundo antiguo, después que han entrado en el cuadro de la historia universal las Indias Orientales, en virtud de los estudios sanscíticos y de la cultura antiquísima de China y del Japón, se ha dirigido la vista al Occidente, á la América, á las Indias Occidentales, á la multitud de las gentes que en tiempos anteriores y aun ahora todavía poblaban y pueblan territorios inmensos en el Nuevo Continente, Principalmente se ha fijado la atención en estas naciones que al tiempo del descubrimiento del Continente Occidental, gozaban de una civilización y cultura que sorprendió á los Conquistadores mismos, pero que entonces no hubo ni la inclinación ni el tiempo suficiente para estudiarla. Careciendo estos pueblos de la escritura, perecieron sin dejar un recuerdo de sus tradiciones que pronto se olvidaron. Para restablecer y restaurar esa historia borrada y perdida, no hay más que un solo modo, u solo expediente, y éste continente *en la reunión de los únicos vestigios que han quedado de las antigüedades, conservadas todavía debajo de la tierra; ellas formaran reliquias preciosas para el estudio del género*

humano, si se incorporan en institutos científicos, en los museos de Europa y de América, para explicarse los unos con los otros por vía de comparación, que es el método más eficaz del método inductivo”.

Animados por las ideas contenidas en el interesante discurso del señor Bastian, procuramos desde aquella época reunir los datos históricos más importantes, relativos á las tribus y naciones indígenas que existieron en tiempo de la conquista, en las regiones equinoxiales de América. Hemos tratado de ordenar parte de estos datos en armonía con las descripciones de algunos objetos arqueológicos que hemos podido estudiar, encontrados en el territorio colombiano, y con las interpretaciones que más naturalmente se pueden deducir de ellos.

Este estudio que ofrecemos hoy á nuestros lectores, bajo la forma de un opúsculo, es el mismo que con el título de “El Dorado”, fue publicado en una serie de artículos en el *Papel Periódico Ilustrado*; en él hemos hecho algunas correcciones y adiciones importantes pero que no lo alteran sustancialmente.

CARTA DIRIGIDA AL AUTOR DE ESTE OPÚSCULO

Pau Basses Pyrénées, 16 de octubre de 1882.
16 avenue Porte-neuve.

Señor doctor Liborio Zerda-.⁵

Muy señor mío y estimado compatriota:

Muy sorprendido quedará usted al recibir carta de una persona que no ha tenido el gusto y el honor de conocerlo, pero espero de la benevolencia de usted, que excuse y disimule la libertad que me tomo.

En cuanto á mí no me es usted ya desconocido, porque he leído con mucha atención y complacencia los artículos que usted ha publicado, sobre la historia y los primeros habitantes de nuestra patria, materia en que yo me ocupé allá durante muchos años. Felicito á usted por lo bien que ha tratado la cuestión.

El principal objeto de mi carta es el de llamar su atención sobre las observaciones que yo he hecho durante tantos años, las cuales acaso no serán del todo

5 Tomado de Zerda (1883h).

inútiles, añadiéndolas á los vastos conocimientos que usted tiene ya en este asunto. Pero principio diciendo á usted que encontrándome ya en muy avanzada edad, y sufriendo varios achaques, que son una rémora para redactar bien y para escribir claro, usted ha de disimular, lo espero, lo que le escribo, sin pretensión alguna y puramente confidencial. A pesar de mi vejez, vivo muy ocupado y con la tarea, constante de una copiosa correspondencia.

Hace 27 años que estoy viviendo en Europa, y allá me ocupé constantemente en reunir recuerdos de los antiguos indios, consiguiendo al fin formar una colección de grande valor histórico y de mucho valor en dinero, sobre todo en alhajas de oro halladas en Antioquía: tenía cosas preciosas. Pero, cosa extraña, yo era la única persona en el país que se ocupaba de aquello y nunca, encontré cooperación sino de mi antiguo amigo el doctor Romualdo Cuervo, en los últimos años de mi permanencia en Bogotá, quien logró reunir una especie de museo, el que contenía cosas muy curiosas, aunque pobre en alhajas de oro. Hoy que el país está más adelantado, comienza á ocuparse en tan interesante materia, como se ve por los excelentes artículos que usted ha publicado.

Al expatriarme de mi país no sabía qué hacer de mi colección. Pensé, como patriota, en presentarla al Museo de Bogotá; pero temí, como era natural, que allá un día ú otro la dejaran perder. A esta suerte como que estaba destinada, por desgracia, pues que hoy no existe en mi poder casi nada, á causa, en mucha parte, de los contrastes de mi vida, demasiado accidentada. Sin residencia fija, siempre viajando durante 27 años, lo mejor que yo tenía me lo han robado; otras cosas las he regalado, y este ha sido el fin tristísimo de lo que recogí y acumulé durante tantos años.

Cuando principió la guerra entre Francia y Prusia, vivía con mi hija y mis nietos en una casa que habíamos tomado en París cerca del Arco del Triunfo, de donde salimos precipitadamente para escapar del sitio, casi, sólo con lo encapillado, sin pensar que la guerra y el sitio se prolongaran tanto. El Gobierno de París metió una compañía de Guardia móvil en nuestra casa. Estuvo, pues de cuartel durante el sitio, y perdimos casi todo lo que teníamos: ropa, alhajas, libros, etc., etc.

También desaparecieron de allí las pocas curiosidades que aún conservaba.

Comenzaré ahora á hablar á usted de algunas de las cosas que figuraban en mi colección. Tenía una especie de botella de oro fino, sumamente curiosa, grande, como de 20 centímetros próximamente, un poco plana, muy angosta de boca y con un pedazo de oro adentro. Debió ser cosa de idolatría y no para contener

líquidos, sino el grano de oro que hacía ruido y no podía salir. Hoy no habría en Colombia un platero capaz de hacer una cosa igual, tan graciosa y elegante. Fue hallada cerca de Angostura, en el antiguo cantón de Santa Rosa de Osos. En ese cantón es en donde se han hallado las más curiosas alhajas de oro, y sus plateros debieron ser los más hábiles. Usted habla de lo que han hallado en Yarumal, en el mismo territorio.

Tuve en mi colección un incensario de oro muy fino, liso y muy perfecto, de figura y tamaño de una naranja, no muy grande, con cuatro agujeros, tanto en la parte baja para quemar los perfumes, como en la tapa, para subir y bajar ésta á voluntad. Este incensario existe en París en poder de la hija del señor Barón Goury, á quien lo regalé.

Tenía también gran cantidad de argollas de oro y de tumbaga, de diferentes formas y tamaños, y un pectoral de oro muy fino, como en forma de águila de dos cabezas. Este se lo colocaba el indio guerrero en el pecho, como coraza, para preservarse de la herida de las flechas. Tenía en la parte superior un canal, por donde pasaba un alambre de oro, que se aseguraba en el pescuezo: esta curiosidad fue hallada en las cercanías de Medellín, en una huaca que encontró un pobre negro, con multitud de otras varias cosas, por valor de cerca de cinco mil pesos de oro. Entre ese depósito encontraron muchas mantas carbonizadas, consumidas unas y otras casi intactas, finísimas, de algodón mezcladas de plumas.

Los indios de Antioquia eran generalmente tejedores, y no hay huaca en donde no se hallen husos de piedra unos, de tierra cocida otros, con diferentes y variados adornos. Como éstos no tienen valor intrínseco alguno, no me fueron robados y conservo muchos.

Estos indios sepultaban sus cadáveres en un morro ó colina aislada en donde no pudiera penetrar el agua: sus sepulturas eran profundas, cuadradas unas, redondas otras. En el Sinú se sepultaban en túmulos, o pequeñas pirámides formadas de tierra y piedras, y en Cundinamarca, Boyacá y Vélez en cuevas en las faldas y rocas, disimulándolas ú ocultándolas con lajas de piedra.

Aun cuando ya los Españoles estaban en el país, los indios persistían en sepultar sus deudos con sus preseas en sus huacas; tengo de esto pruebas, pues que en una huaca en Hato Viejo, á dos leguas de Medellín, los que la explotaron no encontraron oro sino una herradura de un caballo, muy usada, la que debió perder algún Español y recogida por los indios se guardaba como alhaja preciosa.

Conservo también un cascabel de oro fino, encontrado en otra huaca en Antioquia, perfectamente bien hecho y con un pedazo de oro dentro para hacerlo

sonar. Y como los indios de Antioquia no trabajaban en cobre como los de Cundinamarca y Boyacá, para copiar los cascabeles de los Españoles lo hicieron con oro.

Creo, doctor Zerda, que una de las causas por qué los indios, sobre todo en Antioquia; no progresaban y permanecieran estacionarios en la barbarie, era principalmente por la bárbara creencia religiosa de sepultar á sus padres con todos sus haberes: sus armas, sus alhajas preciosas, sus herramientas, sus utensilios de pescar, su bajilla, todo, todo hasta con sus ollas de chicha, de suerte que los hijos tenían que comenzar á procurarse todo lo necesario: no se formaba, pues riqueza pública. En nuestra vida civilizada la herencia de los padres proporciona el bienestar de los hijos, y de ese bienestar y la riqueza acumulada nacen las artes, la civilización y la industria.

En todos los ídolos encontrados en Antioquia reina el arte egipcio: es decir, los brazos y las piernas unidos y pegados al cuerpo: nada parecido al arte griego que tiene las actitudes de los brazos abiertos y las piernas separadas.

En Antioquia, aunque no generalmente, tengo pruebas de que usaban la cremación, pues me fue presentado un cántaro sumamente elegante, de una loza muy fina, barnizado de rojo, con labores de otra sustancia, ó mineral blanco, y con figuras geroglíficas. Estaba lleno de las cenizas de una persona y con restos de huesos no enteramente consumidos por el fuego, é igualmente con la argolla de oro del difunto medio calcinada. Fue hallada cerca de la parroquia de San Vicente, cantón de Rionegro. Cediendo á los deseos de mi lamentado amigo su Eminencia el Cardenal Barilli, se lo regalé, y “hoy debe estar en algún museo de Ancona”, su patria.

Últimamente me envió de regalo, uno de mis parientes de Antioquia, una rana de oro fino, linda, perfecta, de bastante valor intrínseco (pesa 36 1/2 gramos). Es la primera rana que he visto de los antiguos indios de Antioquia. En Cundinamarca figuraba siempre la rana, como usted mismo lo observa. En el Tolima cuando se encuentran alhajas figuran siempre corazones de oro.

Una vez en Antioquia se encontró un cinturón de oro fino, pulido y dúctil, con sus agujeros en las extremidades para atarlo en la cintura. La mujer de un amigo mío se adornaba con él en algunas funciones.

Ahora paso á hablar á usted de mis investigaciones en Cundinamarca y Boyacá, y principaré diciéndole, que hace treinta, y tantos años escribí una carta á mi antiguo amigo, el sabio Boussingault, á París, refiriéndole algunos de los resultados de dichas investigaciones. Él tuvo la bondad de presentar mi carta á M. Jomart, Presidente de la Sociedad de Geografía de París, la que fue publicada en los Anales de dicha Sociedad.

Una, de las cuestiones de que trataba mi carta, y que someto á su ilustración y sagacidad es la siguiente:

Usted sabe que cuando invadieron los españoles á Cundinamarca y Boyacá, encontraron las naciones indígenas en un grado bastante avanzado de civilización, después de las de México y Perú. Los Caciques y Reyes vivían en casas grandes y cómodas, pero de madera y con techos de paja, lo mismo que el templo de Sogamoso; pero en éste emplearon maderas escogidas y olorosas: nada había de piedra. Ningún vestigio encontré en el sitio donde dice la tradición que existía dicho templo. Hice cavar y se encontró carbón, ceniza, restos del incendio y cornamentas de venados calcinadas.

Ahora bien, si aquellos pueblos, bien adelantados ya en civilización, no edificaban aun de piedra, nos toca examinar por qué descubrí en el Valle de Leiva, en un sitio que llaman el *Infiernito*, las ruinas de un templo, ó palacio, con 29 columnas todavía clavadas en la tierra, rotas todas, mutiladas, y la más larga del tamaño de un hombre de estatura regular, *cilíndricas*, muy bien labradas y clavadas en la tierra sin cimientó. Están a dos filas y a regulares distancias; las ruinas de este edificio tienen su frente al Oriente: las columnas son finas y de un grosor proporcionado. Esos restos mutilados hoy, debieron servir de cantera á los españoles después de la conquista, pues creo haber encontrado algunas columnas en algunos edificios de la decaída Villa de Leiva y en una tienda de esquina, en una casa de la plaza de Sutamarchán.

Pero no es esto todo, no lejos del *Infiernito*, en un punto del Valle un poco más elevado, encontré de 4 á 5 columnas, tendidas por tierra, como en círculo, cortas para su tamaño y tau gruesas que de un lado á otro no se podría ver un carro con sus bueyes. Todas tenían ó tienen una honda muesca en una de sus extremidades, de donde es claro que las amarraron los indios para conducir las allí de la cantera. Pero ¡cuánta fuerza y cuánta multitud de indios serían necesarias para arrastrar esas gruesas piedras! El número de ellas no puedo saberlo porque se me perdió la Revista de que he hecho mención antes y los datos que conservaba. Ellas, supongo, iban á ser labradas.

Que el edificio del *Infiernito* sirvió de cantera, lo creo, así como sucedió en Roma con el Coliseo, que hoy le falta una tercera parte, y cuando viví allí, me entretuve muchas veces viendo y examinando el Palacio de la Embajada Austríaca, en la plaza Colonna, edificado con las piedras extraídas de las paredes del Coliseo.

Añadamos á esto las dos grandes columnas que fui á ver y á examinar cerca, de la Villa de Ramiriquí, en un llano, á inmediaciones de la casa de teja donde

nació el doctor José I. Márquez. Son dos, largas y corpulentas. La una más grande que la otra, tendidas en el suelo y por su peso medio sepultadas. Son muy curiosas, octógonas, más gruesas en la mitad y gradualmente más delgadas hacia los extremos, y ambas con su honda muesca en una de las extremidades para arrastrarlas. ¿Por qué hay sólo dos y la una más larga que la otra? Perdí mis datos, como ya lo he dicho; pero si mal no me acuerdo, la más larga tiene poco más ó menos 15 varas de largo. ¿Estarían de tránsito ó irían á edificar en ese punto? Allí cerca, vivía el Cacique de Badanique.

Como usted se ha ocupado, con tan clara inteligencia, de la antigua historia de nuestro país, someto á su estudio esta interesante cuestión: Siendo cierto que cuando llegaron los españoles al Reino, sus Caciques y Reyes vivían en casas de madera y paja, ¿existió antes otra nación más adelantada, la que construyó los edificios cuyos restos descubrí? ¿O será que las naciones halladas en el Reino, adelantadas ya en civilización, principiaban á edificar de piedra?

He deplorado y deploro aún no haber visitado las ruinas de San Agustín, en los confines de la antigua provincia de Neiva. Tuve ese deseo y proyecto que jamás pude realizar. La mesa, que vulgarmente llaman de los *sacrificios*, de piedra, sostenida por cariátides, sus tigres, monos y estatuas de tamaño común, todo muy natural y bien labrado, parece indicar que aquello fue obra de una nación más poderosa y civilizada que la que encontraron allí los españoles, pues que hallaron también tradición de que años antes de la conquista, el país estaba densamente poblado, y que esa grande población fue casi del todo destruida por una terrible peste que reinó allí.

Cerca de la ciudad de Tunja, como á media milla de ésta, á un lado del camino que sube para el páramo de Samacá, con una vista magnífica de todo aquel país, existen dos monumentos labrados y adheridos á la roca viva, los que la gente del país llama *los cojines del diablo*. Son un poco más grandes que ruedas de molinos, redondos, planos y bien labrados. El uno un poco más grande que el otro y con una separación de veinte centímetros poco más ó menos. Pero con la singularidad de que de un lado cortaron lo que vulgarmente llaman un peinado, evidentemente para la comodidad de hincarse. Los indios dicen tradicionalmente que en el uno (el más grande), se arrodillaba el Rey, y en el otro la Reina á adorar el Sol al momento de su salida. Quedan exactamente mirando al Oriente y no hay duda que eran destinados al culto religioso. Allí también me arrodillé con ternura y reverencia.

Creo que conservo aún, en lo que existe de mi colección en piedra, el calendario de los antiguos indios, de que habla el ilustrado doctor Duquesne, y en el pueblo de Gachancipá, donde él fue Cura, existe lo que allí llaman un mono de piedra, corpulento: es un ídolo que está sentado ó en *cuclillas*, encontrado en un sepulcro por dicho doctor Duquesne, y que en la casa cural existe incrustado en la boca; de un horno de cocinar pan. El debería estar en el Museo de Bogotá. Yo quise llevarlo pero en aquel tiempo no encontré cooperación de ninguna especie.

Pasó ahora á hablar á usted del hallazgo que se hizo, ahora treinta y tantos años, en una falda muy pendiente de la cordillera, entre Gachantivá, pueblo extinguido del Valle de Leiva, y las minas de cobre de Moniquirá. Iba un indio con un perrito persiguiendo una zorra, y de repente desaparecieron la zorra y el perrito, porque se metieron por un pequeño agujero. El indio por recobrar su perro comenzó á cavar, y de golpe cayeron todas las piedras con que los antiguos habían tapado ó disimulado la puerta de una cueva, y lo primero que el indio vio en la puerta de ésta fue una momia, perfectamente bien conservada, sentada en una sillita baja y con arco y flecha en la mano y después multitud de otras momias y objetos varios. El indio espantado nada tocó por el momento. Avisó á sus amigos y compañeros, y volvió con ellos, dispersaron las momias y las trataron de un modo él más irreverente. Encontraron y sacaron maravillas, y tantas mantas finas de algodón que con ellas se vistieron los indios de ese territorio. Hallaron también alhajas de oro muy curiosas.

Cuando un señor Jiménez, amigo mío de Gachantivá, supo aquello, conociendo mi afición por las cosas antiguas, consiguió, ó salvó para mí, dos pedazos de manta, una sillita de madera, un arete ó pandereta de oro fino y curiosamente labrada, y un cráneo de venado, tan pequeño y diminuto como la calavera de un gato, ó poco más, con sus cuernos y cubierto de cera negra, acaso para su conservación, y otras pequeñas cosas. En el momento que supe aquel hallazgo, hice viaje expresamente de Bogotá á ver y á entrar á dicha cueva. Dos veces hice ese viaje, pero poco de interés había quedado ya allí.

Usted debe saber que el terreno seco y calcáreo de Boyacá tiene la cualidad de conservar los muertos y convertirlos en momias. Los antiguos indios los sepultaban en *cuclillas*, y para hacerlos tomar esa postura los ataban con una cuerda. Tuve una de estas momias tan bien conservada que se conocía el sexo. Era un indio, y conservaba hasta su cabello y tenía las señales y zanjas de la cuerda con que lo habían forzado á conservar aquella posición. Esta momia figura hoy en Londres, en el Museo Británico, y allí existe también el pedazo más grande que me regalaron

de la manta encontrada en la cueva: el otro lo conservo todavía. Esta manta es muy fina, de tejido diagonal, como las del Socorro, y con listas coloradas ya muy desvanecidas. Antes de pasar más adelante voy á hablar á usted de uno de los principales objetos de esta carta. Cuando me ausenté de Bogotá en 1856, dejé á guardar á mi amigo, doctor Romualdo Cuervo, mi preciosa sillita de madera, varios jarros, vasos y ollas de loza, ya de Antioquia, ya de Cundinamarca y Boyacá, y todos muy curiosos. Fue depósito, no regalo. Encargo, pues, y me tomo la libertad de suplicar á usted, que averigüe quién es la persona que heredó el pequeño museo del doctor Cuervo y reclame usted la sillita, que es mía. Quien quiera que sea, no debe dudar de mi palabra ni de la de usted; tanto más cuanto no reclamo aquello para mí, sino para usted, ó para el Museo de Bogotá, si cree que ya allá sepan conservar mejor estos objetos y recuerdos históricos.

Usted en sus escritos habla de otra silla de los antiguos, hallada no recuerdo en dónde. La mía es baja, de una sola pieza de madera, con el asiento cóncavo, para la comodidad de sentarse. Dos barrotes son la base y tiene cincelados y adornos ordinarios. Ennegrecida por la mugre, se ve que eran poco aseados nuestros antecesores. Salve usted del olvido, doctor Zerda, este precioso recuerdo.

La grande pandereta ó zarcillo de oro, tan curioso, lo regalé al doctor Cheyne, y pasó después al señor Logan. Él lo *llevó* á Inglaterra y no sé á quién lo cedería.

El cráneo de venado lo regalé en Inglaterra al sabio doctor Owase, uno de los hombres más célebres é ilustrados de Europa, como usted debe saberlo.

Conservo otro recuerdo sumamente curioso. Cuando mis compatriotas antioqueños emprendieron abrir un camino de Antioquia al Golfo de Urabá (un disparate y esfuerzos perdidos), el Gobierno nacional les concedió una compañía de soldados, que comandaba mi amigo Gutiérrez Lee. Haciendo la trocha, los soldados derribaron un grande árbol, que vulgarmente llaman allá caracolí, y en medio de él, en una especie de nicho, se encontró un botón de plata fina, de cierta magnitud y aplanado. Mi querido amigo Gutiérrez lo sacó con su mano y me lo regaló en Bogotá. Este encuentro es bien fácil de explicar. Los primeros españoles que penetraron en Antioquia, partiendo de Cartagena con caballería é infantería, y por entre los bosques, pasando miles de trabajos y privaciones, fueron Antonio César y después el Licenciado Badillo, como usted lo sabe. En el arbolito, pequeño entonces, quedaría prendido el botón de la casaca del español. Creció aquél, aprisionó el botón, y quedó éste adentro. El español sin apercibirse perdió su botón, el que después de tantas generaciones vino á mi poder.

La historia de este botón es tan curiosa que bien merece que figure en los escritos de usted. Así, pues, doctor Zerda, estoy pronto á mandar este objeto histórico para que se deposite, en el Museo, si usted lo cree conveniente, ó quede en poder de usted ó de personas interesadas en conservar recuerdos históricos. Enviaré también el retazo de manta y alguna otra cosa, si lo juzga oportuno.

La pandereta que tuve me hizo recordar la historia del cronista Herrera, donde están los retratos de los Reyes de Bogotá y de Tunja, adornados con sus grandes zarcillos ó aretes.

Es tiempo ya de terminar este fárrago, con que he fastidiado á usted, y de pedirle perdón por las incorrecciones en que tiene gran parte el estado de mis nervios.

Vaya usted al Valle de Leíva, y con más inteligencia y talento que yo, examine los monumentos de que le he hablado y publique algo sobre el asunto.

Verá usted un Valle risueño, de dulce y agradable clima; pero por la incuria de sus habitantes, en la más completa ruina⁶. La tierra deleznable se la han llevado las lluvias, y á lo que antes era fértil y abundoso no le queda ya sitio piedra, roca desnuda, y de trecho en trecho espinas. En Tunja reina la misma incuria y descuido. Están rodeados y estrechados de barrancos.

Como soy antioqueño, y antiguo propietario de minas, extraño más ese descuido. Esos estragos de las lluvias es muy fácil evitarlos, haciendo lo que en Antioquia llamamos *trinchos*. Es decir, clavando piedras un poco largas de trecho en trecho, como del ancho de una vara, atravesando el canal ó zanja que comienzan á formar las avenidas de las lluvias; cesa el daño, allí se detiene la tierra y se evitan esos hondos abismos, como los que se han formado en Tunja, y se evita el que desaparezca la tierra vegetal.

Paso aquí los 6 meses del invierno al lado de mi familia, y los otros 6 meses del año de cosmopolita, en París o viajando. En París mi dirección es 22 Avenue de l'Opera-Hotel des Deux Mondes.

Ofrezco á usted cordial y sinceramente mi estimación como su atento servidor y compatriota.

MANUEL VÉLEZ

6 Como se encuentran hoy las cercanías de Jerusalén y de casi toda Palestina por la torpe y estúpida tiranía de Turquía.

3. EL MUNDO INDÍGENA DEL VAUPÉS COMO UNA EXPERIENCIA ESTÉTICA: THEODOR KOCH-GRÜNBERG Y COMIENZOS DEL ARTE EN LA SELVA (1905)

Todos los objetos de la vida diaria, sin excluir los más simples y habituales, vienen a ser algo así como fantasía cristalizada.

Lev Semyonovic Vigotsky

Jamás se debe olvidar que, no obstante los diferentes grados de civilización, todos los seres humanos están inspirados por un solo espíritu, aun si, bajo la influencia de la cultura moderna, es a veces difícil penetrar el candoroso razonamiento de estos hombres de la naturaleza.

Theodor Koch-Grünberg

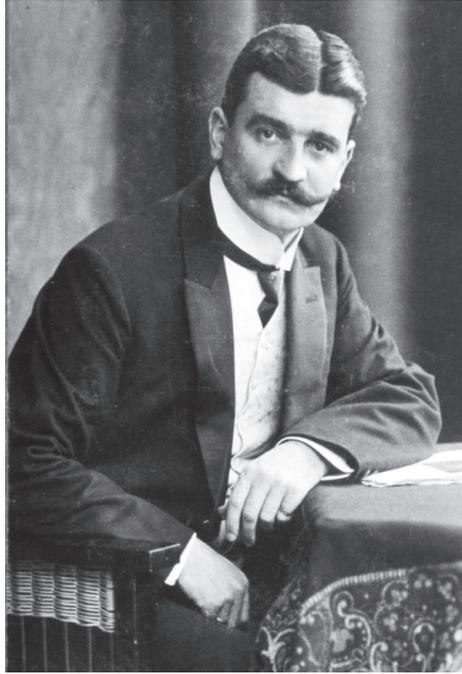


Figura 1. Theodor Koch-Grünberg, 1908
Fuente: Kraus (2002, 93).

A principios del siglo XIX, los naturalistas alemanes Johann Baptist Ritter von Spix (1781-1826) y Carl Friedrich Philipp von Martius (1794-1868) penetraron en la Amazonia, motivados, quizás, por los viajes de Alexander von Humboldt por el Orinoco y el canal del Casiquiare. Martius, en particular, ascendió el río Yapurá (Caquetá) hasta los hoy llamados chorros de Araracuara, en el medio Caquetá colombiano, y nos legó un singular relato de viaje sobre los indios de la región de Araracuara-Cupatí, en el bajo Caquetá colombiano, así como descripciones de su arte rupestre en el raudal de Araracuara.

A partir de 1884, otro grupo de etnólogos alemanes visitó de nuevo la Amazonia, en el ámbito de un renovado proyecto de estudios etnológicos, forjado, entre otros, por Adolf Bastian —fundador del famoso Museo Real de Etnografía de Berlín, en 1873 (hoy Museo de Etnología)—. Por entonces, las élites de Berlín y otras ciudades alemanas expresaron un particular interés por los pueblos del mundo, allende sus fronteras, en particular por los “pueblos naturales”, como se denominaron los pueblos ágrafos.

En ese contexto se forjó la etnología alemana, que adquirió un derecho propio como campo académico, bajo el epíteto *Völkerkunde*, frente a los estudios de los pueblos con escritura, para entonces objeto de atención de los historiadores y otros académicos; y también frente a la etnografía de las tradiciones alemanas, cobijadas bajo el término de *Volkskunde*. Asimismo, la consolidación de Alemania como un Estado imperial y colonial contribuyó al fortalecimiento del interés nacional sobre los mundos “salvajes”, aunque sería un craso error reducir el naciente proyecto etnológico a una perspectiva colonialista.

Bastian concibió el Museo Etnográfico de Berlín como un verdadero expediente de la humanidad, cuya diversidad social y cultural la pensó con una perspectiva histórica diferente a la del evolucionismo decimonónico que campeaba, por ejemplo, en Inglaterra o a lo largo y ancho de su imperio.

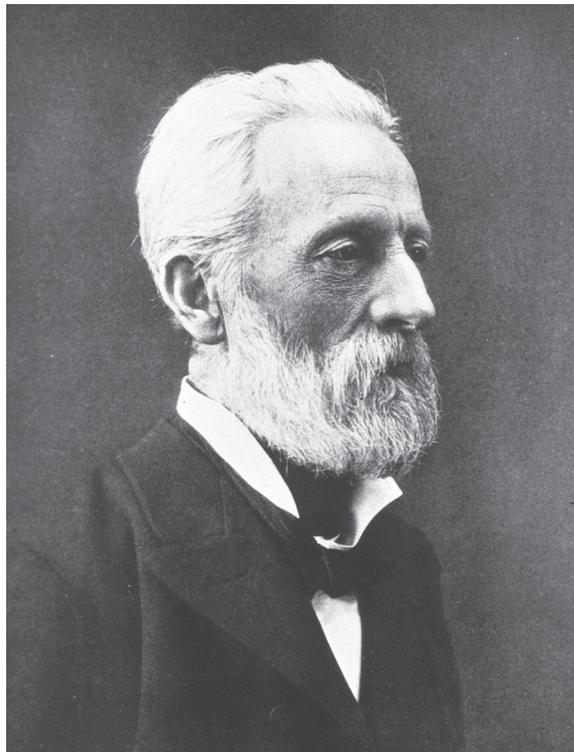


Figura 2. Adolf Bastian (1826-1905)

Fuente: *History of Medicine*, The National Library of Medicine.

Para el famoso etnólogo alemán, existía una unidad psíquica de todos los hombres y mujeres del mundo, y pensaba que antaño, en épocas remotas, todas las sociedades humanas compartieron unas ideas comunes las cuales, con el trasegar del tiempo —la historia— y el medio, fueron diferenciándose en una y otra dirección; además, sostiene, los posteriores encuentros entre civilizaciones y culturas también contribuirían a las particularidades de las diversas culturas del mundo.

Aunque médico de profesión, enfocaba el estudio de las “sociedades naturales” en una perspectiva histórica y consideraba que los artefactos o la cultura material permitían —como los registros lingüísticos— leer la historia humana, la que podía hasta cierto punto “almacenarse”, a través de la recolección de artefactos, relatos y observaciones de campo, en los museos de etnografía y arqueología. Pero para ello era necesario organizar expediciones a las diversas regiones y confines del mundo, para registrar sus vidas, sus mundos espirituales y materiales y, a la vez, preservarlos y divulgarlos, como comentamos en los museos de etnografía.

Entre la primera generación de viajeros etnógrafos alemanes en Suramérica sobresalieron, sin duda, Karl von den Steinen y Max Schmidt; ellos recorrieron el río Xingú y contribuyeron también a la fundación de la etnología amazónica brasilera moderna¹.

En este ámbito intelectual, Theodor Koch-Grünberg pisó por primera vez las tierras suramericanas, en 1898. En calidad de fotógrafo, participó en la segunda gran expedición al río Xingú, dirigida por Hermann Meyer, quien remontó el río de La Plata, pasando por el Chaco, hasta caer en las cabeceras del mencionado río. Aunque la expedición fracasa, como fruto de esta exploración el joven Koch (quien añade luego a su apelativo el nombre de Grünberg, el nombre de su pueblo de procedencia en Alemania) publicó un trabajo sobre la lingüística

1 Por otra parte, otro grupo de prestantes viajeros franceses exploró durante la segunda mitad del siglo XIX la región; entre ellos Jules Crevaux y Henri Coudreau, siguiendo también los pasos del inglés Alfred Russel Wallace, el coautor de la teoría de la evolución, cuyo viaje al alto río Negro, entre 1848 y 1852, despertó y expresó un nuevo interés internacional por esas regiones. En la misma ciudad de Manaos se constituyó un pequeño pero selecto grupo de investigadores alrededor de su recién fundado Museo Botánico (encabezado por João Barbosa Rodrigues), en torno al cual también labora el noble italiano Ermanno Stradelli, recolector de la leyenda del Yuruparí.

amerindia del grupo guaikurú, que le permitió obtener su grado de doctorado, en 1902, en la Universidad de Wurzburg (Alemania)².

Entonces, a su regreso, el gran etnólogo Bastian lo vinculó al Museo Etnográfico de Berlín³, desde donde parte, en 1903, a su nueva expedición en Suramérica. En efecto, entre 1903 y 1905, el joven etnólogo se encuentra otra vez en las tierras del Amazonas, siguiendo a su vez los pasos de sus ilustres antecesores. Permanece dos años entre los indios del alto río Negro colombo-brasileño, “viviendo como indio entre los indios”, nos confiesa, bajo el patrocinio del Comité de Ayuda para la Etnología; y también mediante el apoyo del cónsul alemán en Manaus, que le consigue, en calidad de préstamo, una gran suma de dinero proveniente de la familia de su prometida (Kraus 2004b); cuenta, además, con el apoyo de George Huebner, fotógrafo alemán radicado en Manaus, que le ayuda a planear sus recorridos y con quien mantiene a lo largo de su vida una prolífica correspondencia. A través de ella sabemos que el fotógrafo alemán le suministró algunas de las fotografías que ilustran sus trabajos, aunque también obtiene de nuestro, por entonces, joven etnólogo algunas fotos para ser reproducidas en postales. Asimismo, Koch-Grünberg tuvo su apoyo en sus labores de investigación y por su intermedio le fueron enviados al etnólogo alemán relevantes vocabularios de grupos indígenas o individuos nativos que habían sido traídos por diversos medios a la ciudad de Manaus (Schoepf 2000; Valentín 2007, 39)⁴.

2 La expedición no tuvo éxito, debido al concurso de diversos factores: en primer lugar, su director y financiador, Hermann Mayer, tuvo un comportamiento muy distante y arrogante con los demás miembros; en segundo lugar, viajaba con múltiples objetos inútiles, como si tratase de reproducir las comodidades de su casa en Alemania. El desconocimiento del terreno los llevó a navegar por un río lleno de saltos, raudales y peligros. También hubo con frecuencia discordias entre los expedicionarios, quienes, además, sufrieron las calamidades de diversas enfermedades. Finalmente, el miedo a los “indios” salvajes influyó muy negativamente en su comportamiento (comunicación personal de Michael Kraus).

Al respecto pueden consultarse los diarios de campo del viaje al Xingú de Koch-Grünberg (2004); una minuciosa historia de la presencia de los etnólogos alemanes en la Amazonia ha sido elaborada, asimismo, por Michael Kraus (2004b).

3 Su vinculación al Museo de Berlín lo pone en contacto con los notables americanistas de su tiempo que allí trabajaban: Karl von den Steinen (su jefe inmediato), Eduard Georg Selser, el mexicanista Paul Ehrenreich, Theodor Konrad Preuss, entre otros.

4 En Manaus, por otra parte, existía una destacada colonia alemana y muchas de sus principales casas comerciales eran alemanas.

De hijo de guardabosque a etnólogo amazónico

El futuro gran explorador era oriundo de la localidad de Grünberg, como se anotó, donde nació en 1872. Su familia —nos relata la antropóloga María Mercedes Ortiz— se había dedicado durante varias generaciones al oficio de guardabosque; había mostrado ya desde muy temprana edad una particular simpatía por los campesinos de su país. Desde sus primeros años, había leído con avidez la revista *Globus* y compartió con muchos de los europeos el interés por conocer otras regiones y culturas del mundo. También, al parecer, cayeron en sus manos algunos de los trabajos de Crevaux por el Amazonas y otras regiones de Suramérica, y quien había sido muerto por los indígenas guaikurú durante su tránsito por el Chaco (Ortiz 1995).

En 1891, el futuro etnólogo comenzó sus estudios superiores y se dedicó a la filología clásica. También estudió geografía con W. Sievers, quien había visitado la Sierra Nevada de Santa Marta y la serranía del Perijá, al norte de Colombia, bajo el patrocinio de la Sociedad Berlinesa de Geografía. Cinco años más tarde se graduó, y en 1898 helo participando en la mencionada exploración de H. Meyer al río Xingú, contacto que había logrado a través del geógrafo Sievers.

En realidad, el encargo del Museo de Berlín, con ocasión de su segundo viaje al Amazonas, era explorar los ríos Ucayali y Purús (del Perú y Brasil) para estudiar los grupos indígenas de la familia lingüística pano, al sur del alto río Amazonas, según indicaciones de Von Steinen —con el fin de complementar las investigaciones de Paul Ehrenreich iniciadas algunos años antes (1889)—; pero a su llegada a la ciudad de Manaus, las dificultades para viajar en barco de vapor por el río Purús, debido al descenso de sus aguas —y mayores costos del viaje— lo llevaron a cambiar de planes y dirigirse al río Negro (Kraus 2007, 203).

La exploración del río Negro lo condujo finalmente a recorrer —en batelones y en canoas— los ríos Isana, Vaupés y Tiquié —en el Gran Vaupés colombo-brasilero—, un territorio no claramente delimitado por ese entonces. Asimismo, de regreso a Manaus, navegó los ríos Pirá-Paraná, Apaporis y Caquetá, lo que le permitió describir la situación cultural de los pueblos tucano, arawak, makú, uitoto, entre otros. También elaboró múltiples trabajos sobre lingüística aborigen y fue pionero de la clasificación lingüística de muchas de las lenguas del noroeste amazónico.



Figura 3. Otto Schmidt mostrando el libro de los animales, río Tiquié, 1904
Fuente: Koch-Grünberg (1995, I: 279).



Figura 4. Cruzando rápidos en la expedición por el río Vaupés, 1904
Fuente: Kocg-Grünberg (1995, II: 114).

En Manaus contrató como "asistente" a Otto Schmidt, hijo de inmigrantes alemanes, quien lo apoyó durante todo su viaje, acompañado por un fiel perro. También Schmidt le ayudó en la recolección de información etnográfica (Fernández 2011).

El tránsito al alto río Negro

Unos días después de su ascenso por el río Negro, Koch-Grünberg dejó el barco de vapor: se vio obligado a embarcarse en batelones con diversos remeros nativos, y así enfrentar los primeros y numerosos raudales de este imponente río. Meses después, incorporó a su grupo a un pequeño niño, cuyo padre, remero de su embarcación, habría fallecido durante el viaje. Según Kraus, el equipaje de su investigación comprendía por lo menos setenta cajas o canastas, que pesaban entre dos mil y tres mil kilogramos. Su viaje de la ciudad de Manaus a la aldea de San Gabriel de Cachoeira tuvo, por el bajo nivel de las aguas, cierto retraso;

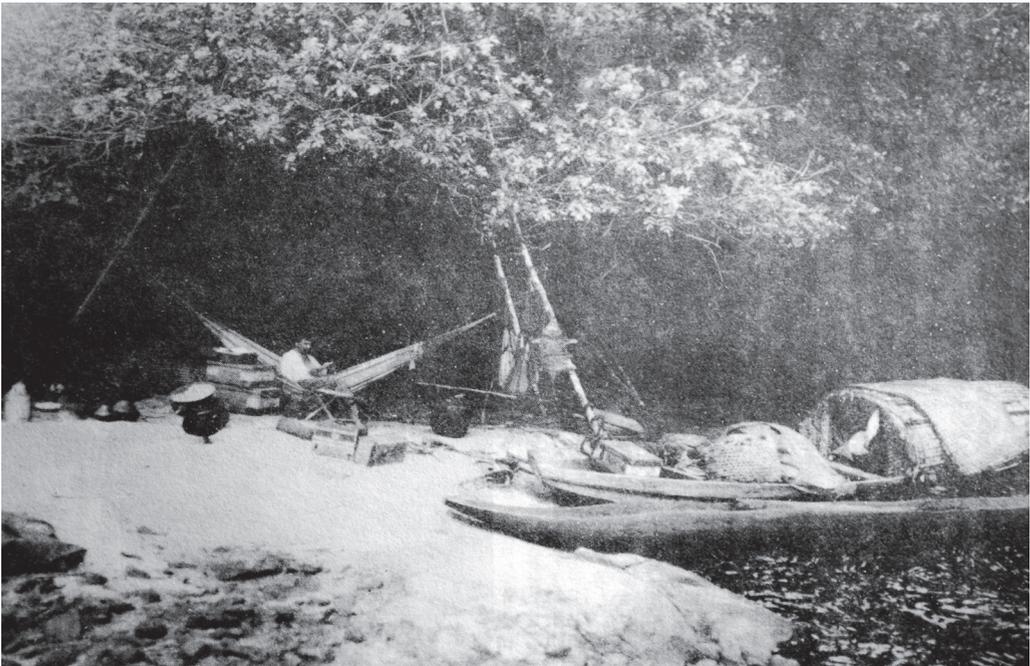


Figura 5. Navidad de 1904 en la Cachoeira de Yavaraté, río Vaupés
Fuente: Koch-Grünberg (1995, II: 238).

desde allí comenzaron sus principales problemas de movilidad por el río, debidos a la dificultad de consecución de remeros nativos para las canoas. El curso de la expedición dependió en gran medida de sus relaciones con los patronos caucheros y del buen o mal ánimo de ellos para ayudarlo en poner a su disposición las embarcaciones y canoas que utilizaban en sus propios negocios.

Unas buenas relaciones con los caucheros, dinero o mercancías para pagar las costosas canoas y remunerar a los remeros indígenas le permitieron transitar el alto río Negro. A pesar de ello, gran parte de su estadía estuvo marcada por la incertidumbre del viaje (Kraus 2007, 151); ello lo llevó a exclamar, en una de sus cartas, “y cuando finalmente pueda proseguir, eso solo lo saben los dioses” (Kraus 2004a). Se desesperaba ante la “paciencia brasilera” que lo anclaba indefinidamente en una localidad —por ejemplo, San Felipe— sin tener la certeza de cuándo partiría.

Durante su estadía, en pleno auge del caucho, la casa cauchera de propiedad de don Germán Garrido —un verdadero patriarca de origen español— le fue fundamental como apoyo para sus desplazamientos y la logística de sus investigaciones. El viajero se percató de las condiciones del “sistema de endeude” en el cual estaban atrapados los indígenas, e incluso denunció sus oprobiosas condiciones. Describió, con lucidez, las diversas modalidades de endeude: existían comerciantes y caucheros inescrupulosos, que como “cangrejos corroen el río Negro y por cuya culpa los indios están cada vez más atrasados”, según la expresión que atribuye al capitán Firmino (Koch-Grünberg 1995, 1: 65)⁵.

El joven investigador tomó como base de operaciones la mencionada localidad de San Felipe, en el alto río Negro, desde donde se desplazó a los diferentes ríos del Vaupés y del Guainía; después de explorar los ríos Isana, Vaupés y Tiquié, retornó de nuevo a San Felipe, para proseguir, vía los ríos Tiquié, Pirá-Paraná y el Apaporis, hacia el río Caquetá (Japurá); finalmente, como se anotó, llegó de nuevo a la ciudad de Manaus.

Durante todo el viaje siempre se sintió seguro con sus acompañantes indígenas, en los que confiaba plenamente. A diferencia de otros expedicionarios en el Amazonas, que conformaban verdaderos cuerpos armados, se desplazaba —como se dijo— prácticamente solo, en compañía de su asistente: únicamente

5 Consideró, por otra parte, que aunque este sistema de trabajo debía ser moralmente condenado, era también una especie de “mal necesario”, ya que los indios no estaban habituados a trabajar metódicamente.

manifestó en una ocasión su disgusto por el robo de un machete por parte de algunos nativos.

A pesar de las advertencias de caucheros y otras personas sobre los eventuales riesgos que correría en ciertos territorios indígenas, donde supuestamente los kobeúa (cubeo) habían dado muerte a mal afamados caucheros colombianos, no modificó sus planes: “Los indígenas también son gente como nosotros, hacen bien una diferenciación entre buenos y malos europeos. Aun el viejo (don Germano) opina que yo debo llevar mis planes tranquilo, como lo tenía previsto” (Kraus 2004a, 202).

La cosecha etnográfica

Su expedición al noroeste amazónico —particularmente la publicación en 1909 de *Dos años entre los indios*, la memoria de su viaje a la citada región— lo vuelve famoso entre los americanistas de Berlín y de Europa. Había tomado más de mil fotografías y recolectado centenares de objetos, para el Museo de Berlín, aunque



Figura 6. Koch-Grünberg con Makúna, Yabahána y Yahúna en el bajo Apaporis
Fuente: Koch-Grünberg (1995, II: 277).

también dejó una buena colección en el Museo Goeldi, en Belem do Pará (Brasil). Pero su interés principal no era el de recolector o coleccionista, si bien para conseguir fondos había prometido recoger artefactos indígenas:

Mi interés primordial en este viaje no fue el de un coleccionista. Mi propósito principal, durante prolongadas permanencias con las diferentes tribus y en los distintos pueblos, fue el de experimentar, junto con los indios, sus formas de vida, y así formarme una idea de su visión del mundo, puesto que en una travesía rápida por la región explorada las impresiones que obtiene el viajero son con frecuencia vagas e incorrectas. (Koch-Grünberg 1995, i: 35)

Años más tarde, entre 1911 y 1913, partió en otra gran expedición desde Roraima hasta el Orinoco, iniciando su viaje desde Manaos por el río Negro y el río Branco. Como fruto de este viaje publicó, en 1917, su gran libro *Del Roraima al Orinoco*. En esa expedición realizó ya pioneras grabaciones de música indígena-

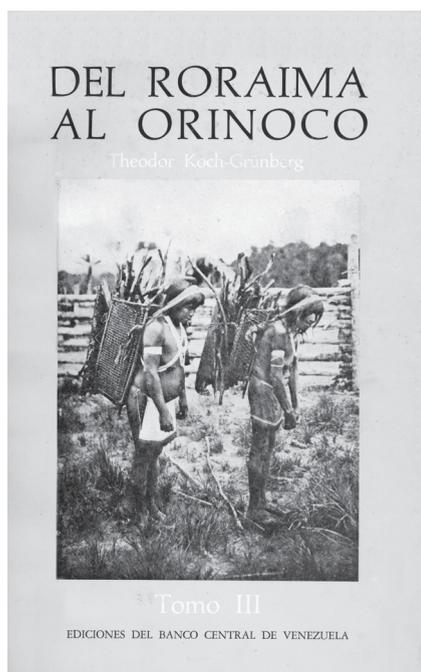


Figura 7. Portada del libro *Del Roraima al Orinoco*

na y recogió mitos que sirvieron al notable escritor brasileiro Mario D’Andrade para la elaboración de su conocido texto *Macunaima* (1928).

En la primera década del siglo xx, se vinculó como profesor de etnología a la Universidad de Freiburg; en 1915, fue nombrado director del Museo Linden de Stuttgart, cargo que ocupó hasta 1924, el cual debió abandonar debido a la crisis económica alemana. Entre tanto, tuvo la tentación de retornar al Brasil como funcionario del Servicio de Protección Indígena, según lo revela su correspondencia con Curt Nimuendaju, quien, no obstante, lo desinfla (o descorazona) en sus pretensiones: sería —le afirma— como encerrarse en una oficina que lo apabullaría de papeles y quedaría “enterrado en una montaña de oficios” y sometido a un “dragón” (la tesorería) que le vociferaría: “no hay dinero”, hasta el punto que un hombre con ese cargo jamás podría pensar en abandonarlo ni por un solo día ni salir de la capital aunque fuera por un mes si no quiere ver cómo se atrasa y revuelve todo (citado en Kraus 2009).



Figura 8. Un indio quitándole piojos a Koch-Grünberg
Fuente: Koch-Grünberg (1979, 277).

En 1924, partió hacia su último viaje. La idea era explorar las fuentes del Orinoco, invitado por Hamilton Rice y su equipo de la Universidad de Harvard. El 3 de septiembre desembarcó en Vista Alegre, cerca del río Branco, un lugar infestado con fiebres palúdicas. Koch-Grünberg contrajo malaria y falleció el 8 de octubre del mismo año a los 52 años.

Payé magnífico, cargado de cosas bonitas

Durante su viaje por el alto río Negro, los indios se impresionaron con la presencia de este extraño viajero —que por cierto les recordaba al conde Stradelli, considerado un gran payé, y quien fue el depositario de la escritura del mito de Yuruparí de Roberto Maximiliano—. Uno de sus guías lo presentó como un hombre “magnífico”, lleno de cosas “bonitas”. En algunas ocasiones, ante esta introducción, reaccionaban con expresiones de asombro y cortesía: hacían, nos

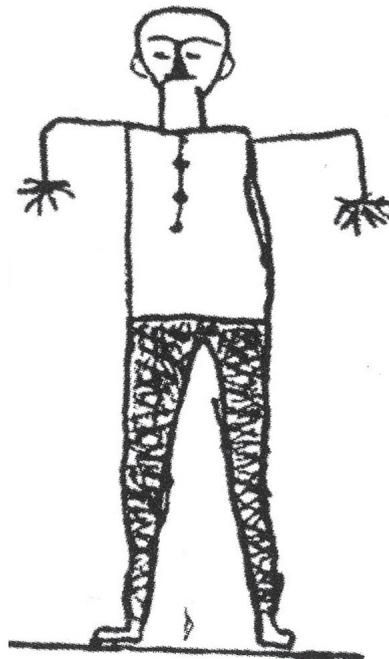


Figura 9. Otto Schmidt dibujado por Tarú, indígena de la tribu siusí
Fuente: Koch-Grünberg (2009, 162).

narra el etnólogo, circular una especie "de pipa de la paz". En otra situación, otro hombre, pasando el brazo alrededor de su cuello, se refería al mismo como "excelente", o como "dotoro nukamarára, mi buen amigo el doctor" (Koch-Grünberg 1995, I: 190).

No obstante, los tuyuca lo apodaron *uaxtí* ("demonio", "mal espíritu"), quizás para resaltar la extrañeza del personaje debido a su hirsuta barba (Koch-Grünberg 1995, I: 329; II: 23). A su acompañante lo bautizaron con el nombre de "mujeriego", porque se "la pasaba todo el día rodeado de mujeres y coqueteando con las muchachas" (Koch-Grünberg 1995, I: 329).

Y el joven etnólogo les explicaba que "dotoro" significaba o equivalía a "payé" ("hechicero, curandero") en su tierra natal (Koch-Grünberg 1995, I: 257). Al llegar a cada pueblo o maloca, sus remeros explicaban quién era y cuál era su especialidad. Entonces él desplegaba un gran libro sobre los animales —similar al que se utilizaba en las escuelas en Alemania— y les exponía su contenido a sus anfitriones:

Largas horas, viejos y jóvenes se acurrucaban alrededor mío y dejaban que les explicara con gran regocijo las imágenes. A veces, cuando aparecían numerosas personas de visita de numerosos pueblos cercanos para mirar estupefactos al extraño blanco, tenía que repetir una y otra vez mis charlas zoológicas.

Con gusto —continúa— le cedía a alguno de los indios el magisterio, y es admirable ver cómo reproducía mis observaciones a su atento público. Cada figura era analizada en todos sus detalles, por decirlo así, explicada anatómicamente. Se percibía gran alegría al reconocer animales de su patria chica como el tapir, el cual va con sus crías manchadas al riachuelo para tomar agua; el oso hormiguero con su larga cola, el cual con su lengua en forma de gusano recoge su alimento; el temido jaguar. También había que satisfacer su curiosidad en relación con los animales desconocidos. Ellos querían saber exactamente, cómo vivían (en el agua o en la tierra), cómo eran de grandes, con qué se alimentaban. Gran alegría causaba siempre la larga trompa del elefante, la cual es "casi de grande a una casa"; el hocico ancho del desproporcionado hipopótamo; el cuello largo de la jirafa, con el cual se come las hojas de los altos árboles; la fuerte cabeza del león; las caras parecidas a los humanos de los diferentes simios como el gorila, chimpancé y orangután. (Koch-Grünberg 2006b, 32)

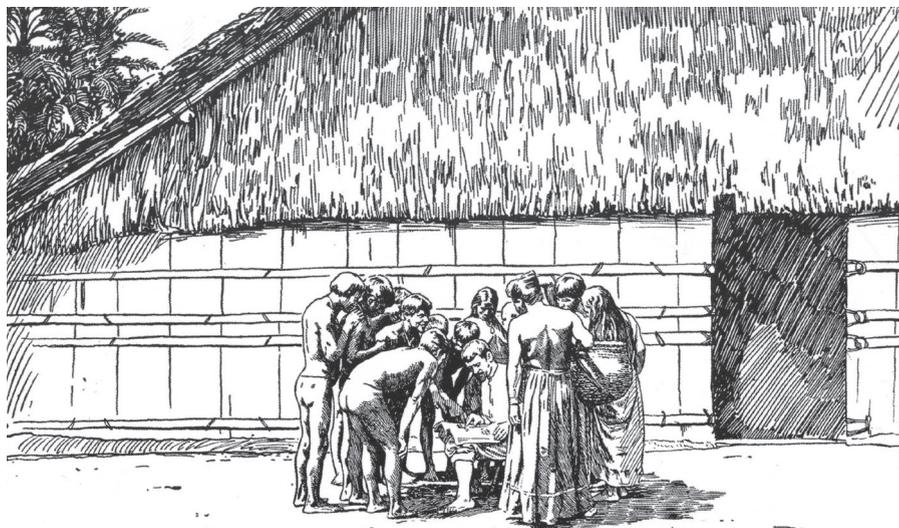


Figura 10. Koch-Grünberg explica el libro de imágenes de los animales
Fuente: Koch-Grünberg (2009, 27).

Pero si esta estrategia fue todo un éxito —curiosamente Gerardo Reichel Dolmatoff la utiliza en sus primeras conversaciones con Antonio Guzmán, en 1966—, también lo fue el exhibir las fotografías de su esposa y familiares:

Mostraron gran interés por las fotografías de mi familia, en especial por los cuatro retratos de mi novia. A cada momento me decían: [j]Muéstranos a tu mujer!, y, debido a que eran cuatro fotografías, surgía la inquietud de si tenía cuatro mujeres, tal y como conviene a un poderoso y acaudalado cacique. (Koch-Grünberg 1995, I: 257)⁶

Igualmente, le ponían mucha atención a las fotografías de indios de otras tribus y entre ellos tomaban del pelo, como si fueran críticos minuciosos y naturales, sobre la reproducción de las personalidades en parte bien conocidas por ellos. (Koch-Grünberg 2006b, 33)

6 “Fue conmovedor la ternura y la fina delicadeza con la que recogían información de cada detalle de mis relaciones familiares, para que yo no me cansara de mostrar y explicar tan preciosas imágenes...” (Koch-Grünberg [1905] 2006).

Pero también otras láminas despertaban ciertos comentarios. Las fotos de soldados lo llevaron al tema de la guerra y gritos de batalla. Sus propias cicatrices —resultado de riñas estudiantiles— fueron interpretadas como “viejas heridas de combate y querían saber a cuántos enemigos había matado” (Koch-Grünberg 1995, I: 173).

No solamente la magia de la fotografía creaba un ambiente de verdadera simpatía frente al “dotor” extranjero. Su propia figura, cargada de objetos extraños, y las mercancías contenidas en sus numerosas cajas despertaron sus apetencias y desafiaron los recelos frente a algunos de los más preciados y sagrados tesoros indígenas, ya que siempre llevaba una buena provisión de objetos para el trueque: tabaco, navajas, anzuelos, fósforos, espejos, cuentas y otras “baratijas”⁷.

En una ocasión, recostado sobre una hamaca —demostrando una falsa indiferencia ante sus anfitriones (quienes, por otra parte, cuchicheaban sobre el forastero en un rincón de la maloca)— regaló una cuenta azul muy grande, que de inmediato atrajo la atención de los presentes. Entonces estalló un verdadero trueque, en el cual ambos —etnógrafo y huéspedes— quedaron satisfechos: lo consideraban como un “viejo loco”, porque nunca habían sido visitados por alguien que valorara sus objetos y que les pagara demasiado (Koch-Grünberg 1995, 79).

En otras situaciones, los indígenas escondían sus armas (cerbatanas) ante la curiosidad del etnógrafo y con reticencia permitían fotografiarlas. Pero cuando sacó sus telas, la situación cambió. Un joven le ofreció su cerbatana con sus dardos y venenos, a cambio de algunos metros de telas de algodón. Sin duda, comentaría el etnólogo, “su vanidosa esposa no lo había dejado en paz” (Koch-Grünberg 1995, 129).

A veces quedaba realmente abrumado por las peticiones y las ofertas de intercambio (desde flautas hasta piñas y beiju a cambio de mercancías). Unos le pedían fósforos; otros, pólvora, agujas e hilo, tabaco e incluso remedios.

7 Por las propias confesiones del etnólogo alemán, conocemos el bagaje material con que iba equipado en su investigación en la selva. Vestía con pantalón, camisa y sombrero, y con cierta frecuencia iba descalzo; poseía un rifle (Winchester) y un cuerno de caza, un reloj, una cámara fotográfica, un pequeño metro, medicamentos (yodo, colirio), perfume pachulí, chocolate Hindebrand de buena calidad; portaba una linterna, o lámpara, entre otros objetos. Cuando caminaba, llevaba amarrado al cinturón un machete, una cartera de cuero con su “diario”, croquis y cartas; y, en la mano izquierda, por lo menos en cierta ocasión, tenía una vara de baile de tres metros de larga (Koch-Grünberg 1995, I: 175). También tenía telas, una escopeta de dos cañones y otras mercancías para intercambiar.



Figura 11. Koch-Grünberg sentado en la “red”
Fuente: Koch-Grünberg (2009, 178).

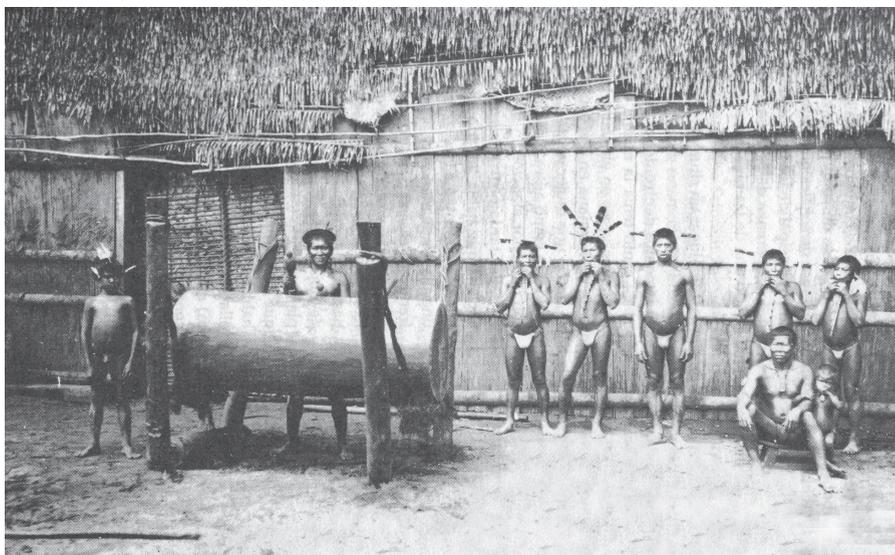


Figura 12. Tambor de señales de los tucano, río Tiquié
Fuente: Koch-Grünberg (1995, i: 263).

También había objetos costosos: una canoa bien valía una escopeta; o por un lindo tambor de señales (manguaré) de los tariana, decorado en sus extremidades con figuras humanas, debió pagar "una libra y media de pólvora, 500 pistones y una libra de perdigones" (Koch-Grünberg 1995, II: 57).

La fama de comprador (o ¿desposeedor?) ya había cundido en otras localidades, de manera que poco después —al llegar a otra maloca—, "al acercarme a la casa, un muchacho salió corriendo con rapidez por la puerta trasera, poniendo a salvo una caja de hojas de palma con adornos plumarios" (Koch-Grünberg 1995, 57). Ponía a salvo ¡la caja de plumas, y las piezas chamánicas más preciadas!, de las pretensiones del barbudo y extraño, pero atractivo, personaje.

En el río Ayarý, ante la resistencia para ver y obtener flautas del Yuruparí, el etnólogo logró comprar —a cambio de un machete grande— tres flautas, bajo el argumento de que el gobernador de Manaos, el gran Tuxaua, quería observar estos y otros artefactos. Entonces Mandú se las entregó con gran sigilo y con la advertencia de que debía envolverlas bien y que no debían ser vistas por las mujeres (Koch-Grünberg 1995, I: 203). Y una gran suspicacia o temor se presentó cuando quiso tomar muestras del cabello de sus anfitriones, ya que podrían utilizarse para hacerles maleficios; de esta forma, tuvieron que intercambiar mechones rubios del cabello de su asistente por el cabello nativo.

A veces quedaba realmente abrumado: él mismo tenía que fungir, además de comerciante, como médico o enfermero de su propio asistente y quizás de los indígenas, registrar la temperatura del día, cocinar, escribir sus notas de campo en sus libretas o cuadernos, así como realizar registros lingüísticos (basado en un cuestionario lexical del Museo de Etnografía). En la población de Cururú-Cuára, en el Isana, el etnólogo alemán anotó:

[...] les enseñé también la cámara fotográfica y vi con asombro que la entendieron con una rapidez extraordinaria. No tardaron mucho tiempo en descubrir la imagen invertida sobre el lente. Sobre todo Mandú estaba tan entusiasmado que no quería salir de debajo de la tela de la cámara y se emocionaba como un chiquillo cuando veía pasar por el lente la figura de una muchacha o de un perro. Mientras yo tomaba fotos, él hizo las veces de un magnífico asistente colocando a las personas para la pose y obligándolas a permanecer inmóviles mediante palabras enérgicas y golpes amistosos. (Koch-Grünberg 1995, I: 107)



Figura 13. Koch-Grünberg en su escritorio
Fuente: Koch-Grünberg (1979, 277).

Los indígenas del río Tiquié “llamaban a las fotografías ‘míra ánga’ lo que, en ‘lingua geral’, puede significar gente, cuadros, sombras, almas o espíritus. No tenía ningún problema para tomarles fotografías; por el contrario, les agradaba mucho” (Koch-Grünberg 1995, I: 257).

Por la noche, cuando desarrollaba las fotografías, mientras que yo estaba bajo la tela negra, rodeado de un público agradecido que apenas osaba ha-

blar en susurros por temor a perturbar mi misterioso trabajo, admiraban como buenos expertos cada una de las fotos que iban quedando listas y, entre risas, las identificaban de inmediato. (Koch-Grünberg 1995, I: 107)

Como ha resaltado Silvia Sthoer (2011), las mujeres se apresuraban a su encuentro cuando se enteraban de que les tomaría fotografías, aunque un tal vez desconfiado jefe le preguntaría si “el aparato no iría a ‘matarlo’”.

Este extranjero, rico y poderoso, un verdadero jefe, no solo vivía escribiendo, sino también tomando fotografías. ¿Cómo concibieron los indios su capacidad de producir imágenes casi instantáneamente con lápiz y con la cámara fotográfica? Al conde de Stradelli —que hacía lo mismo— lo percibieron como un gran mago⁸; en realidad, como un gran chamán. Algo similar se podría pensar respecto a Koch-Grünberg, quien además llegaba cargado con batelones llenos de mercancía.

“Viviendo como indio entre los indios”

Por las mismas anotaciones del etnólogo alemán, sabemos que en la región del gran Vaupés logró una verdadera amistad con muchos de sus anfitriones; con frecuencia aparece en las fotos con niños y grupos indígenas. En algunas de ellas se representa sentado en un pequeño banco nativo o en una banqueta occidental, descalzo, con sombrero, barbado, con un lápiz y una libreta de apuntes, acompañado por un niño (posiblemente el hijo de su remero fallecido).

También vivió en sus malocas, descansó, conversó y durmió en sus hamacas; participó en sus rituales, se pintó la cara, narró sus propias historias y cantos de su patria —a diferencia de otros etnólogos de su época que se trasladaban con carpas (entre ellos el gran Malinowski, cuya revolución etnográfica consistió, entre otros aspectos, en colocar su famosa carpa en la mitad de la aldea de Omarakana en las islas Trobriand)—. En el río Tiquié, cuando se le organizó por parte de las mujeres una ceremonia de despedida, se pintó el rostro de rojo y debió responder las canciones con sus propios cantos, “cantos de soldados y de despedida”. Como le pidieron que cantara otra vez (“quién podía resistirse”) entonaba nuevas canciones, hasta que quedó ronco. Las mujeres le cantaron al viaje, a sus parientes, a su novia. Ya cuando partía, muchas de ellas —apostadas

8 Cf. Roberto Pineda C y Beatriz Alzate, en la introducción a Stradelli (2007).



Figura 14. Mayuluáipu dictando a Theodor Koch-Grünberg mitos del Taurepán
Fuente: Koch-Grünberg (1981).

en el puerto— exclamaron: “saludes a tu mujer Elsa” (su novia y futura esposa) (Koch-Grünberg 1995, II: 247).

Aunque al parecer nunca mambeó coca (o al menos no lo confiesa) sí observó y registró sus usos. Con ocasión de una fiesta de Yuruparí, en el Pirá-Paraná (Colombia) observó, además del uso de la coca, la presencia de la olla del *kaapi* (yagé):

Antes de empezar la fiesta un anciano gordo y agradable, el chamán de la maloka, se acucilló detrás de un tabique de latas junto a la entrada, de manera que ninguna de las mujeres lo podía ver, y sopló musitando palabras

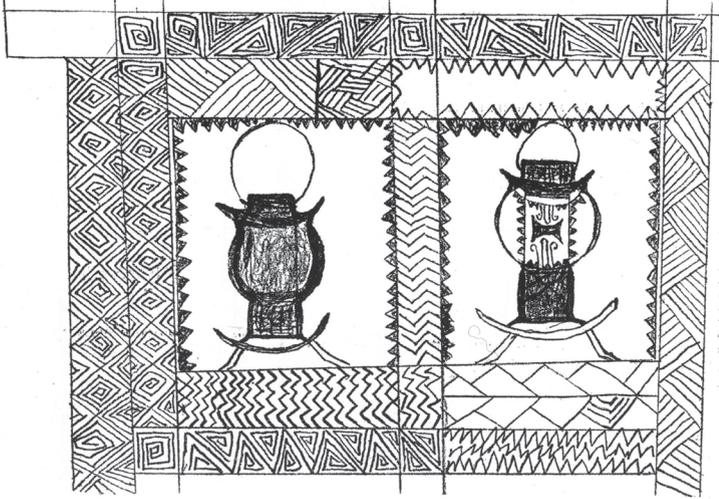


Figura 15. Ollitas de *kaapi*, indios tucano del río Tiquié
Fuente: Koch-Grünberg (2009, 196).

de conjuro sobre una gran calabaza llena de coca. Después le llevaron raíces de *kaapí* con las cuales hizo lo mismo. Era una especie de “bendición”. Algo similar habíamos observado en Pinókoaliro y en la cachoeira Parý. La olla de *kaapi* era muy vieja, con las asas rotas y terriblemente sucias, ya que nunca se lavaba después de haber sido utilizada.

Se consumía coca en enormes cantidades. El día entero pasaba la calabaza de mano en mano. Había un *yábá* que se destacaba en especial por su manera de consumo. Tenía constantemente un grueso nudo en el carrillo izquierdo, como si estuviera hinchado a causa de un dolor de muelas. Yo tuve que esperar por lo menos una media hora y observarlo atentamente, para poder tomar una foto más o menos decente en el momento en que no estuviera llenado su “depósito de provisiones”. Finalmente apareció de todas maneras en la fotografía con la cara hinchada. (Koch-Grünberg 1995, II: 256-258)⁹

- 9 Previamente, en el Igarapé Cabary, el etnólogo alemán conoció el *kaapi* (*yagé*); entonces nos describe la planta y la forma de preparación de este “hachís amazónico”, como la llama, y da cierta atención a la constitución de la vasija en la cual se prepara. Respecto a su efecto, anota: “el efecto del *kaapi* es muy semejante al de una borrachera de hachís. Según me contaban los indios se ve todo más grande y más bonito de lo que en realidad lo es. La casa es inmensa y esplendorosa. Se ve mucha gente, en especial mujeres. Lo

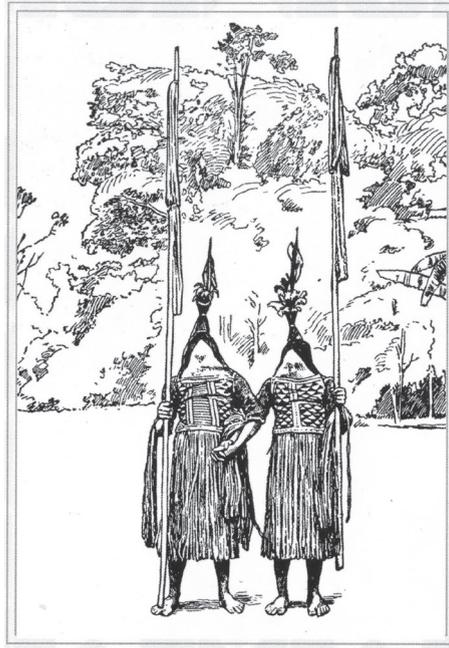


Figura 16. Danza de peixes-arakú
Fuente: Koch-Grünberg (2009, 115).

En otro baile de Yuruparí, en el río Tiquié, sus anfitriones enfatizaban (así lo pudo entender a través del inspector Antonio) la importancia de la bebida de yuca (la caguana) y la toma de yagé:

¡Esta es nuestra vida. Hoy vamos a bailar, a beber kaschirí y a tomar *kaapi* como lo hemos hecho siempre! “¡No debemos pelear unos con otros!”, etc. El interlocutor le respondía: ¡Sí. Así lo haremos! Bailaremos. ¡Todo está bien! (Koch-Grünberg 1995, I: 319)

erótico parece desempeñar un papel fundamental en esta embriaguez. Se ven grandes serpientes que suben y bajan por los postes de la casa. Los colores adquieren mayor brillo e intensidad. Algunas personas, al ingerir *kaapi*, se sumen de inmediato en un pesado sopor y tienen los más bellos sueños pero, al despertar, tienen también los más bellos dolores de cabeza. Esto le sucedió a Schmidt cuando durante una fiesta de danza, en el Aiarý, bebió una pequeña calabaza de *kaapi*, cuando todavía desconocíamos su efecto. Durante el breve lapso que estuvo adormecido tuvo un ‘largo y maravilloso sueño’ y se disgustó muchísimo cuando, con un vaso de agua, lo hice volver en sí”. (Koch-Grünberg 2005, I: 302)

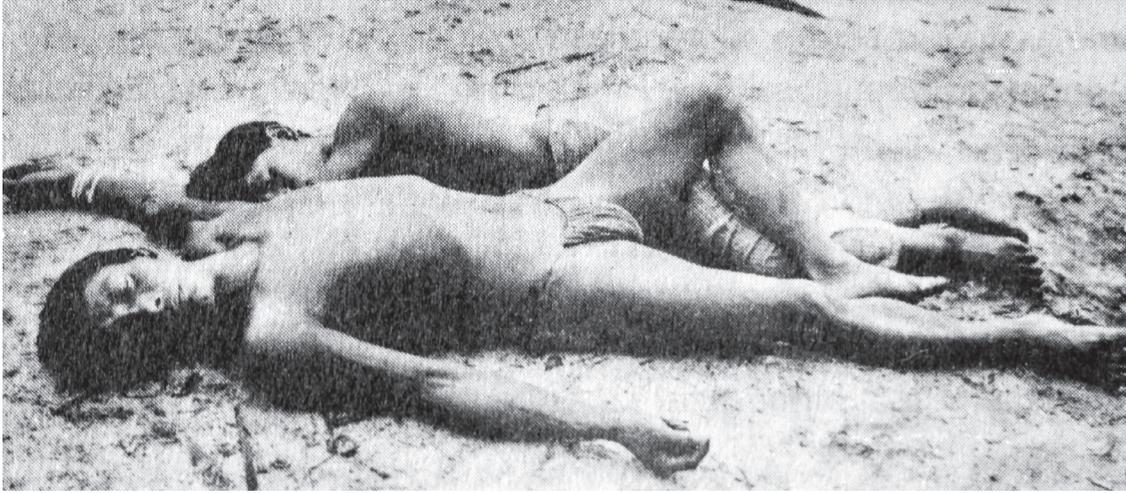


Figura 17. Indígenas borrachos
Fuente: Koch-Grünberg (1995, i: 195).

Entre danza y danza, los bailarines se sentaban en sus pequeños butaquitos, a fumar un gran tabaco, que circulaba entre los presentes apoyado en una horquilla de madera. Y en este contexto el joven etnólogo se aventuró a tomar *kaapi* o yagé:

También yo tomé dos pequeñas calabazas del mágico brebaje. La infusión tenía un sabor ligeramente amargo. Efectivamente, al poco tiempo comencé a ver un extraño centellear de colores brillantes que se incrementaba si salía a la oscuridad; al escribir, veía llamas rojas que pasaban por delante del papel. El inspector me explicó que después de ingerir el contenido de cuatro calabazas se sienten náuseas y deseos de vomitar y es entonces cuando se tienen las más bellas visiones [...] Pero después de la medianoche, los efectos del *kaapi* comenzaron a notarse en los bailarines. Saltaron como locos y representaron la misma pantomima que había tenido oportunidad de ver en el Igarapé Cabarý. A eso de las siete de la mañana concluyó la parte oficial de la fiesta; ningún bailarín estaba embriagado, ni siquiera los ancianos mostraban síntomas de estar demasiado ebrios. (Koch-Grünberg 1995, i: 322)

El autor nos advierte que algunos de sus interlocutores continuaron conversando veinticuatro horas seguidas (contándose historias); incluso cuando salían a

realizar sus necesidades fisiológicas, cerca del bosque, cada uno se acurrucaba al lado del otro y “proseguían sin tregua su conversación”; y nos señala, asimismo, que durante la ceremonia se mantenía un estricto ayuno, hasta que el chamán “mete en la boca de los ancianos una fruta tostada de *capsicum* que va ensartada en un varita: ahora pueden comer nuevamente todo” (Koch-Grünberg 1995, I: 322).

Entre indios e indias hermosos y artefactos bellos

El joven etnógrafo se impresionó, desde un principio, por la hermosura de los indios e indias del alto río Negro y el talento artístico de sus pobladores nativos, plasmado en las pinturas corporales, en su alfarería, en la cestería, en los instrumentos rituales, en las pinturas de las malocas, en los petroglifos, etc. Al respecto afirmó del nativo: “donde él pueda, deja obrar su sentido artístico” (Koch-Grünberg 2009, 29).

En su libro *Dos años entre los indios* ([1909] 1995) se refiere constantemente a la estética de los artefactos indígenas (canastos, ollas, máscaras, pintura de las fachadas de la maloca, etc.); resalta la calidad artística (utiliza esta expresión para referirse a estos) de su diseño, sus dibujos, todos los cuales le fascinaron y despertaron su interés etnográfico (cf., por ejemplo, Koch-Grünberg 1995, I: 75, 103, 170 y 188).

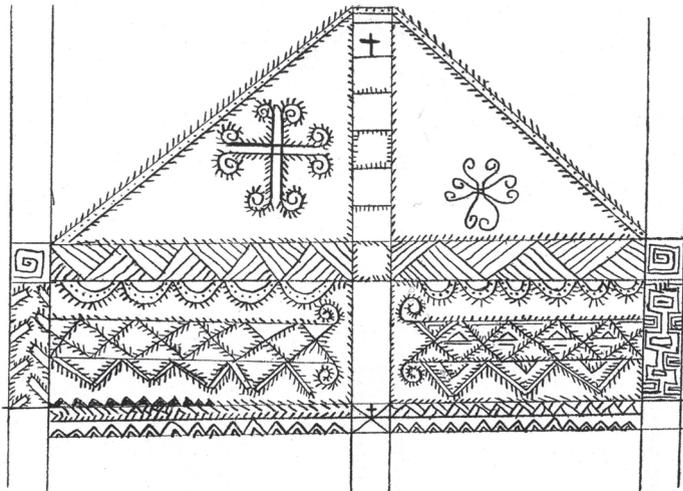


Figura 18. Fachada de una casa
Fuente: Koch-Grünberg (2009, 198).

También alude, en muchos casos, a los indígenas, como "hermosos", "hermosísimos", "bellos", "hermosísimo indio desnudo", "una joven hermosa y esbelta" (Koch-Grünberg 1995, I: 82, 90 y 93; II: 64, 66, y 86).

Durante el viaje al Vaupés insiste, en varias ocasiones, en la naturaleza bella de algunos artefactos (por ejemplo, los tambores) o de los hombres y de las

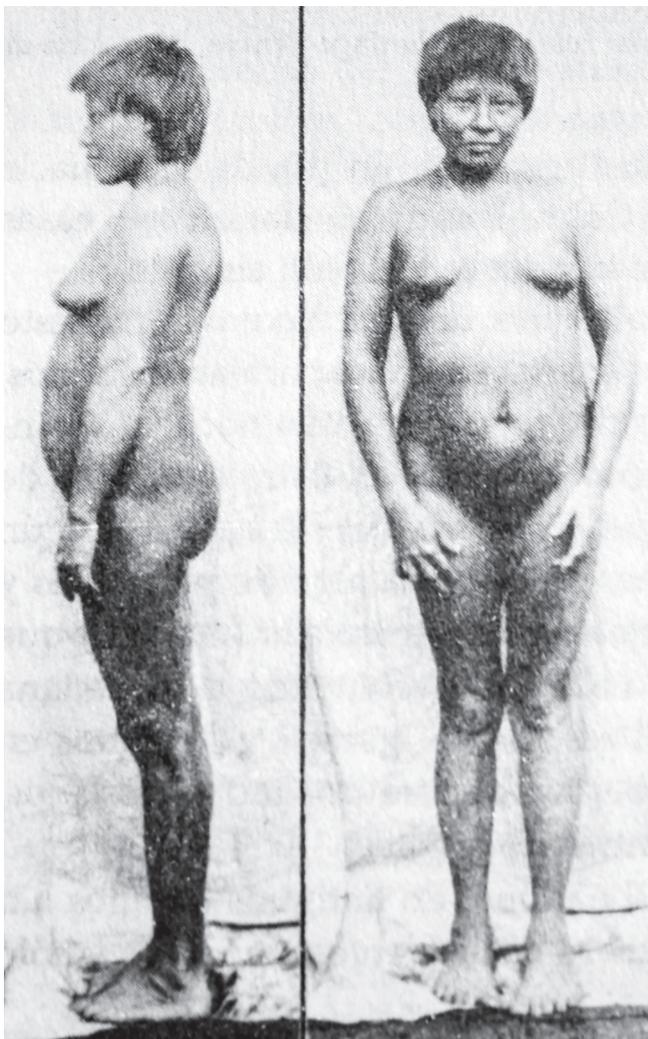


Figura 19. Mujer tsahátsaha del río Mesai
Fuente: Koch-Grünberg (1995, II: 100).

mujeres nativas. En general, las escenas de la vida cotidiana se caracterizaban —con ciertas excepciones en las cuales el conflicto afloraba— por su alto nivel de convivencia y armonía; en algunas situaciones, cuando estaban borrachos —debido con frecuencia, aunque no exclusivamente, al alcohol (la cachaza), introducida y suministrada por los blancos— algunos de ellos dejaban de ser “amables y sabios” y presentaban un aspecto “asqueroso”. También constató que sus fiestas terminaban, como algunas alemanas, en verdaderas bacanales.

Los indios de Koch-Grünberg no solo son estetas, sino que se ríen con frecuencia, y se burlan del etnólogo. Sin embargo, en el Páca-Igarapé, encontré dos malocas, cuyos habitantes le parecieron “en su mayoría indescriptiblemente feos. Muchos se veían enfermos: un anciano bastante barbado tenía la cara de un verdadero devorador de hombres; una mujer tenía la pupila blanca y opaca, el hinchado globo sobresalía bastante” (Koch-Grünberg 1995, II: 70). En otra situación se topó con un rostro bello de una mujer cuyo cuerpo estaba cubierto de *purupurú* (carate) (101).

En contraste con los grupos que vivían en malocas, le disgustó el aspecto de los pueblos cazadores recolectores makú, algunos de los cuales conoció en la localidad de Matapý, aunque eran oriundos del río Papurý: “las mujeres que pude ver eran horrorosamente feas”. Aunque algunos niños makú eran bonitos, “estaban indescriptiblemente sucios... los hombres no daban una impresión antipática, pero mostraba el feo tipo makú en la desproporción del cuerpo, las anchas aletas de la nariz y la boca en forma de hocico” (Koch-Grünberg 1995, II: 236). Su idioma también lo describió como horrible, y el trabajo de su transcripción fue, en sus propias palabras, una “verdadera tortura”, ya que sus informantes no solo no estaban acostumbrados a esta práctica, sino que se “cansaban muy rápido”.

Por otra parte, con ocasión de este proceso, “toda la población se agrupaba en torno nuestro y cada vez que se escuchaba un término makú prorrumplía en estruendosas carcajadas. Lo mismo ocurría cuando intentaba tomarles fotografías. Los tucanos se comportaban como si yo hubiera estado intentando fotografiar micos”, ya que no los consideran “*míra*” (es decir, personas) (Koch-Grünberg 1995, I: 277).

En su ensayo previo sobre los makú ya había manifestado estas apreciaciones sobre el carácter, a su juicio, “feo” de los hombres, pero asimismo aprecia la existencia de figuras bien formadas entre algunas mujeres makú. Aunque relata su condición “esclava” y que son víctimas de la compra-venta, los descalifica por su “carácter falso y mentiroso, su tendencia al hurto y al alcoholismo”, defectos que “empañan

en gran medida sus buenas calidades”, sus dotes de grandes cazadores y conocedores de la selva (Koch-Grünberg [1906] 2010a, 32).

El arte de la selva

Después de su viaje por el noroeste amazónico de Brasil y Colombia, Koch-Grünberg regresó a Berlín en 1905; en noviembre de ese mismo año publicó, a los 33 años, el mencionado opúsculo, cuyo título en español fue *Comienzos del arte en la selva*; pero quizás con más exactitud —como ha señalado Ana María Mahecha, la traductora de la versión al castellano que utilizamos— debería traducirse con el nombre de *Principios del arte en la selva. Dibujo a mano de indígenas, recogidos en el viaje por Brasil*, que recopila, en efecto, centenares de dibujos elaborados a lápiz por diversos indígenas, por iniciativa, con frecuencia, del mismo etnólogo¹⁰.

Dos años después publica su también pionero libro *Péetroglifos sulamericanos* ([1907] 2010), una contribución que expresaba de nuevo su preocupación por la imagen entre los indios y un texto que debe ser leído como una continuación de *Comienzos del arte en la selva*. Antes de responder la pregunta sobre qué motivó a Koch-Grünberg a redactar un ensayo sobre el arte de los indios, permítasenos describir brevemente el texto, de acuerdo con su segunda impresión (1969).

El libro contiene una introducción, un ensayo analítico de los principales temas (dividido en 15 apartados) y 63 planchas que reúnen más de 500 dibujos. En la portada —en la que se enuncia el título— hay una representación del mismo viajero alemán efectuada por un indígena tucano; después se encuentra la dedicatoria y en seguida hallamos una lámina que muestra al etnólogo explicando a los indios un libro ilustrado de animales.

El texto está dedicado —con “agradecido respeto”— al caballero profesor Richard Andree (eminente geógrafo alemán consagrado a la etnografía y autor, entre otros trabajos, de un escrito sobre “El dibujo en los pueblos nativos”, pre-

10 Una reciente edición brasilera del mismo libro lo titula, en portugués, *Começos da arte na selva. Desenhos manuais de indígenas colecionados por el Dr. Theodor Koch-Grünberg em suas viagens pelo Brasil* (2009). En este ensayo alternamos el uso de la traducción aún inédita al castellano de la antropóloga Ana María Mahecha G. (Koch-Grünberg [1905] 1998) y la versión portuguesa (Koch-Grünberg [1905] 2009). En cada uno de los casos precisamos nuestra fuente. Para sintonizarnos con la traducción brasilera hemos decidido referirnos al texto con el nombre de *Comienzos del arte en la selva*.

sentado en los *Informes de la Sociedad de Antropología de Viena*, vol. VII). Al respecto cita, como epígrafe del libro, algunas de sus palabras:

En medio de los pueblos primitivos, la capacidad de esbozar rápidamente dibujos (diseños) característicos está más extendida de lo que usualmente se cree. En la mayoría de los casos se necesita simplemente que les den una oportunidad para despertar el don adormecido. (Citado en Koch-Grünberg 2006b, 29)

Alternando en la introducción se hallan otras ilustraciones —indios umaua pintando sus cinturones de corteza, o Koch-Grünberg mostrando las fotografías de sus parientes a los indios—. Durante el desarrollo del análisis de los dibujos se presentan asimismo otras láminas, como la construcción de una maloca a orillas del río Vaupés, otra representación del mismo etnógrafo pintado por un indio baré o figuras de indios en diferentes actividades (cazando o con máscaras rituales), exhibidos en forma de grabados basados en las fotografías tomadas por el mismo investigador.

En la introducción, el autor nos advierte el creciente interés en Europa (o en Alemania) por el arte de los pueblos nativos, y en particular por su arte *naif* (ingenuo, natural), y cuya pertinencia también se debe a los estudios del arte de los niños, con quienes se puede, según Koch-Grünberg, comparar el arte de los nativos:

Esta colección material —nos advierte— les puede ofrecer la oportunidad a ellos de comparar los dibujos de nuestros niños con los productos de arte de sus semejantes intelectuales, “los niños naturales”, con los que tienen tantos rasgos comunes. (Koch-Grünberg 2006b, 26)¹¹

11 En la perspectiva del pensamiento evolucionista de la segunda mitad del siglo xx, los niños son considerados los “salvajes en casa”, “los otros observables”, mediante los cuales se comprendería a los “salvajes” distantes (Pachón 2009, 438). En ese sentido, fueron una especie de prisma para entender a los “primitivos contemporáneos”. Los niños indígenas serían, en este contexto, los “salvajes” de los salvajes. Este esquema, propio de la antropología inglesa, no fue ya compartido a principios de siglo por diversos antropólogos, entre ellos Franz Boas, quien critica la oposición niños y salvajes versus “civilizados” europeos (Pachón 2009, 439). Sin embargo, Koch-Grünberg parece inscribirse en aquella concepción, aunque matizada en términos de los rígidos esquemas evolucionistas de los ingleses.

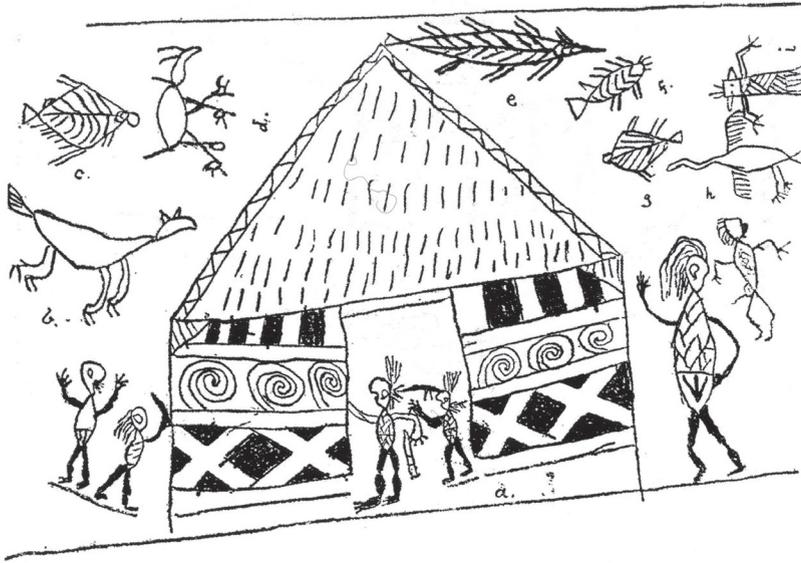


Figura 20. Lámina 43.a. Dibujos de la tribu kobéua, por Ualí. Aldea namokolíba, río Cuduiarý. a) festa de dança, b) veado, c) peixe-pakú, d) veadinho, e) peixe-pirapukú, f) peixe-tamatá, g) peixe-pakú, h) beija-flor, i) máscara de dança, k) pescador
 Fuente: Koch-Grünberg (2009, 179).

A este respecto, anota:

Entrego esta publicación de "Comienzos del arte en la selva" como una primera parte de los resultados de mi viaje. Ellos son una auténtica propiedad intelectual de mis amigos morenos, en cuyo origen no tengo ninguna participación. Este opúsculo debe ser un signo de gratitud con aquellos que de diversos modos hicieron posible, durante dos años, mi vida nómada. Estaré satisfecho, si estas hojas no tuvieren otro destino, a no ser el de permitir que un círculo más amplio de personas puedan penetrar en el espíritu de esos mal comprendidos "salvajes", y les aclaren su visión de que esos así llamados "salvajes", no son semianimales, sino gente que piensa, y que piensa rigurosamente. (Koch-Grünberg 2006b, 26)

En la primera parte del trabajo, analiza la forma de composición de los dibujos, según diversos criterios que establecen la estructura del texto, la cual revela, simultáneamente, como veremos, las bases analíticas del autor. Cada uno de estos acápites está sintéticamente desarrollado y remite a los dibujos o a otras ilustraciones colocadas en la parte final, conformada por 63 planchas en blanco y negro (con aproximadamente 500 diseños) y un apéndice —un mapa que sintetiza sus diversos trayectos de viaje en el curso de su expedición por el río Negro y el río Caquetá (Japurá)—.

El libro produjo diversos comentarios, entre ellos en el *Journal de la Société des Americanistas*, de 1906, donde el reseñista E. de Jongue resaltó la originalidad del estudio de Koch-Grünberg, en cuanto que, a pesar de tener antecesores, fue el primero en el Amazonas en realizar una recolección sistemática de los dibujos indígenas.

En su gran libro *Dos años entre los indios* publicó nuevamente algunos de estos dibujos e ilustraciones y recaló la importancia del arte para los indios. Lo mismo hizo en su segundo gran libro etnográfico *Del Roraima al Orinoco* ([1917] 1979), aunque con menor intensidad.

¡A dibujar!

En realidad, según el etnólogo alemán, la primera iniciativa relacionada con la práctica del dibujo había surgido de los mismos indígenas durante su viaje por el río Negro, en la población de Trinidad, cuando esperaba el paso de los batesones que le permitirían surcar los raudales río arriba. Mientras que él mismo aprovechaba el tiempo realizando una encuesta lingüística, sus acompañantes indios “holgazaneaban” y “mendigaban cachaza y cigarrillos”.

No obstante, algunos de ellos hacían gala de su talento artístico dibujando figuras humanas y animales en mi álbum de bocetos con un lápiz, o sobre tapas de cartón de los empaques que estaban regadas por el suelo, utilizando un pedazo de carbón, cuando no en las paredes blanqueadas de la casa. Eran dibujos muy bien logrados, sobre todo los de carbón, ya que estaban más acostumbrados a este material para ejecutar sus obras de arte. (Koch-Grünberg, 1995, I: 53 y 54)

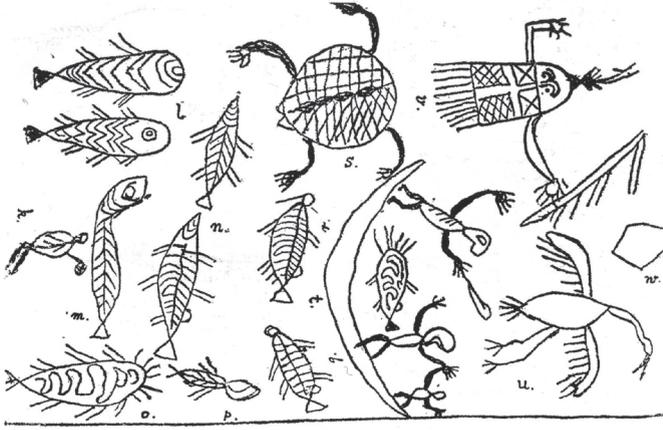


Figura 21. Lámina 43. Dibujos de la tribu kobéua, por Ualí. Aldea Namokolíba, río Cuduiarý. l) peixes-uakarí, m) peixe-pirandirá, n) peixes-pirapukú, o) peixe-surubí, p), q), r), peixes uatukupá, s) yabuti, t) canoa com pescadores, u) karará, v) máscara de dança, w) nada
Fuente: Koch-Grünberg (2009, 179).

En otra parte anota:

Mis indios estaban muy orgullosos de sus resultados artísticos. Aquella vez cuando les entregué un lápiz a pesar de que no estuvieran acostumbrados a su uso, les fue difícil sujetarlo en un comienzo, puesto que ellos no conocían la forma correcta de usarlo, se acostumbraron y participaron en actividades artísticas sobre sus bancos bajos al lado del calor del fuego. El exquisito humor que en adelante resplandeció demostró su alegría en el crear. Por eso, también uno puede decir que estos “grandes niños”, como dice Levinstein en su hermoso libro de “nuestros pequeños”: son “hambrientos de imágenes”. (Koch-Grünberg 2006b, 33)

Los dibujantes, de diferentes edades y grupos, comenzaron a pintar; así como a dibujar aves, animales, máscaras, mapas, casas. También representaron al mismo etnógrafo, a su asistente, a los barcos, a los batelones. Fotografiaban —por decirlo así— al mismo que a su vez los capturaba en la malla de la escritura, en sus libretas de apuntes, en su diario de campo, en sus dibujos y fotos —estimula-

dos con frecuencia, como se ha mencionado varias veces, por artefactos también bonitos, o por el tabaco que el investigador les entregaba—. Por otra parte, anota:

Tanto los niños como los adultos tenían la misma destreza para el dibujo. Habitados a decorar sus cuerpos, trajes, máscaras e implementos con un palillo a manera de pincel, no les costaba trabajo manejar correctamente el lápiz y trazar los dibujos con mano firme. Tampoco les asustaban los temas difíciles; obtuve de estos artistas varios dibujos de figuras humanas y animales, de máscaras y bailarines con trajes ceremoniales: múltiples motivos de diversas concepciones y calidades. (Koch-Grünberg 1995, I: 144)

Entre los cubéua y los umáua, incluso, el pintar se volvió —en palabras del etnólogo— una verdadera epidemia:

[...] se apretujaban para pintar en el libro de bocetos, a cambio de cualquier tontería, un par de cuentas, un cigarrillo, etc. Cualquier pedazo de papel, el lado interior de los papeles que envolvía nuestras pastillas de chocolate, incluso las etiquetas de la colección etnográfica, fueron cubiertas con las pruebas de su arte. Figuras de seres humanos y animales, disfraces, retratos poco halagüeños de Schmidt y míos, entre otros. (Koch-Grünberg 1995, II: 122)

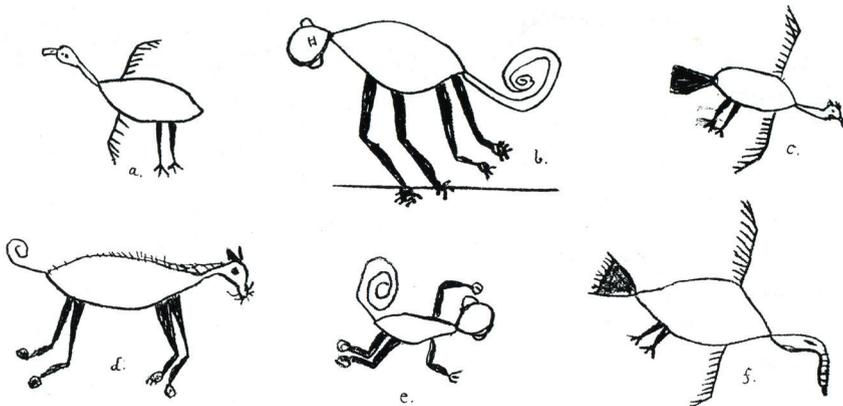


Figura 22. Lámina 39. Dibujos de la tribu kobéua, por Pauáke. Aldea namokolíba, río Cuduiarý. a) inambú grande (*Cypturus*), b) macaco-barrigudo, c) yakú (*Penelope*), d) cachorro, e) macaco (*Cebus*), f) karará.
Fuente: Koch-Grünberg (2009, 175).

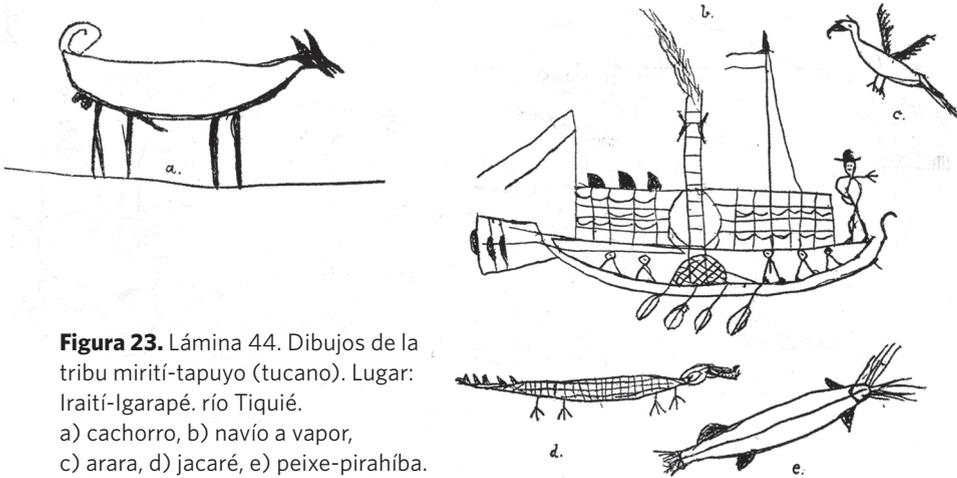


Figura 23. Lámina 44. Dibujos de la tribu mirití-tapuyo (tucano). Lugar: Iraití-Igarapé. río Tiquié. a) cachorro, b) navío a vapor, c) arara, d) jacaré, e) peixe-pirahíba. Fuente: Koch-Grünberg (2009, 180).

En el bajo río Cuduyarí, por ejemplo, les entregó lápiz, su cuaderno de notas y medio paquete de cigarrillos. Allí, dos o tres nativos, sentados sobre pequeños butaquitos, esbozaron diversos dibujos utilizando la maleta de viaje del etnógrafo a manera de mesa; mientras que otros, también acuclillados, los asesoraban para recrear escenas de cacería o de pesca de los cubeo, y dibujaron también máscaras con sus decoraciones, empleando —para delinear las líneas rectas— “pequeñas reglas de palitos de palma alisados que utilizan también para pintar las verdaderas máscaras” (Koch-Grünberg 1995, II: 82).

Al etnólogo y a sus artefactos los dibujaron con plena conciencia de su tarea, con la misma mirada escrutadora que a él mismo lo caracterizaba. Por ejemplo, un niño siusí:

A petición mía, me hizo una caricatura (d). Tuve que sentarme, o más bien pararme, junto al pequeño artista, mientras este observaba cuidadosamente y tocaba las pantuflas y medias que me había puesto por encima del pantalón como protección contra la terrible plaga de mosquitos; los tirantes, maravilla de la civilización, y de los que disfrutaba todavía. No pasó por alto el bigote ni la barba. Llamó especialmente su atención el borrador que yo llevaba colgado de una cuerda que pasaba por un ojal de mi camisa y con el que podía limpiar el papel cuando cometía algún error. Me puso en las manos mi inseparable Papéera, como llamaban los indios a mi diario, y mi

lápiz, implementos sin los cuales no podían imaginarse al chiflado blanco. No olvidó nada, pintó hasta lo que no podía ver debido a que la ropa lo ocultaba. (Koch-Grünberg 1995, I: 144)

Los dibujos a lápiz de los indios: representaciones del etnógrafo, los espíritus y los mapas celestes

Koch-Grünberg estructuró su libro sobre el arte de la selva sobre la base de una clasificación de los dibujos efectuados a lápiz, basados en los siguientes criterios y tipologías que constituyen simultáneamente el orden expositivo del texto:

1. Esbozos toscos.
2. Confusión con la vista lateral y frontal.
3. Partes del cuerpo omitidas.
4. Partes del cuerpo falsamente añadidas.
5. Partes del cuerpo separadas del cuerpo.
6. Radiografías (rayos X).
7. Los diseños se perfeccionan:
 - a. Por medio del rayado.
 - b. A través de la inclusión de los rasgos típicos.
8. Animales pequeños.
9. Plantas.
10. Escenas y escenarios.
11. Diseños de espíritus.
12. Los diseños de máscaras.
13. Mapas.
14. Mapas astrales (celestes).
15. Ornamentos.

Por razones de espacio, nos concentraremos, sobre todo, en la ilustración de algunos de estos tipos, tal y como se representan en las láminas, no sin antes advertir, como lo hace su autor, que la mayoría de los dibujos corresponden a motivos de animales (peces, aves, jaguares, dantas, osos hormigueros e, incluso, “animales inferiores”) y fueron dibujadas muy pocas plantas.

Koch-Grünberg, su asistente, los barcos y los batelones fueron imaginados de diversas formas. En particular, el etnólogo alemán fue objeto de numerosos

dibujos, como si de alguna forma se quisiera también fotografiarlo, como se dijo, como él hacía con ellos, para capturar su magia. También hay un número considerable de imágenes masculinas o femeninas, de las casas y malocas nativas, con sus propias pinturas murales, entre otros temas.

La figura 24 es un ejemplo de un esbozo tosco del autor, elaborado por un miembro de la tribu baikarí, en el Xingú. Contrasta con la figura 25, de Koch-Grünberg, tipo rayos X, donde destaca el corazón "cual medalla de alta condecoración" (Koch-Grünberg 2006b, 71).

En este caso, el etnógrafo había posado como modelo sentado en un banco: el rostro apenas está esbozado, excepto dos cicatrices que llamaban la atención, y su sombrero, que tanto intriga a los indígenas del Xingú y que le piden prestado con frecuencia. También la ilustración elaborada por un tucano sobre el mismo etnógrafo (la figura 26 representa estas técnicas de radiografía). Aquí el dibujante pintó las camisas tipo Lahman que llevaba en su equipo de viaje y que siempre causaron, por sus características, una gran admiración.

Igualmente, el mismo etnólogo fue imaginado desnudo por un artista baré, a pesar de que, nos confiesa, nunca llegó a tales extremos (figura 27).

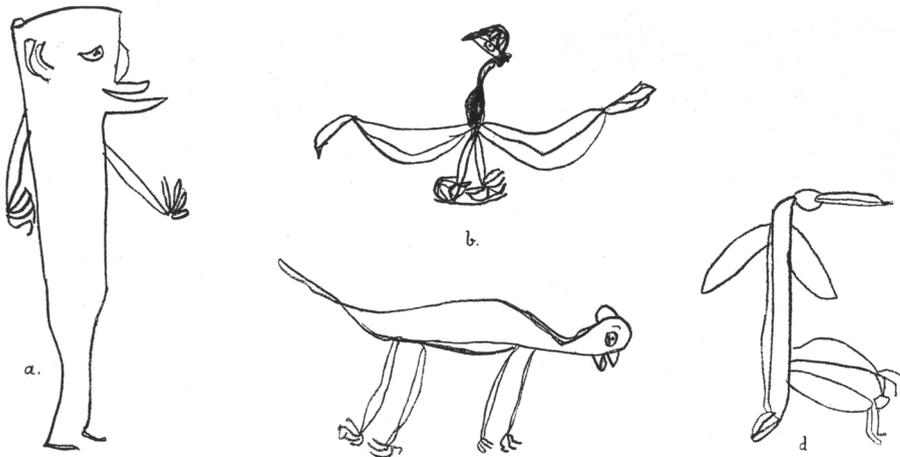


Figura 24. Lámina 7. Dibujos de la tribu Ipuriná, por Mapéu. Lugar: río Ituxý (río Purus)
a) Dr. Koch, b) mutum sentado en una rama, c) macaco-coatá, d) yaburú
Fuente: Koch-Grünberg (2009, 143).

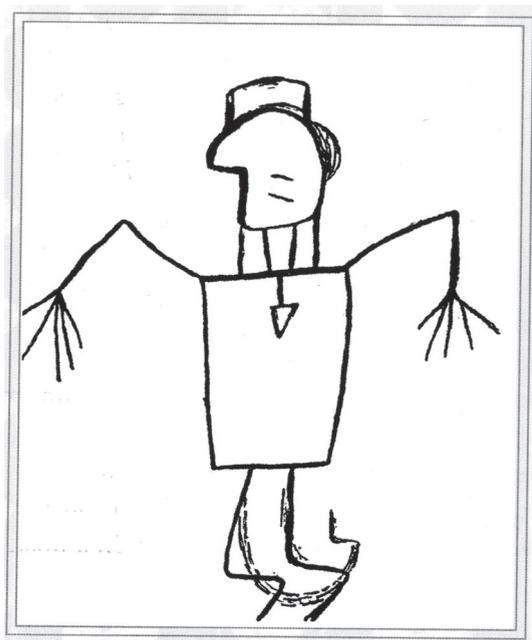


Figura 25. Dibujo de Koch-Grünberg por un indígena baré
Fuente: Koch-Grünberg (2009, 71).

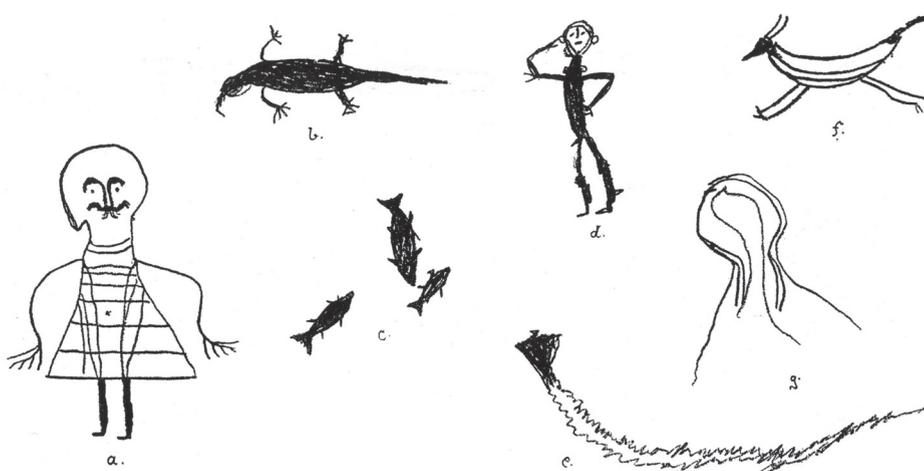


Figura 26. Lámina 31. Dibujo a de la tribu tucano, b-g tribu tuyúka, por: a) Yeepásonea y b-g desconocido. Lugar: río Tiquié a) Dr. Koch, b) jacaré, c) peixe-Arakú, d) OttoSchmidt, e) constelación de la "gran cobra", f) ciervos, g) fantasma
Fuente: Koch-Grünberg (2009, 167).

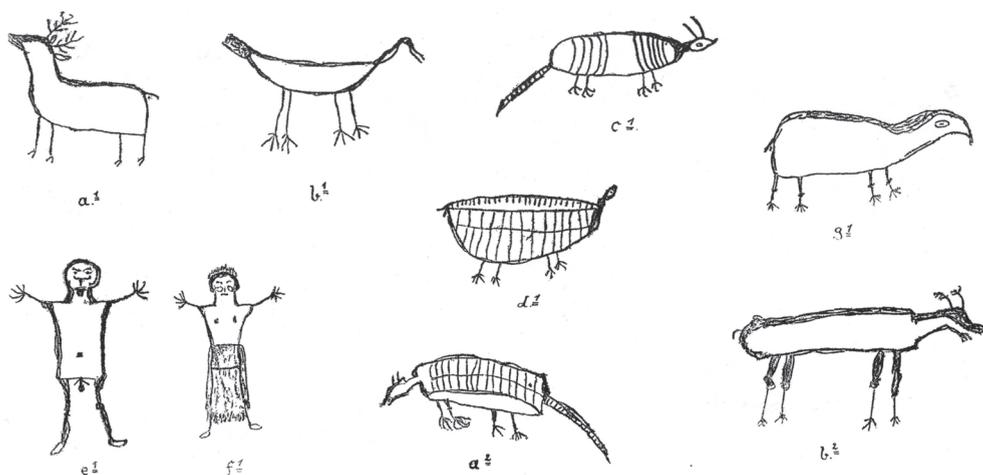


Figura 27. Lámina 19. Dibujos de la tribu baré. Dibujantes: 1. Hyacinto. 2. Salustino. Lugar: aldea Solano en Casiquiare. a1) venado, b1) garza, c1), d1) yabuti, e1) Dr. Koch, f1) mujer, g1) anta, a2) tatu, b2) venado
Fuente: Koch-Grünberg (2009, 155).

Un buen ejemplo relativo al tema “escenas y escenarios” lo encontramos en la representación del explorador por parte del niño Tarú, ya mencionado. Tarú, recordemos, era hijo de un remero fallecido durante las travesías del etnólogo. Koch-Grünberg le cogió un verdadero aprecio y valoró altamente sus dotes artísticas en la elaboración de modelos en cerámica de animales y en dibujos a lápiz.

Por otra parte, los dibujos de los espíritus son particularmente interesantes. Algunos de ellos ilustran los fantasmas “kamiri” de los indios ipuraná del Xingú y otro el uaxti, o “fantasma de los difuntos tucano”.

Pero, quizás, los que más impresionan son las almas de los payés umaúa (carijonas): al morir, su alma se desdobra: una permanece en su túmulo y la otra viaja a una “casa de piedras” (caverna) en el río Macaya. Allí se sientan en pequeños banquitos pintados y devoran —como verdaderos antropófagos— seres humanos. Los payeses difuntos exhiben unos dientes afilados, como si evocasen una función caníbal, una representación que también se encuentra en las imágenes de los hombres “inofensivos” de la misma comunidad (figura 28)¹².

¹² Las fauces —anota el etnólogo alemán— “producen un efecto caníbal y siniestro”; sin embargo, estos mismos rasgos se encuentran en dibujos de “hombres cándidos”.

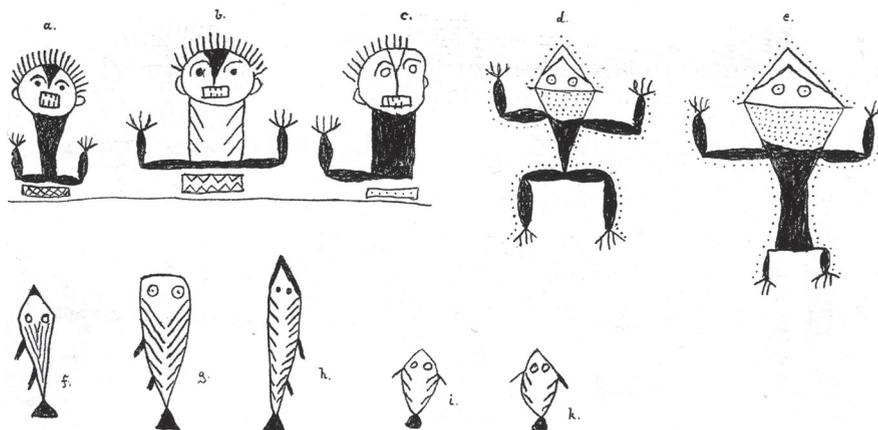


Figura 28. Lámina 48. Dibujo de la tribu umáua (hianákoto), por: Kauílimu. Lugar: río Macayá (alto Yapurá) a, b y c) almas de pajés; d y e) sapos; f) pequeño peixe; g) peixe-mandubé; h) peixe-arakú; i y k) peixe-pakú
Fuente: Koch-Grünberg (2009, 184).

Las secciones siguientes se refieren a los diseños de máscaras, a los mapas terrestres y celestes; evocan diversos trajes de máscaras cubeo, un mapa de la bocana del río Caiarý-Vaupés en la desembocadura del río Cuduyarí y dos representaciones de constelaciones tucano y cubeo, respectivamente (figuras 29 y 30).

Este balance no agota la riqueza de los dibujos y tampoco da cuenta de la existencia de múltiples formas de representaciones tradicionales —en decoraciones personales, malocas, cortezas, cerámicas, tejidos, petroglifos, etc.—, muchas de las cuales fueron incluidas en el libro *Dos años entre los indios* o en su estudio sobre los petroglifos (Koch-Grünberg 2010). En este marco, el etnólogo los caracterizaría como pintores en sentido lato, como se representa en la imagen en la que aparecen los indios con un palillo pintando, con resina, unas cortezas (Koch-Grünberg 2009, 30).

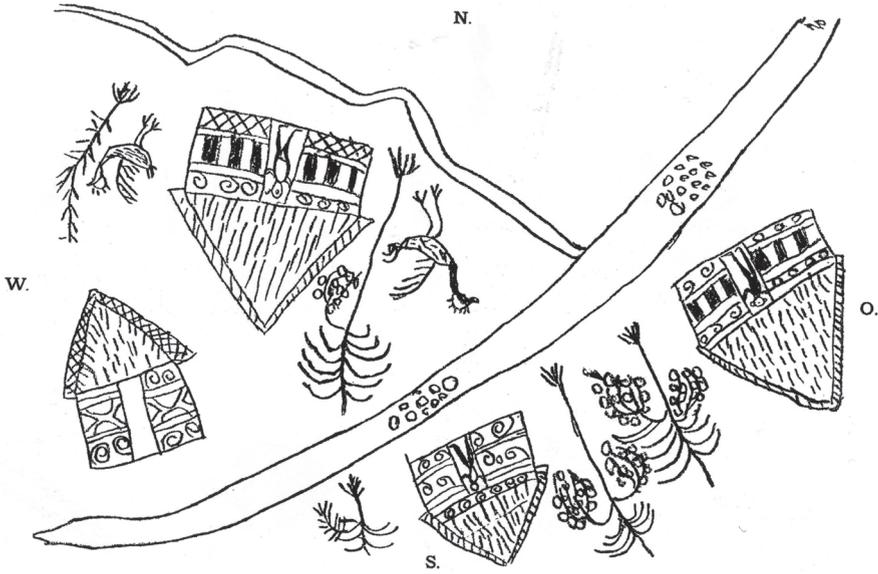


Figura 29. Lámina 54. Dibujo de la tribu kubéua, por: Ualí. Lugar: aldea namokolíba en el río Cuduiary. Mapa del río Caiary-Vaupés, en la desembocadura del río Cuduiary
Fuente: Koch-Grünberg (2009, 190).

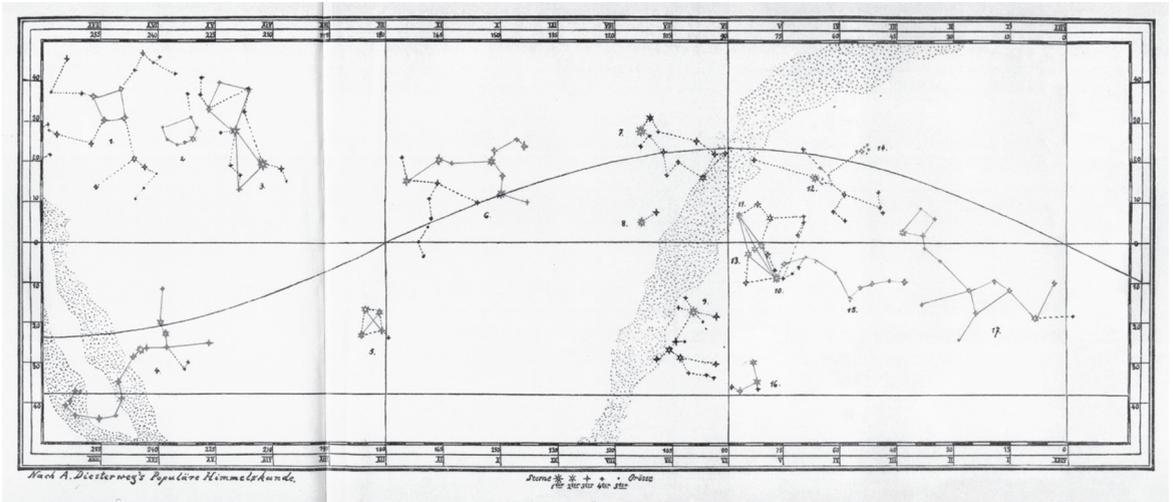


Figura 30. Constelaciones de la zona ecuatorial
Fuente: Koch-Grünberg (2009, 127).

El arte indígena: ¿dibujo de niños o quimeras de la imaginación?

La etnografía alemana de la segunda mitad del siglo XIX no solo estaba en plena expansión, sino que indagaba —como la inglesa— acerca de nuevas técnicas de investigación. Pero mientras en la famosa expedición al estrecho de Torres, William Rivers y Alfred C. Haddon exploraban métodos experimentales, los alemanes —por lo menos en la Amazonia— ensayaban otras técnicas, como poner a dibujar a los niños y a los adultos. Tessmann reprodujo a escala la vida cotidiana, en un verdadero micromodelo, o utilizó las técnicas de marionetas de origen africano para estudiar, incluso, las prácticas de sexualidad (Tessmann 1999, 6-8).

En todos los casos, los alemanes también dedicaron gran parte de su atención al estudio minucioso de la lengua, e incluso consideraban —como lo señalaba T. Konrad Preuss— que sus técnicas de transcripción y análisis filológico los dispensaban del aprendizaje de la lengua vernácula; aunque ya eran plenamente conscientes de la importancia de las maneras de preguntar en la encuesta etnográfica; y de la necesidad de registrar los relatos de la misma forma como eran contados.

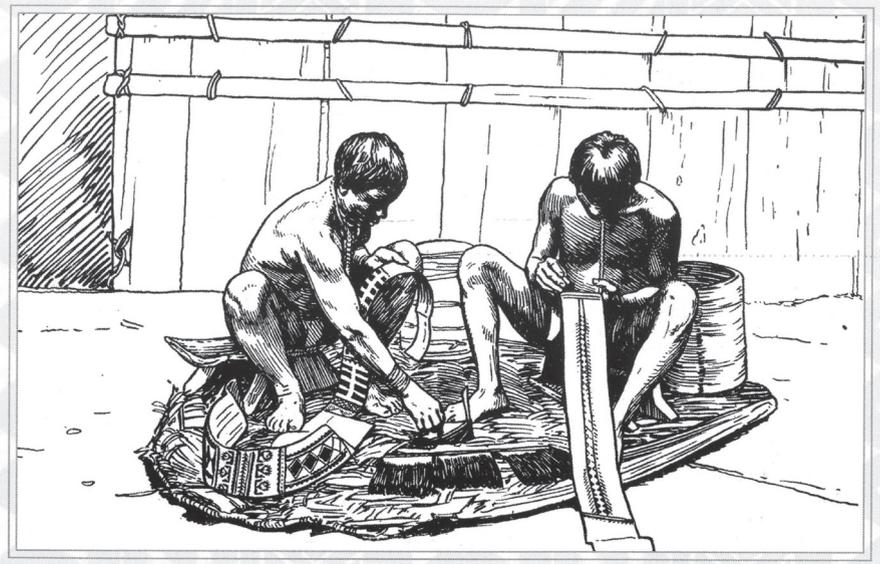


Figura 31. Indígenas umáua pintan fajas que usan en la cintura
Fuente: Koch-Grünberg (2009, 30).

Según Preuss, era fundamental recoger los textos en la lengua vernácula, porque de esta forma se podía captar su sentido profundo o —en sus propias palabras— “desenterrar un tesoro”. Ante la ausencia de la grabadora, era indispensable consignar de memoria el relato (aun para quien supiese la lengua), “porque lo más importante son el orden con que se exponen las ideas y la palabras que se emplean para ello, lo cual es algo que no debe tergiversarse por interferencia del pensamiento europeo. Necesitamos la lógica del nativo, no la europea” (citado en Peterson 1998, 83). Asimismo, muchos de ellos —como en el caso de Koch-Grünberg— tenían claro que debían distinguir lo que veían u observaban de aquello que les era narrado o contado.

Igualmente, les preocupaba que sus investigaciones fueran realmente asimiladas por el público —en una época en la cual los alemanes se apasionaban por la vida de los “salvajes”—, de manera que asumieron el género de la crónica de viaje como una modalidad en la que hacían partícipes a sus lectores de su propia experiencia de campo y exhibían sus principales artefactos en los museos para que incluso los asistentes pudiesen tocar o palpar la vida de las sociedades allí representadas. La asociación de la etnografía con los museos no era una práctica de anticuarios: era, al contrario, la posibilidad de darles cierta vida a sus investigaciones entre los lectores o visitantes (Frank 2010)¹³.

Por otra parte, como ha señalado Sven Werkmeister, la introducción de una nueva tecnología de observación y de registros (cámara de fotografías y de cine, fonógrafo, etc.) permitió un acercamiento novedoso a estas sociedades de tradición oral y se generó, en consecuencia, la consolidación de un campo de investigación (como ya lo había planteado Bastian) autónomo de las investigaciones históricas basadas en las fuentes escritas. Todo ello implicaba la apertura hacia nuevas dimensiones de la vida social de los pueblos “primitivos”, en cuya naturaleza también se reconocían, como un eco, dimensiones profundas que aún perduraban en las sociedades “civilizadas”.

En este ámbito, en Alemania, como en otras regiones europeas y en los Estados Unidos, la etnología se abría nuevos espacios o ventanas de investigación y notación, más allá de las tradicionales fuentes escritas (Werkmeister 2011). Entre los etnólogos alemanes del Amazonas, Von Steinen fue el primero en re-

13 También, en ocasiones, se exhibía —como ocurría en París y otras grandes ciudades— a los primitivos en “zoológicos humanos” o en ciertas ciudades se reproducía, durante ferias y fiestas, a escala la vida de los “primitivos”.

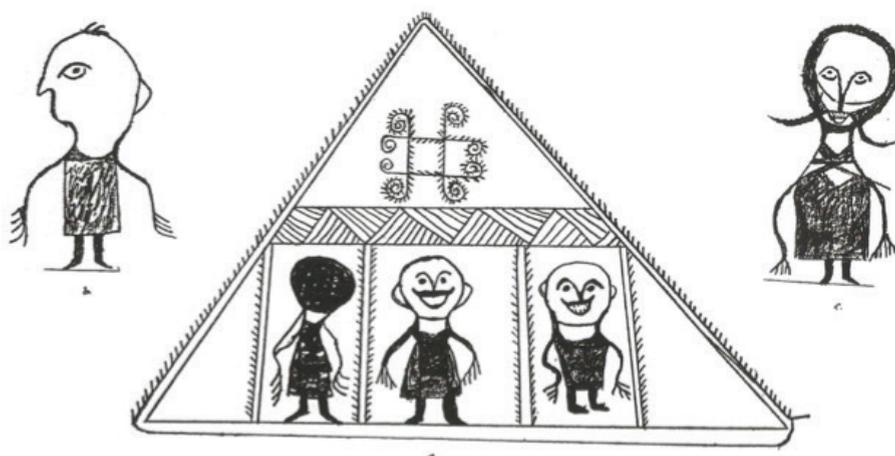


Figura 32. Lámina 63. Dibujo de la tribu tucano, por: Yeepásoneaa. Lugar: río Tiquié; a) fachada de una casa con gente; b) Otto Schmidt, c) Dr. Koch
Fuente: Koch-Grünberg (2009, 199).

coger dibujos durante su viaje al Brasil central. Algunos años atrás, el francés Jules Crevaux había hecho algo similar en Guyana¹⁴.

Von Steinen dedicó —en su gran libro *Entre los aborígenes del Brasil central* ([1884] 1940)— un relevante capítulo al diseño aborigen: no solo le interesó describir las pautas del diseño nativo, sino que se preguntó sobre su origen y su función con relación al motivo artístico. Entre otros aspectos, el gran etnólogo del Brasil central encontró que algunos grupos del Xingú realizaban extraordinarios dibujos en la arena, en las playas de los ríos. Un gran mapa de arena —elaborado por un verdadero geógrafo indígena del grupo suya— desplegó y localizó a todas las tribus indígenas en el alto Xingú, con tal detalle que motivó al etnólogo alemán a realizar la segunda expedición al área.

Algunos indígenas representaban los ríos (como el Batovi) en forma de *saca-rohla*, con tal exactitud que poco después los expedicionarios confirmaron el carácter del río como un complejo meandro. Los koleshi dibujaron con precisión el número y localización de raudales y tribus. También con círculos representaron

¹⁴ Un relevante análisis del contexto y de la teoría del arte de Von Steinen se encuentra en Déléage (2015).

las aldeas, y con figuras de anillos ilustraron la composición de las aldeas con relación a la plaza central.

Su experiencia con los bororo a este respecto fue excepcional; ellos le recrearon en la arena verdaderas escenas con fines estéticos; las figuras esbozadas —por ejemplo, de un jaguar o de un tapir— eran rellenadas, según Von Steinen, con:

[...] cinza grizalo-alvazenta. Assim obtinham uma pintura embranquecida de corpo, com suas extremidades. Com areia escura acrescentavam os olhos e as manchas de pele dom animal. As figuras de tamanho natural, no mínimo, provocam no lusco-fusco da noite, uma impressão extremamente viva; parece que no chão se estendiam peles reluzentes e cintilantes. (1940, 306)

Ya en 1884, también Von Steinen pidió a los indios suya que dibujasen a lápiz en sus propias notas y cuadernos de campo. En un primer momento esbozaron figuras romboidales, similares a las de las cuyas o totumas; pero luego les pidió que diseñasen figuras de personas y otros temas más complejos. Los artistas indios cumplieron a cabalidad la tarea y, entre otras cosas, representaron al mismo jefe de la expedición y a algunos de sus colaboradores.

Von Steinen consideraba que el diseño poseía, en principio, una función comunicativa, similar a un gesto: observó que los animales eran los temas preferidos de las representaciones indígenas —en gran parte debido a su condición de cazadores— y destacó la correspondencia entre gesto y diseño entre los pueblos del Xingú. Los dibujos en lápiz le evocaban las representaciones de los niños europeos. Apoyado en el texto de Corrado Ricci, *L'arte dei bambini* (1887), encontró un gran número de correspondencias entre ellas y los niños, incluso más de las que suponía el último autor (Von Steinen 1940, 307).

Pero, simultáneamente en Alemania y otros países europeos, la interpretación de la etnografía del dibujo indígena se movía en otra dirección paradigmática. En efecto, en 1890 el gran historiador y crítico de arte Aby Warburg entró en contacto con los pioneros de la investigación etnológica norteamericana en el Smithsonian Institution, de cuyo resultado realizó una investigación entre los hopi, entre 1895 y 1896, en la cual recopiló numerosos dibujos de los niños indígenas. Entre ellos, resalta la representación de una casa en medio de un paisaje, en el marco del cual cae un rayo en forma de serpiente:

La representación del rayo-serpiente de los hopis —anota al respecto el antropólogo Carlo Severi— en lugar de ser un simple reflejo de la realidad, se encuentra cargado de un cierto número de significaciones totalmente independiente de la percepción cotidiana. (Severi 2007, 83)

[...] Las representaciones iconográficas también son el fruto del trabajo de la imaginación, generándose lo que se llamaría “quimeras”, verdaderos compromisos entre “imagen y signo”. (84)

Pocos años después, en 1898, estos dibujos hopi fueron presentados en Hamburgo, en la exposición cuyo tema era *El niño como artista*. En realidad, el trabajo de Aby Warburg —anota Severi— se fundaba en el trabajo de Robert Vischer, cuyo escrito *La empatía visual*, publicado en alemán en 1873, influyó ostensiblemente en la psicología y en el pensamiento estético alemán de la segunda mitad del siglo XIX. ¿Por qué, se pregunta Vischer, ciertas representaciones visuales son más intensas que otras? Para ello “es necesario comprender el modo de funcionamiento de la mirada, y comprender también la estructura de la imaginación” (Severi 2003, 80). Mirar, observar, no es un acto pasivo, sino que implica proyectar una imagen de sí. La creación de la imagen en la vida ordinaria es análoga a la producción de la imagen mental onírica¹⁵.

A lo largo de la segunda mitad del siglo XIX, se había desarrollado una “biología de la imagen” y de la imaginación, a cuyo desarrollo contribuyeron no solo Charles Darwin, sino algunos antropólogos, entre ellos Edward Taylor y Alfred C. Haddon; y también William Rivers y los etnólogos alemanes de la antropología del arte (entre los cuales habría que destacar a Franz Boas, famoso por su más

15 Pero Warburg fue más allá en sus consideraciones sobre la representación del rayo-serpiente. En su conferencia titulada “Imágenes de la región de los indios pueblo de América del Norte”, la que él consideraba provisional e inconclusa, pronunciada el 21 de abril de 1923, en el Sanatorio de Bellevue donde se encontraba recluso, destaca la importancia del simbolismo y del ritual de la serpiente para propiciar, entre otros efectos, la lluvia. Los pueblos incluso domesticaban a la culebra cascabel, la cual en cierto ritual era arrojada en la casa templo (*kiwa*) sobre dibujos de arena en los cuales se representaban las cuatro serpientes de la tormenta y un ser cuadrúpedo, cuyos contornos con la acción de la serpiente se esfumaban o desaparecían. También vio, en otro *kiwa*, la representación de nubes de las cuales se desprendían cuatro serpientes rayos, de diferentes colores, y que provenían de los cuatro puntos cardinales: “No cabe duda que este arrojamiento mágico tiene como objetivo obligar a la serpiente como propiciadora de los rayos y generadora de la lluvia” (Warburg 2008, 46).

tardío libro, *Arte primitivo*, de 1927). Sin embargo, estas tendencias parecen no haber influido en las orientaciones teóricas del etnólogo del Vaupés.

Los dilemas de Koch-Grünberg

La interpretación de Koch-Grünberg, en *Comienzos del arte en la selva*, sigue muy de cerca los postulados de Andree y las ideas de Von Steinen, su predecesor en la etnografía del Amazonas y su jefe en el Museo Real de Berlín. En general, el mismo esquema analítico de *Comienzos del arte en la selva* lleva implícito, como se dijo, la comparación con los dibujos de los niños y sus estrategias de representación de las imágenes, en la perspectiva de la etnografía del dibujo infantil de Ricci y otros autores.

No obstante que *Comienzos del arte en la selva* establece una analogía entre el dibujo de los indios y los niños europeos, allí su autor considera que el dibujo de los indios del Amazonas es sobre todo un “esquema”, nutre la lengua. Su intención fundamental no es “copiar la realidad”, sino expresar un razonamiento. Quizás podríamos decir que se acerca a la noción de *quimera*, sin explicitarlo.

Pero estos primeros y entusiastas pasos hacia una interpretación novedosa del arte indígena tienen una especie de retroceso en su siguiente publicación, *Petroglifos sulamericanos*, editada en Berlín, en 1907. No obstante su gran valor como registro de arte rupestre regional —siguiendo los pasos de Ermanno Stradelli— y su constatación de que muchos de sus motivos se evocan también en las otras manifestaciones materiales de la vida local (cerámica, máscaras, cestería, etc.), el gran etnólogo alemán se resiste a creer que tenga un sentido profundo o que sean un testimonio histórico (como pensaba el conde italiano).

Koch-Grünberg sostiene, en este último texto, que la mente del indio es “pueril y atemporal”; solo le interesa el presente, su propio bienestar y las leyendas de sus antepasados: “Todo lo que viene después a él no le preocupa, y está lejos de dejar ‘documentos’ para las generaciones futuras” (Koch-Grünberg [1907] 2010b, 86). Y, más adelante, de manera enfática afirma:

En último análisis es completamente indiferente el lugar donde esas figuras se hallan, sea en paredes de casas [...] o en superficies lisas de piedras. En cualquier lugar, ellos son los “principios ociosos y grotescos de un arte primitivo”. (Koch-Grünberg [1907] 2010b, 92)



Figura 33. Petroglifos de cachoeira, río Caiari-Vaupés
Fuente: Koch-Grünberg (2010b, 71).

Durante los años siguientes, el etnólogo alemán se concentró no solamente en la redacción de su gran obra *Dos años entre los indios* —que publicó a manera de relato de viaje en 1909—, sino también se dedicó a dar a conocer múltiples y diversos artículos sobre el fascinante corpus lingüístico que había recogido: elaboró escritos sobre los makú, los uitotos, los carijona, los tucanos, etc., y así fundó la lingüística —junto con Paul Rivet— de la Amazonia colombiana; publicó, como ya mencionamos, también en 1907, su escrito sobre los petroglifos del Vaupés. Y un libro de fotografías sobre tipos humanos.

Todo ello le impidió quizás enfocarse en la naturaleza teórica de las artes del Amazonas, cuya vitalidad y riqueza no encajaban, creo que ya lo sospechaba, en los esquemas de interpretación del arte indígena como arte de niños, y moverse hacia los esquemas abiertos por Warburg.

En 1910, el etnólogo alemán regresó al tema con ocasión de un curso que dictó sobre el "arte primitivo"¹⁶. En este curso —según Michael Kraus— Koch-Grünberg planteó la pertinencia del estudio de los "orígenes" para la propia comprensión de la civilización, en función asimismo de su adhesión a un esquema evolucionista, según el cual los "primitivos" representan un primer peldaño de los "pueblos civilizados". No obstante, reitera la comparación de los dibujos de los indios con los de los niños europeos: "al final del curso mencionado, se niega a colocarlos en la misma categoría" (Kraus 2000-2001, 188).

Sus experiencias etnográficas subsiguientes desviaron quizás nuevamente su preocupación en otras direcciones; sin embargo, también presta atención al arte indígena durante su tercera expedición al Amazonas, esta vez al Roraima-Orinoco¹⁷. Pero en el transcurso de este nuevo trabajo de campo la dimensión estética no fue tan apabullante como en el gran Vaupés, en cuanto a que en el alto río Negro, indios y etnógrafo se percibieron, en general, mutuamente (como se ha comentado) como "bonitos" o "magníficos" y sus bienes intercambiados también tuvieron esta dimensión estética.

Su experiencia en el Vaupés lo colocó en la raya de una nueva interpretación del arte indígena, sin sobrepasarla. Desde el punto de vista de su experiencia

16 De este curso, dictado en la Universidad de Freiburg, bajo el nombre de Comienzos del Arte en la Selva, se conserva un manuscrito inédito en el Departamento de Etnología de la Philipps-Universität Marburg, donde, por otra parte, se hallan muchos de los manuscritos del mencionado etnólogo (donados por su nieta en 1999) (Kraus 2000-2001).

17 Durante los años de su viaje al Roraima-Orinoco (1911-1913) concentró de nuevo sus ojos en el estudio de dibujos y grabados corporales, de ciertos artefactos (armas, utensilios, calabazas, petroglifos, etc.), aunque advirtió que "entre estas tribus la ornamentación no está tan desarrollada como en el noroeste del Brasil" (Koch-Grünberg 1924, II: 1982, 87). Allí también entregó lápices a los indios para que elaboraran dibujos, pero no encontró tanto entusiasmo como en el alto río Negro. Sin embargo, pronto muchos le empezaron a dar numerosos dibujos por iniciativa propia —aun cuando estimulados por "regalitos"—. Al respecto opinó: "Tan torpes y desproporcionados como parecen estos ensayos artísticos, que a primera vista se asemejan a dibujos entre los seis y los diez años, contienen sin embargo, numerosos detalles característicos por lo cual son fácilmente reconocibles en su mayor parte por el experto. Como en todos los dibujos de los pueblos primitivos, los animales están mejor representados que las figuras humanas" (Koch-Grünberg 1982, 89).

Igualmente, aquí encontró la elaboración de mapas "dignos de asombro": "No debemos olvidar que los indios están acostumbrados a trazar mapas toscos en la arena para ilustrar un relato o describir una ruta de viaje, indicando a veces las distintas formas de las montañas con montoncitos de arena húmeda" (Koch-Grünberg 1982, 89).



Figura 34. Maloka káua en la cachoeira de Yuruparí, río Aiary
Fuente: Koch-Grünberg (1995, i: 134).

personal, dio un paso más allá del paradigma “infantil”, pero los lentes teóricos y cierto nivel de autocontrol le impidieron, quizás, comprenderlo de manera adecuada¹⁸. ¿Qué hubiera sido de su experiencia sobre la estética de los indios del Vaupés si Koch-Grünberg, cuando tomó las dos totumaditas de Caapi (yagé: *Banisteropsis caapi*), se hubiese dejado llevar plenamente por su nueva experiencia? Y ¿las lenguas de fuego que pasaban por delante de su cuaderno de notas, mientras escribía, le hubiesen sugerido que una gran parte del imaginario visual que observaba estaba fundado —como lo mostraron luego Reichel Dolmatoff y Antonio Guzmán— en gran parte en el consumo de las plantas sagradas? ¿Qué

18 Quizás pase con la obra etnográfica de Koch-Grünberg sobre el arte de la selva lo mismo que con el trabajo del genial Malinowski. Sus fascinantes etnografías —aun con las limitaciones que nuevos enfoques han señalado— no dejan de ser fuente de estímulo a nuevas teorías, a nuevos puntos de vista, a nuevas reflexiones sobre la condición humana. Las teorías pasan —ha advertido Claude Lévi-Strauss—; las primeras etnografías —aunque no sean independientes de sus formas de representación y de su condición histórica de ejercicio— constituyen los legados fundamentales de la antropología a la comprensión de las sociedades humanas. Pero sin unas ni otras la antropología no puede vivir, son sus anclas y catalejos que le permiten navegar en el mundo de la experiencia humana.

hubiera sido de su propia experiencia etnográfica de haber tomado más de dos totumaditas de yagé? Sin duda, el rumbo de la interpretación del arte de los indígenas del Amazonas hubiese cambiado.

Bibliografía

- Alcocer**, Paulina. 2007. "Konrad Teodoro Preuss: en busca de magia, ritos y cantos". *Artes de México* 85: 8-15.
- Alcocer**, Paulina y Johannes Neurath. 2007. "El uso de las herramientas mágicas". *Artes de México* 85: 32-49.
- Cabrera**, Gabriel. 2010. *Viviendo en el bosque: un siglo de investigaciones sobre los makú del noroeste amazónico*. Medellín: Universidad Nacional de Colombia.
- Déléage**, Pierre. 2015. "The Origin of Art According Karl von den Steinen". *Journal of Art History* 15: 1-33.
- Fernández**, Johanna. 2012. *Übersetzung Formen bei der ethnographischen Forchung. Theodor Koch Grünberg und die Expediditon der oberen Rio Negro*. Masterarbeit: Johannes Gutenberg; Universität Mainz.
- Fischer**, Manuela, Peter Bolz y Susan Kamel. 2007. *Adolf Bastian and his Universal Archive of Humanity: The Origins of German Anthropology*. Hildesheim: Georg Olms.
- Fischer**, Manuela, Richard Haas y Edith Theis. 2007. "Travesías por las culturas vivas de Nayar". *Artes de México* 85: 16-31.
- Frank**, Erwin. 2010. "Objetos, imagens e sons: a etnografia de Theodor Koch-Grünberg (1872-1924)". *Boletim do Museu Paraense Emilio Goeldi, Ciências Humanas, Belém* 5 (1): 153-171.
- Galucio**, Ana Vilacy. 2009. "Teodoro Koch-Grünberg: documentando culturas indígenas no início do século xx". *Boletim do Museu Paraense Emilio Goeldi. Ciências Humanas* 4 (3): 553-556.
- Glenn**, Penny H. 2003. "Bastian's Museum: On the Limits of Empiricism and the Transformation on German Ethnology". En *Worldly Provincialism: German Anthropology in the Age of Empire*, 86-126. Ann Arbor: University of Michigan Press.
- Glenn**, Penny H. y Matti, Bunzl. 2003. "Introduction: Rethinking German Anthropology, Colonialism, and Race". En *Worldly Provincialism: German Anthropology in the Age of Empire*, 1-30. Ann Arbor: University of Michigan Press.

- Koch-Grünberg**, Theodor. 1915-1916. “Die Betoja Sprachen, Nordwestbrasilien und der angrenzenden Gebiete”. *Anthropos* 10-11.
- . (1917) 1979-1982. *Del Roraima al Orinoco*. 3 vols. Caracas: Banco Central de Venezuela.
- . 1994. “Informes sobre mis viajes al alto río Negro y al Caquetá en los años 1903-1905”. *Boletín del Museo del Oro* 3: 1-6.
- . (1909) 1995. *Dos años entre los indios*. Bogotá: Editorial Universidad Nacional de Colombia.
- . 2004. *Die Xingu-Expedition (1898-1900), ein Forschungstagebuch*. Editado por Michael Kraus. Berlín: Böhlau Verlag.
- . 2005. *Do Roraima ao Orinoco*, vol. 1. São Paulo: Editora UNSP.
- . 2006a *A distribuição dos povos entre rio Branco, Orinoco, rio Negro e Yapurá*. Manaus: Editora de Universidade Federal do Amazonas.
- . (1905) 2009. *Começos da arte na selva*. Traducido por Casimiro Beksta. Manaus: Universidade Federal do Amazonas, Faculdade Salesiana Don Bosco.
- . 2010a. “Los makú”. En *Viviendo en el bosque: un siglo de investigaciones sobre los makú del noroeste amazónico*, editado por Gabriel Cabrera 29-36. Medellín: Universidad Nacional de Colombia.
- . (1907) 2010b. *Petróglifos sulamericanos*. Belém: Museu Paraense Emilio Goeldi.
- Kraus**, Michael. 2000-2001. “Comienzos del arte en la selva: reflexiones etnológicas sobre el arte indígena a principios del siglo xx”. *Société Suisse des Américanistes/Schweizerische Amerikanisten-Gesellschaft* 64-65: 183-192.
- . 2002. “Von der Theorie zum Indianer: Forschungserfahrungen bei Theodor Koch-Grünberg”. En *Deutsche am Amazonas Forscher oder Abenteurer?: Expeditionen in Brasilien 1800 bis 1914*, editado por Anita Hermannstädter, 86-105. Berlin: s. e.
- . 2004a. “Y cuando finalmente pueda proseguir, eso solo lo saben los dioses: la exploración del alto río Negro”. *Boletín de Antropología, Universidad de Antioquia* 18 (35): 192-210.
- . 2004b. *Bildungsbürger im Urwald: Die Deutsche Ethnologische. Amazonienforschung (1884-1929)*. Marburg: Förderverein.
- . 2007. “Philological Embedments: Ethnological Research in South American in the Ambience of Adolf Bastian”. En *Adolf Bastian and his Universal Archive of Humanity: The Origins of German Anthropology*, editado por Manuela Fischer, Pete Bolz y Susan Kamel, 127-152. Zurich: Georg Olms Verlag.

- . 2010. "De la teoría al indio: experiencias de investigación de Theodor Koch-Grünberg". *Maguaré* 24: 13-36.
- "Rio acima com os índios". *Leituras da História*. <http://leiturasdahistoria.uol.com.br/ESLH/Edicoes/6/artigo74866-1.asp>.
- Lewy**, Matthias. s. f. "Imágenes y sonidos de los trópicos: un visionario multimedia en la selva". En *Miradas alemanas hacia América Latina*. <http://portal.iai.spk-berlin.de/Koch-Gruenberg.98+M54a708de802.0.html>.
- Münzel**, Mark. 2001. "Lo efímero en las artes de los indígenas suramericanos". En *Artes Indígenas y Antropología*. *Société Suisse des Américanistes* 64-65: 157-160.
- National Library of Medicine**. s. f. "Adolf Bastian (1826-1905)". <http://resource.nlm.nih.gov/101408729>.
- Neurath**, Johannes. 2005. "Ancestros que nacen". *Artes de México* 75: 12-23.
- Ortiz**, María Mercedes. 1995. "Caminando selva: vida y obra del etnólogo alemán Theodoro Koch-Grünberg (1872-1924)". *Universitas Humanística* 41: 74-86.
- Pachón**, Jimena. 2009. "Dónde están los niños: rastreando la mirada antropológica sobre la infancia". *Maguaré* 23: 433-469.
- Peterson**, Gabriela. 1998. "Antropólogos, arqueólogos y etnólogos alemanes en Colombia". En *Kolumbien: presencias alemanas en Colombia*, editado por Giorgio Antei, 77-89. Bogotá: Biblioteca Nacional, Biblioteca Luis Ángel Arango.
- Preuss**, Theodor. 1998. *Fiesta, literatura y magia en el Nayarit: ensayos sobre coras, huicholes y mexicanos de Theodoro Konrad Preuss*, compilado por Jesús Jáuregui y Johannes Neurath. México: Instituto Nacional Indigenista.
- Reichel Dolmatoff**, Gerardo. 1995. "Koch-Grünberg en Colombia". En *Dos años entre los indios*, 11-17. Bogotá: Editorial de la Universidad Nacional de Colombia.
- Schaden**, Egon. 1953. "A obra científica de Koch-Grünberg". *Sao Paulo, Revista de Antropología* 1 (2): 133-136.
- Schoepf**, Daniel. 2000. *George Huebner (1862-1935): un photographe a Manaus*. Geneve: Musée d'Ethnographie.
- Secretaria de Estado de Ciência, Tecnologia e Inovação**. s. f. "Pesquisador de linguística na Amazônia".
- Severi**, Carlo. 2003. "Warburg anthropologue, ou le déchiffrement d'une utopie: de la biologie des images a l'anthropologie de la mémoire". *Paris, L'Homme* (65): 77-129.

- . 2007. *Le prince de la Chimere: una antropología de la memoire, estética*. París: Ru de'Ulm.
- Sthoer**, Silvia. 2011. "Fotografía y memoria recordando en el alto Vaupés". Tesis de pregrado, Universidad Nacional de Colombia.
- Stradelli**, Ermanno. 2007. *Yuruparí*. Traducido por Beatriz Alzate, introducción y notas de Roberto Pineda C. y Beatriz Alzate, 2.^a ed. Bogotá: Panamericana.
- Tessmann**, Günter. 1999. *Los indígenas del Perú nororiental*. Quito: Abya-Yala.
- Valentin**, Andreas. 2007. "Do moderno ao selvagem: a fotografia amazônica de George Huebner". *Somanlu, Revista de Estudios Amazónicos* 7 (1): 27-54.
- Von Steinen**, Karl. (1884) 1940. "Entre os aborígenes do Brasil Central". *Separata dos Arquivos Municipais*, São Paulo.
- Warburg**, Aby. 2008. *El ritual de la serpiente*. Madrid: Sexto Piso.
- Werkmeister**, Sven. 2010. *Kulturen jenseits der Schrift. Zur Figur des Primitiven in Ethnologie, Kulturtheori und Literatur um 1900*. Munchen: Wilhem Fink.
- . 2011. "El papel de los medios en la civilización de la música alrededor de 1900". Conferencia inédita.

4. LOS ANTROPÓLOGOS ALEMANES Y SU CONTRIBUCIÓN A LA FORMACIÓN DEL CAMPO DE LA ANTROPOLOGÍA EN COLOMBIA (1800-1970)



Figura 1. El Chimborazo por Humboldt
Fuente: tomada de S. E. Moreno Yáñez y Ch. Borchart de
Moreno (2010, lámina xxv).

Este ensayo describe las actividades e influencia de los etnólogos y antropólogos alemanes en Colombia, durante el periodo 1870-1970, y su relación con la formación del campo de la antropología en nuestro país. Colombia, una nación relativamente insular, en lo que respecta a migraciones extranjeras, tuvo sin embargo una corriente migratoria alemana, sobre todo a partir de 1781, a la región de Santander y una más tardía a la Sierra Nevada de Santa Marta. La primera, en particular, dejó una impronta significativa en el país, ya que más de un centenar de jóvenes alemanes se casaron con colombianas; sus actividades económicas se transformaron en importantes casas de comercio en las poblaciones y ciudades de Socorro, Bucaramanga, Cúcuta, Ocaña, entre otras localidades, y algunos de ellos se convirtieron en destacados empresarios del país. La colonia alemana fue, como lo mencionan los viajeros y científicos alemanes que recorrieron nuestro territorio, un apoyo destacado para sus trabajos, y algunos de ellos incursionaron en temas de nuestro interés.

La barrera del idioma ha sido un factor notable en nuestra relación con Alemania; sin embargo, la cultura alemana ha influido de manera ostensible en diversos campos en este país. Como veremos, la presencia de Alexander von Humboldt, a principios del siglo XIX, marcó a la élite criolla neogranadina y también fomentó el interés de viajeros y etnógrafos extranjeros por visitarnos. Gran parte de los geógrafos y etnólogos alemanes —entre ellos el gran Adolf Bastian— tuvieron de una forma u otra su influencia. Asimismo, los pedagogos alemanes han tenido una ostensible importancia en las políticas educativas, ya sea en las reformas promovidas por los radicales liberales en el siglo XIX o en las nuevas orientaciones en la primera mitad del siglo XX. Entre otras actividades, fue particularmente notoria su influencia en la reforma de la Universidad Nacional de Colombia, durante el gobierno liberal de la Revolución en Marcha, de Alfonso López Pumarejo, o en las labores de la destacada Escuela Normal Superior de Bogotá, donde se introdujo la enseñanza moderna de las ciencias sociales en Colombia, entre otras disciplinas.

También, los geólogos alemanes desempeñaron un papel muy destacado en la conformación del mapa geológico nacional y en el conocimiento de nuestro pasado; algunos de ellos dejaron su impronta, como otros geólogos europeos, entre ellos Victor Oppenheim (1906-2005) o el austriaco Hans Bürgl (1907-1966), en las investigaciones arqueológicas o etnográficas de esta nación. Además, aunque algunos etnólogos alemanes no realizaron trabajos específicos en Colombia, su radio de preocupación comparativa también comprendió el antiguo territorio

de la Nueva Granada. Grandes investigadores —por ejemplo, Georg Friederici (1866-1947) y Eduard Seler (1849-1922)— tomaron como referencia a Colombia o contribuyeron a esclarecer algunos problemas pertinentes de etnología desde una perspectiva comparativa.

Lo que podríamos denominar hoy con el nombre de antropología —bajo el nombre de *Völkerkunde*— experimentó en Alemania, a partir de la segunda mitad del siglo XIX, un impulso considerable, ligado también a la formación de una burguesía liberal y a la consolidación del Imperio alemán, y su papel protagónico en el escenario colonial a partir de 1884 —en el marco del Congreso de Berlín, en el cual las potencias europeas se repartieron África—.

En 1873, Adolf Bastian (1826-1905) creó el Museo Real de Etnología y también se estimuló la formación de expediciones a diferentes regiones del mundo; pero, a diferencia de la etnología inglesa —que hizo hincapié en un esquema de interpretación evolucionista de los pueblos del mundo—, los alemanes, bajo la influencia humboldtiana, fueron más prudentes frente a estos esquemas y resaltaron, por lo menos un grupo de ellos, la historicidad de los pueblos del mundo —de aquellos llamados “pueblos naturales”— y su diversidad y particularidad. El mismo Bastian planteaba no solo la unidad fundamental de la psique de todos los hombres y mujeres, pasados y presentes, sino que habría existido una comunidad de ideas en el pasado remoto que, como consecuencia del medio y de la historia, se habría singularizado y generado la extraordinaria diversidad cultural perceptible a los ojos de los etnólogos contemporáneos.

En este trabajo, como anotamos, nos concentramos en aquellos etnólogos alemanes que realizaron trabajos de campo o revisaron fuentes de archivos coloniales o contemporáneos. Ellos formaron una verdadera tradición de estudios americanistas alemanes sobre Colombia y se inscribieron en redes nacionales e internacionales de investigación.

La investigación alemana en el campo de la antropología ha sido continuada por investigadores de generaciones recientes: algunos prosiguieron las líneas abiertas por los etnógrafos del Museo de Berlín u otros investigadores, o ampliaron sus intereses y preocupaciones a otros temas. No obstante, la gran relevancia de los más recientes antropólogos alemanes en Colombia, la descripción y el análisis de sus aportes quedan por fuera de los alcances de este ensayo.

Agradezco a Ernesto Halbamayer, profesor titular de etnología en la Universidad de Marburgo, en Alemania, su amable invitación para participar en el XII Congreso de Latinoamericanistas Alemanes, en el cual se presentó inicialmente

este escrito. Asimismo, mis reconocimientos a Michael Kraus, por sus comentarios sobre la historia de la antropología alemana y la relevancia del "primitivo" en los albores del siglo xx en dicho país; al igual que al grupo de Historia de la Antropología en América Latina y Colombia, por sus ideas y estímulos a lo largo de estos últimos años.

Un país abigarrado de regiones y culturas

Colombia es, como se sabe, un Estado de más de un millón de kilómetros cuadrados, caracterizado por una gran variedad de regiones y climas. No solamente es andino, sino que pertenece a la región del Caribe y posee una selva tropical —la segunda de mayor pluviosidad mundial— que mira hacia el mar Pacífico; hacia el oriente, desde las grandes montañas de los Andes, se penetra en la cuenca del río Orinoco y en la gigantesca cuenca de la Amazonia.

Algunos grandes tributarios del río Amazonas nacen en el territorio colombiano y recorren miles de kilómetros hasta morir en el río Mar. En la zona más septentrional, poseemos una franja de 117 kilómetros sobre el río Amazonas, donde se entrecruzan Brasil, Perú y Colombia. En realidad, somos en gran parte una nación cubierta con selvas tropicales, atravesada, como se dijo, por una importante cadena andina dividida en tres grandes ramales, uno de los cuales (el oriental) penetra hasta Venezuela.

Al contrario de lo que aconteció con otros países de América Latina, Colombia ha sido, tradicionalmente, como se comentó, un país de cierta forma insular, aislado de los grandes procesos migratorios del siglo xix y aun del siglo xx. Su capital, Bogotá, la antigua sede de la Real Audiencia del Nuevo Reino de Granada, establecida en 1550 en las altiplanicies de las grandes montañas del interior de este territorio, a más de mil kilómetros del mar Caribe, marcó en gran parte su destino cultural y político. Durante siglos, los viajeros penetraban el interior del futuro Virreinato de la Nueva Granada —constituido solamente hasta 1739— a través del río de la Magdalena, en precarias embarcaciones movidas por bogas —indios o mulatos—, que por medio de palancas impulsaban los *champanes*, como se denominaban las embarcaciones. La llegada de la navegación a vapor, hacia finales de los años veinte del siglo xix, no mejoró del todo la comunicación y un pasajero podía, normalmente, invertir quince días o un mes para llegar desde Santa Marta o Cartagena, ciudades en el litoral caribe, a la ciudad de Bogotá, según los niveles de las aguas.

Las comunicaciones entre las diferentes regiones tampoco eran fáciles y exigían, con frecuencia, remontar las grandes montañas, transitar verdaderos desfiladeros, junto a grandes precipicios. En algunos caminos, como el del Quindío, los viajeros eran transportados a “lomo de indio”, en sillas colocadas en las espaldas de los indios, como testimonia Alexander von Humboldt durante su viaje por ese camino a principios del siglo XIX. Los caminos y trochas que comunicaban las poblaciones y ciudades del interior debían transitarse asimismo sobre todo en mulas y, en ciertos casos, sobre los pacientes bueyes. Se atravesaban regiones densas en bosques, con escasa población, con grandes dificultades para contratar las mulas y los guías, como nos lo relata Bastian durante su viaje por el interior de Colombia en 1870. En muchos sitios, los ríos debían atravesarse en tarabitas, que colgaban sobre las alturas de vertiginosos ríos.

A diferencia de Perú o de México, en el Nuevo Reino de Granada los españoles no encontraron grandes imperios o lenguas generales, como el náhuatl o el quechua. Colombia parecía una verdadera torre de Babel: cada dos o tres leguas existía, de acuerdo con el testimonio de un fraile franciscano, una lengua diferente, hasta el punto que se estima en cuatrocientos el número de lenguas habladas a mediados del siglo XVI. Solamente en el interior del reino, donde se funda la ciudad de Santafé de Bogotá, los españoles se topan con la existencia de una gran lengua general (la muisca o chibcha), aunque poseía diferentes dialectos, hablados por más de un millón de personas.

Los primeros cronistas caracterizaron a los pueblos chibchas del frío altiplano cundiboyacense como sociedades en ciertos aspectos similares a algunas de las grandes civilizaciones “paganas”. Se distinguían de los “hombres bestiales”, indios de flecha y guerra, apasionados por la guerra y las calaveras de los enemigos, que pensaron encontrar en muchas regiones de las tierras bajas, en la llamada *tierra caliente*.

Desde mediados del siglo XVI se crea una topología moral del antiguo territorio de Colombia, que distingue a la gente de montaña de la gente de tierras bajas, o de climas cálidos. Con el correr de los siglos, esta percepción del territorio se afianza, y es una especie de discurso general de los letrados de la Nueva Granada.

No obstante, algunas sociedades “bestiales” impresionaron a los españoles de diferentes maneras: los caciques del río Cauca, sobre todo de su sector medio, cercado por grandes montañas, por ejemplo, los enfrentaron engalanados con vistosas plumas y pectorales y otros artefactos de oro; pero estos verdaderos —a juicio de la mirada española— hombres dorados también poseían grandes casas,

rodeadas con calaveras humanas de sus enemigos; en sus bohíos poseían numerosos cuerpos humanos, desollados, henchidos de ceniza, con el rostro de su calavera reconstruido en cera. Los españoles pensaban que el diablo, en figura de gato, tomaba posesión de estos cuerpos y les hablaba y aconsejaba malamente. Los caciques tenían también unos *maures* (taparrabos), en cuya parte posterior existía una especie de prolongación, como si fuese una cola. Algunos de ellos, por otra parte, tenían uñas largas, como si fuesen verdaderos señores felinos o caciques jaguares, y se dice que su poder era tan grande que nunca tocaban la tierra y hablaban con gravedad.

Con el transcurso de los años, estos antropófagos dorados —junto con otros indios de “tierra caliente”— se transformaron en el prototipo del hombre caníbal o caribe, cuya presencia había descrito Colón en las Antillas, desde sus primeros viajes.

Por otra parte, durante el siglo xvii, la ciudad amurallada de Cartagena, al norte de Colombia, se convirtió en uno de los puertos de tráfico de esclavos más importantes de la América hispana. Allí se conformaron cabildos de negros y pronto muchos de ellos se desplazaron también por el interior de los valles interandinos o hacia el Pacífico, como trabajadores de las minas de oro y de las haciendas. Muchos de los esclavos negros también huyeron, de manera que conformaron sus propios espacios (los palenques) y desarrollaron nuevas lenguas y culturas.

El virreinato visitado por Humboldt, su exaltación y crítica por los vulcanólogos alemanes

A principios del siglo xix, el Virreinato de la Nueva Granada, que comprendía también lo que es hoy Ecuador y Venezuela, tenía una población de aproximadamente tres millones de personas, pertenecientes a diversos tipos de gentes, llamadas “castas”, según el color de su piel y sus ocupaciones. En realidad, el virreinato era un abigarrado mosaico de pueblos y culturas, de selvas y montañas, de desiertos y grandes sabanas.

A este país llegó, a principios de 1801, Alexander von Humboldt (1769-1859). Después de recorrer parte del río Apure, el alto Orinoco y el alto río Negro, penetró por el río Magdalena y recorrió, como ya se dijo, el camino del Quindío. Luego de varias semanas de viaje, finalmente arribó a Santafé de Bogotá. Fue recibido por un entusiasta grupo de santafereños que acompañaron la carroza



Figura 2. Alexander von Humboldt, 1814
Fuente: Imagen de dominio público.

del arzobispo destinada a conducirlo a la capital. No era el primer alemán que llegaba a este Tíbet suramericano: casi 250 años atrás, otro alemán, Nicolás de Federmann (1501-1542), representante de la Casa Welser, a quien Carlos V había dado en concesión la Nueva Andalucía (la Venezuela de hoy), había ascendido por el Orinoco hacia los Andes, y había sido codescubridor del país de los muiscas, en 1538, junto con los españoles Gonzalo Jiménez de Quesada (1509-1579) y Sebastián de Belalcázar (1480-1551), y a no ser por algunos rumores sobre el Dorado y las dificultades de transitar por los llanos del Orinoco durante su época invernal —cuando gran parte de las sabanas se convierten en ciénagas, bajos y pantanos—, este alemán hubiese quizás sido el fundador del Nuevo Reino de Granada, como lo designó Quesada en honor a su patria chica de Granada, y quizás, especulemos, nos hubiésemos llamado la Nueva Germania y la lengua alemana hubiese sido nuestro idioma materno. Pero las vicisitudes de Federmann en la corte del Carlos V (las acusaciones y su encarcelamiento en Valladolid), la

crisis y posterior ruina de la Casa Welser, alejaron a los alemanes de la provincia de Santa Marta y de los territorios de Colombia.

No obstante, el conquistador alemán nos deja su testimonio sobre sus primeras andanzas al sur de la gobernación de Venezuela, en su conocida *Historia indiana* (1557), traducida por Juan Friede (1901-1990) del original alemán al castellano en 1958, texto que sin duda constituye una crónica de gran interés histórico y etnográfico. Por esta aprendemos que el joven alemán fundó su estrategia de dominio sobre los indios, y de sobrevivencia, simulando la inmortalidad de sus huéspedes, inmunes frente a las enfermedades, y su poder invencible sustentado en parte por el temor profundo que inspiraban sus caballos; también sabemos que los indios lo consideraban, con razón, un diablo y que no le tembló la mano para ordenar la pica o la estocada de muchos de sus adversarios, a varios de los cuales quemó —nos confiesa— en sus propias casas. Su ánimo francamente belicoso frente a los indios se refrena años más tarde, cuando, enfrentado a las huestes de Quesada y Belalcázar por el control del territorio del Nuevo Reino de Granada (que reclamaba para la Casa Welser), hace un pacto de caballeros con ellos, para dejar que fuese el Consejo de Indias el que dirimiese el conflicto.

Pero dejemos aquellas consideraciones sobre historia virtual, y concentrémonos en Humboldt y su llegada a Bogotá. El gran naturalista alemán, que para entonces tenía 33 años, causó una gran admiración. Arribó acompañado por el botánico francés Aimé Bonpland (1817-1858); sus mulas y bueyes transportaban también un gran número de fascinantes instrumentos para medir la altura de las montañas, la temperatura, la presión, etc., en una época obsesionada por medir el mundo. Traía un permiso real que concitaba a la colaboración de las autoridades virreinales.

El joven Humboldt tuvo una sorpresa inesperada: Santafé de Bogotá, a pesar de ser una pequeña aldea en las faldas de las montañas de Monserrate y Guadalupe, precariamente comunicada —como se ha mencionado— con Cartagena o Santa Marta, poseía para entonces una joven Biblioteca Real y un Observatorio Astronómico, casi único en América, y, sobre todo, un grupo entusiasta de jóvenes y acuarelistas, que bajo la guía del médico y sacerdote José Celestino Mutis (1732-1808) había emprendido una sistemática exploración de la flora y fauna de algunas regiones de Nueva Granada. Humboldt reconoció en Mutis a un verdadero especialista en botánica tropical conectado, a pesar de las distancias, con Linneo y en menor medida con el Jardín Real en Madrid —para entonces el sabio gaditano y los jóvenes criollos habían ya recopilado miles de plantas, las



Figura 3. Aimé Bonpland
Fuente: Imagen de dominio público.

cuales fueron clasificadas y dibujadas en láminas por sus grandes acuarelistas, según los cánones de representación botánica de la época—. A través de Mutis obtuvo los manuscritos del padre José Domingo Duquesne (¿1745?-1822), en particular su disertación sobre el *Calendario de los muiscas*. Este y otros libros, y sus propias observaciones, lo convencieron de que los muiscas habían sido también una alta civilización americana.

Mutis trató al joven naturalista alemán y a su acompañante con guantes de seda. Les permitió visitar su casi inaccesible gabinete de trabajo y también les regaló ejemplares de algunas de las plantas recogidas, que el naturalista alemán llevó consigo en su viaje de regreso a Europa.

Quizás, también como ha resaltado José Antonio Amaya, al director de la Expedición Botánica le interesaba la amistad del alemán en cuanto pudiese contribuir a la divulgación y éxito comercial de las quinas *novogranatense* en la misma Francia y Europa, las quinas que él mismo había colectado e identificado.

Posteriormente, el naturalista alemán tomó camino rumbo a Ecuador, donde realizó sus famosos trabajos sobre la distribución de las plantas en las montañas



Figura 4. *Alexander von Humboldt y Aimé Bonpland en su choza en la jungla, 1856.* Óleo sobre lienzo de Eduard Ender, Akademie der Wissenschaften, Berlín
Fuente: Imagen de dominio público.

andinas. En Quito lo alcanza el criollo neogranadino Francisco José de Caldas (1768-1812), natural de Popayán, una ciudad incrustada en las montañas del suroccidente de Colombia y epicentro de la gran aristocracia esclavista de la zona minera del Pacífico colombiano. Caldas también pertenecía a la Expedición Botánica, y sus trabajos sobre la distribución de las plantas, según los diferentes niveles —desde las tierras cálidas hasta los nevados—, se asemejaban a las ideas de Humboldt, si es que no las antecieron.

El barón alemán marcó a toda esta primera generación de naturalistas colombianos, a la vez intelectuales y dirigentes de la revolución de independencia

en 1810. Su famoso texto “Ideas sobre la geografía de las plantas” (que, como se sabe, funda en cierta medida la biogeografía moderna) fue traducido muy tempranamente y publicado en el *Semanario de la Nueva Granada*, un periódico fundado en la primera década del siglo XIX por Caldas, y de gran influencia en la historia de las ideas de Colombia.

Su famoso *Cuadro de la naturaleza* que tiene como eje las montañas del volcán Chimborazo, en Ecuador, es una condensación del cosmos; pero también bajo su influencia se refuerza la idea de que la civilización solo era posible en las regiones de montaña, y que las selvas están condenadas a ser una especie de espectáculo estético, en el que los hombres palidecen casi como adorno¹.

Por otra parte, su libro *Vista de las cordilleras y de los pueblos indígenas de América* (1814) tuvo también una influencia notable en las élites de la Nueva Granada. El reconocimiento de la civilización muisca coadyuva, asimismo, a la revaloración de este pueblo, durante el siglo XX, y a la búsqueda de un fundamento de la nacionalidad de la nueva república en el sustrato histórico de esta civilización indígena. Sus “cuadros de la naturaleza”, finalmente, como ha sido advertido por diversos autores, despertaron un verdadero interés por el trópico, y la mayoría de los viajeros europeos del siglo XIX por la Nueva Granada lo adoptaron como un esquema de representación de la realidad americana. También, cuando se funda el primer Museo de Historia Natural en Bogotá, en 1824, la influencia de Humboldt se siente en el aprecio por las antigüedades neogranadinas —en particular por los muiscas— por parte de su primer director, Mariano Eduardo de Rivero (1798-1857), y uno de sus investigadores más distinguidos, el francés Juan Bautista Boussingault (1802-1886).

El despertar de una nueva conciencia histórica

Hasta mediados del siglo XIX, la vida intelectual de la Nueva Granada permaneció relativamente aislada del contexto internacional. Pese a los esfuerzos por constituir un sistema de educación universitaria, de conformar un Museo de Historia Natural, de promover un interés por “las antigüedades”, y a la presencia de diver-

1 Para los intelectuales criollos la vida en las montañas andinas “blanqueaba” las castas: los hacía más aptos para la civilización que ellos, hombres de montaña, representaban. El orden social era la expresión, en realidad, de este orden natural; o, asimismo, la topología del reino expresaba un orden social.

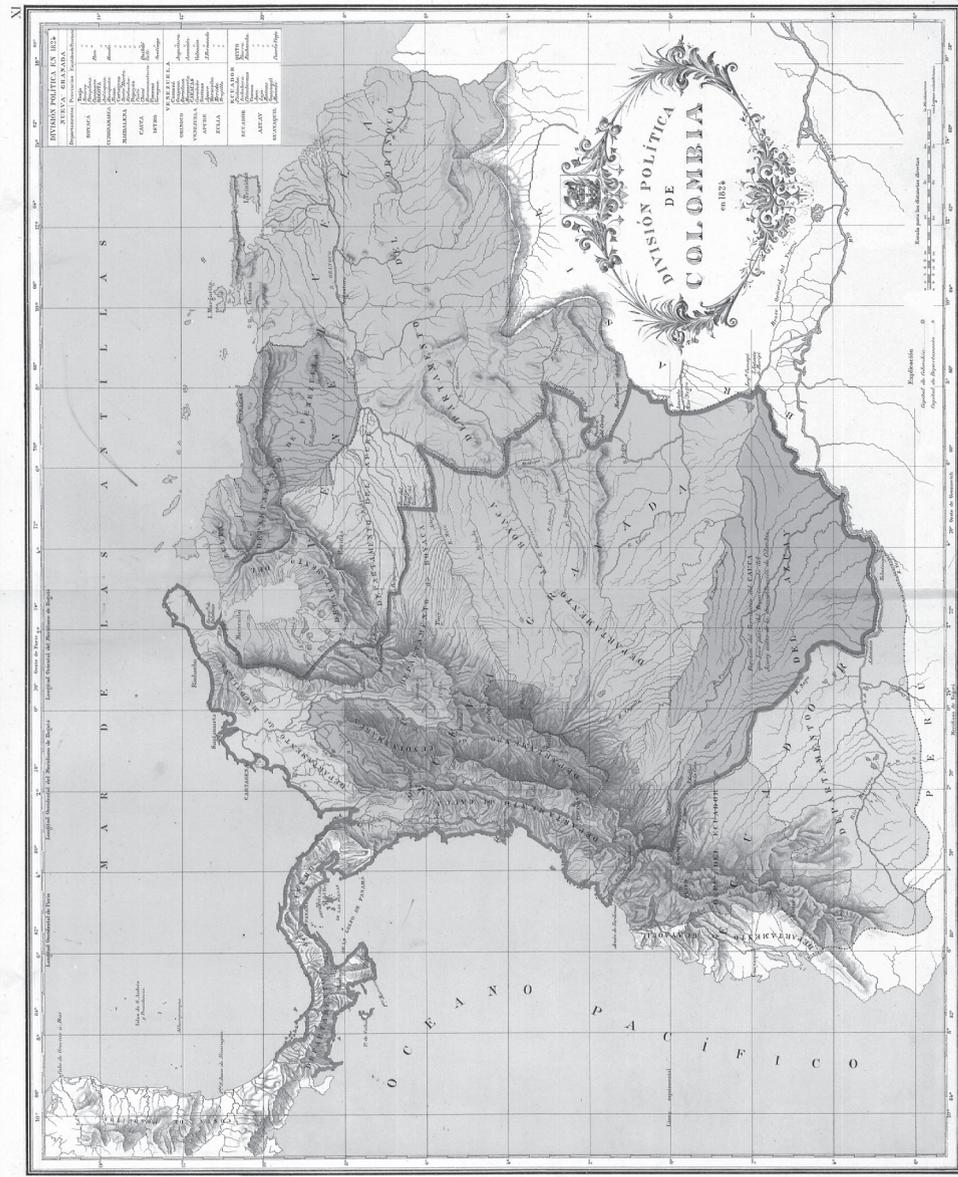


Figura 5. División política de Colombia en 1824 (Gran Colombia). Mapa del Atlas geográfico e histórico de la República de Colombia de Agustín Codazzi, con cartografía de Manuel María Paz. París, A. Lahure, 1889.

Los viajeros europeos en el territorio de la Nueva Granada, solamente fue hasta mediados del siglo XIX cuando se conformó un nuevo interés por caracterizar la vida de las diferentes regiones de Colombia y elaborar una moderna cartografía del territorio de la Nueva Granada. A partir de 1850, se organizó la Comisión Corográfica, a cargo del geógrafo italiano Agustín Codazzi (1793-1859), cuyos miembros recorrieron, acompañados por ilustres acuarelistas, diversas zonas de la ahora llamada República de Colombia. La Comisión Corográfica describió no solo la vida en las regiones montañosas de Colombia —desde Pasto hasta Antioquia—, sino que también se desplazó por las regiones de la selva del Pacífico, del Orinoco y de la alta Amazonia.



Figura 6. Carl Friedrich Philipp von Martius
Fuente: Imagen de dominio público.



Figura 7. Johann Baptist von Spix
Fuente: Imagen de dominio público.

En la década de 1850, asimismo, un grupo de letrados bogotanos se dedicó a narrar epopeyas del periodo de la Conquista española, en las que los indios son los héroes, en contraste con los bárbaros españoles. Por otra parte, en 1854, Ezequiel Uricoecha (1834-1880), formado inicialmente como médico en la Universidad de Yale, pero también con estudios de química y mineralogía en Gotinga (Alemania), publicó sus *Memorias sobre las antigüedades neogranadinas* (1854), en las que exalta el pasado de la civilización muisca y realizaba pioneros trabajos sobre la metalurgia prehispánica.

En 1859, Uricoecha promovió la organización de la Sociedad de Naturalistas de Colombia, entre cuyos miembros se encontraba Carl Frederich von Martius (1794-1868), célebre naturalista alemán quien, junto a su colega Johann Baptist von Spix (1781-1826), realizó un largo y extraordinario viaje por la Amazonia brasilera entre 1817 y 1820, titulado en la edición brasilera *Viagem pelo Brasil*.

Von Martius ascendió el río Yapurá, hasta la llamada comarca de Araracuara, en Colombia, un espacio marcado por la presencia de grandes raudales que impiden la navegación y dividen en dos el transcurso del río. A pesar de sus prejuicios, propios de su época, recogió una relevante información etnográfica sobre sus pueblos indígenas, un novedoso material lingüístico y también elaboró una memoria sobre los remedios entre los indios del Amazonas. Su obra, lamentablemente, no ha sido aún traducida al castellano, aunque sí hay una edición en portugués, efectuada en Brasil.

Llegan de nuevo los alemanes

El 25 de enero de 1868, dos vulcanólogos alemanes, los jóvenes Alphons Stübel (1835-1904) y Wilhelm Reiss (1838-1908), a la sazón con 34 y 30 años, respectivamente, llegaron al puerto de Santa Marta, al norte de Colombia. No sabían que saldrían de este periplo transformados no solo en expertos vulcanólogos, sino en arqueólogos, etnólogos y acuciosos, aunque con frecuencia etnocéntricos, observadores de la vida social de los habitantes de la actual Colombia. Tampoco sabían que jamás llegarían a su planeado destino final: Hawái, y que su inicialmente corto viaje por Suramérica se proyectaría durante casi once años durante los que recopilaron tanta y tan variada información que los rebosaría a lo largo de su productiva vida.

Francoamente, nuestra vida social les disgustó, en contraste con la admiración por el paisaje y las grandes montañas y volcanes. De entrada, a Stübel le pare-

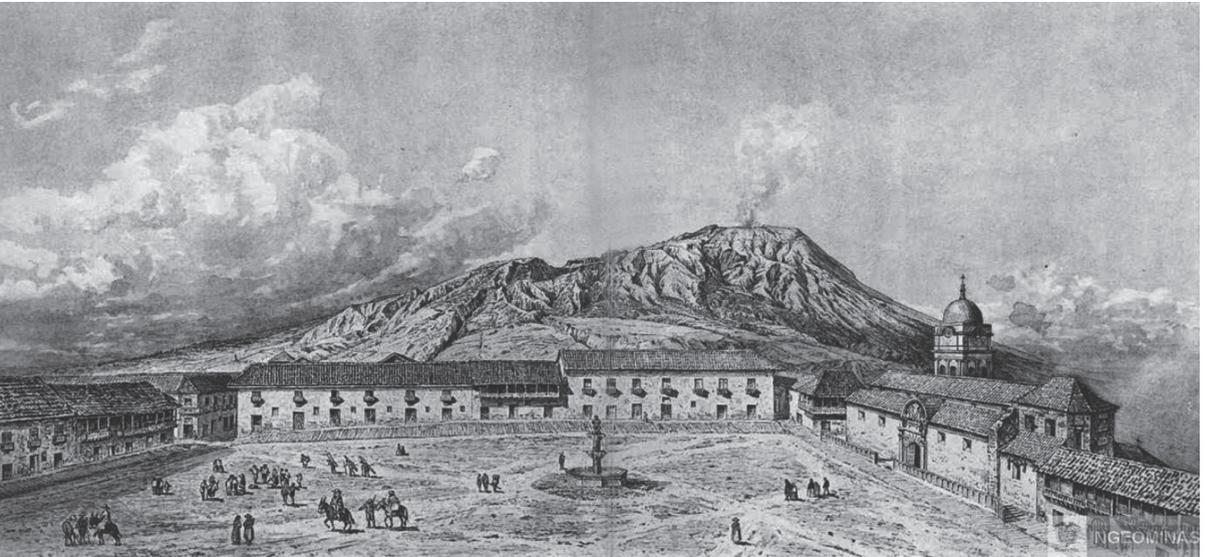


Figura 8. El volcán Galeras visto desde la plaza central de San Juan de Pasto
Fuente: ilustración de Stübel (1869) en el libro *Volcanes de Colombia* (1906).

ció que los habitantes de la caribeña Santa Marta eran “una chusma de increíble pereza”, conformada por una mezcla de indios, negros y blancos.

Posteriormente, Stübel visitó San Agustín, a principios de 1869, cuya estuaria lo impactó. Allí realizó algunos dibujos de las extraordinarias tallas en piedra. Después de visitar a la antigua ciudad de La Plata, ascendió por el camino adyacente al torrentoso río Páez y se adentró por la región de Tierradentro, una zona habitada por los indios paece. A través del páramo de Moras arribó a la señorial ciudad de Popayán. En el ínterin tuvo que lidiar con los cargueros paece, de quienes también se hizo una mala impresión; según su opinión, Popayán era una ciudad casi en ruinas y sus élites apenas conocían, según su testimonio, el gran volcán de Puracé, no obstante que su silueta y quizás sus fumarolas se observaban desde la ciudad.

Mientras tanto, su compañero de viaje, Wilhelm Reiss, se dirigió a la ciudad de Pasto, al extremo sur de Colombia, cuya llegada coincidió con la explosión del volcán Galeras. Los pastusos lo recibieron con gran interés, dados sus conocimientos vulcanológicos. Y aunque el joven viajero alemán no subió inicialmente al volcán, él pensó que el trato especial que continuaba recibiendo se debía a que

se le atribuía una especie de poder taumatúrgico sobre el temido y respetado volcán. Semanas después, cuando "tres de mis carpas estaciones, donde yo había pasado seis noches, fueron sepultadas por grandes bloques incandescentes de tres o cuatro pies cúbicos [...] —nos narra Reiss— los habitantes de aquí (Conscacá) están firmemente convencidos de que yo sé exactamente cuándo se producen las erupciones, pues de qué manera se explica que me hubiera atrevido a dormir tan cerca de la montaña y que me hubiera puesto a salvo en el momento preciso" (citado en Reiss 1994, 86).

Los dos jóvenes alemanes describieron —en sus cartas, láminas, dibujos, grabados y fotos, además de sus diarios de campo— una experiencia realmente extraordinaria que abarcaba gran parte de los países andinos: la vida de los mercados, las ciudades, los grandes yacimientos arqueológicos, los tipos humanos y, naturalmente, su rica experiencia alrededor y dentro de los volcanes, en cuyas faldas o en su interior no dudaban en colocar sus carpas ; y obligar, quizás por la fuerza, a sus cargadores indios a acompañarlos. Al cabo de su periplo, iniciado bajo la inspiración de Humboldt, se convirtieron en severos críticos del gran explorador y humanista alemán. Perteneían, quizás, a otra época, en la que la observación minuciosa era también un *imperator*; pero que exigía más detalle, y una explicación más sofisticada de los fenómenos geofísicos, en un mundo cada vez más especializado en diferentes campos. El apoyo de las autoridades, de sus conciudadanos alemanes, de los cargueros y de las mulas, además de su intrepidez, disciplina y pasión, fueron fundamentales para el logro de su admirable labor.

Durante 1877, Adolf Bastian (1826-1915), primer etnólogo alemán y, como se dijo, fundador del Museo Etnográfico de Berlín (1873), pasó casi siete meses en Colombia, cuya experiencia nos cuenta en el importante texto *Los países civilizados de la América antigua* (1878), en el cual narra, además, su viajes por otros países de América del Sur.

A Colombia penetró por Buenaventura, puerto sobre el Pacífico, en una zona cubierta por selva tropical y habitada, para la fecha, por poblaciones negras e indígenas. A través de su periplo por diferentes ciudades, particularmente Cali, Medellín y Bogotá, encontró a diversos estudiosos que compartieron sus conocimientos y sus colecciones arqueológicas con el notable investigador alemán. Su interés por las colecciones colombianas provenía, por lo menos, de 1873, cuando entró en contacto con el embajador alemán en este país, a fin de recolectar piezas arqueológicas con destino a los museos alemanes. En la ciudad de Cali se relacionó con un respetado médico conocedor de las lenguas aborígenes del Pacífico.



Figura 9. Mapa de influencia del volcán Galeras

Fuente: Higinio Muñoz, W. Reiss y A. Stübel (1869), en el libro *Volcanes de Colombia* (1906).

En Medellín interactuó con los principales coleccionistas y estudiosos del pasado prehispánico. Allí obtuvo una buena colección con destino al Museo de Berlín.

También en Bogotá se relacionó con Liborio Zerda (1834-1919), quien posteriormente fue un prestigioso estudioso de las antigüedades de los muiscas, y con José Rufino Cuervo (1844-1911). De parte de este último obtuvo la donación

de un número significativo de artefactos cerámicos e incluso logró persuadir a la esposa de un prestigioso hombre de negocios alemán para que le donara una balsa muisca de oro, proveniente de la laguna de Siecha. El Museo de Berlín se convirtió en el destino final de las más destacadas colecciones colombianas².

A lo largo de los años, Adolf Bastian mantuvo correspondencia con los ya mencionados Liborio Zerda y José Rufino Cuervo, y con Ezequiel Uricoechea, por entonces radicado en París. Así estuvo al tanto de la contribución de Uricoechea al estudio de las lenguas amerindias de Colombia, mediante la edición que este realizara en París de los principales estudios coloniales y republicanos sobre las lenguas aborígenes.

Por otra parte, Bastian da una conferencia de “arqueología” en Bogotá, ante el cuerpo diplomático, altos funcionarios del Estado y otros miembros representativos de nuestro cuerpo docente. Seguramente sus ideas resonaron entre los letrados criollos, sobre todo sus reflexiones sobre la sociedad muisca, a la que consideraba, sabemos por su registro de viaje, una sociedad particularmente interesante, ya que a su juicio combinaba expresiones de alta cultura con complejas manifestaciones de culturas bárbaras.

La presencia de Bastian o la influencia del Museo de Berlín y de otros investigadores alemanes también propiciaron ciertos trabajos puntuales que fueron publicados en *Zeitschrift für Ethnologie*. Por ejemplo, Geo von Lengerke (1827-1882), el famoso empresario alemán de Santander de la segunda mitad del siglo XIX, recopiló un vocabulario sobre los indios del Opón-Carare y probablemente también elaboró una memoria sobre los opón, los carare y los yariguíes. Lengerke, por otra parte, fue un gran empresario y sobresalió por sus proyectos de construcción de caminos, entre ellos el del Carare, obra de la que tuvo que desistir —y cancelar su contrato con el Gobierno— por la resistencia de los indígenas “salvajes” de la región, según su propia expresión.

Adolf Ernst (1832-1869), pionero de la arqueología venezolana, dedica un corto artículo a la lengua de los “motilonos”, aunque también presta alguna atención a los “guajiros” y a las relaciones de las culturas de los Andes venezolanos con los muiscas del altiplano cundiboyacense, entre otros aspectos.

En síntesis, el director del Museo Etnográfico de Berlín creó toda una red de corresponsales —incluidos compatriotas alemanes— en Colombia para el acceso

2 Al respecto, véase el destacado libro de Clara Isabel Botero (2006).



Figura 10. Museo de Berlín. L. Saalfeld, Berlín, 1900

Fuente: Imagen de dominio público.

a las piezas arqueológicas y, en algunos casos, también etnográficas de este país. Igualmente, preparó una encuesta lingüística que repartió entre misioneros y otros personajes destinados a conocer las lenguas aborígenes de Colombia.

Unos años después, otro viajero alemán —esta vez geógrafo y geólogo— visita Colombia. Se trata de Wilhelm Sievers, quien desembarcó en Santa Marta en 1886, enviado por la Academia Berlinesa de Geografía, con la finalidad de estudiar la Sierra Nevada de Santa Marta y la serranía del Perijá. Como consecuencia de su estadía, no solo describió de forma pionera ambas montañas del norte de Colombia, sino que dejó algunos apuntes y descripciones etnográficas sobre los pueblos de la sierra, particularmente de los arhuacos, condensadas en una conferencia dictada en 1886, en Berlín.

Sin duda, este texto expresa las limitaciones del trabajo del citado geógrafo y sus prejuicios frente a los indios serranos; pero quizás logró, a pesar de ello, abrir los ojos de los etnólogos alemanes y despertar su interés por esa sociedad nativa marcada —según nos la describe— por una visión religiosa muy fuerte, por la influencia de sus sacerdotes, por la presencia de chozas (templos) en las afueras de los “pueblos”, por su gusto por el hayo (coca), por su fuerte división



Figura 11. Adolf Ernst
Fuente: Imagen de dominio público.

sexual expresada en que hombres y mujeres vivieran en casas diferentes, por sus ancestros y, a los ojos de un geólogo de campo, por sus caminos y collares de diversas piedras.

También llama la atención en torno a las numerosas rocas y piedras que formaban verdaderos lugares de memoria sobre su historia o las historias de los sacerdotes y sus lugares de enterramiento.

Koch-Grünberg y Preuss: su contribución a la etnología y arqueología en Colombia

A principios del siglo xx, dos grandes etnólogos alemanes recorrieron el territorio colombiano. Entre 1903 y 1905, Teodoro Koch-Grünberg (1872-1924) realiza —como bien ha resaltado en diversos estudios Michael Kraus, su biógrafo más destacado— un extraordinario trabajo de campo en el alto río Negro, en esa gran franja entre los ríos Isana, al norte, y el río Caquetá, en su zona más meridional. Su trabajo de campo, en el cual “viviría como indio entre los indios”, apoyado en gran parte por el Museo Etnográfico de Berlín, nos da una descripción novedosa de los indios tucano y arawak de la zona; redundante en la recolección de más de mil fotografías y de un número muy grande de artefactos etnográficos que hoy reposan, en su mayoría, en el mencionado Museo Etnográfico de Berlín, aunque

también se encuentra una colección importante en el Museo Goeldi, en Belém do Pará (Brasil). A su regreso a Alemania, publicó su texto *Comienzos del arte en la selva* (1905) y dos años más tarde, un gran trabajo sobre el arte rupestre de la región del Vaupés. El grueso de los resultados de su trabajo de campo lo expone en su famoso libro *Dos años entre los indios*, escrito a manera de diario de viaje, donde no solo narró sus resultados, sino que describió con detalle cómo llevó a cabo su trabajo de aproximación, negociación y recolección de la información.

El joven etnólogo ascendió en barco de vapor el río Amazonas, hasta Manaos; y luego de allí se desplazó río arriba por el río Negro. Se relacionó, principalmente, con los investigadores del Museo Belém do Pará. Ya para entonces el Jardín Botánico de Manaos había entrado en declive y su comunicación con pares colombianos fue —que nosotros sepamos— inexistente. Bogotá, sin duda, quedaba más lejos del río Negro que Nueva York.

Figura 12. El autor con su pequeño amigo Táru
Fuente: Koch-Grünberg (1995).



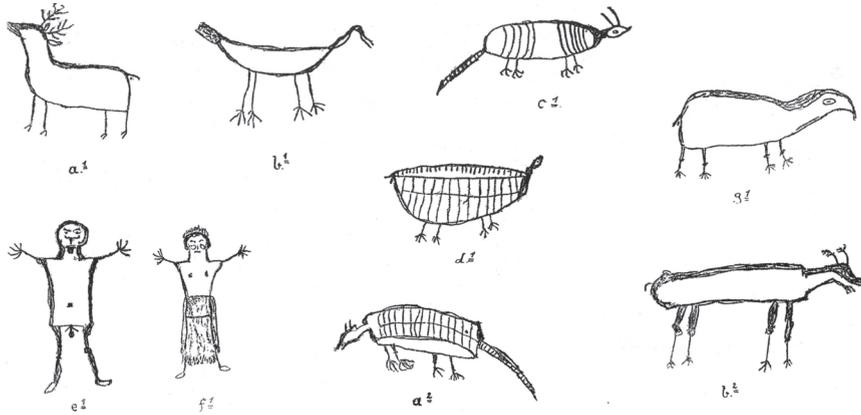


Figura 13. Lámina 19. Tribu: baré. Dibujantes: 1) Hyacinto, 2) Salustino. Lugar: aldea Solano en Casiquiare. Figuras: a1) venado, b1) garza, c1) tatu, d1) yabutí, e1) Dr. Koch, f1) mujer, g1) anta, a2) tatu, b2) veado
Fuente: Koch-Grünberg (2009, 155).



Figura 14. Los umáua pintan sus cinturones
Fuente: Koch-Grünberg (1995, 118).

Las tardías investigaciones colombianas sobre el Vaupés colombiano explican, reiteramos, en buena medida el poco interés por traducir sus grandes obras. Empero, a través del *Journal* de la Sociedad de Americanistas de París, se divulgaron sus pioneros estudios sobre las lenguas de esa región, en gran parte por la labor de Paul Rivet. Mediante este vínculo fue conocida en Colombia la extraordinaria labor lingüística de Koch-Grünberg; hoy en día, el trabajo del etnólogo alemán es considerado un clásico de los estudios amazónicos del área³.

Unos pocos años después, en 1913, llega a Colombia Konrad Theodor Preuss (1869-1938), investigador asimismo adscrito al Museo de Berlín (cuya tesis de doctorado había sido sobre los entierros de América y de los asiáticos nororientales). Permanece, a pesar suyo, hasta 1919, debido a la Primera Guerra Mundial; esta situación la aprovechó, como veremos, para elaborar sus materiales colombianos.

Para esa época, Preuss ya era, como se sabe, un investigador hasta cierto punto veterano, en razón de sus trabajos en la región Nayarit de México. También se destacaba como un teórico de la religión. En Colombia, sus propósitos iniciales fueron investigar el célebre lugar de San Agustín, famoso por sus grandes montículos y estatuaria en piedra funeraria, que representan figuras antropomorfas con grandes colmillos de tigre y otros motivos. San Agustín había sido descubierto a mediados del siglo XVIII por fray Juan de Santa Gertrudis (1724-1799), un extraordinario fraile franciscano, quien atribuyó a la influencia del diablo su talla y significación. Durante el siglo XX fue visitado por diversos viajeros: entre ellos el ya mencionado Agustín Codazzi (1792-1859), quien hizo una memoria sobre su origen; además, algunos de sus acuarelistas elaboraron diversos dibujos sobre las estatuas y sobre los montículos semidestruidos.

Preuss fue el primer investigador con formación arqueológica que se enfrentó a este excepcional sitio. También fue el primero en tomar fotografías sistemáticas de sus montículos y estatuas. Por ese entonces, la localidad de San Agustín, empotrada entre altas montañas, cerca al nacimiento del río de la Magdalena, estaba cubierta con bosque tropical; y solamente se accedía a ella a caballo o en mula después de varios días de camino. En la aldea de San Agustín, los cimientos y algunas paredes de su Iglesia y casas se habían construido con las estatuas líticas, aunque ya para entonces había cierto interés entre sus pobladores por

3 Recientemente en Manaus se hizo una edición en portugués de *Dos años entre los indios* (2007) y se tradujo también su gran ensayo *Comienzos del arte en la selva* (2009).



Figura 15. Konrad Theodor Preuss
©Instituto Iberoamericano, Berlín
Fuente: Imagen de dominio público.

conservar las enigmáticas estatuas. Según nos relatara él mismo, por entonces se motivaba a que se enseñase la relevancia de San Agustín en el concierto nacional.

El profesor alemán excavó numerosos montículos dispersos en diferentes áreas, registró sus estatuas y planteó, posteriormente, una interpretación sobre su origen y procedencia. Aunque no hizo investigaciones estratigráficas, ya era consciente de su relevancia. Durante los meses de invierno de 1913, debido a que las lluvias le impedían seguir excavando, traspasó la cordillera andina —que separa al alto Magdalena del piedemonte del Caquetá— hacia la región amazónica colombiana. Descendió solamente acompañado por un fiel guía por el río Orteguaza e hizo una estada de aproximadamente cuatro meses entre los indios uitoto de un pequeño afluente del mencionado río, a su vez afluente del Caquetá. Como fruto de esta estada —y basándose en las entrevistas y transcripciones de diversos relatos y cantos (en una transcripción interlineal uitoto-alemán)— Preuss publica en dos volúmenes, entre 1921 y 1923, en Gottingen, su famoso libro

titulado *Religión y mitología de los uitotos*. Y registra por primera vez en cilindros de cera sus cantos rituales y sonidos de los maguare (tambores de señales)⁴.

Al lector contemporáneo le choca el esquema interpretativo utilizado por el citado etnólogo, quien consideró que muchos de sus pasajes y personajes míticos representan una cosmología astral, particularmente centrada en la Luna y sus diversos ciclos. Por otra parte, resalta el interés del estudio de los uitotos de la Amazonia para comprender la significación de la estatuaria agustiniana —en particular el *alter* yo o doble ego de algunas estatuas—, teniendo, en cuenta, además, que esos grupos poseen también una tradición de fabricantes de estatuas de madera de carácter antropomorfo, que colocaban, generalmente en pares de sexo opuesto, en la entrada de sus casas o malocas.

La relevancia de la Amazonia para el estudio de la sociedad agustiniana⁵ es decisiva para que muchas décadas después la Fundación de Investigaciones Arqueológicas Nacionales —encabezada por el arqueólogo Luis Duque Gómez (1916-2000), experto en San Agustín— financiara diversas investigaciones etnohistóricas en el Caquetá, bajo el argumento de su posible significación para la comprensión de San Agustín.

Después de su viaje a la Amazonia, se dirigió a otras regiones de Colombia y realizó investigaciones arqueológicas y etnográficas. Desde finales de 1914 y hasta abril de 1915, visitó a los indios kaggaba de la Sierra Nevada de Santa Marta, al norte de Colombia, uno de los cuatro antiguos grupos de la sierra, descendientes de los llamados antiguos tairona. Su presencia en algunas aldeas de los koguis, como también se les llama, exigió toda su pericia. Fue, según él mismo, su trabajo de campo más difícil, durante el cual incluso llegó a enfermarse. Los resultados de

4 Al respecto, se puede consultar, entre otros, el reciente escrito de Manuela Fischer (2009) sobre la vida y obra de Preuss.

5 Este texto tuvo gran resonancia entre los especialistas de la religión o en la vida simbólica, tanto en Alemania como en otros países europeos (influye, por ejemplo, en la obra de Cassirer). Hasta el presente es uno de los pocos sobre la mitología de esta importante y destacada sociedad de la Amazonia colombiana. Fue también traducido al castellano solamente hasta 1984, por parte de una lingüista alemana —la profesora Gabriela Peterson de Piñeros— especialista en la lengua uitoto —junto con un indígena uitoto, Eudocio Becerra Bigidima—, experto en su lengua, el cual se desempeña también como profesor de la lengua uitoto en la Universidad Nacional de Colombia. Los dos traductores se basaron en la versión en la lengua vernácula presentada por Preuss, de manera tal que pudieron realizar una traducción controlada y comentada, aprovechando los avances contemporáneos sobre el estudio de la dicha lengua.

su investigación fueron publicados en los años veinte del siglo pasado en varias entregas de la revista *Anthropos*, de Viena, entre 1919 y 1927.

El etnólogo alemán percibía su labor como el estudio del "alma" de este pueblo. Describió, en líneas generales, los aspectos fundamentales de su vida social alrededor de los templos, sus ideas acerca de la madre universal, sus principales rituales y otros aspectos de su cultura. También recogió destacadas máscaras y otros artefactos, y un importante corpus de fotografías y relatos. El impacto de este libro en Colombia también se vio, en cierta medida, retardado por la barrera del idioma y la inexistencia de un grupo de pares en Colombia con intereses similares, con excepción de Gerardo Reichel Dolmatoff que, con ocasión de su trabajo con los indios koguis, leyó a Preuss y cuyo principal colaborador era hijo del informante de Preuss.

Como consecuencia de la Primera Guerra Mundial, Preuss se vio imposibilitado para regresar a Alemania: se recluyó en las inmediaciones de la localidad de la Esperanza, una población rural cercana a Bogotá, donde avanzó en la elaboración de sus materiales. Al parecer, sus contactos con los estudiosos colombianos fueron mínimos, quizás porque en su mayoría veían con desprecio al indígena vivo y contemporáneo.

Sin embargo, su estudio sobre la arqueología agustiniana tuvo otra resonancia. Publicado inicialmente en alemán, en Stuttgart, en 1929, fue traducido y se editaron doscientos ejemplares numerados, casi que inmediatamente, por Walde Waldegg y César Uribe Piedrahíta. En 1931, la tipografía de los hermanos salesianos publicó otra edición bajo el título *Excavaciones hechas en el Alto Magdalena y San Agustín (Colombia). Comparación arqueológica con las manifestaciones artísticas de las demás civilizaciones americanas*. El libro tuvo impacto nacional, en el marco de una nueva política cultural interesada en promover una arqueología nacionalista basada, en gran medida, en algunas de las manifestaciones más "monumentales" del pasado prehispánico, y también porque Preuss comparaba a San Agustín con las grandes culturas mesoamericanas y peruanas (por ejemplo Chavín) y enfatizaba la naturaleza profundamente religiosa del arte agustiniano. En su libro, el arqueólogo alemán elogió al ya citado coronel Agustín Codazzi, director de la Expedición Corográfica, como su principal antecesor y referente en los estudios del área⁶.

6 Unos pocos años antes de la estada de Preuss, el alemán K. Stopel había trazado ciertos dibujos y tomado algunas fotografías.



Figura 16. Danzante con la máscara hisei, tomada por Konrad Theodor Preuss, 1915. ©Världskulturmuseet Göteborg
Fuente: Imagen de dominio público.

En 1937, Gregorio Hernández de Alba (1904-1973) y el arqueólogo español José Pérez de Barradas (1897-1981) excavaron nuevamente en San Agustín, retomando en gran parte el hilo conductor de los trabajos de Preuss y discutiendo sus interpretaciones. La obra agustiniana del profesor alemán se convirtió en una referencia fundamental no solo en la arqueología agustiniana, sino en la construcción de la idea del patrimonio agustiniano como un símbolo nacional que llevaría a que copias de sus grandes estatuas se exhibieran en algunas principales plazas y calles de Bogotá, o incluso en el mismo palacio de los presidentes.

En otros términos, esta obra se insertó en el ámbito nacional, a diferencia de sus trabajos etnológicos, gracias a las nuevas narrativas sobre la nación que surgieron durante la década de los treinta del siglo pasado, en lo que se ha llamado la República Liberal, las cuales implicaron una nueva valoración del pasado y de la diversidad cultural de la nación, tal y como se puso de presente en la obra de algunos novelistas, pintores, muralistas, etc.

En este marco, no nos debe extrañar entonces que a principios de los años cuarenta del siglo pasado el futuro historiador de origen ruso-alemán, el ya citado

Juan Friede, invitara a grandes artistas colombianos de ese entonces —Carlos Correa y Pedro Noel López— a visitar y residir en su casa de San Agustín, como un espacio que podría inspirar su ya original obra pictórica en la estatuaria del alto Magdalena.

Los caníbales del Cauca revisitados

Hacia finales de la década de los treinta del siglo pasado se cocía en Alemania la formación de un grupo —encabezado por Hermann Trimborn (1901-1986), pero en colaboración con George Eckert (1912-1974) y el español Ángel de Tuya (1904-1936)— para estudiar y revisar la condición histórica de los antiguos hombres bestiales del Valle del Cauca. Trimborn se encargó de analizar su vida política y social, y Eckert, su vida religiosa. El español se centró en sus formas y manifestaciones de arte. Los tres autores partían de una lectura minuciosa de las crónicas coloniales, a las cuales hacían diversas y pertinentes preguntas según su propio interés, y seguramente se apoyaban por lo menos en parte en una nueva tradición etnológica alemana fundada en Ratzel y Frobenius, en la cual la idea de los estratos culturales tenía un rol fundamental.

A finales de la década de los treinta del siglo xx, Trimborn y Eckert publicaron en la famosa revista de etnología, fundada por Bastian, diversos artículos en los cuales revisaban la cuestión, en particular sus prácticas de canibalismo, su pasión por las calaveras humanas y el estatuto y aura de sus autoridades. En realidad, se trataba de una juiciosa revisión del paradigma caribe sobre estos pueblos, heredado del gran cronista Cieza de León.

En 1945, Georg Eckert publicó en la *Revista Indias*, de España, su ensayo "El culto a los muertos y la concepción de la vida en el Valle del Cauca", que da nuevas luces sobre la práctica del desollamiento de los enemigos, su transformación en tambores, o las costumbres de enterrar a los caciques enrollados en grandes fajos de textiles, como si fuesen verdaderos ovillos humanos; en otros casos, con máscaras de oro y otros artefactos, entre sus ajuares funerarios; nos habla que en uno y otro caso se trataba de "cadáveres vivientes": en un caso, de "cadáveres obedientes", y en el otro, de "caciques inmortales", dada la incorruptibilidad del oro.

En 1949, Trimborn publicó, también en España, su muy famoso libro *Señoríos y barbarie en el Valle del Cauca. Estudio sobre la antigua civilización quimbaya y grupos afines del oeste de Colombia*, que recoge algunas ideas expuestas en otros

ensayos, algunos de ellos publicados en castellano en la misma España y otros en alemán, que efectúan una síntesis detallada de la etnohistoria de la región.

El esfuerzo de ambos autores por una interpretación más aguda de las fuentes, con base en nuevos marcos de referencia y comparaciones etnográficas, es sin duda notable. En el caso de Eckert, por ejemplo, los estudios del etnólogo finlandés Rafael Karsten (1879-1956), de principios de siglo, sobre la práctica de la guerra y las ideas de los jíbaros (hoy llamados shuar o achuar) acerca de cabezas trofeo reducidas, las famosas *tsantsas*, la calaveras del enemigo, le serían de gran utilidad; y quizás también su conocimiento de la etnología de Melanesia y el rol de los restos humanos de los antepasados en la reproducción de la vida social y ritual.

Aunque quizás con más penetración antropológica, los trabajos de Eckert tuvieron un impacto menor entre los nuevos etnohistoriadores de Colombia, forjados a principios de la década de los cuarenta, como consecuencia de la fundación del Instituto Etnológico Nacional, debido, sin duda, otra vez, a la dificultad de acceder a las revistas alemanas y, también, al desconocimiento de la lengua alemana, contadas ciertas excepciones.

Al contrario, el libro de Trimborn y algunos de sus ensayos sobre los protoestados del Valle del Cauca se insertaron en la tradición sobre los cacicazgos de la región del río alto y medio Cauca, con usos e interpretaciones diferentes según los autores. Recientemente, la Universidad del Cauca realizó la primera impresión colombiana de este texto clásico para los antropólogos de la Colombia prehispanica o de la Conquista (2005). También hace pocos años se publicaron los ensayos de Trimborn y Eckert en castellano, bajo el título de *Guerreros y caníbales en el Valle del Cauca* (2002).

Estos dos grandes etnohistoriadores dieron, sin duda, una nueva interpretación a los hombres bestiales del Cauca. Aunque nunca pisaron la tierra colombiana, marcaron una nueva ruta de investigación e interpretación de dichas sociedades.

La reforma educativa y la renovación de los estudios de etnología en Colombia

Desde 1936, bajo la denominada República Liberal, se dieron pasos relevantes en la renovación de la universidad colombiana, particularmente de la Universidad Nacional de Colombia. Con el apoyo de diversos profesores e intelectuales alemanes, entre ellos el profesor Fritz Karsen (1885-1951) y Gerhard Masur (1901-1975), del Instituto Carl Marx de Berlín (donde habían participado en

un destacado programa de educación popular), se inició un proceso de reforma de las antiguas y paquidérmicas facultades, para transformarlas en instituciones más dinámicas, cuya actividad fundamental se centraría en lo que hoy denominamos departamentos o secciones disciplinarias de formación, investigación y extensión. Asimismo, y con el apoyo de Karsen y otros pedagogos, se estableció en 1936 la Escuela Normal Superior en Bogotá, con el objetivo de formar profesores especializados en diversas ramas de las ciencias sociales, las matemáticas y las ciencias naturales. Tendrían la responsabilidad, asimismo, de formar a su vez profesores de alto nivel de educación secundaria.

Por otra parte, Masur se convirtió en un destacado colaborador de la *Revista de Indias* y fue autor de una de las más conocidas biografías del *Libertador* Simón Bolívar. La Escuela Normal Superior, en particular, contó también con la colaboración de otros destacados profesores europeos (sobre todo españoles o alemanes), algunos de los cuales habían sido contratados *ex profeso* por el Gobierno colombiano con antelación a los conflictos que afectaron a España o a Europa, aunque un número significativo de ellos llegaron a Colombia como exiliados, huyendo por razones políticas de la Alemania nazi o de la España franquista. En la Escuela Normal, un grupo de alemanes sobresale en la enseñanza de la historia y las ciencias sociales; entre los docentes alemanes se encontraban, además de los ya mencionados, Rudolf Hommes, Justus Wolfram Schottelius y el geógrafo Ernesto Guhl.



Figura 17. Ernesto Guhl en San Agustín, 1946
Fuente: Botero y Perry (1994, 28).

También algunos sociólogos alemanes —como Georg Simmel (1858-1918)— fueron leídos por destacados intelectuales colombianos. En el contexto de la Escuela Normal se dictó un seminario pionero en Colombia sobre Max Weber (1864-1920). Igualmente Marx (1818-1883) y grandes teóricos de la socialdemocracia alemana influyeron entre los estudiosos colombianos. A través de la obra del filósofo español José Ortega y Gasset (1883-1955) se filtra la filosofía moderna alemana en Colombia, y algunos de los fundadores de la nueva Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional estudian en Alemania y divulgan la obra de Heidegger y otros filósofos alemanes, en un ambiente hasta entonces dominado por la filosofía neotomista.

En este contexto, en lo que atañe a nuestra exposición, la figura de Justus Wolfram Schottelius (1892-1941) es relevante. Inicialmente fue un escritor de obras de teatro, pero paulatinamente se fue interesando por la historia colonial hispanoamericana y los legados indígenas de México y otras regiones. Entre 1934 y 1938 trabajó en el Instituto Iberoamericano de Berlín, pero se vio forzado a exiliarse en 1938 en Colombia debido a la condición judía de su esposa, una virtuosa pianista. Antes de viajar a Colombia, habían enviado a su hija casi adolescente a Buenos Aires, donde con el tiempo se convirtió en una famosa bailarina pionera de la danza moderna en ese país.

Schottelius tenía ya, como se advirtió, una formación americanista y fue profesor de prehistoria americana en la Escuela Normal Superior, donde introdujo la escuela histórico-cultural y dio también cursos sobre historia prehispánica. En 1940, realizó una destacada investigación en la Cueva del Indio, en la Mesa de los Santos, en el departamento de Santander, donde recuperó un inédito material de textiles guanes —que cubrían “momias indígenas”— e importantes materiales cerámicos. Llevó a algunos estudiantes a campo, con quienes también encontró a las últimas tejedoras herederas de esa gran tradición textil.

Realizó algunos trabajos pioneros de balance de la arqueología colombiana (por ejemplo, *Estado actual de la arqueología colombiana*, de 1946) y un estudio sobre San Agustín (*Analogías de las ideas representadas en las estatuas de San Agustín*, de 1940). Pero a pesar de sus vínculos con la Escuela Normal, su vida en Bogotá se desarrollaba en condiciones económicamente muy precarias. Su esposa tenía que remendar las corbatas de la colonia judía para sobrevivir. A principios de la década de los cuarenta, contrajo una penosa enfermedad (una angina de pecho) que lo llevó a la muerte en 1941, pocas semanas antes de la

llegada de otro exiliado, Paul Rivet (1876-1958), el famoso director del Museo del Hombre, quien huía de Francia para evitar ser capturado por la Gestapo en París.

La muerte de este profesor alemán fue una pérdida muy sensible en el medio de la Escuela Normal. Fue enterrado con un funeral de Estado, con la presencia del presidente de Colombia, Eduardo Santos, aunque su viuda Carla se quejaría, quizás con alguna razón, de que no se hizo lo suficiente para evitar sus precarias condiciones económicas. Rivet declaró, al enterarse de su muerte: “Llegué tarde...”, porque sin duda con su presencia quizás la suerte de Schottelius hubiera sido diferente.

La influencia de las ciencias sociales e históricas alemanas disminuyó ostensiblemente en los años de la posguerra, quizás también en correlación con la situación de la misma antropología alemana después de la guerra. No obstante, a través de los profesores Juan Friede y Gerardo Reichel Dolmatoff se cuela en gran medida una impronta del pensamiento alemán. Friede es todavía el más relevante etnohistoriador de Colombia; Reichel, por otra parte, en asocio con su esposa, doña Alicia Dussán —que estudia durante un año en Berlín, antes de la guerra—, realiza importantes trabajos arqueológicos y etnohistóricos en el Caribe colombiano. En 1968, Gerardo publicó *Desana. Simbolismo de los indios tucano del Vaupés*, que estimularía la relectura de Koch-Grünberg y Preuss.

El declive de la influencia alemana

Durante la segunda mitad del siglo xx, en realidad la presencia de antropólogos alemanes fue en Colombia reducida, aunque muy significativa. En 1952, vino a Colombia el joven Horst Nachtigall (1924-2013), quien fue contratado por el Gobierno nacional, para adelantar investigaciones arqueológicas en Colombia. Nachtigall (formado en la Universidad de Maguncia y con una tesis sobre “Exhumaciones en plataformas y árboles”) fue designado, a los veintiocho años, como jefe de Antropología Física, Paleontología y Arqueología del recién creado Instituto Colombiano de Antropología. Durante la década de los cincuenta, Horst Nachtigall hace investigaciones intensivas etnológicas y arqueológicas en el suroccidente colombiano, particularmente en Tierradentro y San Agustín. También realiza trabajos etnográficos entre los paeces de Tierradentro. Posteriormente, como se sabe, sería un importante investigador de las sociedades de pastores de llamas en los Andes del Bolivia y Chile, y, entre otros cargos, fue profesor de etnología en la Universidad de Maguncia.

A finales de la década de los sesenta, Henning Bischof realiza una significativa investigación arqueológica y etnohistórica en la Sierra Nevada de Santa Marta, y Helmut Schindler hace un pionero trabajo de campo entre los indígenas carijona (de habla karib) en la Amazonia colombiana.

Los trabajos de estos tres investigadores se inscriben en la tradición abierta por Preuss y Koch-Grünberg; sus trabajos profundizan clásicos temas de la antropología alemana en Colombia, como las culturas del Alto Magdalena, la Sierra Nevada de Santa Marta o los pueblos del Amazonas; en este caso los carijonas, descritos de forma pionera por Koch-Grünberg en su libro sobre el alto río Negro brasilero y colombiano, citado anteriormente.

El trabajo de otros antropólogos alemanes, de generaciones más recientes, en cierta medida también se inscribe en líneas similares. Por ejemplo, la lingüista alemana Gabriela Peterson se concentró en la lengua uitoto y en el estudio de los trabajos lingüísticos de Preuss sobre esta lengua. Manuela Fischer se enfocó en el estudio de los koguis; Franz Faust se interesa, entre otros aspectos, en el suroccidente colombiano, en la situación de Tierradentro y en el chamanismo paez.

También los estudios de Michael Kraus sobre la historia de los etnólogos alemanes en el Amazonas forman parte de la discusión en los centros académicos



Figura 18. Fotografía del libro *Kogi. Los pueblos indios en sus mitos* de Manuela Fischer

colombianos. Igualmente, un grupo de antropólogos colombianos ha recibido su formación en Alemania. Sin el ánimo de ser exhaustivos, podríamos citar, entre ellos, al profesor Néstor Miranda, a las antropólogas Zandra Pedraza y Sol Montoya, o Camilo Robayo, quienes han marcado con sus investigaciones y sus prácticas docentes a los estudiantes colombianos. También algunos antropólogos alemanes, como el profesor Halbmayer, trabajan con pueblos indígenas compartidos por Colombia y Venezuela.

Sin duda, hay ahora una nueva generación de antropólogos alemanes que estudian diversos y variados campos en el país (sus pueblos afroamericanos, los problemas de conflicto y paz, los sociedades paeces, o temas aplicados) que ameritan otro ensayo que haga justicia a sus relevantes contribuciones.

Bibliografía

- Arciniegas**, Germán. 1998. *Los alemanes en la Conquista de América*. Bogotá: Planeta.
- Banco de la República y Biblioteca Luis Ángel Arango**. 1996. *Tras las huellas: dos viajeros alemanes en tierras latinoamericanas*. Santafé de Bogotá: Banco de la República.
- Barrios**, Francisco. 2011. "Una pasión no correspondida". *Arcadia*. <http://www.revistaarcadia.com/periodismo-cultural-revista-arcadia/articulo/una-pasion-no-correspondida/25442>.
- Bastian**, Adolf. 1878. *Die Culturländer des Alten America*. Berlín: s. e.
- . s. f. a. *Las culturas de la antigua América: Un año de viaje 1878*. Traducido por Juan Guillermo Gómez García. S. l.: Centro de Investigaciones Sociales y Humanas.
- . s. f. b. *Notice sur les pierres sculptées du Guatemala récemment acquises par le Musée Royal d'Ethnographie de Berlin/Adolf Bastian*. Traducido por J. Pointet. s. d.
- Bischof**, Henning. 1971. *Die Spanisch-Indianische Auseinandersetzung in der Nördlichen Sierra Nevada de Santa Marta: (1501-1600) / Estudios sobre arqueología, etnohistoria, lingüística y etnografía de América Latina*. Bonn: Henning Bischof.
- Bischof**, Henning y Ana María Groot de M. 1991. *Arte de la tierra: taironas*. Fotografía de Alejandro Triana y Helbert Ruiz; traducción de David Stemper. Bogotá: Fondo de Promoción de la Cultura del Banco Popular.

- Botero**, Clara Isabel. 2009. *El redescubrimiento del pasado prehispánico del Colombia 1820-1945*. Bogotá: ICANH y Universidad de los Andes.
- Castro Gómez**, Santiago. 2005. *La hybris del punto cero: ciencia, raza e ilustración en la Nueva Granada (1750-1816)*. Bogotá: Instituto Pensar de la Pontificia Universidad Javeriana.
- Ceballos Gómez**, Diana Luz. 2005. "Federmann, Nicolás de". En *Gran enciclopedia de Colombia*. Bogotá: Círculo de Lectores-Biblioteca Luis Ángel Arango. Biblioteca Virtual.
- Cieza de León**, Pedro de. 1962. *La crónica del Perú*. Madrid: Espasa-Calpe.
- . 2000. *El señorío de los incas*. Madrid: Dastin.
- Dussán de Reichel**, Alicia y Armando Martínez. 2005. *El mundo guane: pioneros de la arqueología en Santander: Justus Wolfgang Schottelius, Martín Carvajal*. Bucaramanga: Universidad Industrial de Santander.
- Eckert**, Georg. 1945. "El culto a los muertos y la concepción de la vida en el Valle del Cauca". *Revista de Indias* VI (19): 73-124.
- . 2002. *Guerreros y caníbales del Valle del Cauca*. Bogotá: Fondo de Promoción de la Cultura del Banco Popular y Universidad de los Andes-CESO.
- Ernst**, Adolf. 1913. Apuntes para la etnografía precolombina de los Andes. *Revista Técnica del MOP* 36: 789-791.
- Fayet**, Ana Luisa. 2006. "Imágenes etnográficas de viajantes alemanes en Brasil del siglo XIX". *Revista Chilena de Antropología Visual* 7. http://www.rchav.cl/2006_7_art03_fayet_esp.html#Layer2
- Federmann**, Nicolás de. 1958. *Historia indiana; traducida por primera vez directamente del alemán por Juan Friede; seguida del itinerario de la expedición*. Madrid: Talleres Aro.
- Fischer**, Manuela. 1993. *Kogi*. Quito: Abya-Yala.
- . 2009. "El largo camino de las máscaras a través del tiempo y el espacio". En *Miradas alemanas hacia América Latina*. Berlín: Instituto Ibero-Americano Berlín y Auswärtiges Amt de la República Federal de Alemania. <http://portal.iai.spk-berlin.de/Preuss.107+M52087573ab0.0.html>.
- Franz**, Faust Xaver. 2000. *El collar de Eva: historias nuestras de los primeros 200.000 años de la especie*. Popayán: Editorial Universidad del Cauca.
- Freites**, Yajaira. 2002. "Ciencia y tecnología en Venezuela. En *Venezuela, enciclopedia temática*, vol. 1., 217-239. Caracas: Planeta. http://www.ivic.gob.ve/memoria/ensayos/cien_tec/ciencia_tecnologia.htm.

- Friede**, Juan. 1957. *Nicolás Federmann en el descubrimiento del Nuevo Reino de Granada durante el siglo XVI*. México D. F.: Cultura.
- . 1961. *Los Welser en la conquista de Venezuela*. Caracas: Edime.
- . 1975. *Die Schifffahrt der Indianer/Georg Friederici*. Kassel: Hamecher.
- Friederici**, Georg. 1973-1988. *El carácter del descubrimiento y de la conquista de América: introducción a la historia de la colonización de América por los pueblos del viejo mundo*. Traducción de Wenceslao Roces y Ángelika Scherp. México D. F.: Fondo de Cultura Económica.
- Gómez García**, Juan Guillermo. 1994. "Stubel y Reiss: dos viajeros alemanes en la Colombia del siglo XIX". *Boletín Cultural y Bibliográfico* 31 (35): 3-27.
- Guhl**, Ernesto. 1959. "Homenaje a Humboldt". *Bolívar* (Bogotá) 52-54: 73-82.
- . 1962. "La geografía y la reforma agraria". *Revista del Banco de la República* 35 (411): 9-20.
- . [¿1970?]. *Colombia: bosquejo de su geografía tropical*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.
- . 1991. *Escritos geográficos: las fronteras políticas y los límites naturales*. Bogotá: Fondo FEN Colombia.
- Heinz**, Heineberg. 1996. "Desarrollo y estructura de antiguas ciudades coloniales españolas en América del Sur, según los planes de Lima (1872), Bogotá (1852) y Montevideo (1865)". En *Tras las huellas: dos viajeros alemanes en tierras latinoamericanas*. Bogotá: Banco de la República y Biblioteca Luis Ángel Arango. <http://www.banrepcultural.org/blaavirtual/historia/hue/hue4.htm>.
- Hönsch**, Ingrid. 1996. "Los viajes de investigación de Alphonse Stübel por Sudamérica (1868-1877) a través de su correspondencia". En *Tras las huellas: dos viajeros alemanes en tierras latinoamericanas*. Bogotá: Banco de la República y Biblioteca Luis Ángel Arango. <http://www.banrepcultural.org/blaavirtual/historia/hue/hue3.htm>.
- Humboldt**, Alexander, barón von. 1816. *Vues des cordilleres, et monuments des peuples indigenes de l'Amérique*. 2 vols. París: Lib. Grecque.
- . 1985. *Ideas para una geografía de las plantas más un cuadro de la naturaleza de los países tropicales*. Traducido por Ernesto Guhl. Bogotá: Jardín Botánico José Celestino Mutis.
- . 2012. *Vistas de las cordilleras y monumentos de los pueblos indígenas de América*. Madrid: Servicio de Publicaciones de la Universidad Autónoma de Madrid-Marcial Pons.

- “Short Portrait: Georg Eckert”**. En *Interviews with German Anthropologists*. <http://www.germananthropology.com/short-portrait/georg-eckert/213>.
- Kelhmann**, Daniel. 2006. *La medición del mundo: un fascinante encuentro entre la literatura y la ciencia*. Madrid: Maeva.
- Koch-Grünberg**, Theodoro. 1995. *Dos años entre los indios*. 2 vols. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.
- . 2005. *Dois anos entre os indígenas: viagens no noroeste do Brasil (1903/1905)*. Manaus: Editora da Universidade Federal do Amazonas (EDUA).
- . 2009. *Começos da arte na selva*. Traducción de Casimiro Beksta. Manaus: Universidad Federal do Amazonas, Facultad Salesiana Don Bosco.
- Kokot**, Vincenz. 2012a. “Short Portrait: Horst Nachtigall”. En *Interviews with German Anthropologists*. <http://www.germananthropology.com/short-portrait/horst-nachtigall/248>.
- . 2012b. “Short Portrait: Hermann Trimborn”. En *Interviews with German Anthropologists*. <http://www.germananthropology.com/short-portrait/hermann-trimborn/280>.
- Kraus**, Michael. 2004a. *Bildungsbürger Im Urwald. Die deutsche ethnologische Amazonienforschung (1884-1929)*. Vol. 19. s. l.: Curupira.
- . 2004b. “Y cuando finalmente pueda proseguir, eso solo lo saben los dioses: Theodor Koch-Grünberg y la exploración del alto río Negro”. *Boletín de Antropología* 18 (35): 192-210.
- Montoril**, Nilson. 2012. “Expedições científicas alemãs na Amazônia”. En *Tok de história*. <http://tokdehistoria.wordpress.com/tag/gerd-kahh/>.
- Montoya**, Sol. 2004. “Presentación: Investigaciones alemanas en América Latina”. *Boletín de Antropología* 18 (35): 185-191.
- Moreno Yáñez**, Segundo E. y Cristiana Borchart de Moreno. 2010. “Los Andes ecuatoriales: entre la estética y la ciencia”. *HiN* XI (20). <http://www.uni-potsdam.de/u/romanistik/humboldt/hin/hin20/moreno.htm>.
- Museo Nacional de Colombia**. s. f. “Nacimiento del Museo”. <http://www.museonacional.gov.co/el-museo/historia/nacimiento-museo/Paginas/Nacimiento%20Museo.aspx>.
- Nachtigall**, Horst. 1953. “Chamanismo entre los indios paeces”. *Revista Colombiana de Folklore* (segunda época) (2): 223-241.
- . 1955a. “The Cave Tombs of Tierradentro”. *Ethnos* 20 (2-3): 167-176.
- . 1955b. *Tierradentro: Archäologie und Ethnologie einer kolumbianischen Landschaft*. Zürich: Origo Verlag.

- . 1955c. *Tumaco: ein Fundort der Esmeraldas-Kultur in Kolumbien*. Berlín: Verlag von Dietrich Reimer, Museums für Völkerkunde.
- . 1956. "Tierradentro". *Revista de la Universidad del Atlántico*, 49-51.
- . 1961. *Indianer-kunst der Nord-Anden*. Berlín: Beitrage zu Ihrer Typologie-Dietrich Reimer Verlag.
- National Library of Medicine**. s. f. "The History of Medicine (NLM): Adolf Bastian (1826-1905)". <http://resource.nlm.nih.gov/101408729>.
- Nieto O.**, Mauricio. 2010. *Americanismo y eurocentrismo: Alexander von Humboldt y su paso por el Nuevo Reino de Granada*. Bogotá: Universidad de los Andes.
- Observatorio Vulcanológico y Sismológico Popayán**. s. f. "Actividad histórica: nevado del Huila". <http://www2.sgc.gov.co/Popayan/Volcanes/Nevado-del-huila/Actividad-historica.aspx>.
- Panamá Verlag**. s. f. "Manuela Fischer". <http://www.panama-verlag.de/autor/index.html>.
- Peterson**, Gabriele. 1994. *La lengua uitota en la obra de K. Th. Preuss: aspectos fonológicos y morfosintácticos*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.
- . 1998. *Antropólogos, arqueólogos y etnólogos alemanes en Colombia: presencias alemanas en Colombia*. Bogotá: Biblioteca Nacional; Biblioteca Luis Ángel Arango.
- Pineda C.**, Roberto. 2010. "Los hombres bestiales de las tierras que arden: ensayo sobre la geografía moral del Antiguo Nuevo Reino de Granada (1550-1980)". *Boletín de Historia y Antigüedades* (851): 727-756.
- Prefeitura de São Paulo**. s. f. "Spix e Martius. Obras desaparecidas da Biblioteca Mário de Andrade". s. d. http://www.prefeitura.sp.gov.br/cidade/secretarias/cultura/bma/obras_desaparecidas/index.php?p=1105
- Preuss**, Theodor. 1930. "La importancia de Colombia para la arqueología y prehistoria de América". *Revista del Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario* 25 (248): 554-563.
- Preuss**, Theodor. 1947. *Arqueología agustiniana*. Bogotá: Hojas de Cultura Popular Colombiana.
- . 1994a. *Arte monumental prehistórico: excavaciones en Alto Magdalena y San Agustín*. Bogotá: Dirección de Divulgación Cultural de la Universidad Nacional de Colombia.

- . 1994b. *Religión y mitología de los uitotos*. 2 vols. Bogotá: Editorial Universidad Nacional de Colombia, Instituto Colombiano de Cultura, Corporación Colombiana para la Amazonía Araracuara.
- . 1998. *Fiesta, literatura y magia en Nayarit: ensayos sobre coras, huicholes y mexicanos*. México D. F.: Instituto Nacional Indigenista.
- Recasens**, José de y Víctor Oppenheim. 2011. "Análisis tipológico de materiales cerámicos y líticos, procedentes del Chocó". *Revista del Instituto Etnológico Nacional* 1: 351-409.
- Reichel Dolmatoff**, Gerardo. 1968. *Desana: simbolismo de los indios tucano*. Bogotá: Universidad de los Andes, Departamento de Antropología.
- Reiss**, Wilhelm. 1921. *Reisebriefe aus Südamerika 1868-1876*. Munchen und Liepzig: Verlag Von Duncker & Humblot.
- . 1994. "Colombia (1868-1869)". *Boletín Cultural y Bibliográfico* (Bogotá) 31 (35): 53-68 y 78-88.
- Reiss**, Wilhelm y Reisen Stübel. 1892-1899. *Geologische studien in der Republik Colombia*. Berlín: Verlag von A. Asher.
- Rivet**, Paul. 1984. *Los orígenes del hombre americano*. México D. F.: Fondo de Cultura Económica.
- Rodríguez Plata**, Horacio. 1968. *La inmigración alemana al estado soberano de Santander en el siglo XIX: repercusiones socioeconómicas de un proceso de transculturación*. Bogotá: Kelly.
- Rueda E.**, Luis Eduardo. 2008. *Juan Friede, 1901-1990: vida y obra de un caballero andante en el trópico*. Bogotá: Instituto Colombiano de Antropología e Historia.
- Sánchez Cabra**, Efraín. 2005. "Agustín Codazzi y la geografía en el siglo XIX". *Credencial Historia* 42, <http://www.banrepcultural.org/blaavirtual/revistas/credencial/junio1993/junio1.htm>.
- Schindler**, Helmut. 1941. *Arqueología de la Mesa de los Santos*. Bogotá: Escuela Normal Superior.
- . 1990. *Archäologische funde aus Ecuador*. Bindung: Staatliches Museum für Volkerkunde.
- Schottelius**, Justus Wolfram. 1940. "Analogías de las ideas representadas en las estatuas de San Agustín con las de Centro y Suramérica". *Revista de las Indias* 24 (4): 49-85.
- . 1941-1946. "Estado actual de la arqueología colombiana". *Boletín de Arqueología* II (3): 213-226.

- Schütz**, Günther. 1994. "Cuervo, Uricochea y Bastian". *Thesaurus* XLIX (2): 323-358.
- Serje**, Margarita. 2005. *El revés de la nación*. Bogotá: CESO, Uniandes.
- Sievers**, Wilhelm. 1931a. *Geografía de Bolivia y Perú*. Traducido por Carlos de Salas. Barcelona: Labor.
- . 1931b. *Geografía de Ecuador, Colombia y Venezuela*. Traducido por Carlos de Salas. Barcelona: Labor.
- . 1986. "Los indígenas arhuacos en la Sierra Nevada de Santa Marta". *Boletín del Museo del Oro* 16: 2-15.
- Spix**, Johann Baptist von. 1831. *Atlas zur Reise in Brasilien*. München: Gedruckt bei M. Lindauer.
- Spix**, Johann Baptist von y Carl Friedrich Philip von Martius. 1981. *Viagem pelo Brasil 1817-1820*. Traducido por Lúcia Furquim Lahmeyer. 3 vols. São Paulo: Itatiaia Universidade de São Paulo.
- Stoepel**, K. TH. 1912. *Archaeological Discoveries in Ecuador and Southern Colombia during 1911 and the Ancient Stone Monuments of San Agustín*. Londres: Proceedings of International Congress of Americanists.
- Stübel**, Alphons. 1889-1890. *Kultur und industrie südamerikanischer völker: nach den im besitze des Museums für völkerkunde su Leipzig befindlichen sammlungen. Text und beschreibung der tafeln von Max Uhle*. 2 vols. Berlin: Verlag Von A. Asher.
- . 1906. *Die vulkanberge von Colombia: geologisch-topographisch aufgenommen und beschrieben*. Dresden: Wilhelm Baensch.
- Süttgen**, Michaela. 1996. "Sobre la vida y obra de Alphons Stübel y Wilhelm Reiss". En *Tras las huellas: dos viajeros alemanes en tierras latinoamericanas*. Bogotá: Banco de la República y Biblioteca Luis Ángel Arango. <http://www.banrepcultural.org/blaavirtual/historia/hue/hue2.htm>.
- Trimborn**, Hermann. 1949. *Señorío y barbarie en el Valle del Cauca*. Madrid: Consejo Superior de Investigaciones Científicas e Instituto Gonzalo Fernández de Oviedo.
- Uricochea**, Ezequiel. 1936. *Antigüedades neogranadinas*. Bogotá: Minerva.

5. ESTRENANDO EL OFICIO DE ETNÓLOGAS

*A la antropóloga Piedad Gómez Villa (1939-1998),
nuestra recordada profesora, jefa y amiga*

Un universo masculino auxiliado por esposas

Con excepción de Soledad Acosta de Samper (1833-1913), el universo de los que podríamos llamar los pioneros de la antropología en Colombia, durante el siglo XIX, estuvo dominado por hombres: Ezequiel Uricoechea, Liborio Zerda, Andrés Posada Arango, entre otros. Una situación similar ocurre a lo largo de las primeras décadas del siglo XX. Las más representativas figuras son también masculinas, aun en los casos de los investigadores europeos (Theodor Koch-Grünberg, Konrad Theodor Preuss, Aldon Mason, etc.), aunque uno podría anotar que ciertas mujeres tienen ya relevancia en los trabajos de algunos de los primeros investigadores del siglo XX; por ejemplo Esther, la esposa de Gustav Bolinder, que lo acompaña durante sus diversos trabajos de campo entre los ijka de la Sierra Nevada de Santa Marta; o en sus expediciones entre los yuko (llamados motilonos), en cuyo seno era recordada, todavía hacia 1944, con ocasión de la expedición a los citados grupos de los esposos Reichel y de los por entonces todavía novios Roberto Pineda Giraldo y Virginia Gutiérrez; e incluso están juntos durante su trabajo etnográfico entre los wayuu, en 1957.

La expedición a La Guajira de 1935, organizada por la Universidad de Pensilvania y la Universidad de Columbia, en la que Gregorio Hernández de Alba se forma como etnólogo, cuenta también con la participación de cuatro mujeres: una lingüista, una arqueóloga, una fotógrafa y la esposa de uno de los expedicionarios.

También fueron relevantes los aportes de las esposas de José Pérez de Barradas y Gregorio Hernández de Alba, que acompañan a sus maridos en sus respectivas investigaciones de campo en San Agustín y Tierradentro, junto con sus pequeños hijos. Doña Helena Ospina, la esposa de Hernández de Alba, tiene un rol activo en la recolección de ciertas informaciones, sobre todo aquellas relacionadas con los procesos de socialización de las mujeres paeces, sus dietas y comportamientos asociados con aspectos "íntimos" de la mujer, inaccesibles a un investigador hombre. Estos casos, en realidad, reflejaban una tendencia relativamente común entre diversos etnólogos de la época que, debido a las dificultades de acceso a sus terrenos (lugares generalmente a miles de kilómetros de sus casas), tenían que pasar largos años fuera de casa, lo que se solucionaba con frecuencia con el traslado de toda la familia a campo, o incluso con el nacimiento de los hijos por fuera de la casa o de su ciudad de origen.

Pero, como se sabe, se tuvo que esperar a la fundación del Instituto Etnológico Nacional no solo para contar con la formación de los primeros etnólogos profe-



Figura 1. Gregorio Hernández de Alba y su esposa Helena Ospina a la entrada de un hipogeo, 1942

Fuente: Botero y Perry (1994, 31).

sionales en Colombia y de las primeras mujeres profesionales en esta disciplina —Alicia Dussán (1920), Blanca Ochoa (1914-2008), Edith Jiménez (1916-2008), Virginia Gutiérrez (1920-1997) y María Rosa Mallol (¿?-1982)—. Ellas fueron conocidas como Alicia Dussán de Reichel, Blanca de Molina, Edith Jiménez de Muñoz, Virginia Gutiérrez de Pineda y María Rosa Mallol de Recasens. Otras estudiantes del Instituto Etnológico también se desposan con ilustres antropólogos, como Inés Solano, la esposa de Graciliano Arcila Vélez. Algunos de ellos estimularon que sus esposas estudiaran etnología y ellas también contribuyeron a las carreras profesionales de sus maridos, aunque no ejercieran como profesionales en el campo de la etnología. En otros términos, la pequeña tribu que conformaron inicialmente los antropólogos egresados del Instituto Etnológico Nacional,



Figura 2. Los hijos de Gregorio Hernández de Alba, 1937: Carlos (derecha) y Gonzalo (izquierda). San Agustín, Huila, Colombia
Fuente: catálogo fotográfico del ICANH.

que llegó quizás a un poco más de una veintena de investigadores activos como profesionales, fue con frecuencia endógama: la pareja de profesionales actuó no solo como una unidad doméstica, sino también profesional, con consecuencias relevantes para sus respectivas carreras y para la antropología. Antes de examinar sus consecuencias para el desarrollo de la antropología en Colombia veamos, brevemente, quiénes eran estas etnólogas, de qué medios sociales provenían y cuáles eran su formación y expectativas, en el marco de las mujeres de su época.

Las primeras etnólogas

La mayoría de estas primeras etnólogas, con excepción de Alicia Dussán y quizás de María Rosa Mallol, recibieron —antes de ingresar a la especialización en Etnología— una formación de normalistas, junto con los primeros etnólogos

profesionales, es decir, de profesoras —una ocupación prescrita, para esa época, en cierta medida, para mujeres de escasos o medianos recursos—.

La Escuela Normal de Bogotá no era una normal cualquiera. La feliz coincidencia de la llegada de numerosos exiliados europeos —destacados académicos en sus respectivos países— que huían del franquismo o del nazismo le dio un impulso inusitado e, incluso, inesperado. La Escuela Normal funcionaba cerca de la Estación de Ferrocarril, y por lo menos en el caso de las jóvenes de la élite bogotana no era un lugar atractivo de estudio.

A finales de los años treinta del siglo xx, las familias bogotanas con cierto capital cultural, o letradas, o con cierto capital económico, seguían orientando a sus hijas a ser ante todo buenas esposas y amas de casa (o incluso religiosas). Que sus hijas trabajasen era percibido como una especie de deshonra, en el sentido de que el padre carecía de los medios para sostenerlas, no obstante que desde la fundación de las escuelas de comercio para señoritas, a partir de la segunda década del siglo xix, un nuevo campo se había abierto para muchas mujeres de clase media como mecanógrafas y expertas en contabilidad (Rueda Enciso 2008, 87).

En el caso bogotano, ante la insistencia de algunas jóvenes de ingresar a la universidad, se consideraba que profesiones como la medicina, la ingeniería o el derecho eran ante todo actividades masculinas; por esta razón algunas se orientan hacia la enfermería, e incluso ciertas de ellas son las pioneras de la fundación de la Facultad de Enfermería de la Universidad Nacional de Colombia. Si ingresaban a la Facultad de Ingeniería, estudiaban algo similar a dibujo o diseño, como colaboradoras de los ingenieros civiles, hombres, de campo. Un arraigado prejuicio respecto a la educación mixta se oponía fuertemente frente a toda participación de las mujeres en los centros educativos dominados por hombres.

Esto no obsta para que algunas jóvenes ingresaran a la Universidad Nacional (en Bogotá), a la Universidad del Cauca (en Popayán) o de Antioquia (en Medellín), donde fueron de todos modos una minoría¹. En otros términos, las estudiantes de la Escuela Normal eran, por lo general, jóvenes llegadas a Bogotá

1 En 1932, la Facultad de Odontología de la Universidad de Antioquia abrió sus puertas a las mujeres. Solamente hasta 1936 una primera mujer, Gerba Wenterdorp (media hermana del padre Camilo Torres Restrepo), fue admitida en la Facultad de Medicina de la Universidad Nacional. En 1937 se graduó la primera universitaria (la odontóloga Mariana Arango Trujillo) de la Universidad de Antioquia (Rueda Enciso 2008, 90).

de diversas regiones de Colombia (Antioquia y Santander) que habían logrado acceder a la educación secundaria en diferentes colegios regentados por rectoras liberales, en el marco de la Revolución en Marcha; llegaron generalmente becadas, dadas sus condiciones económicas, y tenían excepcionales calidades personales que las llevaron, con el correr de los años, a adquirir un capital cultural de gran trascendencia en la nueva Colombia que emergió después de la depresión de 1929 y de la Segunda Guerra Mundial. En gran parte, son la flor y nata de la Normal Superior, que revoluciona las ciencias sociales en Colombia.

Al respecto, por ejemplo, la historia de Blanca Ochoa es particularmente reveladora. Nació en 1914, en Fredonia, como una de los tantos hijos de una familia cuyo padre se dedica al cultivo del café y que había sufrido una verdadera quiebra en los negocios. Tenía catorce hermanos, entre ellos cinco hermanas. Vivía en una finca, como ella lo dice, alejada de toda escuela. Su madre, que había estudiado como instructora en la Normal de Medellín, asumió, no obstante, la educación de sus hijos; les enseñaba a ellos, junto con los trabajadores, las primeras letras, a "punta de vela". Blanca *la Letrada*, como la llamaban, se destaca entre sus hermanos por el deseo de estudiar, y con el apoyo de su madre Emilia se traslada a Medellín a estudiar como interna en la Normal de Señoritas de esta ciudad, regentada por la señorita María Jesús Mejía. Aunque no era un colegio religioso, la educación estaba regida por la moral ultracatólica antioqueña. Debía levantarse muy temprano, bañarse con chingue hasta los pies e ir a misa todos los días. El colegio estaba lleno de imágenes religiosas y las niñas no podían, incluso, practicar un deporte.

No obstante, a mediados de los años treinta del siglo pasado, llega una nueva rectora: doña Enriqueta Séculi Bastida, para más señas catalana, y efectúa allí una revolución: convoca a sus estudiantes; les permite jugar o practicar un deporte; envía las imágenes de santos, vírgenes y cristos a la iglesia del colegio; se construye una cancha de baloncesto y ya no se bañan con los chingues hasta los pies. Hasta el nombre del colegio cambia, y se llama ahora Instituto Femenino. Pero la reacción no se hace esperar: doña Enriqueta fue acusada de comunista, y las niñas, de libertinas. De esta forma, la curia, la sociedad católica antioqueña, el gobernador, todo el mundo, confabula contra la pobre Enriqueta, quien es implacablemente destituida. Entonces tres jovencitas de dieciséis o diecisiete años (Blanca Ochoa, Edith Jiménez y Margarita Peláez) lideran la primera huelga estudiantil (de 42 días) en Antioquia y quizá la primera femenina en Colombia, que pone en aprietos al gobierno regional: el paro resuena en todo el país hasta



Figura 3. Edith Jiménez (derecha), Nelly Uribe (centro) y Blanca Ochoa (izquierda)

Fuente: archivo de la familia Muñoz Jiménez.

el punto que obtienen una cita —a través de Baldomero Sanín Cano— con el presidente Alfonso López Pumarejo, que las recibe en Palacio. Las tres jóvenes llegan a la casa presidencial en la calle 10.^a con carrea 6.^a. López se compromete a restituir a su directora, pero al día siguiente se ve obligado a retractarse. Podría nombrar —les ha confesado— a cualquiera menos a la rectora catalana, que no solo es destituida, sino tal vez exiliada del país².

Por su parte, Edith Jiménez, oriunda de Medellín, es hija del contador del Ferrocarril de Antioquia, y su madre proviene de una familia de Remedios, Antioquia, zona minera desde la Colonia, famosa por las cuadrillas mineras de población negra y por la práctica de la brujería. Su padre tiene grandes conocimientos de contaduría y matemática. La madre tiene gran interés por los asuntos de la brujería y la magia, propia de la población de Remedios, —también aprende sola a leer francés e inglés—. Edith tiene seis hermanos, entre ellos tres mujeres, la mayoría de los cuales se gradúan de la universidad. Sus dos hermanas son las primeras ingenieras colombianas, con gran éxito profesional.

Probablemente bajo la influencia de su madre Débora (que las estimula a estudiar), la bella Edith adquiere cierto talante independiente, que la lleva a participar en la ya mencionada huelga de estudiantes. También la mentalidad mágica de su madre moldea, posiblemente, su propia perspectiva y la hace sensible a la

2 Al respecto, véase la relevante entrevista a Blanca Ochoa realizada por Darío Acevedo. También sobre el episodio de la huelga se destaca el trabajo de Lucy Cohen (2001).



Figura 4. Edith Jiménez (izquierda), Nelly Uribe (centro) y Blanca Ochoa (derecha). Con ocasión de su viaje en avión a Bogotá
Fuente: archivo de la familia Molina Ochoa.

mitología indígena, particularmente la muisca, un tema que solo abandona, de manera súbita, cuando se acerca a los noventa años de edad³.

Estas estudiantes —con excepción de Alicia Dussán— son reclutadas por el psiquiatra Francisco Socarrás, a la sazón rector de la Normal Superior en Bogotá, para que ingresen a estudiar en la Normal, donde se acogen al programa de Ciencias Sociales. Y cuando se abre en junio la carrera de Etnología, en el contexto de la fundación del Instituto Etnológico Nacional, ellas y Alicia forman parte de la primera promoción, junto con un destacado grupo de hombres etnólogos. Se forman, bajo la orientación de los profesores Paul Rivet y Gregorio Hernández de Alba, como etnólogas, después de un relativamente rápido entrenamiento en las diferentes ramas de la etnología, en particular en técnicas de arqueología, antropología física, lingüística aborigen y “antropología cultural”.

Pero, sobre todo, muy tempranamente, como veremos, se ven impelidas a realizar trabajo de campo. Dos de ellas, Blanca y Edith, ya habían realizado ciertas salidas de campo, en el marco de la Normal Superior, bajo la orientación del profesor Justus Wolfram Schottelius, americanista exiliado alemán, que las llevó a conocer a las últimas tejedoras guane de Santander.

A diferencia de sus compañeras, Alicia era bogotana y había estudiado en el Gimnasio Femenino, un prestigioso colegio de Bogotá, el equivalente al

3 Comunicación con Pilar Muñoz Jiménez.

Gimnasio Moderno. Pero ella es la única de su promoción de bachillerato que hace estudios de etnología, y una de las pocas profesionales, ya que el colegio de todas maneras las orientaba para ser buenas amas de casa. Pero quizás el destino de etnóloga de Alicia estaba determinado, en gran medida, por su madre, Lucrecia, una mujer viuda, con cierto capital económico, descendiente del presidente radical Aquileo Parra, con una mentalidad liberal que permitió que su hija mayor, Alicia, volara con fuerza propia, escogiese su propio rumbo, en una época en que las niñas bogotanas, reiteremos, estaban destinadas —aun las hijas de grandes intelectuales y científicos— a la esfera de lo doméstico o de los oficios menores, cuando no a la vida religiosa. Cuando Alicia se quiso ir sola para Europa, en 1938, a Berlín, la impulsó a hacerlo, o por lo menos no se opuso. Cuando Alicia desistió de sus estudios de Derecho en la Facultad de Derecho y Ciencias Políticas de la Universidad Nacional, para ingresar al Instituto Etnológico, la apoyó, a pesar de que el decano de la Facultad de Derecho, el reconocido jurista Jorge Soto del Corral, la llamase alarmado para pedirle que Alicia continuara estudiando derecho, porque veía en ella una promesa de jurista.

Entre las etnólogas de la segunda promoción sobresale, sin duda, Virginia Gutiérrez, cuya trayectoria tiene algunas similitudes con la de las antioqueñas. Oriunda de Socorro, Santander, e hija de un padre poseedor de una gran finca, se interesa desde pequeña por estudiar las hormigas; le apasionan sus formas de vida social así como observar el movimiento de las nubes, al vaivén del viento y del clima; también esculca la biblioteca de su padre. Al parecer la curiosidad de las jóvenes socorranas por los libros y las bibliotecas inquieta al párroco de la población, quien en una de sus homilías advierte a las madres acerca de los peligros de corrupción que enfrentan sus jóvenes hijas y convoca a la quema de las bibliotecas familiares. La madre de doña Virginia, piadosa mujer, incinera o destruye los libros de casa, y la niña o joven Virginia queda huérfana de títulos y textos; pero la noticia de una beca para estudiar en el colegio de bachillerato en Bucaramanga la anima a presentarse como candidata y logra ganársela, para luego desplazarse a Bogotá, donde estudia en el Instituto Pedagógico Nacional, colegio de vanguardia en su época, regentado por la reconocida rectora Esther Aranda⁴. Con grandes aptitudes matemáticas e interés en la medicina, duda sobre su futuro camino; pero finalmente se enrumba por las ciencias sociales, aconsejada

4 Sobre sus primeros años y su interés por las hormigas, véase Barragán (2001).

por la rectora. Sus dotes matemáticas no las abandona del todo; con los años se convierte en una seria defensora de las aproximaciones estadísticas en la antropología. También su pasión por las laboriosas hormigas permanece incólume, y su inquietud por la medicina la desarrolla en sus conocidos libros sobre la medicina popular en Colombia y sus cátedras en la Facultad de Medicina y de Enfermería en la Universidad Nacional.

Mujeres al trabajo de campo

Las jóvenes estudiantes del Instituto Etnológico se ven abocadas muy pronto a participar en las expediciones del Instituto Etnológico, según los planes de Rivet. Aquí también empezaban los problemas. ¿Cómo participar en expediciones junto con hombres e, incluso, en algunos casos vestirse de pantalones, con botas o con cascos, una vestimenta en todo caso nada femenil? ¿Cómo enfrentar los comentarios de parientes o de los curas locales que no comprendían bien su labor y que incluso las considerarían mujeres de dudosa ortografía? Y ¿cómo, en el caso conocido de doña Virginia, realizar trabajo de campo en un mismo terreno y convivir con su novio, a centenares de kilómetros de su casa, ajena a todo control de sus padres en una época en la que las visitas a las casas o sus salidas siempre estaban acompañadas con una "chaperona"?

Cuando a Virginia Gutiérrez la enrolaron (a los veinticuatro años de edad) a la expedición de los yuko-yukpa, en el Perijá, por el año de 1944, el rector de la Normal, Francisco Socarrás, la convocó para inquirirle si su padre conocía de la situación y contaba con su autorización. Ante la respuesta positiva, Socarrás de nuevo le preguntó a Virginia si estaba segura de salir de viaje con Roberto. Y la respuesta de ella: "Sí, señor, porque Roberto es un todo un caballero", lo dejó tranquilo y le quitó todos sus temores, por lo menos, aparentemente.

Las etnólogas se formaron en campo, con diferentes ritmos y procesos. Quizás la primera que dio ese paso de convertirse en una etnóloga de campo fue Alicia de Reichel, quien aun antes de casarse ya recorría la sabana de Bogotá y otros lugares aledaños y tenía una colección de cráneos y urnas funerarias. A los veintitrés años ya había participado en la famosa expedición al Tolima, junto con Gerardo Reichel, Roberto Pineda G. y Milciades Chaves, en la que estudiaron la serología de los pobladores indígenas y mestizos de Coyaima, Natagaima y Ortega.

Rumbos diferentes

Las diferentes etnólogas del Instituto Etnológico tomaron rumbos paralelos: cuando Edith ganó una beca para estudiar museología en Lima, la compartió con su entrañable Blanca, la díscola compañera de estudios. Allí estudian museología con Tello y otros grandes arqueólogos peruanos. Edith y Blanca se dedican, antes de casarse, a la museología, un oficio, en cierta medida, como ha resaltado Marcela Echeverri, ajustado al orden y oficio femenino. Ordenar y exhibir formaba parte de las habilidades femeninas, según los cánones de la época. También muy jóvenes publican sendos escritos de divulgación sobre algunos de los pueblos indígenas que encontraron los españoles en lo que sería el Nuevo Reino de Granada. Por otra parte, las dos son activas participantes del recién creado —por Gregorio Hernández de Alba y Antonio García— Instituto Indigenista de Colombia. Blanca Ochoa fue su secretaria; Edith, la tesorera: recién egresada del Instituto Etnológico, fue nombrada inspectora de la educación rural en Antioquia. Por ello debía recorrer a lomo de mula antiguos caminos de arriería que unían aquí y allá las empinadas aldeas de la agreste naturaleza antioqueña. En alguna ocasión, cuando se dirigía a una población donde monseñor Builes sentaba sus reales, Edith fue excomulgada por el famoso y polémico sacerdote, porque montaba la silla al estilo masculino, con lo que ofendía el pudor cristiano. En la historia de la antropología, Edith es la primera antropóloga excomulgada —no sería, sin embargo, la primera excomunión promulgada por este verdadero cruzado—.



Figura 5. Blanca Ochoa con sus estudiantes
Fuente: Archivo de la familia Molina Ochoa.



Figura 6. Edith Jiménez
Fuente: archivo de la familia
Muñoz Jiménez.

Por su parte, Alicia se convierte pronto, como dijimos, en una experimentada etnóloga y arqueóloga de campo, y trabaja hombro a hombro con Reichel en las excavaciones en el departamento del Magdalena, en particular en Pueblito y Ranchería, con lo que contribuye también al manejo nada fácil de la cuadrilla de trabajadores. Y cuando en Pueblito se percataron de la existencia de una cueva con diversos artefactos tairona, ningún miembro del equipo quiso penetrar, salvo ella, lo que le ganó probablemente una enfermedad pulmonar que la aquejó durante largos años. Y mientras esto ocurría en campo, en Santa Marta, donde vivían, seguramente ella era percibida por los samarios como una mujer liberada, quien entre otras cosas manejaba un carro o se montaba en potrillos (cayucos o canoas) para desplazarse a remo a la vecina aldea de Taganga.

En efecto, como los hijos y los embarazos no le permitieron seguir subiendo a la Sierra Nevada, se dedicó a explorar las relaciones de género en la aldea de Taganga —cerca de Santa Marta— y las prácticas de socialización de los niños —sus juegos sexuales—, siguiendo los manuales de Margaret Mead, que ya por entonces era una heroína —y qué heroína— entre los antropólogos y el público estadounidense —similar a Simone de Beauvoir en Francia, quien por entonces había publicado su famoso libro *El segundo sexo* (1949)—.

Su condición de mujer le permite, unos pocos años más tarde, realizar junto con Reichel su famosa investigación en Atánquez⁵, publicada como *People of*

5 Recientemente se tradujo al castellano con el título de *La gente de Aritama. La personalidad cultural de una aldea mestiza de Colombia* (2012).

Aritama, en 1961, y realizada por ella entre los 31 y los 32 años de edad. Todos los días, durante los años 1951 y 1952, durante 14 meses seguidos, cada uno salía temprano de su casa —una casa que habían comprado en el sector indio del pueblo— para entrevistar, ella, a sus informantes mujeres, y él, a sus colaboradores hombres. Aquí, para fortuna de la antropología, doña Lucrecia se encargó durante gran parte del tiempo de los pequeños hijos, mientras que hija y yerno se concentraban de lleno en una de las investigaciones más destacadas de la antropología en Colombia.

Mientras tanto, las otras antropólogas también proseguían en sus diversas carreras profesionales conciliando su labor de esposas, madres e investigadoras en diversos grados. Doña Virginia tuvo un ritmo diferente. Solamente hasta 1947, a los veintisiete años, como ella misma lo ha de confesar, da el paso a convertirse en una verdadera etnóloga de campo, durante la expedición de La Guajira, en la que participaron su esposo, Roberto Pineda G., Milciades Chaves, María Rosa Mallol y, tal vez, José de Recasens. La anécdota de su transformación en etnóloga es ampliamente conocida, de manera que me refiero a ella brevemente. Indagando a una princesa guajira, se percató con horror de que por ella han pagado una gran suma de chivos, tumas y otros bienes. Queda estupefacta, porque piensa que es terrible que en Colombia haya todavía compra de mujeres; pero, a su vez, la mujer guajira pregunta sobre cuánto ha costado Virginia a su esposo: y ella, orgullosa, responde que ¡nada!

Ahora la escandalizada es su interlocutora nativa, quien cogiéndose la cabeza exclama: “Virginia, tú no vales nada, vales menos que una esclava”. Y desde entonces perdió su prestigio ante la guajira, que apenas volvió a mirarla.

Como fruto de su estada entre los wayuu, Virginia elaboró su conocido trabajo sobre la organización social de este pueblo de pastores (*Organización social en La Guajira*, 1950) en el cual la mujer tiene gran ascendencia en la vida social, por tratarse de una sociedad matrilineal y, también, por desempeñar con frecuencia el rol de piache o chamán. Cuando Virginia desenredó la madeja de su compleja organización social, de sus diferentes clanes, de sus estrategias matrimoniales y de intercambio, quizás recordaba —de manera intuitiva— sus apreciaciones sobre la vida social de las hormigas santandereanas de su finca y pueblo, que ya habían entrenado su mente a pensar en redes, en interacciones sociales, en división del trabajo, en cooperación para la vida y la reproducción social.

En 1955, Virginia asistió a un seminario internacional sobre la situación de la familia en América Latina. El delegado colombiano declaró de manera solemne



Figura 7. Virginia Gutiérrez de Pineda junto a mujeres (wayuu) que lucen mantas y waireñas, 1947

Fuente: catálogo fotográfico ICANH.

que en Colombia no había problemas de familia, porque aquí todos éramos católicos, apostólicos y romanos, unidos a través de la familia monógama sancionada por el rito católico. De ahí nace su interés, su curiosidad, por el estudio de la familia en Colombia, ya que sospechaba que quizás la situación era más compleja, como evidentemente demuestra años más tarde en sus importantes libros sobre la diversidad de familias y formas de matrimonio en nuestro país. Igualmente, a su regreso a Colombia, en los años cincuenta del siglo pasado, después de una estancia con Roberto en la Universidad de California (donde obtiene un máster que la acredita como la primera o una de las primeras mujeres con posgrado en Colombia), se dedica al estudio de la situación de la salud en sectores populares en Bogotá y publica su ensayo "Causas culturales de la mortalidad infantil en

Bogotá” (1955). A principios de la década de los sesenta, edita su gran trabajo sobre la medicina popular en Colombia (1960). Años más tarde, escribe sus importantes volúmenes sobre la condición histórica de la familia en Colombia y su diversidad tipológica, según las regiones y las clases sociales del país.

Entre el grupo de estas primeras etnólogas también sobresale la catalana María Rosa Mallol, hija del gran pintor catalán Ignacio Mallol, exiliado y muerto lamentablemente de forma prematura en Bogotá (1940), al poco tiempo de su llegada a Colombia. Desde muy joven, también, la veremos participando en algunas expediciones del Instituto Etnológico Nacional, como aquella que explora la Cueva de la Belleza en Santander del sur y, como se mencionó, en la expedición a La Guajira de 1947.

Con motivo de la guerra civil española, María Rosa Mallol fue enviada por sus padres, oriundos de Tarragona, a casa de familiares en la ciudad de Barranquilla. Pocos años después, José de Recasens viaja a la lejana Colombia en busca



Figura 8. Mujeres (wayuu): madre, hija y nieto junto a María Rosa Mallol de Recasens

Fuente: Botero y Perry (1994, 17).

de su ya amada María Rosa y forman una familia por el resto de sus vidas. La había conocido quizás en el taller de pintor Mallol, en Tarragona, al cual Recasens asistía desde muy joven. Ella comparte, sin duda, con él el amor por la antropología y al arte, y una familia de dos hijas.

Años más tarde, María Rosa contribuye a la fundación de un colegio (Theillard de Chardin), donde la enseñanza del arte forma parte sobresaliente de la vida escolar. En 1963 —en calidad de investigadora del Instituto Colombiano de Antropología— publica su singular trabajo *Cuatro representaciones de las imágenes alucinatorias originadas por toma del yagé*, y tres años más tarde, es editado su estudio —en colaboración con José de Recasens— *Dibujo infantil y personalidad cultural en la isla de San Andrés* (1967).

En realidad, la situación de las etnólogas —como ha resaltado Lucy Cohen— no era algo totalmente excepcional. Formaron parte de un grupo de mujeres, generalmente de clase media, que lograron a través de los procesos educativos convertirse en parte de la élite profesional e intelectual colombiana, con un impacto considerable en sus diferentes campos. Fueron estas mujeres de “provincia”, letradas y con gran sensibilidad social, las que contribuyeron a cambiar nuestras percepciones sobre múltiples aspectos de la vida rural y urbana colombiana, y también quienes contribuyeron al diseño de políticas públicas en diversos ámbitos, como la familia, la salud, la museología o el patrimonio.

Aunque sabemos poco de sus ámbitos privados, quizás también formaron parte de las primeras mujeres que planificaron y que salieron abiertamente del espacio doméstico. En el curso de los años, estas etnólogas forman sus hogares con distinguidos intelectuales colombianos. Blanca se casa con Gerardo Molina, quien había enviudado de María Eastman. De cierta forma, la joven Blanca cumple la promesa hecha a María antes de morir en cuanto a velar por Gerardo Molina. En 1952, viaja a Europa, estudia en París y se reencuentra con Gerardo Molina, entonces exiliado en Francia como consecuencia de los acontecimientos del 9 de abril. Con cierta picardía, Otto Morales diría que Blanca viaja Europa a ¡cazar a Gerardo!

Por su parte, Edith se desposa con Santiago Muñoz Piedrahíta, quien había estudiado derecho en la Universidad Externado de Colombia, y ejercido como secretario privado de Alfonso López Pumarejo. Las antropólogas que se casaron con investigadores sociales —como Reichel o Pineda Giraldo— continuaron sus carreras académicas como etnólogas. Aquellas que desposaron con políticos —generalmente destacados intelectuales de izquierda como Molina y Muñoz— ven en

cierta medida disminuida su proyección académica como etnólogas; no obstante se destacan como docentes o como forjadoras de museos (como el Museo de los Trajes Populares establecido por Edith en el seno de la Universidad de las Américas, de la cual fue asimismo cofundadora). Pero, sin duda, no solo su matrimonio obstaculiza sus ritmos de investigación, sino que, por lo general, también las difíciles situaciones económicas que sus respectivas familias tuvieron que enfrentar y que ellas, con entereza, contribuyeron a solucionar y soliviantar; en el caso de Alicia y Gerardo Reichel, doña Lucrecia y la misma Alicia dispusieron sus recursos y fortunas para posibilitar la continuidad del trabajo de los esposos Reichel⁶.

O, como en el caso de Helena Ospina, esposa de Gregorio Hernández, parte de sus bienes ayudan a superar la crisis económica de la familia en los aciagos años del presidente Laureano Gómez. Y a la muerte de Helena, Gregorio sigue su consejo de casarse con su primera novia, gran amiga de su esposa.

Esta relación de las primeras etnólogas sería incompleta si no tenemos en cuenta también a ilustres investigadoras extranjeras, en particular a Kathleen Romoli, de padres irlandeses, una de las más notables etnohistoriadoras de Colombia, o a Anna Kipper, polaca, quien viene a Colombia durante los años cuarenta, en los famosos barcos de la muerte, que salían de Europa sin rumbo definido y quien, entre otras actividades, funda la Agencia Francesa de Prensa (AFP).

Carecemos de una biografía de Kathleen Romoli (1897-1979), quien contribuyó decididamente a la historia y etnohistoria de la conquista del Pacífico y del suroccidente colombiano. Su biografía sobre Vasco Núñez de Balboa, su trabajo póstumo sobre la tribu de los cuevas e innumerables escritos relacionados sobre todo con el siglo XVI la convierten en la gran etnohistoriadora de Colombia, junto con Juan Friede. Sabemos que Kathleen, norteamericana pero hija de padres irlandeses, se casó muy joven con un inglés, con quien residió en la India y con quien tuvo su único hijo. A la muerte temprana de su esposo, se desplaza a Venecia, Italia. En Italia desposa al señor Romoli, alto funcionario de un banco de proyección internacional, con quien vive en Nueva York. Al desencadenarse la

6 Alicia Dussán, como se ha comentado, contribuye de forma fundamental a la arqueología colombiana, junto con su esposo Gerardo Reichel, y sus nombres quedan asociados a los principales sitios del formativo colombiano, a la arqueología del Caribe, del río Ranchería, de Pueblito, del Pacífico y muchos lugares más. ¡Fue la única arqueóloga colombiana durante casi veinte años!

Segunda Suerra Mundial, Romoli fue internado en un campo de concentración en Estados Unidos, en cuanto ciudadano perteneciente a una nación enemiga.

Los avatares de la guerra los separaron, y he ahí a doña Kathleen en los años cuarenta del siglo pasado viviendo en Colombia, sin que tengamos muy claras las razones de su llegada. Aquí se vincula con parte de la alta sociedad bogotana, e incluso se rumora (quizás meras calumnias) de sus amoríos con el presidente Eduardo Santos. En 1941, publica un interesante libro sobre Colombia, sus culturas, regiones, élites y prácticas sociales, una especie de texto introductorio sobre el país para un público internacional (Romoli 1941), que refleja sus estadas y recorridos por el país (este texto se reimprime en 1944, en Buenos Aires, con cierta variación en el título). La publicación del libro le trae un justo reconocimiento nacional y el presidente Eduardo Santos le otorga la Cruz de Boyacá, en categoría de oficial. Al parecer, a finales de la década de los cuarenta, fijó su residencia en la cordillera occidental, en la región colindante con el Chocó, en el Valle del Cauca, donde adquirió una gran finca en copropiedad con un ingeniero norteamericano, el señor Avery, con quien luego se casa, y quien, al parecer, trabajaba en una empresa minera en el Chocó (quizás la Chocó Pacific). Tal vez de allí nació su interés por Balboa, el descubridor del Mar del Sur, de quien publica una importante biografía en inglés en 1953, reimpressa por la Academia Colombiana de Historia en castellano, en 1988, a la cual había accedido como miembro correspondiente en 1954.

Desde entonces se convierte en una especialista en la historia del Chocó y del suroccidente colombiano, así como en experta paleógrafa. Realizó múltiples viajes a Sevilla (España), a Inglaterra y a Estados Unidos, donde ausculta nuestra historia. Trabajó durante largos años en el Instituto Colombiano de Antropología, al lado de la oficina de don Juan Friede⁷. Hasta su muerte fue investigadora del Instituto Colombiano de Antropología, aunque su oficina colindaba ahora con la de Ana María Groot, quien, por disposición del hijo de la gran etnohistoriadora, fue en cierta forma su albacea y se encarga de publicar, sobre la base de una gran diversidad de manuscritos, su importante libro sobre los cuevas, del istmo de Panamá. Sin duda, era una mujer extraordinaria, fuera de serie. En sus años mozos practicó el alpinismo, y ya, con sus años, continuó manejando su clásico Land Rover, y administrando con éxito económico y a distancia su finca en el límite con el Pacífico. Muere de un derrame cerebral, a los 82 años, y deja entre

7 Comunicación personal con Marianne Cardale.

sus amigos y contertulios la impronta de su personalidad jovial y disciplinada, apasionada por el estudio del contacto entre indios y españoles y la etnohistoria temprana de antiguo Nuevo Reino y la gobernación de Popayán. En la actualidad la profesora Ximena Pachón elabora una relevante biografía de Kathleen Romoli.

En síntesis, ya en la década de los cincuenta algunas de las etnólogas habían abierto ciertos campos, como relaciones de género, pautas de socialización, estructuras familiares, medicina popular, entre otros temas, que tienen que ver, por un lado, con sus propias condiciones de madres, esposas o investigadoras; y, por otro, con cierta genealogía relacionada con las figuras de Margaret Mead y Ruth Benedict y la *escuela de cultura y personalidad*. A través de esos trabajos, se amplió el imaginario nacional, nuestra propia comprensión de la realidad colombiana, con una nación diversa, y también se abrirían ventanas a nuevas políticas públicas.

Egresadas del Instituto Colombiano de Antropología

En 1952, el Instituto Etnológico Nacional se transformó en el Instituto Colombiano de Antropología. En su seno continúa la formación de profesionales (ahora denominados antropólogos), en la llamada Escuela de Antropología, que también tenía un nuevo plan de estudios. La etnología francesa cede su influencia a la poderosa antropología norteamericana de la posguerra.

Entre las egresadas del Instituto Colombiano de Antropología sobresalen, entre otras, Yolanda Mora de Jaramillo (1921-2004) y Nina de Friedemann (1935-1998). Permítaseme brevemente esbozar algunas pinceladas sobre su contorno familiar y trayectoria personal y profesional.

Yolanda Mora, la mayor de las dos, proviene de Santander del Norte. Huérfana desde muy niña de sus dos padres, se educa con una tía paterna, quien a través de diversas revistas internacionales le abre nuevos horizontes culturales: la pequeña niña entra muy tempranamente al internado y sorprende por su dedicación a la lectura. Se decía que ya desde muy joven había “leído todo”. Yolanda tiene claro que desea estudiar e ingresa al Colegio Pedagógico Nacional de Bogotá, donde es condiscípula con Virginia Gutiérrez. Después accede a la Escuela Normal Superior, a principios de los años cuarenta; una vez graduada, con parte de su herencia, se desplaza a Nueva York. Mujer verdaderamente moderna, entabla a su regreso a Bogotá amistad de gran parte de los jóvenes pintores de vanguardia de su época;

habla francés, inglés y alemán; enlaza su vida con el historiador Jaime Jaramillo Uribe, con quien desposa, ya en sus treinta, al regreso del hoy afamado historiador de sus estudios en Francia. Entonces lo acompaña en gran parte de sus viajes, entre ellos a Francia, Alemania, Inglaterra y Estados Unidos.

Pero no es una esposa pasiva, sino que con su entusiasmo y pragmatismo contribuye a una visión más amplia del mundo por parte de su esposo. Al parecer, por sugerencia del profesor Jaramillo, ingresa a la Escuela de Antropología del Instituto Colombiano de Antropología, donde se forma como antropóloga durante finales de los años cincuenta y principios de los años sesenta del siglo pasado; se concentra en el estudio de las artes populares (el barniz de Pasto, la alfarería de Ráquira, la alimentación). Se orienta hacia temas considerados en cierta medida como menores en la antropología, respecto a los grandes asuntos fijados por la antropología hecha por hombres, no obstante que su gran estudio sobre la alimentación en una aldea mulata, mestiza y zamba cerca de Barranquilla hubiese desencadenado en el entonces presidente Alberto Lleras



Figura 9. Yolanda Mora y Jaime Jaramillo, el día de su matrimonio en Bogotá, 1952
Fuente: archivo de Rosario Jaramillo.

consideraciones de admiración por su profundidad y destreza en la presentación del caso. En realidad, es pionera de los estudios de antropología de la alimentación y de las artes populares plásticas, ya mencionadas, y muchos de sus trabajos son divulgados en los magazines dominicales de los diarios *El Espectador* y *El Tiempo*.

Su último trabajo de campo lo lleva a cabo, pasados los sesenta años, en la ciudad de Leticia (capital del departamento del Amazonas), donde, en medio de la zozobra del narcotráfico (es percibida como una funcionaria del entonces Departamento Administrativo de Seguridad) ejecuta una relevante etnografía sobre la alimentación en esta zona trifronteriza, de múltiple influencia brasilera, peruana, indígena y también colombiana.



Figura 10. Yolanda Mora y Jaime Jaramillo, en la biblioteca de su casa
Fuente: archivo de Rosario Jaramillo.

Como la mayoría de las jóvenes antropólogas de su generación, contribuye de manera muy decidida al equilibrio económico del hogar, al ahorro familiar e, incluso, organiza servicios de estética femenina aprovechando un curso al respecto que habría tomado en París.

Por su parte, Nina de Friedemann (Saturnina Sánchez) conforma una especie de eslabón entre las primeras etnólogas (antropólogas) y la generación universitaria. Quizás su vocación de largo aliento por el estudio de los afroamericanos estuvo inspirada por los relatos de su padre (cuando él estudiaba ingeniería en la Universidad de Pittsburg) sobre la segregación de las comunidades negras en los Estados Unidos o su experiencia como ingeniero de ferrocarriles en el Magdalena. Liborio, su padre, la lleva desde muy joven durante sus viajes a la región Caribe, o la familia viaja en vapor por el río Magdalena con destino a Cartagena, donde residía su padre. El viaje por el Magdalena atravesaba selvas y otras regiones. En sus orillas pululaban caimanes que se asoleaban a sus anchas o que, sumergidos en el agua, apenas dejaban ver, como periscopios, sus ojos y escrutadoras miradas. En alguna ocasión, cuando el vapor atracó en la vieja Tamalameque, a orillas del río Magdalena, al atardecer bañado por unos rayos rojos que un sol de verano irradiaba (que quizás no quería ocultarse), la jovencita bogotana quedó impactada por el ritmo y tronar —como se dice— de los tambores de una banda de músicos afrocolombianos que se encontraba en la playa del río, cuyo eco —reiteremos— retumbaba casi en los confines del mundo.

Cuando visitaban a su padre en Cartagena, igualmente, este les exigía a sus hijos registrar, en un diario personal, los avatares del viaje y otras circunstancias. Años después se desplaza a los Estados Unidos, y en la Universidad Emory presencia la lucha por los derechos civiles de los afroamericanos. También en los Estados Unidos conoce a su esposo, un hombre dedicado al arte, y junto a él crea una singular pareja y un ambiente familia el cual, como recuerda Greta, su hija, se caracterizaba por conversaciones en casa que versaban ya fuera sobre arte o antropología (o arte y antropología).

Sin embargo, fue en las islas de San Andrés y Providencia, en el Caribe colombiano, donde descubre más claramente las huellas de africanía de sus habitantes, que determinan su rumbo intelectual y político. Allí, junto con María Rosa Mallol, hace un trabajo de campo —durante los años sesenta del siglo pasado— que le permitió observar los ritos funerarios de sus pobladores y escuchar sus relatos orales, en los cuales se evidenciaba la presencia aún viva de África en estos antiguos esclavos que hablaban todavía su propia lengua franca.

Al reconocimiento de las huellas de africanía como formas de resistencia en los descendientes de esclavos negros en nuestro territorio y la descripción de sus formas actuales de organización social, suma, después, una brillante carrera como escritora comprometida en la que resalta en diversas ocasiones la responsabilidad social del antropólogo(a). Denuncia las condiciones de opresión de los mineros afrocolombianos del Pacífico y contribuye, con su actividad académica, al reconocimiento de los afrocolombianos, de sus formas de territorialidad y de cultura, tal y como se expresaría en la Ley 70 de 1994⁸.

Las antropólogas universitarias

Como se sabe, con la fundación de los departamentos de antropología universitarios se abre una nueva etapa en la formación y en la proyección de la antropología en Colombia. En pocos lustros, la comunidad antropológica se transforma de una pequeña tribu en una compleja sociedad, hoy en día de aproximadamente 3.500 profesionales hombres y mujeres. Debo confesar que me siento más cómodo analizando lo que podríamos llamar el *primer periodo*, en cuanto no solo podemos estudiar con cierta distancia los acontecimientos, sino porque se trata de una pequeña tribu, propia de nuestros métodos de estudio y análisis.

Los nuevos y las nuevas estudiantes de antropología se enfrentan a un nuevo contexto institucional, y a una situación en la que la presencia de las mujeres en las aulas universitarias es un fenómeno más común de lo que experimentaron sus progenitoras. La coeducación, ya por lo menos, ¡no es objeto de excomunió! La caracterización de las estudiantes de antropología es más difícil, no solo por su número, sino porque pertenecerán, en pocos lustros, a diversas generaciones correspondientes a los diferentes departamentos de Antropología (de las universidades Nacional, de los Andes, de Antioquia y del Cauca).

Por otra parte, nos encontramos, no solo frente a un cambio generacional, sino también a una relativamente nueva relación de género, a nuevos roles femeninos y nuevas estructuras laborales. También corresponde a la apertura de

8 Para una visión de su biografía intelectual, véase, entre otros, Arocha (2008, 2009). Las anécdotas sobre su trayectoria de vida y familiar han sido tomadas de Arocha, de la entrevista realizada a Nina de Friedemann por Martha Muñoz y los recuerdos personales de su hija Greta, quien se ha dedicado también a la antropología (Muñoz 2009; Friedemann G. 2009).

carreras de sociología que compiten con proyecciones de carrera relativamente cercanas a las eventuales opciones del plan en antropología.

A pesar del gran número de estudiantes que ingresan a los programas de antropología, y de que en parte ahora la antropología es vista como una ocupación femenina (¡porque sería difícil para un hombre mantener a su familia con esta profesión!), y de la presencia de mujeres docentes, en diversa medida los programas estaban marcados por una visión masculina. Para citar un ejemplo: las referencias teóricas en la Universidad Nacional de Colombia son, a partir de la década de los sesenta: Henri Morgan, Carlos Marx, Emilio Durkheim, Bronislaw Malinowski y Claude Lévi-Strauss. Las antiguas heroínas de la escuela de cultura y personalidad desaparecieron prácticamente del mapa de formación para ser sustituidas por Maurice Godelier, Claude Meillasoux, Marvin Harris y luego Michel Foucault. Solamente en los últimos años la formación de programas de género ha resaltado nuevamente la relevancia de la comprensión de las formas de construcción de las identidades de género, sus relaciones y su eventual impacto en una epistemología radical, sobre la manera de percibir y proyectar el conocimiento. A falta de una aproximación estadística, permítaseme finalmente analizar a vuelo de pájaro aquellos años de transición de la década de los sesenta, de formación de una antropología universitaria.

Tomo como ejemplo la situación del Departamento de Antropología de la Universidad de los Andes y de la Universidad Nacional durante el periodo 1964-1968. El Departamento de Antropología de los Andes contó desde un principio con un grupo de profesores y profesoras en su planta docente: Alicia Dussán, Sylvia Broadbent, Lucy Cohen; entre tanto, Virginia Gutiérrez y Blanca Ochoa estaban vinculadas a la Universidad Nacional. Desde un principio golpearon sus puertas estudiantes hombres y mujeres, algunas de las cuales provenían de otras regiones de Colombia y también de otras carreras. Asimismo, desde un primer momento, las estudiantes de antropología marcaron su identidad en el entorno de la universidad y algunas de ellas en los respectivos departamentos.

En los Andes, fueron famosas las "Chicas Fumadoras", y algunas por llegar, casi que por primera vez (en el contexto de una universidad cuyos estudiantes vestían de forma muy convencional, con saco y corbata o sastre), con bluyines y con minifaldas. Luego adoptan, como en la Nacional, la mochila y, en ciertos casos, la ruana.

Tanto las estudiantes de la Nacional como las de los Andes se lanzaron a trabajo de campo, a "vivir con los indios como los indios", como diría una de

ellas, o también a estudiar a los campesinos y otros sectores. En la expedición al Vaupés de 1967, muchas estudiantes participaron: en los Andes, con la crisis del Departamento de Antropología de 1968 (que implicó la salida de los esposos Reichel), se creó una escisión entre antropólogos y arqueólogos; este último grupo conformado, sobre todo, por mujeres, a quienes se designaba con el despectivo nombre de *las arpías*.

En realidad, entre otros resultados, el Departamento de Antropología de los Andes promovió la creación de un nuevo grupo de arqueólogos, conformado sobre todo —como se dijo— por mujeres, que tendría un impacto muy considerable en la investigación arqueológica nacional. Durante la década de los setenta, la arqueología colombiana fue en parte hecha por mujeres uniandinas, aunque muchas de ellas restringían su aporte a su tesis de grado. Sin embargo, un grupo de arqueólogas —como Ana María Groot, Luisa Fernanda Herrera, Inés San Miguel, entre otras— se trepan a la Sierra Nevada para explorar Ciudad Perdida y otros asentamientos kogui. Otras —como Clemencia Plazas y Ana María Falchetti— excavan el río Sinú y San Jorge; y otras se lanzan, años más tarde, a la investigación en el Amazonas, la Orinoquia y diversas regiones del país. Con excepción de unos pocos casos, la perspectiva de género no parece haber inquietado mucho a las arqueólogas en sus lecturas e interpretación de materiales arqueológicos.

En la Universidad Nacional, el pénsum de Sociología pronto abre una Especialización en Antropología. Los dos primeros graduandos de esta especialización son Gloria Triana y Ligia Echeverri; también salen a campo. Gloria Triana, participaría como funcionaria de la División de Asuntos Indígenas, junto con algunos estudiantes de sociología, en una comisión a La Guajira.

La crisis del pénsum de Antropología del ya formado Departamento de Antropología (en el ámbito de la Facultad de Ciencias Humanas) y la influencia creciente de las corrientes marxistas impulsaron también a las estudiantes de antropología —como acontecía en toda la universidad— a una creciente politización, a su inmersión en los movimientos sociales y estudiantiles e, incluso, a su vinculación con movimientos políticos radicales.

Las estudiantes de antropología de la Universidad Nacional se volcaron, también, a realizar trabajos de campo en el área social, y mínimamente en la arqueología, la cual en cierta forma era percibida de manera negativa. Las primeras egresadas de la Especialización en Antropología Social del programa de Sociología (Ligia Echeverri y Gloria Triana) abren campos novedosos en la antropología social colombiana. Ligia continúa de forma creativa los estudios de

la familia y también incursiona en temas como la vejez, además de llevar a cabo una relevante carrera académica y administrativa en la universidad. Gloria Triana se dedica a la etnografía y, posteriormente, a la antropología visual. También algunas de las primeras estudiantes, como Martha Rodríguez, impulsan el cine documental, y otras, como Ximena Pachón (una de las primeras antropólogas graduada de la Universidad Nacional), dedican sus energías al estudio de los "gamines" y a la familia.

En general, en la Nacional, como ocurría en los tiempos de las primeras etnólogas, se formaron fuertes vínculos emocionales e incluso matrimoniales que unieron a antropólogas con sociólogos, o historiadores, o incluso entre los mismos antropólogos. Pero ya esta nueva generación debía enfrentar las relaciones laborales como una actividad normal de la mujer; la educación mixta era un hecho aceptado en el ámbito universitario y el trabajo de campo ya no era visto con los mismos ojos de antaño. Entonces, una gran parte de ellas ingresa a las diversas instituciones del Estado que tenían como misión impulsar la reforma agraria, la salud o la educación.

Paradójicamente, reiteremos, el campo de la antropología se había feminizado; en efecto, ahora se lo veía como un oficio femenino, en cuanto que aún se percibía que la mujer estaba de cierta forma no tan obligada, por lo menos, al mantenimiento familiar, propio de los hombres. En este sentido, estudiar antropología era ahora una buena carrera para mujeres; mientras que los padres de los antropólogos veían con aprehensión la selección de esta carrera, salvo que ese estudiante de antropología tuviese la suerte de casarse (como con cierto humor me diría mi padre cuando alguien comentó sobre mi porvenir económico como antropólogo) con una "guaca-mujer".

Para terminar quisiera referirme a la antropóloga Piedad Gómez Villa, a quien está dedicado este ensayo. Piedad forma parte de la generación universitaria, y tuvo una formación inicial en filosofía, en la Universidad de los Andes, en la que realizó —para su título de filósofa— una pionera investigación sobre Vico y la historia. Luego, con el apoyo de los Reichel, viaja a la Universidad de Oxford, donde estudia antropología social, con algunos de los grandes maestros de antropología de esa institución; y escribe una original tesis sobre la organización social de los pueblos suramericanos con una orientación estructuralista. Es profesora y la primera jefe mujer del Departamento de Antropología de la Universidad de los Andes; pronto se dedica al estudio de las sociedades campesinas y el problema agrario, para transformarse luego en la pionera de los estudios de

impacto de las grandes presas con fines energéticos. Hija del gran pintor Ignacio Gómez Jaramillo y de Margot Villa, una mujer también de gran personalidad, Piedad mantuvo sus antenas abiertas a campos afines de la antropología y se percató de la relevancia de una antropología ambiental para Colombia. Luchó por la consolidación de la antropología como campo aplicado en los departamentos de antropología, porque veía con razón la necesidad de que los antropólogos se profesionalizasen en este campo y permitiría una incidencia considerable en las políticas públicas. A los que tuvimos la fortuna de ser sus discípulos, nos transmitió generosamente su experiencia y conocimiento, y nos legó la imagen de una gran mujer antropóloga, de recio carácter y profundas convicciones éticas.

Bibliografía

- Acevedo C.**, Darío. 2004. "Crónicas de vida de Blanca Ochoa de Molina". *VentanaAbierta*. http://ventanaabierta.blogspirit.com/list/entrevistas/blanca_ochoa_revisión_mar_05_doc.html
- Arocha**, Jaime. 2008. "Nina S. de Friedemann". En *Pensamiento colombiano del siglo XX*, t. II, 339-370. Bogotá: Pontificia Universidad Javeriana.
- . 2009. *Nina S. de Friedemann: cronista de disidencias y resistencias*. Bogotá: ColCes, Universidad Nacional de Colombia.
- Barragán**, Carlos A. 2001. *Virginia Gutiérrez de Pineda: observadora silenciosa, maestra apasionada*. Bogotá: Colciencias.
- Botero**, Clara Isabel y Jimena Perry. 1994. *Pioneros de la antropología: memoria visual. 1936-1950*. Bogotá: Colcultura, Instituto Colombiano de Antropología, Banco de la República. <http://www.banrepcultural.org/blaavirtual/antropologia/pia/indice.htm>.
- Camargo R.**, Lucía. 2009. "La U. Nacional rinde homenaje a Alicia Dussán". *El Espectador*, 31 de marzo. <http://www.elespectador.com/impreso/articuloimpreso132724-u-nacional-rinde-homenaje-alicia-dussan>.
- Castro G.**, Santiago, Alberto Flórez M., Guillermo Hoyos y Carmen Millán de V. 2007. *Pensamiento colombiano del siglo xx*. Bogotá: Pontificia Universidad Javeriana.
- Cohen**, Lucy M. 1971. *Las colombianas ante la renovación universitaria*. Bogotá: Tercer Mundo.
- . 2001. *Colombianas en la vanguardia*. Medellín: Universidad de Antioquia.

- Druvofka**, Nora y Roberto Pineda C. 2002. "Piedad Gómez Villa (1939-1998): antropóloga de los grandes proyectos de desarrollo". *Maguaré* (15-16): 264-270.
- Echeverri Ángel**, Ligia. 1995. *Premio Nacional al Mérito Científico 1994: Virginia Gutiérrez de Pineda*. Bogotá: Asociación Colombiana para el Avance de la Ciencia (ACAC).
- . 1997. "Virginia Gutiérrez de Pineda: ve lo que todos han visto pero piensa lo que otros no han pensado". *Nómadas* 6: 143-155.
- Embajada de Francia en Bogotá**. 2011. "Condecoración de Francia a Alicia Dussán de Reichel: pionera de la antropología en Colombia". <http://www.ambafrance-co.org/Condecoracion-de-Francia-a-Alicia>.
- Friedemann**, Greta. 2009. "Nina, memoria innovadora y fuente vitalicia". En *Nina S. de Friedemann: cronista de disidencias y resistencias*, editado por Jaime Arocha, 53-63. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, Facultad de Ciencias Humanas.
- Gómez**, Marisol. 2009. "Para desafiar la vida nació Alicia Dussán, fundadora de la facultad de Antropología de los Andes." *El Tiempo*, 4 de abril. <http://www.eltiempo.com/archivo/documento/CMS-4951177>.
- González A.**, Sofía Natalia. 2010. "Los museos, ¿para qué?". *Cuadernos de Cuaduría del Museo Nacional de Colombia* 10: 1-19.
- Guerrero**, Amparo Elisa. 1999. "Mujer y universidad: un estudio de caso desde la perspectiva de cinco egresadas de la Normal Superior entre 1938 y 1944". Tesis de grado, Universidad Nacional de Colombia.
- Henao D.**, Hernán. 1996. *Virginia Gutiérrez de Pineda: una vida y una obra para la ciencia social*. Medellín: Universidad de Antioquia.
- Herrera C.**, Martha Cecilia y Carlos Alfonso Low P. 1987. "Virginia Gutiérrez de Pineda: una vida de pasión, investigación y docencia". *Boletín Cultural y Bibliográfico* xxiv (10): 19-34. http://publicaciones.banrepcultural.org/index.php/boletin_cultural/article/view/3038/3123.
- "Homenaje a Blanca Ochoa: ícono de la liberación femenina en Colombia"**. 2008. *Agencia de Noticias UN*, 4 de diciembre. <http://www.agenciadenoticias.unal.edu.co/nc/detalle/article/homenaje-a-blanca-ochoa-ico-no-de-la-liberacion-femenina-en-colombia/>.
- Langebaek**, Carl Henryk y Clara Isabel Botero. 2009. *Arqueología y etnología en Colombia: creación de una tradición científica*. Bogotá: Universidad de los Andes.

- Morales, Jorge.** 1980. "Kathleen Romoli". *Boletín de Historia y Antigüedades* LXVII (728): 63-68.
- Muñoz, Martha.** 2009. "Historia debida: Nina S. de Friedemann". En *Nina S. de Friedemann: cronista de disidencias y resistencias*, editado por Jaime Arocha, 41-53. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, Facultad de Ciencias Humanas.
- "**Murió esposa del líder comunista G. Molina.**" *El Colombiano*, s. f. http://www.elcolombiano.com/historico/murio_esposa_del_lider_comunista_g_molina-JVEC_AO_4309425.
- Ortiz P., Isabel.** 2005. "Virginia Gutiérrez de Pineda: antropóloga pionera en las investigaciones sobre las comunidades indígenas. Analizó la familia y la cultura en Colombia". *Semana*, 12 de marzo. <http://www.semana.com/especiales/articulo/virginia-gutierrez-pineda/75363-3>.
- Ortiz, Sergio Elías.** 1946. "Los indios yurumangués". *Acta Americana-México* 21 (1-2): 10-25.
- Pachón, Ximena.** 2005. "Vidas y obras: Virginia Gutiérrez de Pineda y su aporte al estudio histórico de la familia en Colombia". *Maguaré* 19: 247-272. <http://revistas.unal.edu.co/index.php/maguare/article/view/10772/11236>.
- Páez de T., Helena.** 1989. *Protagonismo de mujer: organización y liderazgo femenino en Bogotá*. Bogotá: Fundación Friedrich Neumann.
- Pineda C., Roberto.** 2012. "La aventura de ser antropóloga en Colombia: Alicia Dussán de Reichel Dolmatoff y la antropología social en Colombia". *Maguaré* 26: 15-41.
- Rueda E., José Eduardo.** 1999. "Virginia Gutiérrez de Pineda: investigadora de familia y cultura en Colombia". *Credencial Historia* 113. <http://www.banrepcultural.org/node/32810>.
- . 2008. "Las mujeres y las ciencias sociales y humanas: contexto histórico". *Revista AntropoSociales* 10: 71-106.
- Sandoval R., Mary Luz y César Moreno B.** 2008. "Virginia Gutiérrez de Pineda: aportes al desarrollo del pensamiento social, del conocimiento de la familia y la formación de nación en Colombia". *Revista de Antropología y Sociología Virajes* 10: 107-154. http://virajes.ucaldas.edu.co/downloads/virajes10_5.pdf.
- Tovar, Patricia.** 2005. "Alicia Dussán: antropóloga, arqueóloga y etnóloga. Ella y su esposo hicieron el hallazgo de la cerámica más antigua de América".

Semana, 12 de marzo. <http://www.semana.com/especiales/articulo/alicia-dussan/75377-3>.

Vila de Pineda, Patricia. s. f. "Gutiérrez de Pineda, Virginia". En *Gran enciclopedia de Colombia del Círculo de Lectores*. <http://www.banrepcultural.org/blaavirtual/biografias/gutivirg.htm>.

Vila de Pineda, Patricia y Héctor Llanos. 2002. "Virginia de Pineda 1922-1999". *Maguare* 15- 16: 244-253.

Wills, Emma. 2007. *Inclusión sin representación: la irrupción política de las mujeres en Colombia. 1970-2000*. Bogotá: Grupo Editorial Norma.

Audios

Martínez G., Armando. 1996. "Entrevista a Roberto Pineda y Virginia Gutiérrez de Pineda" [registro sonoro]. 2 casetes (120 min.): estéreo. Bogotá.

Bibliografía de las pioneras antropólogas

Dussán de Reichel, Alicia. 1954. "Características de la personalidad masculina y femenina de Taganga". *Revista Colombiana de Antropología* 2: 87-113.

Dussán de Reichel, Alicia y Gerardo Reichel Dolmatoff. 1961. *Peoples of Aritama*. Londres: Routledge y Kegan Paul.

Echeverri, Ligia. 1985a. *Antropología y familia*. Bogotá: Tercer Mundo.

—. 1985b. *La familia de hecho en Colombia: constitución, características y consecuencias socio-jurídicas*. Bogotá: Tercer Mundo.

—. 1994a. *Familia y vejez: realidad y perspectiva en Colombia*, 2.^a ed. Santafé de Bogotá: Colciencias, Universidad Nacional de Colombia.

—. 1994b. "Tendencias o rupturas de la familia colombiana: una mirada retrospectiva y prospectiva". *Maguaré* 9 (10): 105-121.

Friedemann, Nina S. de. 1964. "Miss Nansi: Old Nansi y otras narraciones de folklore de las islas de San Andrés (Colombia)". *Revista Colombiana de Folklore* IV (9): 213-234.

—. 1964-1965. "Ceremonial religioso funébrico representativo de un proceso de cambio en un grupo negro de la isla de San Andrés (Colombia)". *Revista Colombiana de Antropología* XIII: 147-182.

Gutiérrez de Pineda, Virginia. 1948. "Organización social en La Guajira". *Revista del Instituto Etnológico Nacional* 3 (2): 1-235.

- . 1955. "Causas culturales de la mortalidad infantil". *Revista Colombiana de Antropología* 4: 11-82.
- . 1961. *La medicina popular en Colombia: razones de su arraigo*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.
- . 1968. *Familia y cultura en Colombia: tipologías, funciones y dinámica de la familia, manifestaciones múltiples a través del mosaico cultural y sus estructuras sociales*. Bogotá: Tercer Mundo.
- Mallol de Recasens**, María Rosa. 1963. "Cuatro representaciones de las imágenes alucinatorias originadas por la toma del yagé". *Nueva Revista Colombiana de Folclor* (Bogotá) 2.^a época 8: 61-77.
- Mallol de Recasens**, María Rosa y José de Recasens. 1965. "Dibujo infantil y personalidad cultural en la isla de San Andrés". *Revista Colombiana de Antropología* 13: 185-213.
- Mora de Jaramillo**, Yolanda. 1962. "Chichas de una región rural de la costa atlántica". *Revista de Folcklore* (Bogotá) 7: 235-242.
- . 1963. "Economía y alimentación en un caserío rural de la costa atlántica colombiana". *Revista Colombiana de Antropología* 12: 97-250.
- . 1965. *Alimentación y cultura en el Amazonas: aculturación alimentaria en Leticia*. Bogotá: Fondo Cultural Cafetero.
- Romoli**, Kathleen. 1941. *Colombia, Gateway to South América*. Garden City: Doubleday.
- . 1944. *Colombia: panorama de una gran democracia*. Buenos Aires: Claridad.
- . 1988. *Vasco Núñez de Balboa: descubridor del Pacífico*. Bogotá: Academia Colombiana de Historia y Plaza & Janés.
- . 1996. *Colombia*. Bogotá: Presidencia de la República.

6. ALICIA DUSSÁN Y GERARDO REICHEL DOLMATOFF: UNA ANTROPOLOGÍA A CUATRO MANOS

Las mujeres antropólogas en la sombra

La antropología latinoamericana, por lo menos hasta la década de los setenta, está dominada, si se me permite la expresión, por dones o señores: en México, por ejemplo, Manuel Gamio, Moisés Sáenz, Alfonso Caso, Gonzalo Aguirre Beltrán, entre otros, sobresalen en el escenario. Algo similar, para citar otro caso, ocurre en Brasil, donde figuras como Egon Schaden, Darcy Ribeiro, Eduardo Galvão y Roberto Cardoso de Oliveira también predominan en el campo. Quizás una notable excepción la encontramos en Argentina, donde Esther Hermitte es reconocida como la principal protagonista de la creación de la antropología social de ese país, en contraste con una plétora de etnólogos cuya filiación política —asociada al racismo— es presentada críticamente a los estudiantes de antropología. La antropología como una empresa masculina seguramente está relacionada con una situación más general: la condición de género, en nuestros distintos países.

Ello se debió no a la ausencia de mujeres antropólogas sino, en gran medida, a una especie de obliteración de su trabajo en las narrativas históricas acerca de la participación de la mujer en la ciencia en general y, en particular, de la antropología. También ha sido común desdeñar los entornos familiares de los antropólogos, como si fuesen seres solitarios, aunque una cada vez más creciente



Figura 1. Ruth Benedict
Fuente: Imagen de dominio público.

bibliografía —que data de la última década— nos muestra la pertinencia de estas redes sociales para sus estudios y vida profesional.

Esta situación no es únicamente latinoamericana: la etnología francesa, por ejemplo, está también marcada por esta tendencia; en las mismas expediciones de Claude Lévi-Strauss a Brasil, de la segunda mitad de la década de los treinta del siglo pasado, su por entonces esposa Dina se encuentra invisibilizada; no obstante sabemos que ella, al contrario del mismo Lévi-Strauss, tenía cierta formación en etnología e incluso, por lo menos formalmente, aparecía como la directora de la primera expedición. Esto contrasta, sin duda, con la antropología norteamericana, en la cual desde muy temprano figuras como Margaret o Ruth Benedict lograron una visibilización entre la tribu de antropólogos o en un público más general, aunque habría más tela que cortar en torno a su protagonismo y su relación personal y profesional.

Pioneras de la antropología en Colombia

Colombia parece ser, de cierta forma, una excepción de la situación más general de la antropología latinoamericana. No obstante las reformas educativas de la década de los treinta del siglo pasado y particularmente durante el gobierno del presidente Alfonso López Pumarejo (1934-1938)—, el ingreso de las mujeres a la universidad fue restringido; muchas de ellas se inscriben en “carreras menores” con relación a las profesiones de “verdad”; por ejemplo, en la Facultad de Ingeniería, al lado de los ingenieros, muchas de ellas estudian una especie de diseño y dibujo; o al lado de los médicos, la mayoría de las mujeres se dedican a la enfermería.

Sin duda, para entonces, las mujeres tenían ocupado, sobre todo, un lugar como amas de casa, hermanas o monjas y maestras, secretarias, y muchas de ellas culminan sus estudios en normales que las capacitan para ejercer el magisterio en la primaria y la secundaria.

Esta fue la situación, en particular, de todo un grupo de mujeres procedentes de diferentes regiones de Colombia —que lograron acceder a la Escuela Normal Superior de Bogotá (1936)— y cuyo destino era, ante todo, convertirse en profesoras de secundaria u ocupar cargos en la administración de la educación —como inspectoras— en el ámbito departamental o, en algunos casos, en el marco nacional.

Una circunstancia aleatoria, la llegada en 1941 a Colombia de Paul Rivet por iniciativa de su esposa ecuatoriana (que escribe, de acuerdo con Aura Reyes, personalmente al presidente Santos para solicitarle su rápida intervención ante el inminente riesgo que afrontaba Rivet en París, por su oposición al gobierno de Vichy y a la ocupación nazi) lleva, como se sabe, a la fundación del Instituto Etnológico Nacional, en 1941, y abre la oportunidad a los estudiantes —hombres y mujeres de la Normal— de formarse como etnólogos o como científicos(as) sociales. De ahí emerge un grupo de etnólogas con un reconocimiento general en Colombia, como pioneras de la antropología en el país, como Virginia Gutiérrez, Blanca Ochoa, Edith Jiménez, Rosa Mallol, entre otras. Son nuestras primeras profesionales, y con razón Marcela Echeverri ha señalado, en un pionero trabajo, que algunas de ellas se dedican a la museografía y a otras labores asociadas a su representación de la práctica femenina.

El otro nombre, sin duda vinculado a este grupo de mujeres antropólogas, es Alicia Dussán (nacida en 1920), quien se casa con Gerardo Reichel. Sin embargo,

doña Alicia, como la llamáramos sus estudiantes, tenía, por decirlo así, otra filiación social. A diferencia de las otras antropólogas, por lo general oriundas de regiones fuera de Bogotá, Alicia proviene de la capital y tiene una trayectoria social, en este sentido, diferente. Se forma en un colegio de élite bogotano, el Gimnasio Femenino, realiza muy joven una estada en Berlín, hace sus primeros pinitos en Derecho en la Universidad Nacional de Colombia, antes de optar por ingresar al Instituto Etnológico Nacional. Proviene de una familia de la élite de la capital, descendiente de un presidente de la República (Aquileo Parra) y con cierto capital económico.

En el marco de las mujeres de clase media alta o alta bogotana de la década de los treinta y la de los cuarenta del siglo pasado, Alicia es una relativa excepción, en un mundo que delimitaba el campo de las jóvenes de la élite al matrimonio: para muchos padres de la época el que sus hijas trabajasen era una especie de deshonra social, como también lo era para los esposos que sus mujeres tuviesen que trabajar, una situación restringida a mujeres pobres o viudas.

Sin embargo, doña Alicia comparte con las otras mujeres antropólogas algunas situaciones. Por ejemplo, en la mayoría de los casos, las madres son muy relevantes en las decisiones de las hijas para proseguir sus carreras profesionales o, como otras, se casa también con un antropólogo en una clara tendencia a la endogamia que observamos en esas primeras generaciones de etnólogos.

El matrimonio Reichel-Dussán y las expediciones etnográficas

Hacia 1941, Alicia conoce a Gerardo Reichel, en una plaza de mercado en un pueblo cercano a Bogotá. Ella ya tenía la convicción de estudiar etnología y, de hecho, ya había avanzado en algunos aspectos. Había tomado ciertos cursos con un exiliado del Gobierno español sobre sociología contemporánea y leído seguramente algunos trabajos etnológicos. Los jóvenes se casan en 1943, con Paul Rivet como padrino. Durante el noviazgo se dedican a recorrer ciertas regiones aledañas a Bogotá, para explorar sus sitios arqueológicos. Alicia, por otra parte, es la primera graduada en el Instituto Etnológico Nacional y tiene con anterioridad cierta formación en alemán y otros temas gracias a clases personales que su madre, doña Lucrecia —viuda para entonces—, le había contratado con Justus

Wolfram Schottelius, profesor de prehistoria de la Escuela Normal Superior que había llegado a Colombia como refugiado de la Alemania nazi, dada la condición judía de su esposa. Doña Lucrecia Maldonado de Dussán, su madre, es una mujer verdaderamente liberal, no solo por su filiación partidista, sino por sus convicciones y prácticas. Apoya sin ambages a su hija en el viaje en barco a Berlín; fue solidaria con Schottelius y su esposa judía, fue contertulia y corresponsal de Paul Rivet, no obstante la maledicencia de que contaban entre sus amigos a un oficial alemán.

Desde el noviazgo, Alicia es un apoyo para su futuro esposo. Le ayuda a financiar la expedición a los Llanos Orientales, donde encuentra a los grupos “guahibos”, compra material cerámico y urnas funerarias, etc.

Durante su luna de miel, en la ciudad de Honda, estudian una colección de urnas allí existentes, de lo cual resulta un famoso artículo titulado “Las urnas funerarias del Magdalena Medio”, publicado en 1944, cuya organización tipológica —según nos comentó— es de su autoría. Igualmente, coadyuva en la redacción y organización de los materiales de campo del escrito de Reichel sobre los guahibos, publicado también en 1944, con el título de *La cultura material de los guahibo*. En 1944, participa con Reichel en la famosa expedición a los motilones (hoy llamados yukos-yupa del Perijá, al norte de Colombia); además de los esposos Reichel, la futura pareja Pineda-Gutiérrez también forma parte del grupo de investigación de los yuko.

Esta expedición es particularmente significativa en el marco de las investigaciones de campo promovidas por Paul Rivet entre sus estudiantes. En campo, Alicia, a la sazón con 23 años, contrae malaria *falciparum* que los obliga a regresar a marchas forzadas, no sin traer, a lomo de mula o de burro, destacadas piezas que forman parte hoy de la colección del Museo Nacional de Colombia. Reichel elabora un relevante ensayo sobre el ritual de enterramiento secundario de los hoy llamados yukos, y para ello utiliza los materiales de su esposa Alicia, de lo que deja constancia en su escrito. Previamente habían elaborado conjuntamente un estudio sobre la serología de los grupos pijao del Tolima, con el apoyo de Roberto Pineda Giraldo y Milciades Chaves.

En este sentido, para 1945 Alicia Dussán era una joven etnóloga, con una buena experiencia de campo, coautora de algunos destacados ensayos firmados junto con Reichel; y, en otros casos, apoyo fundamental para su organización y publicación.

Hombro a hombro en Santa Marta y en el Caribe colombiano

En 1946, los esposos Reichel iniciaron una nueva fase de su vida personal y académica en el Caribe colombiano, la cual a pesar de ciertas interrupciones y ciclos perduró hasta finales de la década de los cincuenta, y en el caso de Reichel se prolongó durante los años setenta del siglo pasado; en aquellos años hicieron diversos reconocimientos y excavaciones arqueológicas y variados trabajos de antropología social. En todo este periodo, doña Alicia trabaja hombro a hombro con Reichel en la arqueología del Caribe colombiano, desde Pueblito hasta Monsu y Puerto Hormiga, entre otros sitios prehispánicos; también Alicia apoya a Gerardo en la recolección de relatos y otras tradiciones de los kogui, no obstante que se vio obligada a permanecer en Santa Marta debido a su embarazo. Igualmente, realiza sus propios proyectos de investigación en Taganga, una aldea de pescadores cercana a Santa Marta, donde describe etnográficamente las relaciones de género. Todos los días se traslada en cayuco de Santa Marta a dicha aldea, aprovechando la venida de las mujeres a la ciudad con el propósito de vender el pescado en el mercado local (Dussán 1954a). Igualmente, tiene un rol importante en la traducción de ciertas guías de investigación sobre pautas de socialización elaboradas por Margaret Mead y un papel fundamental en la organización del Museo Arqueológico y Etnográfico del Instituto Etnológico del Magdalena, que los dos habían fundado, como se dijo, en 1946. Y como si fuera poco, con la ayuda de su madre, solventaba a la familia, cuando la Gobernación se demoraba en pagar los sueldos de sus funcionarios, en este caso de Reichel, como director del instituto.

La mayor parte del trabajo arqueológico de la época (1946-1963) —en la Sierra Nevada de Santa Marta, el río Ranchería, el Sinú y el canal del Dique— nos da por primera vez una imagen sobre el formativo en Colombia, y fue firmado conjuntamente con su esposo, el profesor Reichel. Aun el sitio de Puerto Hormiga, donde encuentran una de las cerámicas más antiguas de América del Sur, en 1963, fue excavado por ambos aunque la publicación fue firmada exclusivamente por el profesor Reichel. Por otra parte, el vasto reconocimiento arqueológico de la arqueología del Pacífico —de finales de la década del cincuenta y principios del sesenta del siglo pasado— es realizado por los dos, y ese extraordinario texto,

Notas sobre un movimiento apocalíptico del Chocó (Reichel Dolmatoff y Dussán 1964), es igualmente un trabajo conjunto.

En síntesis, Alicia se había transformado en una experimentada arqueóloga latinoamericana; en realidad fue la única arqueóloga colombiana hasta finales de la década de los sesenta, y realizó todas, o casi todas, las temporadas de campo junto con Reichel Dolmatoff; y también aportó su capital cuando fue necesario para continuar los trabajos. Y su madre, Lucrecia, continuaba colaborando también, ya fuera económicamente o mediante la atención a los niños cuando los esposos Reichel se encontraban en campo.

La investigación en Atánquez

A principios de los años cincuenta, los esposos Reichel habían realizado una verdadera investigación integral sobre la Sierra Nevada de Santa Marta; habían descrito muchos de sus sitios arqueológicos, revelado la importancia de la cultura tairona, convivido y descrito a los kogui, y, por parte del profesor Reichel, realizado un trabajo sobre la etnohistoria regional de la antigua gobernación de Santa Marta.

Pero el mapa permanecería incompleto, si no se estudiaban las dinámicas de cambio sociocultural que observaban en ese momento. En efecto, en las faldas de la sierra suroriental, la antigua población indígena kankuama parecía estar en un proceso de “aculturación” irreversible; muchos de ellos vivían en la vieja población de Atánquez, en un sector del pueblo; en otra sección habitaban los “españoles”, población costeña de diverso origen, ya mestiza.

Reichel plantea la disyuntiva de estudiar las aldeas distribuidas en un transepto de río (por ejemplo, el Guatapurí), o concentrarse en un solo lugar. Alicia decide. Se concentran entonces en Atánquez, donde permanecen catorce meses prácticamente ininterrumpidos. El resultado es un gran conjunto de artículos firmados individualmente por cada uno de ellos, o de forma colectiva. Pero, sin duda, la publicación más relevante fue el libro de coautoría conjunta llamado *People of Aritama*, publicado en inglés en 1961, y por fin recientemente editado en castellano por la Pontificia Universidad Javeriana (2012).

Sabemos por el mismo libro y otras fuentes que, día a día, Alicia y Gerardo entrevistaban a hombres, mujeres y niños. Ella, a las mujeres; él, a los hombres adultos. La empatía de ella con las mujeres es fundamental para comprender las dinámicas de los grupos domésticos, la preparación de la comida, la repartición

de los alimentos, las prácticas de socialización, entre otros temas. El minucioso análisis cuantitativo del texto, uno de los mayores méritos del libro, proviene de doña Alicia, que había aprendido la importancia y prácticas de la cuantificación de parte de su profesor de forense en la Facultad de Derecho de Universidad Nacional.

Doña Alicia cada tarde dictaba a Gerardo, hasta horas de la noche, los datos de campo, los cuales —pasados a fichas— servían para programar el trabajo del día siguiente. Alicia dictaba y Gerardo escribía a máquina, mientras que contaban con el apoyo de algunas mujeres locales para la preparación de sus comidas y el manejo de la casa. Y, nuevamente, doña Lucrecia tenía un papel fundamental, en cuanto que veía, por lo menos en algunos meses, de los hijos.

La década de los cincuenta es un periodo difícil para los antropólogos colombianos. La llegada del presidente Laureano Gómez al poder, con una orientación fascista, implicó una situación de ostracismo para una gran parte de la primera generación de antropólogos, que fueron vistos con sospecha, ya fuera como liberales o comunistas. Aunque la región en la cual trabajaron los Reichel careció

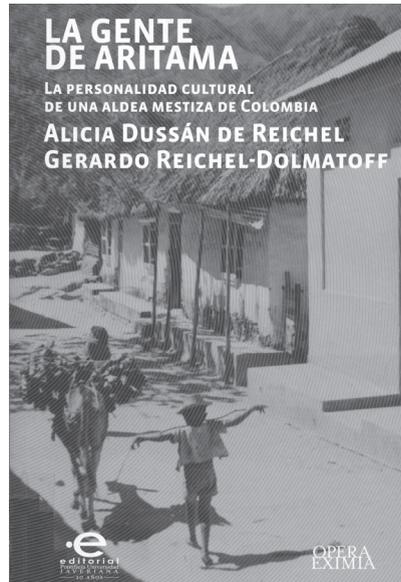
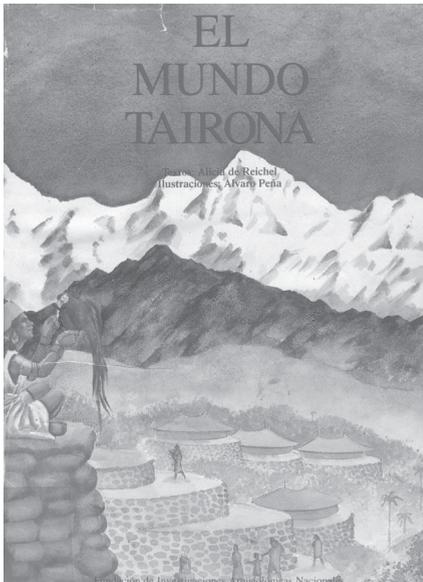


Figura 2. *El mundo tairona*, Alicia Dussán. Edición original: Bogotá, Fundación de Investigaciones Arqueológicas Nacionales y Banco de la República, 1988, y *La gente de Aritama: la personalidad cultural de una aldea mestiza de Colombia*. Gerardo Reichel Dolmatoff y Alicia Dussán de Reichel. Pontificia Universidad Javeriana, 2012

de los serios enfrentamientos partidistas y de violencia, en alguna medida la pareja Reichel-Dussan tuvo que soportar cierto ostracismo. El segundo volumen de la etnografía sobre los kogui —elaborado por Reichel— fue editado con sus propios medios, ya que se les dijo que era visto por el alto gobierno como un texto de cierta forma inmoral por sus alusiones sexuales en el simbolismo kogui. La pareja procede a vender un carro —que habían recibido de regalo de doña Lucrecia— y con parte de estos recursos publican el texto.

La fundación de la antropología en los Andes

Llegada la década de los sesenta del siglo pasado, Alicia poseía también su vuelo propio. Como ella lo confiesa, aparte de su trabajo de arqueóloga, no le interesaba tanto el estudio de las sociedades indígenas, sino otro tipo de problemas. Por ejemplo, a finales de los años cincuenta había realizado un ensayo sobre la familia caribeña, con ocasión del Congreso de Americanistas en Costa Rica (Dussán 1959); a principios de los años sesenta del siglo xx, se vincula como investigadora y docente del Centro de Investigaciones de Vivienda, adscrito a la Organización de Estados Americanos, con sede en Bogotá. Allí sucede en la cátedra al ilustre sociólogo colombiano Orlando Fals Borda e inicia trabajos en el barrio El Carmen de Bogotá, junto con destacados arquitectos, entre ellos Rogelio Salmona. Asimismo, obtiene un merecido prestigio en el campo de la antropología de la salud.

Pero la posibilidad de fundar un Departamento de Antropología, junto con su esposo, en la Universidad de los Andes cambia de nuevo su rumbo. En el segundo semestre de 1963, en efecto, establecen el Departamento de Antropología, el cual abre al año siguiente un programa de pregrado, a la cabeza del cual se encontraba Reichel Dolmatoff. Y tal como había acontecido en ocasiones anteriores, Alicia fue un pilar fundamental en este proceso. Entre otros aspectos, viaja a los Estados Unidos para estudiar posibles modelos curriculares, a sondear la contratación de profesores, y ayuda de forma notable a todo el montaje académico, además de ser profesora de antropología aplicada y otras materias.

Ella comparte con su esposo las primeras clases de antropología, dictadas a un voluminoso número de estudiantes, a quienes atrae a la profesión y algunos de quienes luego se transforman en destacados antropólogos colombianos. Igualmente, participa en las excavaciones en Puerto Hormiga y San Agustín, así como en una célebre pero frustrada expedición a Mitú, la capital de la por

entonces comisaría del Vaupés, en la selva pluvial oriental de Colombia, donde inicia un trabajo sobre los grupos domésticos de dicha localidad, a la sazón con unos pocos miles de habitantes.

No obstante, a diferencia de otras ocasiones, esta vez Alicia no se dedicó a la investigación etnológica del Vaupés, que de manera pionera y con brillo realiza Reichel a partir de sus conversaciones con el indígena desano Antonio Guzmán, y que inicialmente culmina con la publicación de *Desana: simbolismo de los indios del Vaupés* (1968). Aquí Alicia tuvo un rol importante en el inicio del proceso.

Como profesora de antropología cultural o del curso de organización social había asignado a sus diferentes alumnos un ejercicio clásico de la materia hasta hoy en día, al menos en Colombia: realizar su propia genealogía, con la mayor profundidad temporal posible. Pero Guzmán —que aparentemente era un indígena desano "aculturado"— le confiesa, con cierta angustia y desazón, la dificultad de realizar a cabalidad el ejercicio. Pasadas unas pocas generaciones atrás le era imposible remontarse hasta su ancestro primordial: la danta, o tapir americano. La profesora Alicia comentó a Reichel este insuceso, quien llama a Guzmán a su oficina, y pronto se percata de la calidad intelectual del joven desano y su notable conocimiento de la vida de su sociedad.

Asimismo, colabora con Gerardo para llamar la atención sobre la necesidad de realizar investigaciones urgentes en etnología en Colombia, dada la amenaza de extinción cultural o física de sus pueblos indígenas, o de cambios en sus patrones de vida. En este marco, publica *Estado y necesidades de la investigación etnológica en Colombia* (1965), un texto de gran influencia nacional e internacional, que concita la presencia de connotados estudiantes de doctorado de Cambridge, la Sorbona y diferentes universidades europeas o norteamericanas.

En la sombra de Reichel

Pero ya para aquella época, el profesor Reichel concentra cada vez más la atención del mundo académico y Alicia pasó a una situación de sombra o de segundo orden, no obstante sus importantes contribuciones. Y a medida que el merecido prestigio del profesor Reichel crecía internacionalmente, el papel de doña Alicia, de cierta forma, se iba invisibilizando, no obstante sus relevantes aportes a la museografía y a la divulgación del patrimonio cultural (véase, por ejemplo, Dussán 1972, 1973a, 1973b).

La salida abrupta de los esposos Reichel de los Andes, en 1968, le planteó a doña Alicia nuevas exigencias laborales, que cumple con eficiencia y dedicación, pero que la alejan, parcialmente, de la investigación de campo —en gran medida proseguida por Reichel mediante sus trabajos de colaboración con Antonio Guzmán, con excepción de nuevo de ciertos trabajos arqueológicos en la costa caribe—.

A largo de su vida como antropóloga tuvo que enfrentar, por otra parte, situaciones complejas. En el departamento de Bolívar, donde realizan destacadas investigaciones de campo, era tratada, en algunos casos, como una mujer de dudosa ortografía, por personajes locales que no podían entender su labor; en el Pacífico fue discriminada en uno de los campamentos de la Chocó Pacific, en Condoto. En todos los casos asumió con entereza su condición de mujer, esposa y antropóloga, y se convirtió en una de las antropólogas latinoamericanas más destacadas de la segunda mitad del siglo xx.

A la muerte del profesor Reichel, en 1994, Alicia Dussán asumió el reto de revisar y publicar algunos de sus manuscritos póstumos. Esta labor fue fundamental para la divulgación del pensamiento del profesor Reichel, y quién mejor que ella para hacerlo, después de más de cincuenta años de un fecundo diálogo intelectual, que sin duda, como he tratado de mostrar, se dio en ambas direcciones.

Bibliografía¹

Ardila Calderón, Gerardo. 1912. “Homenaje a la antropóloga Alicia Dussán de Reichel”. *Maguaré* 26 (1): 327-330.

Ardila Calderón, Gerardo Ignacio, Banco de la República y Claudia Platarrueda. 1998. “Su vida: parte 2”. En *Gerardo Reichel-Dolmatoff: antropólogo de Colombia*. Bogotá: Banco de la República, Museo del Oro, Universidad Nacional de Colombia. <http://www.banrepcultural.org/blaavirtual/antropologia/gerardo/gerardo6b.htm>.

Arocha, Jaime. 1912. “Mi maestra de antropología y vida”. *Maguaré* 26 (1): 339-345.

Barragán, Andrés. 2013. “El rastro de la arqueóloga, la mirada de la antropóloga: diálogos con Alicia Dussán de Reichel y su obra”. *Maguaré* 27 (2): 199-253.

¹ La bibliografía de los esposos Reichel Dolmatoff ha sido elaborada por el antropólogo Andrés Barragán.

- Camargo R.**, Lucía. 2009. "La U. Nacional rinde homenaje a Alicia Dussán". *El Espectador*, 31 de marzo. <http://www.elespectador.com/impreso/articuloimpreso132724-u-nacional-rinde-homenaje-alicia-dussan>.
- Etcheverry**, Marcela. 2007. "Antropólogas pioneras y nacionalismo liberal en Colombia, 1941-1949". *Revista Colombiana de Antropología* 43: 61-90.
- Groot de Mahecha**, Ana María. 2012. "Una historia de vida entre el pasado y el presente de Colombia". *Maguaré* 26 (1): 335-338.
- Herrera C.**, Martha Cecilia y Carlos Alfonso Low P. 1987. "Virginia Gutiérrez de Pineda: una vida de pasión, investigación y docencia". *Boletín Cultural y Bibliográfico* xxiv (10). http://publicaciones.banrepcultural.org/index.php/boletin_cultural/article/view/3038/3123.
- Pineda C.**, Roberto. 2012. "La aventura de ser antropóloga en Colombia: Alicia Dussán de Reichel-Dolmatoff y la antropología social en Colombia". *Maguaré* 26 (1): 15-40.
- Reichel Dolmatoff**, Gerardo y Alicia Dussán. 1943. "Las urnas funerarias en la cuenca del río Magdalena". *Revista del Instituto Etnológico Nacional* (Bogotá) 1 (1): 209-281.
- . 1944. "Grupos sanguíneos entre los indios pijao del Tolima". *Revista del Instituto Etnológico Nacional* (Bogotá) 1 (2): 507-520.
- . 1951a. "Investigaciones arqueológicas en el departamento del Magdalena: 1946-1950; parte I: arqueología del río Ranchería; parte II: arqueología del río Cesar". *Boletín de Arqueología* (Bogotá) 3 (1-6): 1-334.
- . 1951b. "Investigaciones arqueológicas en el departamento del Magdalena: 1946-1950; parte III: arqueología del bajo Magdalena". *Divulgaciones Etnológicas* (Barranquilla) 3 (4): 1-96.
- . 1954. "Contribuciones a la arqueología del bajo Magdalena (Plato, Zambraño, Tenerife)". *Divulgaciones Etnológicas* (Barranquilla) 3 (5): 145-163.
- . 1955. "Investigaciones arqueológicas en la Sierra Nevada de Santa Marta; parte IV: sitios de habitación del periodo Tairona II, en Pueblito". *Revista Colombiana de Antropología* (Bogotá) 4: 191-124.
- . 1956. "Momil: excavaciones en el río Sinú". *Revista Colombiana de Antropología* (Bogotá) 6: 29-157.
- . 1957. "Reconocimiento arqueológico de la hoya de río Sinú". *Revista Colombiana de Antropología* (Bogotá) 5: 29-157.
- . 1959. "La Mesa: un complejo arqueológico de la Sierra Nevada de Santa Marta". *Revista Colombiana de Antropología* (Bogotá) 8: 159-214.

- . 1961a. “Investigaciones arqueológicas en la costa pacífica de Colombia I: el sitio de Cupica”. *Revista Colombiana de Antropología* (Bogotá) 10: 237-330.
- . 1961b. “Nivel de la salud popular en una aldea mestiza de Colombia”. *Revista Colombiana de Antropología* (Bogotá) 7: 201-249.
- . 1961c. *The People of Aritama: The Cultural Personality of a Colombian Mestizo Village*. Chicago: University of Chicago Press-Routledge y Kegan Paul Chicago and London.
- . 1962. “Investigaciones arqueológicas en la costa pacífica de Colombia II: una secuencia cultural del bajo río San Juan”. *Revista Colombiana de Antropología* (Bogotá) 11: 9-70.
- . 1966. “Notas sobre un movimiento apocalíptico en el Chocó, Colombia”. *Folklore Americano* (Lima) 14 (14): 110-132.
- . 1967. *Bibliografía antropológica de Gerardo y Alicia Reichel-Dolmatoff, 1943-1967*. Bogotá: Universidad de los Andes, Departamento de Antropología.
- . 1974. “Momil: dos fechas de radiocarbono”. *Revista Colombiana de Antropología* (Bogotá) 17: 185-187.
- . 1977. *Estudios antropológicos*. Bogotá: Instituto Colombiano de Cultura.
- . 1991. *Arqueología del bajo Magdalena: estudio de la cerámica de Zambrano*. Bogotá: Biblioteca Banco Popular.
- Rohter**, Larry. 2009. “Other Voyages in the Shadow of Lévi-Strauss”. *New York Times*, 4 de noviembre. <http://www.nytimes.com/2009/11/05/books/05strauss.html>.
- Torres**, Patricia y Tatiana Gros. 2003. “Alicia Dussán de Reichel: pionera de la antropología y la arqueología en Colombia”. En *Vida y obra. Semblanzas: Premio Nacional Vida y Obra 2002*, 150-199. Bogotá: Ministerio de Cultura.
- Wasserman**, Moisés. 2012. “Sobre Alicia Dussán”. *Maguaré* 26 (1): 331-333.

Bibliografía de Alicia Dussán de Reichel

- 1954a.** “Características de la personalidad masculina y femenina en Taganga”. *Revista Colombiana de Antropología* (Bogotá) 2 (2): 89-113.
- 1954b.** “Crespo: un nuevo complejo arqueológico del norte de Colombia”. *Revista Colombiana de Antropología* (Bogotá) 3: 173-188.
- 1955.** “Vestido y alimentación como factores de prestigio en una población mestiza de Colombia”. *Anais do XXXI Congresso Internacional de Americanistas, São Paulo, 1954* 1: 271-280.

1959. "La estructura de la familia en la costa caribe de Colombia". *Actas XXXIII Congreso Internacional de Americanistas* 2: 692-703.
1965. *Problemas y necesidades de la investigación etnológica en Colombia: antropología*. Bogotá. Ediciones de la Universidad de los Andes y Tercer Mundo.
1967. "Introduction to Problems and Necessities of Ethnological Research in Colombia". *Bulletin of the International Committee on Urgent Anthropological and Ethnological Research* (Viena) (9): 45-52.
- 1972a. "El museo y el cambio cultural". En *Memorias del I y II Congresos* 23-27. Bogotá: Asociación Colombiana de Museos, Casas de la Cultura y Galerías de Arte..
- 1972b. *Registro de museos de Colombia*. Bogotá: Instituto Colombiano de Cultura, División de Museos y Restauración.
1973. *Guía de los museos de Colombia*. Bogotá: Instituto Colombiano de Cultura, División de Museos y Restauración.
1974. "The Role of Museums in Today's Latin America: Colombia". *Museum* (París) 25 (3): 179-182.
1984. "Paul Rivet y su época". *Revista de la Academia Colombiana de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales* (Bogotá) 15 (59): 101-106.
1988. "Women Scientists in Colombia". Conferencia en la Academia de Ciencias del Tercer Mundo, Trieste, Italia.
- Dussán de Reichel, Alicia y Romoli, Kathleen. 1941. *Colombia, Gateway to South América*. Garden City: Doubleday.
- Romoli, Kathleen. 1944. *Colombia: panorama de una gran democracia*. Buenos Aires: Claridad.
- . 1988. *Vasco Núñez de Balboa: descubridor del Pacífico*. Bogotá: Academia Colombiana de Historia y Plaza & Janés.
- . 1996. *Colombia*. Bogotá: Presidencia de la República.

7. TRIBULACIONES Y PROMESAS DE LA "TRIBU" DE ARQUEÓLOGOS DE LA AMAZONIA COLOMBIANA, SEGÚN LA MIRADA DE UN ETNÓLOGO



Figura 1. El final del corte arqueológico en el barranco del río Caquetá. De izquierda a derecha: Colin McEwan, un soldado colombiano, Warwick Bray y un suboficial inglés. Araracuara, 1977

Fuente: archivo de Leonor Herrera.

En este capítulo, relacionado con la trayectoria de la arqueología amazónica en Colombia y su inscripción en las políticas de las memorias en este país (en cuanto la arqueología produce representaciones del pasado con diferentes significaciones según los contextos y los usuarios o receptores), quisiera considerar, principalmente, dos temas:

a) ¿Por qué nuestra arqueología amazónica ha sido —y sigue siendo—, si nuestro diagnóstico es correcto, todavía marginal en el contexto de la arqueología colombiana, a pesar del esfuerzo más o menos reciente de connotados investigadores(as)?

b) ¿Cómo podríamos incentivar —arqueólogos, historiadores y etnólogos— un diálogo mayor entre nuestras disciplinas que redunde en una articulación de los enfoques de cada una, de manera que sus diferentes memorias contribuyan a dilucidar los procesos históricos de la Amazonia y su relación con otras regiones, como verdaderas atalayas que observan y analizan a las sociedades amazónicas en diferentes escalas, contextos y ritmos temporales?

Para el efecto, divido este documento en cuatro secciones:

a) En un primer momento, esbozo la historia de la arqueología en Colombia, indicando las limitaciones que los imaginarios y las mentalidades de nuestras élites letradas nos impusieron para pensar, desde la Colonia, y durante gran parte de la República, las tierras bajas y sus sociedades aborígenes.

b) En una segunda fase, realizo una somera caracterización del tardío surgimiento de la arqueología amazónica en Colombia y su ritmo de desenvolvimiento.

c) Posteriormente, resalto algunos de los principales factores que han impedido su consolidación e incluso han condicionado su reciente retroceso.

d) Finalmente, discuto algunas posibles situaciones que podrían animar el diálogo entre los actores académicos de la Amazonia colombiana y articular sus resultados con las visiones de las historias de los indígenas y sus perspectivas políticas de identidad y reconocimiento territorial.

Estos temas forman parte de la agenda de muchos arqueólogos latinoamericanos y aquí apenas esbozo o retomo discusiones más amplias en la antropología y arqueología latinoamericana (véase, por ejemplo, Politis 2006).

Me sitúo, inicialmente, en una escala de análisis macro que nos dé cierta inteligibilidad del proceso. A veces bajo, casi que abruptamente, a una microescala, a la de un suceso que podría considerarse casi una "luz de bengala" —que estalla pero que pronto se disipa y olvida— para intentar delinear la combinación de

diversos factores con variados pesos específicos que dan cuenta del curso real de la práctica arqueológica en la Amazonia.

Los diferentes imaginarios sobre la Amazonia han gravitado, con diversos grados de influencia, alrededor de nuestras prácticas investigativas en la región y su recepción en contextos más amplios; de igual manera, la condición de las antropologías latinoamericanas en el contexto más general de la disciplina marca también el ejercicio de la antropología y arqueología colombianas, pero de lado esta arista o cara del análisis.

Un imaginario de larga duración

Desde una perspectiva de la historia de nuestras mentalidades, el estudio de los pueblos indígenas en Colombia (pasados y presentes) estuvo decisivamente condicionado por lo que he llamado la *topología moral* del Nuevo Reino, desde la fundación de la Real Audiencia de Santafé, en 1550. Para entonces, Alonso de Santa Cruz, famoso cosmógrafo español, redactó presuntamente el *Epítome de la Nueva Granada*, durante años atribuido a Gonzalo Jiménez de Quesada, el fundador de Santafé de Bogotá y el “descubridor” del país de los chibchas, en 1538.

El *Epítome* estableció una dicotomía entre las “tierras frías” y las “tierras calientes”. Aquellas habían sido habitadas por los moscas (muiscas) a quienes se les veía como sociedades paganas y, de alguna forma, como “hombres de razón”; al contrario, los hombres y las mujeres de sociedades de las tierras bajas fueron considerados “hombres bestiales”, o caribes, en la terminología de Colón, destinados a ser erradicados de la faz del reino, ya que se les atribuía una naturaleza guerrera, nómada y antropófaga (Pineda 2010). Con el correr de los años, se instauró la idea de unos Andes propicios a la civilización, mientras que las otras regiones de Colombia, la casi tercera parte del territorio del Nuevo Reino de Granada, se concibió como un “infierno verde”, modelo en gran parte legitimado a lo largo del siglo xx por las ideas del barón Alejandro von Humboldt, quien influyó de manera muy ostensible en la élite neogranadina.

El siglo xix, en general, fue un periodo de andinización de los imaginarios de la república: nuestros grandes territorios orientales —casi la mitad del país— fueron percibidos como “desiertos”, como espacios de decadencia, como lugares salvajes, habitados por infieles, en un modelo que reproducía en gran medida la cosmología medieval. En este marco, es comprensible que la independencia de España y la fundación de la República de Colombia (en 1821) —que implicó, por

lo menos en sus primeras épocas, un rompimiento con la madre patria, una verdadera madrastra a los ojos de los revolucionarios de 1810 y 1820— representase la búsqueda de nuevas raíces históricas —en los muiscas— como fundamento de la novel nación. Gran parte de los estudiosos del siglo XIX, sobre todo de su segunda mitad, se concentraron en la revisión de las crónicas coloniales sobre los chibchas, que fueron percibidos como una civilización de igual jerarquía a los incas y a los aztecas.

Este proceso se vio acompañado con una devaluación de los indígenas contemporáneos, lo que trajo como consecuencia que aquellos de las zonas andinas fueran considerados como hombres o mujeres degenerados, y aquellos de las regiones selváticas, como “infielos” y literalmente salvajes. Aun los mismos descendientes de los chibchas no pudieron escapar a estas ideas y fueron tenidos por una cultura inferior.

Emergencia de una arqueología nacionalista

En la década de los treinta del siglo pasado, una nueva percepción de la diversidad colombiana, ligada a nuevas tendencias mundiales y a la conformación del movimiento indigenista moderno, sentaron las bases para la organización de las primeras excavaciones arqueológicas llevadas a cabo por historiadores y “arqueólogos nacionales”. Entre ellas sobresalieron la excavación del Templo del Sol de los muiscas (en Sogamoso) y sendas excavaciones en Tierradentro y San Agustín, en la zona sur andina, cuyos hipogeos y grandes estatuas de piedra llamaron la atención del Estado y del público, en lo que ha sido llamado, con razón, como un proyecto de recrear una arqueología nacionalista, análogo a lo que acontecía por entonces en México y también en el Perú¹.

Todo ello llevó a la creación, en 1938, del Servicio Arqueológico Nacional, por parte del arqueólogo Gregorio Hernández de Alba, y a la organización, por la misma época, con ocasión del cuarto centenario de la fundación de Bogotá, de la primera exposición arqueológica y etnográfica nacional, así como del primer

1 La historia de la arqueología en Colombia ha sido analizada por distinguidos colegas, algunos de ellos ilustres arqueólogos. Cabe destacar los trabajos de Carl Langebaek (2003), el estudio de Clara Isabel Botero (2008), la aproximación de Augusto Oyuela y Luis Gonzalo Jaramillo (1994) y los ensayos compilados por Cristóbal Gnecco y Emilio Piazzini (2003).

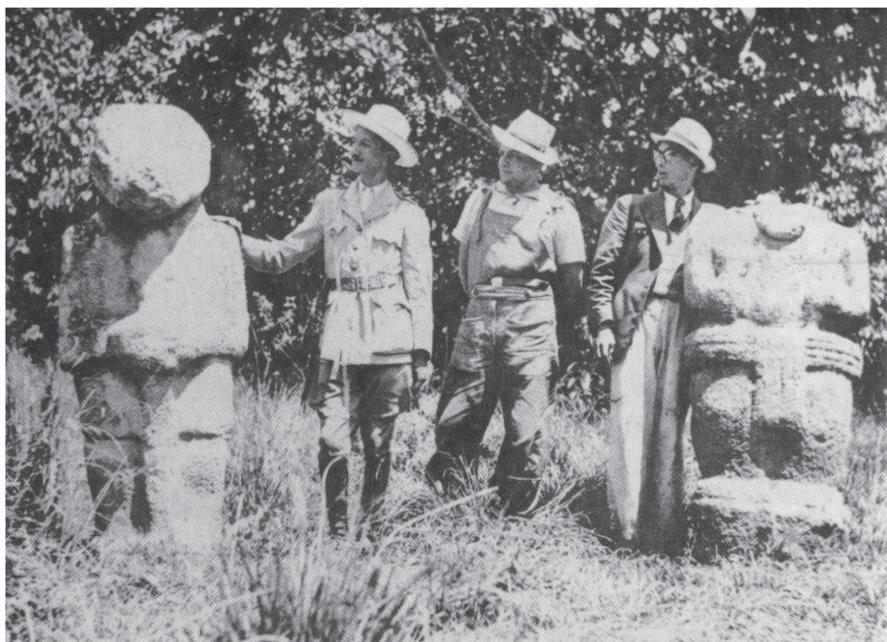


Figura 2. Gregorio Hernández de Alba y Eliécer Silva Celis en Moscopán, 1942
Fuente: Botero y Perry (1994).

mapa arqueológico del país, basado en las ideas de áreas culturales, en el cual, sin embargo, las regiones amazónicas eran un verdadero espacio vacío.

Aunque los muiscas seguían dominando el panorama de los imaginarios de la cultura nacional, Tierradentro y San Agustín habían entrado en el escenario. Y a través de San Agustín, con sus grandes estatuas con colmillos de jaguar, con sus representaciones de calaveras humanas, de hombres enmascarados con bastones, etc., la sombra —como lo había sugerido el gran etnólogo y arqueólogo Theodor Konrad Preuss— de la selva amazónica también se proyectaba en esta compleja sociedad del Alto Magdalena, limítrofe con la selva amazónica².

- 2 Durante 1912 y 1913, el alemán Theodor Konrad Preuss realizó en San Agustín, en el Alto Magdalena, la primera investigación de campo moderna en Colombia. Aunque Preuss no efectuó excavaciones propiamente estratigráficas, sí tenía conciencia de los problemas modernos de la arqueología y fotografió con gran detalle las monumentales estatuas de piedra y los montículos funerarios.
Durante la estación de lluvias de 1913, remontó la cordillera Oriental hacia el piedemonte del Caquetá; descendió (acompañado con su guía) el río Orteguaza y se instaló en



Figura 3. El profesor Paul Rivet y el ministro de Bélgica junto a la estatua en San Agustín, departamento del Huila, 1938
Fuente: Botero y Perry (1994).

En 1941, la llegada providencial de Paul Rivet a Colombia, quien huía del nazismo, marca un nuevo rumbo a nuestra antropología. Ese año se fundó el Instituto Etnológico Nacional, que forma, con un pénsun inspirado en el del Museo del Hombre en París, a los primeros etnólogos colombianos. En algunas cortas clases se les instruye en técnicas estratigráficas y también en antropometría y serología.

una comunidad uitoto que había huido de los caucheros de la Casa Arana. Allí notó la presencia de algunas estatuas de madera, de carácter antropomorfo: llama la atención, por primera vez en Colombia, sobre la pertinencia de la investigación etnográfica de los indios del Amazonas para la comprensión del pasado arqueológico agustiniano, aunque ya Agustín Codazzi consideraba a los andaquíes del Caquetá como los sobrevivientes de los agustinianos.

Algunos de los estudiantes de Rivet realizan excavaciones estratigráficas en diversas regiones de Colombia y las primeras descripciones sistemáticas de restos humanos prehispánicos. Hay cuatro aspectos en la perspectiva rivetiana que vale la pena aquí resaltar:

a) Rivet concebía la etnología como una ciencia del hombre integral, al estilo de Franz Boas.

b) Pensaba que el estudio de las sociedades indígenas vivas debía tener prioridad en el campo de la investigación etnológica en Colombia, en cuanto estimaba que los pueblos indígenas estaban amenazados de extinción cultural o se encontraban enfrentados a un cambio social irreversible que afectaría de forma radical su vida social —sin perjuicio de realizar investigaciones arqueológicas—.

c) El americanista francés envió a sus estudiantes a campo, tanto a realizar etnografías de las sociedades indígenas como a explorar y excavar áreas arqueológicas.

d) Rivet propició el estudio de las sociedades de las tierras bajas, sobre todo de aquellas denominadas caribes; y de aquellas que eran relevantes para su teoría del origen del hombre americano, cuyas concepciones condensó en su libro *El origen del hombre americano* (1943).

Este último aspecto fue muy significativo, ya que de cierto modo incluyó a los pueblos del oriente colombiano, en este caso de la Amazonia; de hecho, se realizaron algunas expediciones etnográficas a la región del alto Amazonas colombiano —por parte de Milciades Chaves y Juan Friede— y a la zona del Vaupés —por Lotard Peterson—, financiadas por el Instituto Etnológico Nacional o quizás por el Comité De Gaulle Pro-Francia Libre.

Por otra parte, el mismo Rivet se interesó considerablemente por las lenguas amazónicas, a las cuales consagró relevantes estudios, con el apoyo de diversos “corresponsales” (misioneros, viajeros o etnógrafos). Ello le permitió estudiar sus afinidades y plantear, en ciertos casos, la existencia de diversos troncos o familias lingüísticas.

Con Rivet se inició la revalorización de las tierras bajas de Colombia; se promovieron los primeros trabajos etnográficos de la Amazonia y la recopilación de artefactos de su cultura material —aunque de cierta forma ya los misioneros capuchinos— agrupados en torno al Centro de Investigaciones Etnográficas y Lingüísticas de la Amazonia Colombia (Cileac), que había iniciado años atrás el estudio de la etnografía y lingüística de las regiones alto Amazonas colombiano, en los límites entre Colombia, Ecuador y Perú y, posteriormente, del gran interfluvio de los ríos Caquetá y Putumayo.

En la segunda mitad de la década de los años cuarenta del siglo xx hubo cambios significativos en el campo de la llamada *etnología en Colombia*, con incidencias relevantes en las prácticas de investigación, a saber:

a) Se consolidó la investigación integral en la región Caribe colombiana, particularmente en la Sierra Nevada de Santa Marta, donde los esposos Gerardo y Alicia Reichel excavaron la región tairona y postularon una continuidad temporal entre los antiguos tairona y los indios contemporáneos de la Sierra Nevada de Santa Marta, aunque previamente el arqueólogo norteamericano Alden Mason había realizado trabajos arqueológicos en la zona.

b) Los antiguos “hombres bestiales” del valle del río Cauca se transformaron en sociedades de gran interés, en cuanto cuasi Estados, debido a las investigaciones de los alemanes Hermann Trinborm y George Eckert.

c) Una visión de continuidad se intentó dar entre los muiscas y los campesinos contemporáneos del altiplano cundiboyacense, particularmente por el historiador marxista Guillermo Hernández R.

d) La primera etnohistoria del alto Caquetá colombiano moderna se elaboró sobre un pueblo de la alta Amazonia colombiana —los indios andaquíes— por parte del historiador don Juan Friede (1953).

e) Un relativo conocimiento sobre las lenguas indígenas de la Amazonia se consolidó, fundado en la labor de Theodor Koch-Grünberg —el pionero de la lingüística amazónica del noroeste amazónico colombiano—, Paul Rivet, Marcelino de Castellvi y numerosos viajeros que recogieron vocabularios y fueron parte de sus corresponsales.

A pesar de ello, la Amazonia siguió siendo una “terra incógnita”, con muy poca presencia de investigadores y mucho menos de estudiosos de su pasado arqueológico. Ello se constata en el ejemplar estudio del profesor Gerardo Reichel titulado *Colombia* (1965), la primera síntesis con una perspectiva ecológica del pasado prehispánico de Colombia, que integró la información disponible para Colombia en ese entonces sobre el hombre temprano, las sociedades arcaicas y formativas del Caribe; la conformación, a través de la “colonización maicera”, de diversos cacicazgos en el interior de los valles interandinos, y los procesos de confederaciones de aldeas —casi protoestados— en las montañas de la Nevada o en el altiplano cundiboyacense³.

3 En 1944, Wendell Bennett efectúa dos síntesis de la arqueología colombiana: “Archeological Region of Colombia: A Ceramic Survey” y “The Archeology of Colombia”,

Asimismo, la arqueología de la Amazonia siguió siendo una tierra ignota, y no por negligencia del gran arqueólogo, sino por simple y física ausencia de datos para la región colombiana, excepto algunas descripciones de petroglifos en diversas regiones (alto Caquetá, Guaviare, Vaupés y la Pedrera)⁴.

El despertar de la etnología amazónica en Colombia

A partir de la década de los sesenta del siglo xx, Colombia sufre algunas transformaciones sociales y políticas significativas. Se dan, entre otros aspectos, un proceso de urbanización acelerado y la adopción de un modelo de desarrollo cepalino que da, aunque de manera parcial, cierto impulso a la reforma agraria, a la colonización de la Amazonia y a los primeros pasos de protección legal de las tierras de los indígenas de esta región, cuyos territorios hasta entonces eran percibidos como "baldíos de la Nación". Estos procesos propiciaron la conformación de saberes expertos en economía, sociología, antropología, ciencia políticas, entre otros, como herramientas indispensables para la modernización del Estado.

En este ámbito, en 1963, Gerardo Reichel y su esposa, la destacada antropóloga Alicia Dussán, fundaron el primer Departamento de Antropología en Colombia, en la Universidad de los Andes; este abrió sus puertas en el primer semestre del año siguiente (1964) a la primera promoción de estudiantes de antropología. Los fundadores y sus colaboradores impulsaron un programa de formación de pregrado, con un fuerte componente arqueológico, motivado, entre otras razones, por su larga experiencia arqueológica en el Caribe y en la selva del Pacífico colombiano; y sus destacados descubrimientos en Puerto Hormiga (1963) al norte de Colombia, donde habían encontrado una de las cerámicas más antiguas para su momento de América del Sur; y quizás, también, por la mirada sintética que la redacción del citado libro *Colombia* les había permitido alcanzar y tal vez proyectar en un eventual programa sistemático de investigación con sus profesores y estudiantes.

publicada en el famoso *Handbook of South American Indians*, vol. II, 823-850 (Langebaek 2003, 272).

4 A partir del segundo lustro de los años sesenta del siglo pasado, Charles Bolien, discípulo de Donald Lathrop, excava en el área del trapecio amazónico colombiano y otras zonas adyacentes, con la perspectiva de realizar su tesis de doctorado.

En los memorandos internos del profesor Reichel, que reposan en el Archivo de la Universidad de los Andes, se resalta la necesidad de fortalecer el campo de la arqueología, en particular los aspectos relacionados con teoría, metodología y técnicas de investigación. Por otra parte, su encuentro casual con Antonio Guzmán, indígena desano del Vaupés, conduce a Reichel a un nuevo rumbo: el de la investigación de la selva del Vaupés colombiano, en el alto río Negro. Aunque con anterioridad había llamado la atención de la comunidad internacional acerca de la necesidad de realizar investigaciones de etnología de urgencia en Colombia, este encuentro lo ratificó en la importancia de efectuar trabajos intensivos en la región, a la que consideraba una de las pocas áreas en Colombia donde sobrevivían comunidades indígenas en condiciones tradicionales.

En 1967, los profesores Reichel organizaron una expedición a la ciudad de Mitú, capital de la entonces comisaría del Vaupés, conformada por profesores del Departamento de Antropología de la Universidad de los Andes y un destacado grupo de estudiantes. Lamentablemente, en el curso de esta, el joven arqueólogo y antropólogo físico norteamericano Stanley Long, profesor del Departamento de Antropología, muere ahogado en el río Vaupés y se frustra totalmente el viaje. ¿Qué hubiera ocurrido si se hubiese podido establecer un programa de investigación etnológica y quizás arqueológica permanente en Mitú y sus alrededores? Quizás se hubiese iniciado un programa de arqueología amazónica nacional en esas regiones ya a mediados de los años sesenta⁵.

En 1968, Reichel Dolmatoff publicó su libro *Desana. Simbolismo de los indios del Vaupés*, que marcó un verdadero giro en la investigación etnológica de Colombia, con gran resonancia internacional. Desde entonces, se multiplicaron las investigaciones etnológicas en la región oriental de Colombia y, a partir de

5 Y no es una casualidad que el primer egresado del programa de Antropología de los Andes, en 1968, el panameño Juan Yangües, realice, en los años subsiguientes, su doctorado en Antropología bajo la dirección de Donald Lathrop, en la alta Amazonia peruana. En 1975, Yangües regresa a Colombia con su título de doctor y es contratado como profesor por el joven Departamento de Antropología de la Universidad del Cauca. Allí, apoyado por un grupo de jóvenes arqueólogos, incentiva la arqueología en el Cauca, aunque lamentablemente no se proyecta su experiencia hacia la Amazonia. Por diversas razones, Yangües se desplaza a Bogotá, donde trabaja en el Departamento de Antropología de la Universidad de los Andes, pero la ciudad literalmente lo engulle y transforma en una personalidad solitaria e hipersensible. Viaja posteriormente a Panamá, donde contribuye de forma notable —se nos ha informado— a fundar el Departamento de Antropología de la Universidad de Panamá. Lamentablemente fallece relativamente joven.

finales de los años setenta, las investigaciones históricas. Una parte significativa de las etnografías fue elaborada en el marco de una “etnología de urgencia”, que privilegió el registro de la vida tradicional, debido a la convicción —ya mencionada— de la inminente desaparición de las culturas tradicionales o su irremediable transformación.

Pero este prometedor proyecto universitario inesperadamente también entró en crisis en 1968. Un grupo significativo de los estudiantes al parecer no estaban interesados en la arqueología o en los estudios indígenas. O, por lo menos, no estaban interesados tal y como se les enseñaba la antropología cultural. Karl Marx y Max Weber habían entrado a la escena de la antropología. Los estudios de comunidad se veían opacados frente a la comprensión de las dinámicas mundiales, el estudio del imperialismo y una convicción muy profunda sobre una supuesta naturaleza colonial de la antropología.

Ello produjo un inesperado retiro de los esposos Reichel de la Universidad de los Andes, en el segundo semestre de 1968, que marcó un cambio de rumbo del programa de Antropología. Aunque en el nuevo p^énsum de 1969 siguió enseñándose tanto arqueología como antropología cultural (además de lingüísticas y antropología física), se presentó un verdadero divorcio entre los estudiantes interesados en la arqueología (en su mayoría mujeres) y el grupo mayoritario de los antropólogos socioculturales. Unos enfocados en el pasado; los otros, en el presente, al cambio de las estructuras del país. La arqueología fue percibida, de cierta forma, como un oficio de anticuario, casi reaccionario; e incluso algunos estudiantes calificaban a nuestras compañeras arqueólogas con el apelativo de las “arpías” —quizás porque, que yo recuerde, no compartían, a menudo, los paros, los mítines, los escalerazos de los Andes (es decir, las grandes concentraciones de estudiantes en las escaleras de entrada de la Universidad de los Andes, que realmente se trepa a la montaña)—. Algo similar ocurre en el otro programa de Antropología establecido en 1966, en la Universidad Nacional de Colombia, en el cual la arqueología tiene aún mucho más, sobre todo a partir de su segundo plan de estudios, y durante algunos años, un segundo plano.

Sin duda, esta situación marcó nuestra práctica profesional en Colombia hasta hoy en día: explica de cierta forma (aunque habría que matizar en algunos casos) la ruptura, como un teléfono roto, entre arqueología y etnografía, no obstante que las dos áreas se enseñan en el mismo p^énsum y de un modo u otro los estudiantes se ven obligados a empaparse de sus respectivos campos.

Mientras que algunos alumnos de aquella época optan por realizar tesis de pregrado en la Amazonia, ninguno de los tesisistas de arqueología escoge la región amazónica colombiana como campo de estudio. Es probable que la ausencia de tesisistas en arqueología amazónica fuese condicionado por las dificultades financieras y logísticas que implican las excavaciones arqueológicas en el oriente colombiano, pese a que en los cursos de arqueología se leyera, o por lo menos se indicara, la naciente bibliografía sobre la cuenca amazónica (Betty Meggers, Donald Lathrop, etc.); aunque también se siguió leyendo el texto de Julian Stewart y Louis C. Faron, "Natives People of South American Indians" (1959), un resumen del *Handbook of South American Indians*, en el cual Stewart pensó a las "culturas de selva tropical" como una especie de involución de sociedades protoandinas, como consecuencia de la pobreza ambiental de la selva⁶.

La tribu de los arqueólogos(as) amazónicos

Habría que esperar unos pocos años, con la conformación en 1974 de las Estaciones Antropológicas del Instituto Colombiano de Antropología (bajo la dirección de Álvaro Soto) en diversas regiones de frontera, entre ellas la de la Pedrera, en el río Caquetá, en la frontera colombo-brasilera, y la consolidación de la Fundación de Investigaciones Arqueológicas Nacionales (FIAN) del Banco de la República, bajo la dirección del destacado arqueólogo Luis Duque Gómez, para que florecieran las primeras investigaciones arqueológicas a manos de jóvenes investigadores colombianos en la Amazonia, o se realizaran algunos estudios etnográficos que se articularan en alguna medida con preocupaciones arqueológicas⁷.

- 6 Entre 1969 y 1979, por ejemplo, no se realiza ninguna tesis de arqueología en la Amazonia por parte de los graduandos de los departamentos de Antropología de la Universidad de los Andes y de la Universidad Nacional de Colombia; ello contrasta, sin duda, con la treintena de tesis de etnografía proveniente de dichos departamentos, caracterizados por su mayor volumen de estudiantes y graduados para aquella época (Bernal 2011).
- 7 Álvaro Soto había participado en la expedición a Mitú mencionada. Igualmente, acompaña a Reichel Dolmatoff durante su viaje al Pirá-Paraná con Antonio Guzmán y elabora su tesis de pregrado sobre la mitología cubeo (1970). Por otra parte, el doctor Duque Gómez fue un renombrado arqueólogo colombiano, especialista en la cultura agustiniana. Ello lo induce a ser muy sensible a las posibles relaciones de San Agustín con el Amazonas, lo que explica su reiterado apoyo a los trabajos en la región. Una primera síntesis del estado y la historia de la arqueología amazónica en Colombia se encuentra en Herrera (1987). En 1989, Leonor Herrera redactó una primera síntesis del estado de la investigación arqueológica en Colombia; una década después, Augusto



Figura 4. Petroglifos del Caquetá,
Fernando Urbina, 1978
Fuente: archivo fotográfico de
Fernando Urbina



En efecto, bajo el patrocinio del Instituto Colombiano de Antropología, en 1975 se elaboraron pioneras investigaciones en la región de la Pedrera, en el río Caquetá, por parte de Elizabeth Reichel, que complementaron los estudios de Peter Hilbert en el Yapurá (Caquetá) brasilero. La misma antropóloga también describió de forma detallada la mayor parte del arte rupestre que se encuentra entre las localidades de Araracuara y la Pedrera, en el medio Caquetá; una labor iniciada medio siglo atrás por el sacerdote Constant Tastevin (1923).

En 1977, se realizó una expedición anglocolombiana a la región de Araracuara, en la cual participaron diversas arqueólogas del Instituto Colombiano de Antropología, jóvenes profesionales egresadas de los Andes. Esta expedición fue, con excepción de un trabajo previo del profesor Gonzalo Correal, del Instituto de Ciencias Naturales de la Universidad Nacional en la pista de Araracuara⁸,

Oyuela realiza igualmente otra evaluación de la arqueología amazónica, enfatizando la novedad de sus preguntas, la pertinencia de algunos de sus resultados, y también su condición marginal en el contexto de la arqueología colombiana (Oyuela 1999).

- 8 El escarpe de Araracuara forma un estrecho salto en el medio río Caquetá colombiano, que impide totalmente la navegación del río, lo cual lo convierte también en un excepcional sitio de pesca, en una "trampa canasto" para los peces, como lo consideran algunas tradiciones indígenas. También es un lugar marcado con una gran variedad de petroglifos y fue, posiblemente, un área de frontera entre los antiguos habitantes del norte del Caquetá, los llamados carijona, y los pueblos uitoto, andoque, etc. del interfluvio de los ríos Caquetá-Putumayo.

la primera investigación de campo en la zona, a partir de la cual, entre otros aspectos, se identificaron los “suelos negros” en la región y se describieron sus tipos cerámicos.

Por otra parte, la Fundación de Investigaciones Arqueológicas también financió —como se mencionó— investigaciones etnográficas y arqueológicas en la región amazónica. Además, patrocinó trabajos etnohistóricos —en la zona uitoto— con el fin de explorar sus eventuales vínculos con el pasado arqueológico representado en la cultura agustiniana, siguiendo las pistas sugeridas por el citado Teodoro Konrad Preuss. Asimismo, bajo su auspicio, Fernando Urbina realizó desde la década de los setenta del siglo pasado un valioso reconocimiento de los petroglifos del río Caquetá, pero esta vez localizados entre los raudales de Guaimarayas y Araracuara, además de diversos trabajos sobre tradiciones orales uitoto y muinane.

En 1980, nuevamente Martin von Hildebrand y Elizabeth Reichel realizan un destacado proyecto de reconocimiento y excavaciones en el bajo Caquetá y bajo Apaporis, con el apoyo de la citada fundación.

Todos estos trabajos, empotrados en gran medida en un modelo de arqueología como “historia cultural”, reconocieron de forma pionera la existencia de, por lo menos, dos periodos arqueológicos en Araracuara; establecieron una primera cronología, describieron los estilos cerámicos, y mostraron desde un principio un interés por lo que podríamos llamar *arqueología ambiental*. También expresaron una preocupación por las manifestaciones de arte rupestre, complementando la información de otras regiones de la Amazonia y registros arqueológicos disponibles para el Yapurá brasileiro⁹.

Este balance —que no pretende ser exhaustivo— nos indica que a la par de la conformación de la etnología amazónica colombiana, a partir de los años setenta, se presentó igualmente la generación de una arqueología en la zona, aunque en una magnitud más reducida. En contraste con los trabajos etnográficos, efectuados conjuntamente por hoy notables investigadores extranjeros, la arqueología amazónica fue ante todo liderada por una decena de arqueólogos nacionales.

9 En este marco, en Araracuara se establecen dos fases: Camani (135-830 d. C.) y Nofurei (805-1610 d. C.). Posteriormente, Ángela Andrade y Pedro Botero retoman el análisis de las tierras negras y amplían, en el tiempo, la antigüedad de la fase Camani. En general, la cronología de los antiguos agricultores y alfareros del área de Araracuara se ha ampliado y ha llegado en un sitio a 4695 a. P.

Algunos de los investigadores asumieron un doble rol de etnógrafos y arqueólogos (v. g. Elizabeth Reichel, Martin Hildebrand, Leonor Herrera); pero, por lo general, los antropólogos siguieron su camino aunque muchos de ellos también pusieron atención a la historia de la región.



Figura 5. Los rápidos del río Caquetá al occidente de Araracuara, a la derecha, Leonor Herrera
Fuente: archivo de Leonor Herrera.



Figura 6. La Pedrera, río Caquetá, Leonor Herrera, 1977
Fuente: Botiva Contreras et al. (1989).

En conclusión, en la Amazonia la brecha entre arqueólogos y etnógrafos no parece haber sido tan dramática, a pesar de las nuevas inquietudes de los estudiantes después de 1968; no obstante, como veremos, y con ciertas excepciones nuevamente, no hubo un enlace entre este pasado prehispánico de gran antigüedad —que se encuentra en los sitios arqueológicos— y las sociedades del presente, a pesar del interés por analogías etnográficas para interpretar los materiales arqueológicos. Pero diversas circunstancias —entre ellas, conflictos entre algunos investigadores y cambios en la dirección del Instituto Colombiano de Antropología— tienen como consecuencia un retroceso de la investigación arqueológica desde esta entidad en la Amazonia, aunque la Fundación de Investigaciones Arqueológicas prosiguió apoyando algunos trabajos en la región de Araracuara y se establece la Fundación Erigai, con especial importancia en los nuevos trabajos en Araracuara y áreas aledañas.

La arqueología florece en la región de Araracuara

Sin perjuicio de algunas investigaciones arqueológicas realizadas en otras regiones de la Amazonia —en el alto Caquetá-Putumayo—, la región de Araracuara se convirtió en un sitio de gran interés tanto por los enfoques arqueológicos como por su dinámica histórica. A partir de la segunda mitad de los años ochenta, un equipo particularmente competente de arqueólogos —Inés Cavelier, Luisa F. Herrera, Santiago Mora, entre otros— efectúan nuevas investigaciones en la región, con una perspectiva paleobotánica, que precisa la cronología de este y otros sitios, y muestra una interesante dinámica entre las pautas de poblamiento, la utilización de palmas o la formación de las terras pretas. Algunos de sus sitios aledaños (v. g. Peña Roja) fueron un escenario especialmente apto para estudiar la presencia de antiguos cazadores recolectores, cuya antigüedad se estimó en 9250 a. P.

En 1990, Gonzalo Correal U., Thomas van der Hammen y Fernando Piñeros realizan, por su parte, un corto reconocimiento de un sitio precerámico en el raudal 11 del río Guayabero, una zona asociada con un profuso arte rupestre que comprende la serranía de la Lindoza, manifestaciones estudiadas por Álvaro Botiva, y ahora por un grupo de profesores de la Universidad Nacional, encabezado por el profesor Virgilio Becerra.

También en la década de los noventa el profesor Thomas van der Hammen, junto con Carlos Castaño U. y otros investigadores, realiza el primer reconocimiento



Figura 7. En primer plano, el arqueólogo neozelandés Colin McEwan excava un corte en el barranco del río Caquetá, cerca al caserío de Araracuara, 1977
Fuente: archivo de Leonor Herrera.

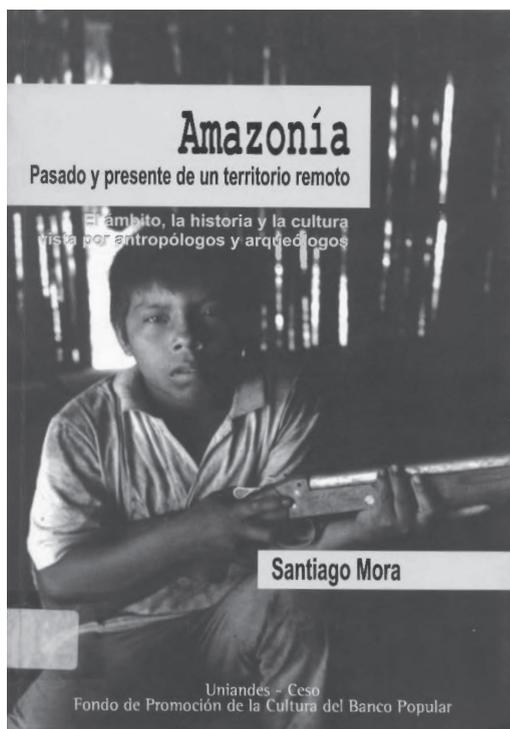


Figura 8. Portada del libro *Amazonía: pasado y presente de un territorio remoto: el ámbito, la historia y la cultura vista por antropólogos y arqueólogos en la Amazonía*, de Santiago Mora Camargo, Universidad de los Andes, Facultad de Ciencias Sociales-CESO, Departamento de Antropología, 2006



Figura 9. Excavaciones en yacimiento takana (Leticia, Amazonas, Colombia,). 2011. Sitio arqueológico asociado a terra preta
Fuente: Fotografía de Gaspar Morcote.

arqueológico de la serranía del Chiribiquete, en la región del río Apaporis; descubren su fascinante y profuso arte rupestre —algunas de cuyas figuras conectan con los antiguos pobladores locales—; además de realizar diversos registros de su arte rupestre, obtuvieron fechas tan antiguas —aunque discutibles— como 50.000 años a. P., y un gran número de registros cronológicos que señalan, de forma reiterada, la antigüedad de muchos artefactos de abrigos rocosos, que oscilan en líneas generales entre los 10.000 y los 1000 años a. P. Las dificultades de acceso al lugar hicieron que su permanencia fuera también breve, y ello obstaculizó, entre otras razones, la continuidad del trabajo.

Asimismo, en este contexto cabe mencionar los aportes significativos de Gustavo Politis, quien —e inicialmente junto con Gerardo Ardila— realizó destacados trabajos de carácter etnoarqueológico sobre algunas “bandas” nukak, pueblo nómada de la Amazonia colombiana, en la región del río Guaviare (Politis 1995). También Augusto Oyuela hace algunos reconocimientos en el trapecio amazónico y en la región del Yará, con el apoyo de la Fundación Puerto Rastrojo.



Figura 10. El cañón de Araracuara, río Caquetá, 1977, Leonor Herrera
Fuente: Botiva Contreras *et al.* (1989).

Posteriormente, tenemos nuevos e importantes trabajos en el área de Araracuara y de la Pedrera por nuestro colega Gaspar Morcote, arqueólogo del Instituto de Ciencias Naturales de la Universidad Nacional, y algunos jóvenes arqueólogos y estudiantes de la misma universidad.

No obstante este recuento, en los últimos veinte años la arqueología amazónica colombiana parece haber perdido, en realidad, su juvenil impulso. Grandes regiones permanecen sin reconocimiento (*v. g.* el Vaupés); en el alto Putumayo estos parecen sobre todo derivados de estudios de consultoría relacionados con grandes proyectos energéticos. En el mapa arqueológico del Instituto Colombiano de Antropología e Historia, la Amazonia continúa siendo una gran laguna o hueco negro¹⁰.

10 De acuerdo con Elizabeth Bernal, entre 1994 y 2000, solamente se realizan cuatro tesis de pregrado y una de maestría —en el campo de la arqueología— en la Amazonia colombiana. Dos de ellas enfocadas en Araracuara (Gaspar Morcote y Juan Manuel Llanos); una en las riberas del río Caucaiyá (Ángela Rojas) y otra —efectuada también en el Putumayo— tiene asimismo un sentido etnoarqueológico (Juana Schlenker). Vale la pena resaltar la prospección de Oscar Hidalgo Dávila, en el Valle de Sibundoy, una zona de transición andina hacia la selva.

¿Decadencia de la arqueología amazónica en Colombia?

Pero volvamos a una de nuestras preguntas iniciales: ¿por qué, a pesar de los grandes esfuerzos de nuestros arqueólogos(as) y de la existencia de una relativamente buena formación arqueológica (incluyendo en los últimos años formación de posgrado) nuestra arqueología amazónica sigue siendo, en cuanto al número de los que la practican (y no en sus resultados), marginal en el contexto nacional?, tal como la caracterizó Augusto Oyuela hace veinte años.

Permítaseme hacer algunas consideraciones que corresponden, en orden, a diferentes escalas de análisis, no sin antes advertir que el término *decadencia* no se refiere a las calidades de las investigaciones en curso, sino a su retroceso desde el punto de vista cuantitativo. Algunos de los investigadores amazónicos siguieron publicando sus resultados de campo y otros, llevando a cabo relevantes reflexiones sobre la región —v. g. Santiago Mora (2006)—, aunque otros escogen distintos rumbos profesionales o se dedican a otros temas y regiones arqueológicas. Unos pocos migran hacia diferentes latitudes amazónicas.

La primera consideración tiene que ver con la incapacidad de pensarnos, aun hoy en día, como un país amazónico, debido al peso de una mentalidad andina que sigue gravitando en la conciencia de las élites que todavía desde Bogotá diseñan las políticas culturales o que conforman, en muchos casos, las élites dominantes regionales. Sin duda, el discurso sobre el "infierno verde" ha sido parcialmente sustituido por el de un "paraíso de la biodiversidad"; pero en los dos casos la Amazonia —ya sea como paraíso o infierno— es percibida como una región sin historia. Los indígenas, como guardianes de una naturaleza prístina, también se contagian de esa inmovilidad de la naturaleza humboldtiana.

La segunda consideración tiene que ver con un factor nada despreciable, que consiste en la transformación acelerada de la Amazonia colombiana en un escenario de confrontación armada, que alcanza su clímax con la incruenta toma de Mitú por parte de las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia (FARC), en 1998, en la que más de un millar de guerrilleros sitiaron y tomaron la ciudad, ante la impotencia del Gobierno central, de sus Fuerzas Armadas y de Policía. El fallido pacto de paz firmado en el Caguán, durante la presidencia de Andrés Pastrana Arango, entregó de hecho a las FARC casi toda la Amazonia, situación que el mencionado grupo guerrillero supo aprovechar para controlar vastas

áreas de las regiones más orientales, entre ellas el departamento del Vaupés y la región de Araracuara. Esta situación —sumada a la existencia de cultivos ilícitos, la irrupción de grupos paramilitares, entre otros factores— convirtió a la Amazonia colombiana, como se dijo, en un espacio de abierta confrontación armada que, aunque no frenó del todo la investigación antropológica o de otra índole, sí la afectó de manera notable.



Figura 11. Descripción de perfiles en yacimiento arqueológico de Peña Roja, 2014 (Resguardo Indígena Nonuya, Puerto Santander, Amazonas, Colombia). Sitio arqueológico asociado a terra preta y a cazadores recolectores
Fuente: Fotografía de Gaspar Morcote.

Por ejemplo, el estudio de Correal y sus colaboradores ya citado, en el raudal II de río Guayabero, solo pudo realizarse en unos pocos días, ante la falta de garantías de seguridad para los investigadores, en el contexto de una población en auge coquero y rodeado de frentes de las FARC. El importante trabajo investigativo de Politis en el Guaviare entre los nukak también se vio abruptamente interrumpido por la prohibición que expresamente recibió este notable arqueólogo argentino para continuar su camino hacia un grupo nukak, supuestamente por parte de un comandante de las FARC o de este grupo guerrillero. Pocos años después, los mismos nukak son desalojados de sus territorios tradicionales, posiblemente también por los mismos actores: debieron refugiarse en San José del Guaviare (capital del departamento del Guaviare), donde hoy se encuentran asilados. Asimismo, la grave situación del medio Caquetá —controlado hasta hace unos pocos años por las fuerzas irregulares de las FARC— afectó de forma radical la presencia de algunas fundaciones y dificultó ostensiblemente la continuidad de los trabajos de investigación, entre ellos los arqueológicos.

Algunas organizaciones no gubernamentales nacionales o internacionales, dedicadas sobre todo a la gestión social y ambiental, pudieron continuar sus labores, y en algunos casos sobreaguar, gracias a la colaboración de sus beneficiados —comunidades indígenas— y también a su pericia para moverse en este medio complejo. Pero en general vieron afectadas de manera significativa sus acciones.

En el oriente colombiano, hacia principios del siglo XXI, solamente existían algunas regiones en la Amazonia que podrían ser llamadas *remansos de paz*, entre ellas la localidad de la Pedrera o el llamado trapecio amazónico, en el área del río Amazonas y en los alrededores de Leticia, en la denominada carretera a Tarapacá, habitada por diversas comunidades indígenas, incluidas algunas familias desplazadas del interfluvio del Caquetá-Putumayo. Precisamente, en estos lugares se reactivaron los proyectos de Gaspar Morcote, cuyas investigaciones han tenido una continuidad hasta el presente (Morcote 2008).

En síntesis, la investigación arqueológica se vio afectada seriamente por el conflicto armado —de igual forma que muchos pueblos indígenas y poblaciones colonas, cuyas familias también se vieron forzadas a migrar a ciudades como Bogotá, Florencia, San José del Guaviare, Mitú, Leticia y la Pedrera—.

En el recuento histórico realizado no deja de ser una constante la dificultad de generar una política de mediano plazo debido a la inestabilidad institucional. Desde la década de los sesenta del siglo pasado, prometedoras perspectivas se han visto truncadas por cambios inesperados de dirección o por crisis institucionales,

aunadas a situaciones personales de ciertos investigadores. Recientemente, debido a la muerte de Luis Duque, la misma Fundación de Investigaciones Arqueológicas Nacionales cambió su política en términos de cuantías de financiación y de publicaciones, lo que dificulta la organización de proyectos de investigación en pregrado, en aras de trabajos de más largo aliento e impacto. Pero lo que en teoría sonaría correcto, significa, a nuestro parecer, un retroceso en la posibilidad de formación de los arqueólogos desde el pregrado, los cuales podrían abrir ciertas trochas en diferentes lugares de la Amazonia colombiana.

Pero quizás encontramos otros factores que tienen que ver con la forma como arqueólogos y etnógrafos asumimos ciertos problemas de la región. Al respecto Santiago Mora ha destacado la existencia de un hiato entre el presente etnográfico y el pasado arqueológico, o la historia de larga duración en la Amazonia colombiana. Según nuestro colega, ello se debió, al menos durante muchos lustros, a la fuerza del modelo del profesor Reichel, plasmado en el libro ya mencionado (*Colombia* 1965). Mora, si no entendí mal, sugiere que existe una especie de disociación en el propio modelo de Reichel, incluso una contradicción, en “cuanto ello presupone la aceptación de una continuidad cultural entre los Andes y la Amazonia, en cuya base se encontraba la existencia de dos modelos diferentes (arqueológico y etnográfico) que trajo como consecuencia un distanciamiento temporal y conceptual que fue heredado por los siguientes investigadores del país” (Mora 2011, 169).

Creo que Mora ha introducido una discusión relevante y respetuosa que contrasta con algunas de las críticas de otros arqueólogos colombianos de la obra de Reichel, que más bien parecieran estar matando al padre; respecto al método etnoarqueológico de Reichel, la filiación de su modelo chamánico para interpretar la religión e iconografía de las sociedades andinas tiene, además de la indudable marca de su experiencia en el Vaupés, otro contexto más general que simultáneamente ocurría en otras latitudes y no necesariamente estaba anclado en una visión de continuidad temporal entre Andes y selva, en la que esta sea, de cierta forma, un derivado de la primera¹¹.

11 Reichel elaboró una interpretación del proceso cultural centrado en el de las planicies del Caribe y los valles interandinos —tal y como se ha mencionado—, en el cual la Amazonia no tiene significación alguna; por otra parte, a través de su experiencia etnográfica en el Vaupés (particularmente sobre las bases de sus ideas acerca de la relación humanos-no-humanos, la relevancia de las plantas psicotrópicas y su teoría del chamanismo), en el mundo tucano interpreta el mundo simbólico de las sociedades andinas y de otras

No obstante, sospecho que aunque estas razones gravitasen de forma muy fuerte en el horizonte de la investigación amazónica en Colombia, tenemos otros motivos de tipo estructural y no “coyuntural” que tienen que ver con los usos de la historia amazónica y la manera como se articula la Amazonia con la historia nacional y con la historia de las comunidades indígenas de la región.

En primer término, el concepto de historia para los etnógrafos y para los arqueólogos es diferente. Y aunque, por lo general, los primeros han demostrado la existencia de diversas formas de conciencia histórica, sus reconstrucciones históricas tienen que ver, sobre todo, con los procesos de cambio fruto del encuentro con las sociedades nacionales; nos falta penetrar en las microhistorias de los procesos internos, de cierta forma en los pliegues de sus perspectivas locales, lo que quizás nos podría ayudar a formular, paradójicamente, ciertas preguntas relevantes para una historia mayor. Por otra parte, las escalas locales de las investigaciones etnográficas no son con frecuencia conmensurables con las escalas espaciales de los análisis arqueológicos, no obstante que la ecología histórica nos ha ayudado a pensar, a partir del presente, algunos problemas de la dinámica pasada de la Amazonia.

En otras regiones de Colombia (y dependiendo de los problemas de investigación) se ha construido una especie de continuidad histórica (a cierta escala del análisis), buscada de cierta forma por los investigadores y también promovida por parte de las sociedades indígenas, que otorgan nuevos sentidos a este eventual diálogo con la arqueología, como veremos en el próximo acápite. En estos casos, arqueólogos, antropólogos sociales e indígenas se encuentran y dialogan de manera relevante.

Los usos de los “lugares de memoria arqueológica”

En Colombia, la Sierra Nevada de Santa Marta, al norte del país, es, en la actualidad, uno de los casos paradigmáticos del uso de la memoria arqueológica. En el siglo XVI, los antiguos pobladores de la Sierra Nevada y sus alrededores —genéricamente llamados *tairona*— fueron cuasi aniquilados por los españoles;

zonas, destacando la existencia de un orden simbólico común. El modelo arqueológico es filtrado por su modelo etnográfico, en un tipo de ejercicio etnoarqueológico que da inteligibilidad, entre otros aspectos, a la iconografía orfebre y cerámica de los cacicazgos colombianos de la zona andina, interandina o incluso de las planicies del norte del país.

los sobrevivientes se vieron obligados a refugiarse en los valles del interior de la sierra. Los actuales pueblos indígenas de la región —kogui, ijka, arsarios y kankuamos— se consideran sus descendientes y sobrevivientes de la Conquista; reclaman su ascendencia tairona —representada en las terrazas, caminos, cerámica y orfebrería—, y con base en ello articulan su defensa del territorio: piensan que está definido por lo que ellos llaman la *línea negra*, la cual se visibiliza en gran parte por los antiguos “lugares de pagamento” (ofrendas) en los cuales se evidencian collares y otras ofrendas de origen tairona.

En el departamento del Cauca, al sur de Colombia, por ejemplo, los guambianos recrean también su lucha e identidad a través de una arqueología que demuestra su antigüedad en la región, previa a la ocupación en 1536 por las huestes de Belalcázar, quien parte de Quito para fundar la ciudad de Popayán. Con base en excavaciones, registros de archivo y tradiciones orales, refutan a sus contradictores que plantean su eventual origen, al contrario, en los centenares o millares de yanaconas llevados por el fundador de Popayán u otros españoles. Sin duda, la polémica no es solo histórica, sino que fundamenta los derechos de reclamación de tierra o de ampliación de sus resguardos.

En la región de Tierradentro, entre los departamentos de Cauca y Huila, los actuales habitantes paeces (nasa) alegan derechos sobre el manejo del patrimonio arqueológico del parque Patrimonio de la Humanidad, debido a su relación con ese pasado prehispánico, no obstante que anteriormente lo veían con recelo y lo atribuían a los indios pijaos, sus enemigos, a quienes asociaban a la contaminación y a lo “sucio”¹².

Como ha anotado de manera pertinente Cristóbal Gnecco, lo que podríamos llamar los regímenes de historicidad de muchas sociedades indígenas, en los cuales se asignan a ciertos antepasados, sitios y artefactos arqueológicos que se encuentran en su territorio una naturaleza “salvaje” o incluso “contaminante” —similar a la del mundo de los muertos—, puede ser la expresión de una política colonial que desplazó ese pasado a una esfera de la brujería o del mundo indeseable, en oposición a una situación de su “domesticación” en virtud de su incorporación al proyecto cristiano y “civilizador”. Estos otros mundos de los antepasados pijaos, “moros”, aukas, etc. son un orden simbólico derivado de su nueva condición colonial, aunque no del todo desprovisto de poder y de cierta

12 Con respecto, a la nueva valoración de las estatuas de piedra por parte de los paeces o nasa y otras consideraciones sobre los usos de artefactos arqueológicos, véase Gnecco (2010).

aura que podría ser empleada en prácticas chamánicas, de brujería o de curación. En la medida en que las mismas comunidades nativas se han empoderado, sus propias concepciones de historia se han modificado y, en muchos casos, superado las antiguas dicotomías temporales que dividían esa historia remota de su condición presente; así se han visibilizado usos de ese pasado, en cierta medida velados o sumergidos, o reactivado nuevamente lazos con el pasado (Gnecco 2010).

Todo ello conlleva que en muchas regiones de Colombia los sitios arqueológicos y los artefactos tengan un interés público más allá de las consideraciones únicamente académicas. Ello deriva asimismo en discusiones y controversias sobre el manejo del patrimonio, como ocurre en la Sierra Nevada, donde sus organizaciones plantean la recuperación de los centenares de artefactos orfebres que se encuentran en el Museo del Oro, o el manejo del famoso sitio denominado Ciudad Perdida, en la Sierra Nevada de Santa Marta.

En síntesis, la práctica de la arqueología no puede centrarse exclusivamente en el pasado, en cuanto que no puede deshacerse de la pertinencia de estos lugares de memoria para las reivindicaciones de las sociedades actuales y para sus nuevas modalidades de historicidad.

En la Amazonia colombiana, esta situación no parece todavía tan presente. En los últimos lustros ha habido un profuso mapeo, en muchas regiones, de los territorios tradicionales, que indican, entre otros aspectos, raudales, “salados”, cerros y otros lugares como espacios sagrados o lugares de memoria. Y aunque en algunos casos ello ha sido utilizado como argumento contra ciertos proyectos —por ejemplo, la construcción de una gran pista de aterrizaje y una base aérea en Aracacuara—, el interés por profundizar en la significación histórica de estos sitios sagrados no parece tener la misma dimensión que en otras regiones de Colombia o incluso otras zonas del Amazonas —como el territorio del alto río Negro brasileiro, contiguo a Colombia y donde viven grupos que también forman parte de tradiciones culturales comunes—¹³.

13 Es verdad que en los últimos años algunos antropólogos han intentado dar cierto espesor histórico y rebasar las temporalidades trazadas por la arqueología, la historia y la etnografía para pensar en procesos de larga o mediana duración. Por ejemplo, en una reciente publicación, fruto de un seminario en la ciudad de Popayán, Carlos Franky utiliza la cosmología indígena de los tanimuka (un pueblo del río Mirití Paraná, afluente del río Caquetá) como punto de partida para recrear su historia desde Ipaná, el ombligo del mundo de estos pueblos en el Vaupés (Franky 2006). Goulard (2010) ha intentado reconstruir la historia de los pueblos del río Amazonas con una



Figura 12. Cañón de Araracuara, Caquetá, Colombia, 2014

Fuente: Fotografía de Gaspar Morcote.

En efecto, en el alto río Negro brasileiro, los grupos arawak y tucano discuten o polemizan frente a la legitimidad de su presencia en la región a partir de su cosmología y cantos que describen con detalle los flujos de desplazamiento —en una canoa anaconda ancestral— desde la bocana del río Negro, en el río Amazonas, marcados en los petroglifos; y legitiman su posición política frente al territorio y a las medidas de patrimonialización de las cachiveras de Ipanoré (o raudales de Yavaraté) mediante esta apelación al pasado cosmológico e histórico. Solo recientemente, el Ministerio de Cultura de Colombia —a través de su Subdirección de Patrimonio Inmaterial— ha planteado el interés de reconocer unas rutas de sitios sagrados en la región.

perspectiva que arranca incluso siglos atrás de la llegada de los europeos y se proyecta de una forma u otra en el contexto colonial.

A manera de conclusión

La arqueología amazónica tendrá un nuevo estatus (fondos, recursos, etc.) que la independice de sus patronos petroleros cuando se convierta en un tema de trascendencia nacional, cuando entre a formar parte de eso que algunos llaman con cierta crítica una *arqueología nacionalista*, o cuando se convierta en un recurso de la memoria indispensable para el reconocimiento de los derechos de sus pueblos ancestrales o de otros pobladores que también han vivido allí, o se enlace de manera más clara con la comprensión de los regímenes de historicidad de las sociedades actuales y sus funciones políticas y de identidad.

De esta forma, etnógrafos e arqueólogos tenemos un campo común de encuentro en las dimensiones históricas de las sociedades indígenas. Estamos enfrentados, si queremos avanzar a recorrer simultáneamente, y desde diversos ángulos y diferentes escalas, la historia de la Amazonia; ello requiere, sin duda, un programa de investigación nacional e internacional que permita comunicarnos, compartir experiencias y plantear preguntas comunes que nos lleven a comprender las especificidades de su dinámica cultural que, hoy sabemos por la llamada ecología histórica, fue igualmente un factor determinante en la dinámica de la propia Amazonia.

Ahora, reiteremos, el panorama del conflicto parece aminorar en ciertas zonas. Es indispensable entonces organizar un proyecto colectivo e internacional, con una base institucional sólida que nos permita desde diversos frentes avanzar en el conocimiento de las sociedades pasadas y presentes de la Amazonia, estableciendo sus fracturas y continuidades. El arqueólogo brasileiro Goes Neves plantea que en el primer milenio después de Cristo se configuraron unas sociedades amazónicas que, en mayor o menor medida, se proyectan hasta el siglo XVI, e incluso hasta la actualidad, guardando matices y quizás excepciones. De ser así, la ventana del presente, tan cara al historiador Marc Bloch, o sea la historia regresiva, también es una oportunidad fundamental y nada despreciable para la comprensión de la dinámica social regional, como bien lo había visto, cada uno a su manera y con los lentes de su época, Gerardo Reichel Dolmatoff y Donald Lathrop. Lo peor que le podría ocurrir a la arqueología amazónica, si este razonamiento es adecuado, sería encerrarse en sí misma o renegar de buscar modelos explicativos fundados en el diálogo con otros saberes o atalayas, como plantean ciertas corrientes teóricas. Es hora de que la pequeña tribu de



Figura 13. La Pedrera. Raudal de Pto. Cordoba, Amazonas, Colombia. Resguardo indígena de Curare, 2013

Fuente: Fotografía de Gaspar Morcote.

arqueólogos colombianos prosiga sus relaciones de exogamia con todos los otros actores que viven en la región.

Y, no por último de menor importancia, estamos enfrentados a comprender y apoyar la articulación de las sociedades indígenas en torno a su pasado representado en artefactos y sitios arqueológicos, en cuanto su historia no es competencia exclusiva de expertos, sino que se requiere que las tomemos seriamente para comprender, incluso, la propia naturaleza de nuestra aproximación al pasado.

Bibliografía

- Andrade**, Ángel. 1986. *Investigación arqueológica de los antrosoles de Araracuara*. Bogotá: Fundación de Investigaciones Arqueológicas Nacionales, Banco de la República.
- Bernal**, Elizabeth. 2011. "Terrenos antropológicos en Colombia en la década de 1970: resonancias y disonancias en la búsqueda ansiosa por un nuevo Estado, una nación igualitaria y una antropología contra-hegemónica". Tesis de maestría, Departamento de Antropología, Universidad Nacional de Colombia, Bogotá.
- Botero**, Clara Isabel. 2008. *El redescubrimiento del pasado prehispánico de Colombia (1820-1945)*. Bogotá: ICANH-Universidad de los Andes.
- Botero**, Clara Isabel y Carl Langebaek. 2009. *Arqueología y etnología en Colombia: la creación de una tradición científica*. Bogotá: Universidad de los Andes.
- Botero** Clara Isabel y Jimena Perry. 1994. *Pioneros de la antropología: memoria visual. 1936-1950*. Bogotá: Colcultura, Instituto Colombiano de Antropología, Banco de la República.
- Botiva** Contreras, Álvaro, Ana María Groot de Mahecha, Leonor Herrera y Santiago Mora. 1989. *Colombia prehispánica: regiones arqueológicas*. Bogotá: Colcultura, Instituto Colombiano de Antropología.
- Castaño Uribe**, Carlos y Thomas van der Hammen. 2005. *Visiones y alucinaciones del cosmos felino y chamanístico de Chiribiquete*. Bogotá: Ministerio del Medio Ambiente y Fundación Tropenbos.
- Correal**, Gonzalo, Fernando Piñeros y Thomas van der Hammen. 1990. "Guayabero 1: un sitio pre cerámico de la localidad Angustura II, San José del Guaviare". *Caldasia* 16 (77): 245-253.
- Eden**, Michael, Warwick Bray, Leonor Herrera y Colin McEwan. 1984. "Terra Preta Soils and their Archeological Context in the Caquetá of South West Colombia". *American Antiquity* 49 (1): 125-140.
- Franky**, Carlos. 2006. "El poblamiento del noroeste amazónico visto desde los tanimuka (tucano oriental): una aproximación desde tradiciones orales indígenas". En *Pueblos y paisajes antiguos de la selva amazónica*, 189-211. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.
- Friede**, Juan. 1953. *Los andakí: historia de la aculturación de una tribu selvática*. México: Fondo de Cultura Económica.

- Fundación Etnollano-Universidad de Tunja.** s. f. *Rocas y petroglifos del Guainía: escritura de los grupos arawak-maipure*. Tunja: Fundación Etnollano; Museo Arqueológico de Tunja; UPTC.
- Gnecco, Cristóbal.** 2010. "La historia y sus desencuentros: estatuas de piedra, historias nativas y arqueólogos". En *Pueblos indígenas y arqueología en América Latina*, editado por Cristóbal Gnecco y Patricia Ayala, 85-135. Bogotá: Fundación de Investigaciones Arqueológicas Nacionales-Universidad de los Andes.
- Gnecco, Cristóbal y Emilio Piazzini.** 2003. *Arqueología al desnudo: reflexiones sobre la práctica disciplinaria*. Popayán: Editorial Universidad del Cauca.
- Goulard, Jean Pierre.** 2010. "El noroeste amazónico en perspectiva: una lectura desde los siglos v-vi hasta 1767". En *Mundo amazónico*, vol. 1, 183-213. Leticia: Universidad Nacional de Colombia.
- Herrera, Leonor.** 1987. "Apuntes sobre el estado de la investigación arqueológica en la Amazonia colombiana". *Boletín de Arqueología* vi (21): 21-61.
- . 1989. "Amazonia colombiana". En *Colombia prehispánica* 203-210. Bogotá: Instituto Colombiano de Antropología.
- Herrera, Leonor, Warwick Bray y Colin McEwan.** 1981. "Datos sobre la arqueología americana (comisaría del Amazonas)". *Revista Colombiana de Antropología* xxiii: 183-251.
- Herrera de Turbay, Luisa F., Santiago Mora e Inés Cavalier de Ferrero, Inés.** 1988. "Selección y tecnología en el primer milenio A. D.". *Colombia Amazónica* iii (1): 75-87.
- Jaramillo, Luis Gonzalo y Augusto Oyuela.** 1994. "Colombia: A Qualitative Analysis". En *History of Latin American Archeology*, 49-68. Aldershot: H-LatAm.
- Langebaek, Carl.** 2003. *Arqueología colombiana: ciencia, pasado y exclusión*. Bogotá: Colciencias.
- . 2009. *Los herederos del pasado: indígenas y pensamiento criollo en Colombia y Venezuela*, t. II. Bogotá: Universidad de los Andes.
- Mora, Santiago.** 2003. *Habitantes tempranos de la selva tropical lluviosa: un estudio de las dinámicas humanas y ambientales*. Pittsburgh: University of Pittsburg y Universidad Nacional de Colombia.
- . 2006. *Amazonia: pasado y presente de un territorio remoto*. Bogotá: UniAndes-CESO-; Fondo de Promoción de la Cultura del Banco Popular.
- . 2011. "Lejos del Atlántico, lejos de los Andes... en la floresta... con los animales: el noroeste amazónico como problema arqueológico colombiano".

- En *Por donde hay soplo: estudios amazónicos en los países andinos*, 161-184. Lima: Instituto Francés de Estudios Andinos.
- Mora**, Santiago, Inés Cavelier y Luisa Fernanda Herrera. 1989. "Intolerancia, intensificación y rastros: un caso amazónico". *Revista de Antropología* v (1-2): 137-151.
- Morcote**, Gaspar. 2008. *Antiguos habitantes en río de aguas negras: ecosistemas y cultivos en el interfluvio Amazonas-Putumayo*. Bogotá: Instituto de Ciencias Naturales, Universidad Nacional de Colombia.
- Morcote**, Gaspar, Santiago Mora y Carlos Franky. 2006. *Pueblos y paisajes antiguos de la selva amazónica*. Bogotá: Universidad Nacional Colombia.
- Neves**, Goes. 2011. "El nacimiento del presente etnográfico: la emergencia del patrón de distribución de sociedades indígenas y familias lingüísticas en las tierras bajas suramericanas durante el primer milenio d. C.". En *Por donde hay soplo: estudios amazónicos en los países andinos*, 39-65. Lima: Instituto Francés de Estudios Andinos.
- Oyuela**, Augusto. 1999. *Arqueología: treinta años de historia marginal*. Bogotá: Comisión Regional de Ciencias y Tecnología del Amazonas.
- Pineda C.**, Roberto. 2010. "Los hombres bestiales de las tierras que arden". *Boletín de Historia y Antigüedades* 851: 727-756.
- Politis**, Gustavo. 1995. "Mundo de los nukak". *Amazonia colombiana*. Bogotá: Fondo de Promoción de la Cultura.
- . 2006. "El paisaje teórico y el desarrollo de la arqueología en América Latina". *Arqueología Suramericana* 2 (2): 167-204.
- Pueblos Originarios**, Sitios Arqueológicos. s. f. En "Amazonia colombiana: Peña Roja". <http://pueblosoriginarios.com/sur/amazonia/caqueta/arqueo.html>.
- Reichel Dolmatoff**, Gerardo. 1965. *Colombia*. Londres: Thames and Hudson.
- . 1968. *Desana: simbolismo de los indios tucano del Vaupés*. Bogotá: Universidad de los Andes.
- Reichel**, Elizabeth. 1976. "Resultados preliminares del reconocimiento del sitio arqueológico de la Pedrera (comisaría del Amazonas, Colombia)". *Revista Colombiana de Antropología* xx: 145-176.
- Reichel**, Elizabeth y Martin von Hildebrand. 1982. *Reconocimiento, sondeos y excavaciones arqueológicas en el área del bajo río Caquetá y Apaporis*. Bogotá: Fundación de Investigaciones Arqueológicas Nacionales, Banco de la República.

- Silva Celis**, Eliécer. 1963a. "Los petroglifos del Encanto". *Revista Colombiana de Antropología* XII: 80-90.
- . 1963b. "Movimientos de la civilización agustiniana por el alto Amazonas". *Revista Colombiana de Antropología* XII: 303-370.
- . 1968. *Arqueología y prehistoria de Colombia*. Tunja: Prensas de la Universidad Pedagógica y Tecnológica de Tunja.
- Urbina**, Fernando. 1986. *Amazonia: naturaleza y cultura*. Bogotá: Banco de Occidente.
- . 2005. *Mitos y petroglifos en el río Caquetá*. Bogotá: Biblioteca Virtual del Banco de la República.

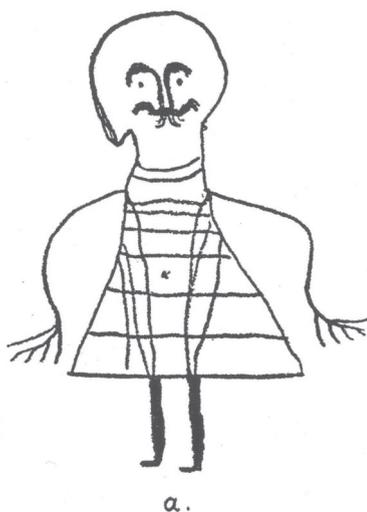


Figura 14. Lámina 31. A. Dr. Koch
Fuente: Koch-Grünberg (2009, 167).



Este libro terminó de imprimirse en
octubre de 2016

Este libro reúne siete ensayos sobre los más prestantes antropólogos y antropólogas de Colombia, y sobre aquellos que han estudiado nuestras sociedades indígenas de las tierras bajas, así como sobre distintos momentos y tendencias clave para la comprensión de la historia de la antropología en el país.

Entre otros temas, el autor destaca que la práctica de la antropología en el actual territorio colombiano ha estado condicionada, en parte, por un clima institucional, y también por una interacción dinámica entre los aportes de etnólogos extranjeros y colombianos.

También examina cómo, desde la segunda mitad del siglo XIX, la etnología en Colombia se cuece bajo la influencia de Adolf Bastian y el Real Museo de Etnografía de Berlín. Allí, sobresalen los trabajos del médico Liborio Zerda, y la gran etnografía del noroeste amazónico del alemán Teodoro Koch-Grünberg y de otros miembros de la escuela alemana.

Por otra parte, se dedica una atención especial a la formación y práctica de las primeras etnólogas colombianas entrenadas en el Instituto Etnológico Nacional, durante los primeros años de la década del cuarenta del siglo pasado. Así mismo, se destacan la vida y obra de Alicia Dussán de Reichel y su esposo, el profesor Gerardo Reichel. Finalmente, el libro contiene algunas reflexiones sobre “la tribu de arqueólogos” de la Amazonia.

Estas páginas, reflexionando desde otra perspectiva y bajo la forma de ensayo, quieren destacar la contribución de la antropología a la construcción de la identidad nacional, a la valoración del pasado muisca y a la comprensión de los pueblos, de las selvas y las montañas de Colombia.

